

William Somerset Maugham

El velo pintado

Capítulo 1

Ella soltó un grito de temor.

—¿Qué ocurre? —preguntó él. A pesar de la oscuridad que reinaba en la habitación, cuyas contraventanas estaban cerradas, alcanzaba a distinguir su expresión de susto.

—Alguien ha intentado abrir la puerta.

—Bueno, debe de haber sido el ama, o alguno de los criados.

—Nunca vienen a estas horas. Saben que después del almuerzo siempre duermo la siesta.

—¿Quién iba a ser, si no?

—Walter —susurró ella con labios trémulos.

Señaló sus zapatos, y él intentó ponérselos, pero su nerviosismo —la inquietud de ella empezaba a afectarlo— lo entorpecía, y además le venían más bien estrechos. Con un leve bufido de impaciencia, ella le alargó un calzador, se cubrió con un kimono y, descalza, se acercó al tocador. Cogió un peine y, antes de que él se atara el cordón del segundo zapato, se atusó el desordenado cabello cortado a lo *garçon*. A continuación le tendió la chaqueta.

—¿Cómo voy a salir ahora? —preguntó él.

—Más vale que esperes un poco. Me asomaré para ver si todo está despejado.

—Es imposible que sea Walter. No sale del laboratorio hasta las cinco.

—¿Quién, entonces?

Hablaban en voz muy baja. Ella temblaba, y la idea de que sería incapaz de conservar la calma en una emergencia lo exasperó. Si no estaban a salvo, ¿por qué diablos le había dicho lo contrario? Ella contuvo la respiración y lo agarró del brazo. Él siguió la dirección de su mirada de tal modo que ambos quedaron de cara a las ventanas que daban a la galería. El pestillo de las contraventanas estaba echado. Vieron girar lentamente el pomo de porcelana blanca. No habían oído pasos en la galería, y aquel movimiento silencioso los dejó petrificados. Transcurrió un minuto sin que sonara el menor ruido. Entonces, con el espanto que provoca lo sobrenatural, advirtieron que el pomo de porcelana blanca de la otra ventana giraba también, con el mismo sigilo, mudo y aterrador. Tan escalofriante era aquella visión que Kitty, a punto de perder los nervios, abrió la boca para gritar; sin embargo él se apresuró a tapársela con la mano, y el chillido quedó ahogado entre sus dedos.

El silencio era absoluto. Ella se apoyó en él, con las rodillas temblorosas, y él temió que fuera a desmayarse. Con el entrecejo fruncido y la mandíbula tensa la llevó hasta la cama y la ayudó a sentarse en el borde. Estaba tan blanca como la sábana e incluso él, a pesar del bronceado, tenía pálidas las mejillas. Permaneció junto a ella contemplando fascinado el pomo de porcelana. No pronunciaron una sola palabra, y entonces él reparó en que ella se había echado a llorar.

—Por el amor de Dios, no te pongas así —susurró irritado—. Si estamos en un lío, estamos en un

lio. Tendremos que plantar cara a la situación.

Ella se puso a buscar el pañuelo, y él, al adivinar lo que quería, le acercó el bolso.

—¿Dónde tienes el salacot?

—Lo he dejado en la planta baja.

—¡Ay, Dios mío!

—Tranquilízate, mujer. Las probabilidades de que no fuera Walter son de cien contra una. ¿Por qué demonios iba a regresar a estas horas? Nunca vuelve a casa en pleno día, ¿verdad?

—Nunca.

—Apuesto cualquier cosa a que ha sido el ama.

Ella esbozó una sonrisa. La voz de él, cadenciosa y acariciadora, la reconfortó.

—Mira, no podemos quedarnos aquí eternamente —dijo él tras concederle unos momentos para que se recobrará, al tiempo que la tomaba de la mano y le daba un suave apretón con ternura—. ¿Te ves con ánimos para salir a la galería y echar un vistazo?

—No creo que sea capaz de soportarlo.

—¿Tienes un poco de brandy a mano?

Ella negó con la cabeza, ceñuda. Él comenzaba a impacientarse, no sabía muy bien qué hacer. De pronto, ella le apretó la mano con más fuerza.

—¿Y si está ahí, esperando?

Él se forzó a sonreír y a mantener el tono amable y persuasivo de cuyo efecto tan consciente era.

—Eso no es muy probable. Vamos, Kitty, ten un poco de entereza. ¿Cómo iba a ser tu marido? Si al llegar hubiera visto en el vestíbulo el salacot de un desconocido y al subir se hubiese encontrado con tu habitación cerrada, sin duda habría armado un buen escándalo. Tiene que haber sido uno de los criados. Sólo un chino haría girar el pomo de esa manera.

Ella se había sobrepuesto un poco al sobresalto.

—Pues no resulta precisamente agradable, aun cuando sólo haya sido el ama.

—Siempre cabe la posibilidad de hacerla entrar en vereda. Si es necesario, le meteré el miedo en el cuerpo. Ser funcionario del gobierno no tiene muchas ventajas, pero más vale sacarle todo el partido posible.

Debía de estar en lo cierto. Kitty se puso en pie y se volvió con los brazos abiertos hacia él, que la estrechó contra su pecho y la besó en los labios. Era tal el arrobamiento que la embargó, que resultaba doloroso; sencillamente lo adoraba. Él la soltó y ella se fue hacia la ventana, recorrió el pestillo y, tras entreabrir la contraventana, miró al exterior. No había ni un alma. Salió un momento a la galería y echó una ojeada al vestidor de su marido y luego a su propia salita. Ambos estaban desiertos, de modo que regresó al dormitorio y le hizo una seña a él.

—No hay nadie.

—Sospecho que todo ha sido una ilusión óptica.

—No te burles —protestó ella—. Estaba aterrada. Ve a mi salita y espera. Voy a ponerme las medias y unos zapatos.

Capítulo 2

Él obedeció y, cinco minutos después, ella salió del dormitorio y lo encontró fumando un cigarrillo.

—Por cierto, ¿podría tomar un brandy con soda?

—Ahora te lo pido.

—Creo que a ti tampoco te vendría mal uno, por lo que parece.

Aguardaron en silencio al criado, y cuando éste acudió ella le dio la orden.

—Telefona al laboratorio y pregunta si está Walter —sugirió a continuación—. No reconocerán tu voz.

Él levantó el auricular y solicitó el número, preguntó por el doctor Fane y luego colgó.

—No ha regresado al despacho después del almuerzo —le informó a ella—. Pregúntale al criado si ha estado aquí.

—No me atrevo. Si ha estado y yo no lo he visto despertaría sospechas.

El criado se presentó con las bebidas, y Townsend se sirvió. Cuando le ofreció la copa, ella negó con la cabeza.

—¿Qué hacemos si resulta que era Walter? —preguntó.

—Quizá le dé igual.

—¿A Walter? —El tono de ella denotaba incredulidad.

—Siempre me ha parecido más bien retraído —dijo él—. Ciertos hombres no soportan las escenas, ¿sabes? Tiene el suficiente sentido común para saber que no se gana nada armando un escándalo. No creo que fuese Walter, pero, aunque lo fuera, tengo la impresión de que no movería un dedo. Creo que actuaría como si nada hubiese ocurrido.

Ella reflexionó por un instante.

—Está enamorado de mí —dijo al fin.

—Pues mejor que mejor. Ya te las arreglarás para engatusarlo. —Le dedicó una de esas encantadoras sonrisas suyas que ella siempre encontraba irresistibles. Era una sonrisa lenta que empezaba en sus ojos de color azul cielo y se extendía poco a poco hasta unos labios muy bien proporcionados que dejaban al descubierto sus dientes blancos, pequeños y parejos. Sí, se trataba de una sonrisa de lo más sensual, y bastaba para que a Kitty se le derritiese el corazón.

—La verdad es que no me importa mucho —comentó ella en un momento fugaz de alegría—. Ha merecido la pena.

—Ha sido culpa mía.

—¿Por qué has venido? Me he quedado pasmada al verte.

—No he podido resistirme.

—Querido mío... —susurró Kitty. Se inclinó un poco hacia él, con los oscuros y brillantes ojos

apasionadamente fijos en los suyos y la boca entreabierta de deseo. Cuando él la atrajo hacia sí, ella se abandonó entre sus brazos con un suspiro de embeleso.

—Ya sabes que siempre puedes contar conmigo —aseguró él.

—Qué feliz soy a tu lado. Ojalá te hiciera tan feliz como tú a mí.

—¿Ya no estás asustada?

—Aborrezco a Walter —respondió ella.

Él no sabía muy bien qué contestar, de modo que la besó y notó su rostro sumamente suave en contacto con el suyo. A continuación le cogió la muñeca, en la que llevaba un pequeño reloj de oro, y consultó la hora.

—¿Sabes lo que tengo que hacer ahora?

—¿Irte a toda prisa? —Kitty lo abrazó con fuerza al ver que asentía, pero de inmediato percibió su deseo de marcharse y lo soltó—. Es una vergüenza que descuides el trabajo de esta manera. Vete de una vez —añadió.

Él nunca desaprovechaba la oportunidad de coquetear.

—Vaya, qué ganas tienes de librarte de mí —bromeó.

—Ya sabes cuánto odio tener que despedirme de ti —repuso Kitty. Fue una réplica grave, honda y seria, y él se rio, halagado.

—No le des más vueltas en esa preciosa cabecita tuya a lo de la misteriosa visita —dijo—. Seguro que ha sido el ama. Y si surge algún problema, te garantizo que te sacaré de él.

—¿Tienes mucha experiencia en eso? —preguntó ella.

Townsend sonrió con aire divertido, muy pagado de sí mismo.

—No —respondió—, pero me precio de tener la cabeza en su sitio.

Capítulo 3

Kitty salió a la galería y lo observó alejarse de la casa. Él se volvió para despedirse con la mano, y ella se estremeció; a sus cuarenta y un años, Townsend aún conservaba la figura esbelta y el paso elástico de un muchacho.

Kitty, dejándose llevar por la pereza y con el corazón apaciguado por efecto del amor satisfecho, permaneció un rato en la galería, a la sombra. Su casa estaba en el valle de Happey, en la ladera de la colina, porque la Cima, una zona más deseable para vivir, era demasiado cara para ellos. Su mirada distraída apenas se fijó en el mar azul y en el ajetreo del puerto. Kitty no pensaba más que en su amante.

Claro que aquella tarde habían cometido una auténtica estupidez, pero ¿cómo iba ella a ser prudente cuando él la deseaba? La había visitado dos o tres veces después del almuerzo, a esa hora tan calurosa del día en que a nadie se le pasaba por la cabeza poner un pie en la calle, de modo que ni siquiera los criados lo habían visto llegar y marcharse. Mantener una relación como la suya con Townsend resultaba muy difícil en Hong Kong. Ella detestaba la ciudad china y la ponía nerviosa entrar en la asquerosa casucha cercana a Victoria Road en la que solían citarse. Era una tienda de curiosidades, y los chinos que estaban por allí sentados lanzaban a Kitty miradas muy poco agradables; ella aborrecía la sonrisa afectada del viejo que la guiaba hasta el fondo del local y luego por un oscuro tramo de escaleras. La habitación a la que llegaba estaba desarreglada, y la amplia cama de madera arrimada a la pared le producía escalofríos.

—Qué sórdido es todo esto, ¿verdad? —le comentó a Charlie la primera vez que se vieron allí.

—Lo era hasta que has llegado tú.

Naturalmente, en cuanto él la estrechaba entre sus brazos, a ella se le olvidaba todo.

¡Ay, qué odioso le resultaba no ser libre, que ninguno de los dos lo fuese! No le caía bien la esposa de él. El pensamiento de Kitty se detuvo por un instante en Dorothy Townsend. ¡Qué desgracia llamarse Dorothy! Sonaba tan anticuado... La mujer contaba por lo menos treinta y ocho años. Pero Charlie nunca hablaba de ella. Estaba claro que no le profesaba un gran afecto y que se había aburrido mortalmente de ella, pero era un caballero. Kitty esbozó una sonrisa tan irónica como cariñosa: qué típico de un tontorrón como él; le era infiel a Dorothy, pero no habría permitido que Kitty pronunciase una sola palabra de menosprecio hacia ella. Era una mujer más bien alta —más alta que Kitty, en cualquier caso—, ni robusta ni delgada, con una abundante cabellera de color castaño pálido; seguramente jamás había estado dotada de otra belleza que la que otorga la juventud; sus rasgos eran armoniosos, aunque en ningún modo destacables, y sus ojos azules destilaban frialdad. Tenía una piel que no llamaba la atención en absoluto y unas mejillas desprovistas de color, e iba vestida como..., bueno, como lo que era, la esposa del vicesecretario colonial en Hong Kong. Kitty

sonrió y se encogió levisísimamente de hombros.

Por supuesto, era innegable que Dorothy Townsend poseía una voz grata al oído. Además, no había una madre mejor, según Charlie, y era lo que la madre de Kitty llamaba «una señora de buena familia». Pero a Kitty no le caía bien. Le desagradaban sus modales desenvueltos, y la amabilidad con que trataba a quienes iban a su casa, ya fuera a tomar el té o a comer, resultaba exasperante porque no conseguía disimular el poco interés que despertaban en ella sus invitados. En el fondo, suponía Kitty, lo único que le importaba eran sus hijos: dos chicos que cursaban estudios en Inglaterra y otro, de seis años, al que ella pensaba llevar a casa al año siguiente. Su rostro era una máscara. Sonreía y, a su manera agradable y cortés, decía lo que se esperaba de ella, pero a pesar de su cordialidad guardaba las distancias con su interlocutor, cosa que no le había impedido hacer en la colonia unos cuantos amigos íntimos que eran al mismo tiempo fervientes admiradores. Kitty se preguntó si la señora Townsend la consideraría un tanto vulgar y se sonrojó. Después de todo, no había razón para que Dorothy se diese aires. Era cierto que su padre había ocupado el cargo de gobernador colonial y, naturalmente, fue estupendo mientras duró —todo el mundo se ponía en pie cuando ella entraba en una estancia, y cuando pasaba en el coche los hombres la saludaban quitándose el sombrero—, pero ¿qué había más insignificante que un gobernador colonial jubilado? El padre de Dorothy Townsend vivía de una pensión en una casita en Earl's Court. A la madre de Kitty le habría parecido de lo más latoso tener que visitarla. En cuanto a su padre, Bernard Garstin, era un abogado de prestigio, y todo indicaba que, más temprano que tarde, lo nombrarían juez. Sea como fuere, residían en South Kensington.

Capítulo 4

Cuando llegó a Hong Kong después de su boda, a Kitty le había costado resignarse al hecho de que su posición social estaba determinada por la profesión de su marido. Naturalmente, todo el mundo se había mostrado muy amable con ellos, y durante dos o tres meses habían asistido a fiestas casi todas las noches. Cuando cenaron en el palacio del gobernador, éste la trató como a una dama, pero ella no tardó en percatarse de que, como esposa del bacteriólogo del gobierno, no merecía mayor consideración, cosa que la indignaba.

—Es absurdo —le dijo a su marido—. A la mayoría de estas personas apenas le dedicarías más de cuatro o cinco minutos en nuestro país. Mi madre no invitaría a ninguno de ellos a comer a casa ni en sueños.

—No le des más vueltas —respondió él—. A fin de cuentas, no importa.

—Claro que no importa, sólo demuestra lo estúpidos que son; pero es curioso que, con toda la gente que solía visitarnos cuando estábamos en casa, aquí nos traten como a escoria.

—Para la alta sociedad, los científicos no existen —apuntó él con una sonrisa.

Kitty lo sabía ahora, pero cuando se casó con él no lo sospechaba siquiera.

—Lo cierto es que no me hace precisamente mucha ilusión que me invite a comer el representante de la compañía naviera —comentó entre risas para no sonar presuntuosa.

Él debió intuir el reproche tras su actitud despreocupada, porque la tomó de la mano y se la apretó con timidez.

—Lo lamento muchísimo, querida Kitty, pero no permitas que te afecte demasiado.

—Oh, claro que no.

Capítulo 5

Era imposible que fuese Walter quien había intentado entrar en el dormitorio aquella tarde. Seguramente había sido uno de los criados, y al fin y al cabo lo que ellos hicieran resultaba indiferente. Los criados chinos siempre estaban al corriente de todo, pero se mordían la lengua.

El corazón se le aceleraba un poco cuando le venía a la mente la imagen del pomo de porcelana blanca girando lentamente. No debían volver a correr riesgos así. Más valía ir a la tienda de curiosidades. Nadie que la viera entrar le concedería mayor importancia, y allí estaban completamente a salvo. El propietario de la tienda conocía a Charlie y no era tan necio como para jugarle una mala pasada al vicesecretario colonial. En realidad, si Charlie la quería, ¿qué más daba todo lo demás?

Abandonó la galería y entró en su salita, se dejó caer en el sofá y, cuando tendía la mano para coger un cigarrillo, advirtió que encima de un libro había una nota. La abrió. Estaba escrita con lápiz.

Querida Kitty,

Aquí tienes el libro que querías. Me disponía a enviártelo cuando me he tropezado con el doctor Fane, quien se ha ofrecido a llevártelo, ya que iba a pasar por casa.

V. H.

Tocó la campanilla, y cuando se presentó el criado le preguntó quién había llevado el libro y cuándo.

—Lo ha traído el amo, señora, después del almuerzo —contestó él.

Así pues, había sido Walter. Kitty telefoneó de inmediato a las oficinas del secretario colonial y preguntó por Charlie. Le contó lo que acababa de averiguar y, como él tardaba en responder, añadió:

—¿Qué hago?

—Ahora mismo estoy en medio de una reunión importante —le informó él—. Me temo que no puedo hablar contigo ahora. Te aconsejo que de momento permanezcas a la expectativa.

Kitty colgó el auricular, consciente de que Charlie no estaba solo y de que su falta de disponibilidad la impacientaba.

Se sentó de nuevo, frente al escritorio, apoyó la cara en las manos y procuró analizar la situación. Por supuesto, había la posibilidad de que Walter hubiese creído que dormía: no había razón para que ella no se encerrara en su habitación. Intentó recordar si estaban hablando en ese momento. En todo caso, no hablaban en voz muy alta. Y en cuanto al sombrero... Qué locura por parte de Charlie dejarlo en la planta baja, pero de nada servía culparlo por ello, era de lo más natural y no había indicios de que Walter hubiese reparado en él. Lo más probable es que fuese con prisa y se limitara a

dejar el libro y la nota de camino a alguna cita de trabajo. Lo extraño era que hubiese tratado de abrir la puerta y a continuación las dos ventanas. No era típico de él molestarla cuando la creía dormida. ¡Qué tonta había sido!

Kitty se estremeció un poco y sintió aquella dulce punzada en el corazón que notaba siempre que pensaba en Charlie. Había merecido la pena. Él le había asegurado que estaría a su lado, y si la sangre llegaba al río, bueno... Que Walter armara un escándalo, si quería. ¿Qué le importaba a ella, mientras tuviese a Charlie? Quizá lo mejor sería que Walter se enterase. Ella nunca había llegado a encariñarse con él y, desde que se había enamorado de Charlie Townsend, soportar las caricias de su marido la repugnaba y la hastiaba. Ya no quería saber nada de él. Dudaba mucho que él pudiera demostrar nada. Si la acusaba, ella lo negaría, y si se encontraba en una situación en que ya no fuese capaz de seguir negándolo, bueno, le arrojaría la verdad a la cara, y que él tomase la decisión que estimara más conveniente.

Capítulo 6

Antes de que transcurrieran tres meses de su matrimonio supo que había cometido un error, pero más por culpa de su madre que de ella misma.

Kitty, algo abrumada, posó la mirada en una fotografía de su madre que había en la habitación. No sabía por qué la mantenía allí, pues no apreciaba demasiado a aquella mujer; también había una foto de su padre, pero estaba en la planta baja, encima del piano de cola. Se la había sacado con motivo de su ascenso a la abogacía superior y aparecía en ella con peluca y toga. Ni siquiera así ofrecía un aspecto majestuoso; era un hombre pequeño y marchito, de ojos cansados y labios finos; un fotógrafo ocurrente le había sugerido que adoptara una pose simpática, pero él sólo consiguió mostrar un aire severo. Era por este motivo (ya que, por lo general, las caídas comisuras de su boca y el abatimiento que reflejaban sus ojos le conferían la apariencia de un hombre un tanto deprimido) por lo que la señora Garstin, convencida de que en aquella fotografía él presentaba un porte «judicial», la había escogido entre los negativos. En cambio, para su propio retrato, la madre había posado con el mismo atuendo que había lucido en la sala del tribunal cuando le habían otorgado el honroso título a su marido. Estaba imponente con el vestido largo de terciopelo, cuya cola habían dispuesto de tal modo que destacara junto con las plumas que llevaba en el cabello y las flores que llevaba en la mano. Se mantenía erguida. Era una mujer de cincuenta años, esbelta y prácticamente sin busto, con pómulos salientes y nariz grande y bien formada. Tenía una espesa cabellera morena muy suave, y Kitty siempre sospechó que, si no se la teñía, al menos se la retocaba. Sus ojillos negros nunca estaban quietos, lo que constituía su rasgo más notable, porque cuando hablaba con alguien, resultaban desconcertantes aquellos ojos inquietos en un rostro impasible, amarillo y terso, que se desplazaban de una parte de su interlocutor a otra, pasando por otras personas en la sala, para recaer de nuevo sobre la persona con quien conversaba; a uno lo asaltaba la sensación de que esos ojos lo estudiaban y lo juzgaban, atentos al mismo tiempo a cuanto ocurría alrededor, y de que las palabras que ella pronunciaba no guardaban la menor relación con lo que pensaba.

Capítulo 7

La señora Garstin, una mujer dura, cruel, autoritaria, ambiciosa, parsimoniosa y estúpida, era una de las cinco hijas de un procurador de Liverpool, y conoció a Bernard Garstin cuando éste trabajaba en el distrito judicial del norte. A ella le pareció un joven prometedor, y su padre auguró que llegaría lejos. Se equivocó. Aunque meticuloso, aplicado y competente, Garstin carecía de la voluntad necesaria para medrar. Su esposa lo despreciaba, pero hubo de reconocer, no sin amargura, que no alcanzaría el éxito si no era a través de él, y comenzó a empujarlo por donde quería que fuese. Lo importunaba incesantemente. Descubrió que si deseaba que hiciera algo que iba en contra de su criterio, le bastaba con asediarlo sin piedad hasta que él, agotado, cedía. Ella, por su parte, se dedicó a cultivar su relación con aquellas personas que estimaba útiles para su propósito. Halagaba a los abogados que estaban en posición de transferir casos a su marido e intimaba con sus esposas. Se mostraba obsequiosa con los jueces y sus mujeres y daba caba a los políticos prometedores.

En veinticinco años, la señora Garstin jamás invitó a alguien a cenar a su casa por el simple hecho de que le cayera bien. Celebraba grandes banquetes a intervalos regulares, pero la mezquindad pesaba en ella tanto como la ambición. No le gustaba un pelo gastar dinero, y se jactaba de ofrecer cenas espléndidas por la mitad de lo que le costaría a cualquier otro. Sus festines eran largos y ostentosos, pero económicos, y ella no contemplaba la posibilidad de que la gente se fijase en lo que bebía por mucho que también comiese y hablase. Envolvía en una servilleta una botella de vino espumoso del Mosela y creía que sus invitados lo tomaban por champán.

El bufete de Bernard Garstin no era en absoluto despreciable, pero tampoco importante. Muchos de los que ascendieron a la abogacía superior después que él ya hacía tiempo que lo habían dejado atrás. La señora Garstin lo obligó a presentarse como candidato al Parlamento. Los gastos de la campaña electoral corrieron por cuenta del partido, pero una vez más la señora Garstin puso trabas a sus ambiciones debido a su excesiva cicatería, y no fue capaz de gastar suficiente dinero para minar a sus electores potenciales. Los donativos de Bernard Garstin a los innumerables fondos a los que se esperaba que contribuyesen los candidatos siempre estaban un poco por debajo de lo adecuado, y salió derrotado. Aunque a la señora Garstin le habría gustado ser la esposa de un miembro del Parlamento, sobrellevó la decepción con entereza. La reputación de que gozaba su marido le permitió ponerse en contacto con una serie de personas de renombre, lo que aumentó su consideración social. Había comprendido que Bernard nunca dejaría huella en la Cámara. Si quería que fuese miembro del Parlamento era para que se ganara el derecho a reclamar la gratitud de su partido, y estaba claro que presentar dos o tres veces su candidatura llevando las de perder le granjearía ese derecho.

Sin embargo, continuaba siendo un letrado de menor rango, y muchos hombres más jóvenes habían ascendido ya a la abogacía superior. Era necesario que él también ascendiera, no sólo porque

de otro modo difícilmente cabía esperar que lo nombraran juez, sino también por el bien de su esposa; la avergonzaba tener que entrar en un banquete detrás de mujeres diez años más jóvenes que ella. Respecto a este punto, no obstante, encontró en su marido una reticencia a la que llevaba años desacostumbrada. Él temía no encontrar trabajo como abogado de categoría superior. Más vale pájaro en mano que ciento volando, le dijo, a lo que ella replicó que los refranes son el último refugio del indigente intelectual. Él, sabedor de que no había argumento más persuasivo para ella, le dejó caer que quizá sus ingresos se reducirían a la mitad, pero ella hizo oídos sordos y lo tachó de pusilánime. No le dio tregua hasta que al final él claudicó, como siempre. Pidió el ascenso a la abogacía superior y se lo concedieron de inmediato.

Sus temores estaban justificados. No tenía madera de líder, y los casos que llevaba eran escasos. Sin embargo, disimulaba cualquier desilusión que pudiese albergar, y si se lo reprochó a su mujer fue sólo en el fondo de su corazón. En todo caso, se tornó un poco más taciturno, pero siempre lo había sido en casa, y nadie de la familia notó el cambio. Sus hijas nunca lo habían considerado más que como una fuente de ingresos; siempre les había parecido de lo más natural que sudase la gota gorda con objeto de proporcionarles comida y alojamiento, ropa, vacaciones y dinero para gastos diversos; y ahora que estaban convencidas de que por su culpa sus recursos económicos se verían algo mermados, la indiferencia que sentían hacia él se tiñó de un desprecio exasperado. Nunca demostraron el menor interés por los sentimientos del hombrecillo sumiso que salía a primera hora de la mañana y regresaba por la noche con el tiempo justo de mudarse para la cena. En realidad, apenas lo conocían, pero como era su padre, daban por sentado que estaba obligado a quererlas y mimarlas.

Capítulo 8

La señora Garstin, a pesar de todo, poseía cierta valentía que era de por sí admirable. No permitía que nadie de su círculo inmediato, que constituía todo su mundo, advirtiese cuánto la mortificaba que se frustrasen sus esperanzas. No introdujo cambio alguno en su estilo de vida, y una gestión minuciosa le permitió continuar organizando cenas de gala tan ostentosas como las de antes y recibir a sus amigos con la alegría radiante que tanto tiempo llevaba cultivando. Tenía una reserva tan consistente como superficial de cháchara que en los ambientes que frecuentaba pasaba por conversación. Era una invitada útil entre aquellos que no compartían su facilidad para la charla intrascendente, porque nunca le faltaban nuevos temas de conversación y la gente confiaba en su habilidad para romper los silencios incómodos con un comentario oportuno.

Ahora era poco probable que nombrasen a Bernard Garstin juez del Tribunal Supremo, pero aún podía aspirar a un puesto de juez en un tribunal de condado o, en el peor de los casos, a un nombramiento en las colonias. Mientras tanto, para gran satisfacción de la señora Garstin, designaron a su marido juez instructor de una ciudad galesa. Pero era en sus hijas en quienes cifraba todas sus esperanzas. Esperaba casarlas bien para resarcirse de todas las decepciones de su trayectoria. Eran dos: Kitty y Doris. Esta última no ofrecía el menor atisbo de hermosura, tenía la nariz demasiado larga y una figura abotargada, de manera que la señora Garstin sólo aspiraba a que contrajese matrimonio con un joven acomodado que ejerciera una profesión decente.

Kitty, por el contrario, era una belleza. Ya se adivinaba esta cualidad, cuando aún era una niña, en sus grandes ojos oscuros, límpidos y vivaces, su cabellera castaña y rizada con reflejos rojizos, su dentadura impecable y su cutis hermoso. Sus rasgos nunca alcanzarían la perfección, ya que tenía la barbilla un tanto cuadrada y la nariz demasiado grande, aunque no tan larga como la de Doris. Su encanto residía en gran medida en su juventud, por lo que la señora Garstin concluyó que debía colocarla en cuanto estuviera en edad casadera. Cuando floreció estaba deslumbrante: su piel seguía siendo su mayor atractivo, pero aquellos ojos de largas pestañas destilaban tal ingenuidad y al mismo tiempo tanta dulzura que a uno le daba un vuelco el corazón con sólo mirarlos. Irradiaba una alegría cautivadora y el deseo de agradar. La señora Garstin la convirtió en el objeto de todo su afecto, un afecto riguroso, competente, calculador. Acariciaba proyectos ambiciosos: no era un buen matrimonio lo que buscaba para su hija, sino un matrimonio inmejorable.

Kitty había crecido con el convencimiento de que sería una mujer hermosa, y abrigaba sospechas más que fundadas de las pretensiones de su madre, que coincidían con sus propios deseos. La presentaron en sociedad, y la señora Garstin movió cielo y tierra para que la invitaran a bailes que ofreciesen a su hija la oportunidad de conocer a algún pretendiente. Kitty causó gran sensación, era divertida además de hermosa, y pronto media docena de hombres se había enamorado de ella. Sin

embargo, ninguno de ellos era buen partido, y Kitty, cordial y encantadora con todos, se guardó muy bien de comprometerse con ninguno. Los domingos por la tarde el salón de South Kensington se llenaba a rebosar de jóvenes apasionados, pero la señora Garstin observó, con una lúgubre sonrisa de aprobación, que no era necesario que interviniese para mantenerlos apartados de su hija. Kitty estaba dispuesta a flirtear con ellos, y la divertía enfrentarlos entre sí, mas cuando le proponían matrimonio, cosa que ninguno dejó de hacer, los rechazaba con tacto pero también con firmeza.

Su primera temporada terminó sin que apareciese el pretendiente perfecto, y también la segunda, pero Kitty era joven y podía permitirse esperar. La señora Garstin comentaba a sus amigos que le parecía una lástima que una chica se casara antes de cumplir los veintiún años, pero transcurrió un tercer año y luego un cuarto. Dos o tres de los antiguos admiradores de su hija pidieron de nuevo su mano, pero continuaban sin blanca. También le propusieron matrimonio un par de chicos más jóvenes que ella; un miembro del servicio civil hindú, caballero de la orden del Imperio indio, hizo lo propio: contaba cincuenta y tres años. Kitty seguía asistiendo a infinidad de bailes, iba a Wimbledon y a Lord's, a Ascot y a Henley, se lo pasaba en grande, pero aún no la había pedido en matrimonio nadie cuya posición e ingresos fueran satisfactorios. La señora Garstin empezó a inquietarse al caer en la cuenta de que Kitty comenzaba a atraer a hombres de cuarenta años o incluso mayores, y le recordó que en un par de años ya no sería tan guapa y que cada vez habría más jovencitas con las que competir. La señora Garstin, que no se andaba con remilgos en el ámbito doméstico, advirtió a su hija sin miramientos que corría el riesgo de perder el tren.

Kitty se encogió de hombros. Se consideraba tan hermosa como siempre, quizá más, porque a lo largo de los últimos cuatro años había aprendido a vestirse, y disponía de tiempo de sobra. Si hubiera querido casarse sólo por casarse, había una docena de jóvenes que no dejarían pasar la ocasión. Sin duda el hombre adecuado se presentaría tarde o temprano. Pero la señora Garstin juzgó la situación con mayor sagacidad: indignada con la hija guapa que había desperdiciado su mejor momento, bajó un poquito el listón, volvió a fijarse en la clase profesional que, en su orgullo, se había permitido desdeñar, y buscó un joven abogado u otro hombre de negocios cuyo futuro le inspirara confianza.

Kitty cumplió los veinticinco y continuaba soltera. La señora Garstin estaba exasperada y a menudo no dudaba en cantarle las cuarenta a su hija. Le preguntó cuánto tiempo esperaba que su padre siguiera manteniéndola. Había gastado sumas que apenas estaban a su alcance con objeto de brindarle una oportunidad, y ella no la había aprovechado. A la señora Garstin nunca se le pasó por la cabeza la posibilidad de que fuera su áspera afabilidad lo que había ahuyentado a los hombres, hijos de padres pudientes o herederos de un título, cuyas visitas había alentado con cordialidad excesiva. Aachó el fracaso de Kitty a la estupidez, y entonces Doris llegó a edad casadera. Aún tenía la nariz larga y una figura poco agraciada, y no se le daba bien bailar. En su primera temporada se prometió con Geoffrey Dennison, hijo único de un próspero cirujano a quien se le había otorgado una baronía durante la guerra. Geoffrey heredaría el título —el rango de barón médico no parecía muy señorial, pero un título, gracias a Dios, era un título— y una fortuna sumamente holgada.

Kitty, presa del pánico, se casó con Walter Fane.

Capítulo 9

Lo conocía desde poco tiempo atrás y nunca se había fijado mucho en él. No se acordaba en absoluto de cuándo o dónde se habían visto por primera vez hasta que, después de prometerse, él le aclaró que fue en un baile al que lo habían llevado unos amigos. Desde luego, el hombre no le había llamado la atención entonces, y si Kitty había bailado con él era por su natural bondadoso y porque accedía a bailar con cualquiera que se lo pidiese. No lo reconoció en absoluto cuando, un par de días después, en otro baile, él se le acercó y le dirigió la palabra. Entonces cayó en la cuenta de que se encontraba presente en todos los bailes a los que ella asistía.

—He bailado con usted al menos una docena de veces, ya es hora de que me diga cómo se llama —señaló ella, por fin, a su manera risueña.

El comentario lo desconcertó ostensiblemente.

—¿Me está diciendo que no lo sabe? Pero si nos presentaron...

—Ah, pero la gente siempre habla entre dientes. No me sorprendería que no tuviera usted la menor idea de cómo me llamo yo.

Él le sonrió. Su semblante grave y un tanto severo contrastaba con la ternura de su sonrisa.

—Claro que lo sé. —Guardó silencio durante un par de compases—. ¿No tiene curiosidad?

—Como la mayoría de mujeres.

—¿No se le ha ocurrido preguntarle a alguien cómo me llamo?

La pregunta le hizo cierta gracia a Kitty, que no entendía por qué pensaba aquel hombre que ella podía estar interesada en él; pero le gustaba ser complaciente, de modo que le ofreció una de sus sonrisas radiantes, y sus hermosos ojos, que semejaban estanques brumosos bajo los árboles de un bosque, brillaron con afabilidad encantadora.

—Bueno, ¿cómo se llama?

—Walter Fane.

Kitty no sabía a qué iba él a los bailes, porque no bailaba muy bien ni conocía a mucha gente, por lo visto. Se le pasó fugazmente por la cabeza la idea de que quizás estaba enamorado de ella, pero la desechó enseguida: había conocido a chicas convencidas de que todos los hombres que les presentaban se enamoraban de ellas, y siempre le habían parecido absurdas. Pero le dedicó a Walter Fane un poquito más de atención. Desde luego no se comportaba como los demás jóvenes que la habían cortejado. En su mayoría le confesaban sus sentimientos con franqueza y se empeñaban en besarla: unos cuantos lo habían conseguido. Walter Fane, por el contrario, nunca hablaba de ella y muy rara vez de sí mismo. Era más bien callado, cosa que a Kitty no le importaba, porque nunca le faltaban temas de conversación y le agradaba verlo reír ante sus comentarios ingeniosos, pero cuando hablaba, no sonaba como un estúpido. A todas luces era tímido. Al parecer, vivía en Oriente y estaba

en Inglaterra de permiso.

Un domingo por la tarde llamó de improviso a la puerta de su casa de South Kensington. Había una docena de personas allí, y Fane permaneció un rato sentado, un tanto incómodo, y luego se marchó. Más tarde, su madre le preguntó a Kitty si sabía quién era.

—No tengo la menor idea. ¿Lo has invitado tú?

—Sí, lo conocí en casa de los Baddeley. Me dijo que te había visto en varios bailes, y le comenté que yo siempre estaba en casa los domingos.

—Se llama Fane y trabaja de no sé qué en Oriente.

—Sí, es médico. ¿Está enamorado de ti?

—Te aseguro que no lo sé.

—Yo habría jurado que a estas alturas ya sabrías cuándo un joven está enamorado de ti.

—No me casaría con él aunque lo estuviese —repuso Kitty sin concederle mayor importancia.

La señora Garstin no respondió y se sumió en un silencio preñado de disgusto. Kitty se sonrojó: era consciente de que a su madre ya no le importaba con quién se casara, siempre y cuando alguien se la quitara de encima.

Capítulo 10

A lo largo de la semana siguiente se topó con él en tres bailes y él, con la timidez quizás un tanto mitigada, se mostró un poco más comunicativo. Era médico, desde luego, pero no ejercía; era bacteriólogo (Kitty no tenía sino una noción muy vaga de lo que esto significaba) y trabajaba en Hong Kong, adonde regresaría en otoño. Hablaba mucho de China. Ella acostumbraba a fingir interés por todo aquello que le contaba la gente, pero sin duda la vida en Hong Kong parecía la mar de divertida; allí la gente se reunía en clubes, acudía a las carreras y jugaba al tenis, al polo y al golf.

—¿Se celebran muchos bailes?

—Oh, sí, eso creo.

Kitty se preguntó si él le contaba esas cosas por algún motivo. Era evidente que a Fane le agradaba su compañía, pero nunca le daba a entender, ya fuera con un leve apretón de la mano, con una mirada furtiva o de palabra, que la considerase algo más que una chica con la que se encontraba de vez en cuando para bailar. Al domingo siguiente, se presentó de nuevo en su casa. El padre de Kitty apareció casualmente —la lluvia le había impedido jugar al golf—, y Walter Fane mantuvo con él una larga conversación. Después, ella le preguntó a su padre de qué habían hablado.

—Por lo visto está destinado en Hong Kong. El juez presidente es un viejo amigo y colega mío. Fane me parece un joven extraordinariamente inteligente.

Kitty sabía que, por lo general, a su padre lo aburrían mortalmente los jóvenes que, debido a ella y ahora también a su hermana, se había visto obligado a recibir en su casa durante años.

—No es habitual que te caigan bien los jóvenes que vienen a verme, padre.

Él posó sus ojos cansados y bondadosos en ella.

—¿Acaso piensas casarte con él?

—Claro que no.

—¿Está enamorado de ti?

—No me ha dado ninguna señal de ello.

—¿Te gusta?

—Creo que no demasiado. Me irrita un poco.

Walter Fane no era su tipo en absoluto. Era bajo, aunque no membrudo, más bien esmirriado; atezado y sin barba ni bigote, con rasgos muy proporcionados y bien definidos. Sus ojos, casi negros, si bien no muy grandes, carecían de expresividad y se clavaban en los objetos con singular persistencia; reflejaban curiosidad, pero no causaban una impresión muy agradable. Con su nariz recta y delicada, su frente lisa y su boca bien formada, cabría esperar que fuese guapo, pero, sorprendentemente, no lo era. Cuando Kitty empezó por fin a fijarse un poco en él le sorprendió que poseyera rasgos que habrían resultado tan atractivos por separado. Su expresión era un tanto

sarcástica, y ahora que Kitty lo conocía mejor, cayó en la cuenta de que no se sentía del todo cómoda a su lado. El hombre no irradiaba ni pizca de alegría.

Para cuando la temporada tocó a su fin los dos se habían visto muy a menudo, pero él se había mantenido tan distante e impenetrable como siempre. No se mostraba exactamente tímido con ella, sino avergonzado; mantenía la conversación en un terreno extrañamente impersonal. Kitty llegó a la conclusión de que él no estaba en absoluto enamorado: la encontraba simpática y le gustaba charlar con ella, pero cuando regresara a China en noviembre la olvidaría. Kitty no descartaba la posibilidad de que Fane estuviera prometido con alguna enfermera en un hospital de Hong Kong, hija de un clérigo, insulsa, fea, patosa y diligente; era precisamente una esposa así la que le convenía.

Entonces llegó el anuncio del compromiso de Doris con Geoffrey Dennison. Doris, a sus dieciocho años, iba a contraer un matrimonio de lo más ventajoso, y en cambio Kitty seguía soltera a los veinticinco. ¿Y si nunca llegaba a casarse? Esa temporada, la única persona que se le había declarado era un muchacho de veinte años que todavía estudiaba en Oxford: no iba a casarse con un chico cinco años menor que ella. Lo había echado todo a perder. El año anterior había rechazado a un caballero de la orden de Bath, viudo y con tres hijos, y ahora casi se arrepentía. Su madre estaría hecha una furia, y Doris, a quien siempre habían marginado porque todos esperaban que ella, Kitty, consiguiese un marido estupendo, no dejaría de pavonearse ante ella. A Kitty se le cayó el alma a los pies.

Capítulo 11

Una tarde, sin embargo, cuando volvía a casa andando desde Harrod's, se tropezó en Brompton Road con Walter Fane, que se detuvo a hablar con ella. Luego, como quien no quiere la cosa, le propuso que fuese a pasear con él por el parque. Ella no estaba muy deseosa de regresar a casa, donde a la sazón reinaba un ambiente que no le resultaba demasiado agradable. Dieron una vuelta, hablando de cosas intrascendentes, como de costumbre, y él le preguntó dónde pensaba pasar el verano.

—Oh, siempre vamos al campo, a enterrarnos en vida. Mi padre queda agotado tras todo un trimestre de trabajo, así que nos lleva al lugar más tranquilo que encuentra —aseguró Kitty en un tonillo burlón, porque sabía bien que su padre no estaba ni remotamente tan atareado como para cansarse y que, aunque lo estuviese, nadie le habría consultado sobre sus preferencias en relación con las vacaciones. Pero un lugar tranquilo era un lugar barato.

—¿No dirías que esas sillas invitan a sentarse? —comentó Walter de súbito.

Ella siguió la dirección de su mirada y, en un sitio apartado, vio dos sillas verdes sobre la hierba, al pie de un árbol.

—Vamos —accedió.

Sin embargo, una vez sentados, él pareció abismarse en sus pensamientos. Era un ser extraño. No obstante, Kitty continuó charlando despreocupadamente, aunque no se explicaba por qué le había pedido él que lo acompañase en un paseo por el parque. Quizá quería confesarle su pasión por la enfermera patosa de Hong Kong. De pronto, se volvió hacia ella y la interrumpió en medio de una frase, con el rostro blanco como la cal, por lo que ella descubrió que no estaba escuchándola.

—Quiero decirte una cosa.

Ella lo miró enseguida y advirtió que sus ojos rebosaban una ansiedad dolorosa. Su voz sonó tensa, grave y no muy firme, pero antes de que ella tuviera la oportunidad de preguntarse a qué venía semejante turbación, él añadió:

—Quería pedirte que te casaras conmigo.

—Me has dejado de una pieza —murmuró ella, sorprendida, con la vista fija en él, sin acabar de comprender.

—¿No te habías dado cuenta de que estoy profundamente enamorado de ti?

—No habías dado muestras de ello.

—Soy sumamente torpe y desmañado. Siempre me cuesta expresar las cosas que siento de verdad.

El corazón empezó a latirle un poco más deprisa a Kitty. Muchos habían pedido su mano, pero siempre con una actitud alegre o sentimental, y ella había respondido del mismo modo. Nadie se le había declarado de una manera tan brusca y al mismo tiempo tan curiosamente trágica.

—Eres muy amable —titubeó.

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Tenía la intención de pedírtelo antes, pero me faltaba valor.

—No sé si es la mejor manera de decirlo —bromeó ella, aliviada por que se le hubiera presentado la ocasión de reír un poco, pues ese día tan agradable y soleado, el aire que los rodeaba se había cargado de repente de oscuros presagios. Él frunció el ceño con aire sombrío.

—Oh, ya sabes a qué me refiero. No quería perder las esperanzas, pero ahora te marcharás, y en otoño yo habré de regresar a China.

—Nunca te había considerado más que un amigo —replicó ella, incapaz de contenerse.

Él no agregó una palabra más y se limitó a contemplar la hierba con hosquedad. Era un ser muy extraño, pero ahora que le había propuesto matrimonio, a Kitty la invadió la misteriosa sensación de que su amor no se asemejaba a cuanto había experimentado hasta entonces. Estaba un poco asustada, pero también alborozada. La impasibilidad de Fane la impresionaba en cierta manera.

—Dame tiempo para pensar.

Él permaneció callado, muy quieto. ¿Acaso pretendía retenerla allí hasta que tomara una decisión? Qué absurdo. Eso tenía que hablarlo con su madre. Habría debido levantarse en ese momento, pero se había quedado sentada, aguardando una respuesta de él, y ahora, sin saber por qué, le resultaba difícil moverse. Aunque no lo miró, era consciente del aspecto de Walter, y nunca se había imaginado ante el altar con un hombre apenas más alto que ella. Al sentarse cerca de él se apreciaba el atractivo de sus facciones y la frialdad de su rostro. Esto producía un efecto curioso cuando uno era consciente de la pasión devastadora que abrasaba su corazón.

—No te conozco, no te conozco en absoluto —dijo ella con voz trémula.

Walter alzó la mirada hacia ella, y sus ojos atrajeron los de Kitty. Rezumaban una ternura de la que ella nunca se había apercibido, pero también había algo suplicante en ellos, como en los de un perro apaleado, que le provocaba cierta exasperación.

—Creo que cuando me conozcas tendrás mejor opinión de mí —señaló él.

—Bueno, eres un poco tímido, ¿verdad?

Desde luego, era la declaración menos convencional que le habían hecho jamás a Kitty, e incluso ahora le parecía que lo que se decían el uno al otro era de lo más insólito para una ocasión así. No estaba enamorada de él en absoluto. No entendía por qué no lo rechazaba de inmediato.

—Qué estúpido soy —se lamentó Walter—. Quisiera decirte que te amo con todo mi corazón, pero es tremendamente difícil para mí.

Esto también la desconcertó, porque inexplicablemente le llegó muy hondo; él no era tan frío en realidad, claro, era su actitud la que resultaba inoportuna: Walter nunca había despertado en ella tanto aprecio como en ese momento. Doris iba a casarse en noviembre. Él estaría camino de China para entonces y, si se casaban, ella iría con él. La perspectiva de asistir como dama de honor a la boda de Doris no era muy lisonjera; Kitty estaría encantada de zafarse de ello. ¡Además, pensar que Doris sería una mujer casada y ella seguiría soltera...! Todo el mundo estaba al tanto de la corta edad de Doris y, en comparación, Kitty parecería aún mayor de lo que era; se quedaría para vestir santos. Sería un matrimonio poco satisfactorio para ella, pero un matrimonio al fin y al cabo, y vivir en China lo haría más llevadero. Ella temía la lengua afilada de su madre. Todas las chicas que se habían puesto de largo a la vez que ella llevaban ya tiempo casadas y en su mayoría tenían hijos. Se había

hartado de visitarlas y de fingir entusiasmo ante sus criaturas. Walter Fane le ofrecía una nueva vida, de modo que se volvió hacia él con una sonrisa cuyo efecto conocía muy bien.

—Si fuera tan impulsiva como para acceder a casarme contigo, ¿cuándo querrías que fuera la boda?

Él ahogó un grito de dicha, y sus mejillas blancas se tiñeron de rojo.

—Ahora. De inmediato. Lo antes posible. Iríamos a Italia de luna de miel. Agosto y septiembre.

En este caso, Kitty se libraría de pasar el verano en una vicaría rural, alquilada por cinco guineas a la semana, con sus padres. En un destello le vino a la mente la imagen de un anuncio en el *Morning Post* en el que se informaba de que, puesto que el novio debía regresar a Oriente, el casamiento se celebraría de inmediato. Ella conocía muy bien a su madre y sabía que no le escatimaría el dinero para la ceremonia. De momento, al menos, Doris pasaría a un segundo plano, y cuando ésta se casara con mucha más pompa, Kitty ya estaría lejos.

Le tendió la mano a Walter.

—Creo que te tengo mucho cariño. Dame tiempo para que me acostumbre a estar contigo.

—Entonces, ¿significa eso que aceptas? —la interrumpió él.

—Supongo que sí.

Capítulo 12

Apenas lo conocía por aquel entonces, y ahora, aunque llevaban casados cerca de dos años, sólo lo conocía un poco más. En un primer momento la había conmovido su bondad y la había halagado, y también sorprendido su pasión. Era sumamente atento. Se deshacía en atenciones hacia Kitty, y a ella le bastaba con expresar un capricho para que él se apresurara a satisfacerlo. La agasajaba constantemente con regalitos y, si alguna vez se encontraba mal, no había persona más amable o cariñosa que él. Era como si ella le hiciese un favor cada vez que le brindaba la oportunidad de realizar alguna tarea ardua por ella. Y siempre se excedía en su caballerosidad. Se ponía de pie cuando ella entraba en la habitación, le ofrecía la mano para ayudarla a bajar del coche, si se cruzaban en la calle se quitaba el sombrero, le abría la puerta solicitamente cuando salía de una habitación y nunca entraba en su dormitorio o en el tocador sin llamar. No la trataba como Kitty había visto a la mayoría de los hombres tratar a sus mujeres, sino como a una invitada en una casa de campo. Esto resultaba agradable y, al mismo tiempo, un tanto cómico. Se habría sentido más a gusto con Walter si él se hubiera comportado con mayor naturalidad. Sus relaciones conyugales tampoco la acercaban más a él. En esos momentos Walter se mostraba apasionado, feroz, chocantemente histérico incluso, y sentimental.

La azoraba comprobar lo sensible que era él en realidad. Su dominio sobre sí mismo se debía a la timidez o a un largo aprendizaje, ella no hubiera sabido precisar la causa, pero le repugnaba levemente que cuando ella yacía con él en la cama, después de aplacar su deseo, él, tan temeroso de decir cosas absurdas y caer en ridículo, se pusiera a balbucir como un niño. En una ocasión ella se rio y calificó sus palabras de sensibleras y cursis. Kitty notó que los brazos de Walter que la rodeaban se quedaron laxos; él guardó silencio durante un rato y luego, sin abrir la boca, la soltó y se fue a su propia habitación. Ella no pretendía herir sus sentimientos, así que un par de días después abordó el tema.

—Vamos, tontorrón, no me molestan las tonterías que me dices.

Él se rio con aire avergonzado. Kitty había caído en la cuenta muy pronto de que su marido adolecía de una incapacidad dolorosa para dejarse ir. Siempre estaba cohibido. Cuando asistían a una fiesta y todos se ponían a cantar, Walter nunca se animaba a sumarse al coro. Permanecía sentado, sonriendo para demostrar que la situación le agradaba y lo divertía, pero era una sonrisa forzada, que más bien parecía una mueca sarcástica, y uno no podía por menos de pensar que consideraba a los demás invitados una cuadrilla de necios. Tampoco participaba en los juegos de grupo que a Kitty, con su buen humor, tanto la entusiasmaban. En su viaje a China, Walter fue el único que se negó en redondo a vestirse de gala. El descubrimiento de que todo aquello lo aburría soberanamente empañó la alegría de Kitty.

Ella, con su espíritu vivaz, se habría pasado gustosamente el día entero charlando, y reía con espontaneidad. El silencio de Walter la desconcertaba. Él había adoptado la costumbre, exasperante para Kitty, de no contestar a algunos de sus comentarios informales. Si bien era cierto que no requerían contestación, una respuesta no habría estado de más. Si llovía y ella comentaba: «Llueve a cántaros», le habría gustado que él respondiese: «Sí, ¿verdad?». En cambio, él se quedaba callado, y a veces a Kitty le venían ganas de zarandearlo.

—He dicho que llueve a cántaros —repetía ella.

—Ya te he oído —contestaba él con su sonrisa afectuosa, lo que demostraba que no era su intención humillarla. No hablaba sencillamente porque no tenía nada que decir, pero si nadie hablara a menos que tuviera algo que decir, reflexionaba Kitty, divertida, la humanidad no tardaría en perder el don de la palabra.

Capítulo 13

Había algo innegable, en cualquier caso, y era que Walter no poseía el menor encanto. Por eso no gozaba precisamente de una gran popularidad, y Kitty no tardó mucho en descubrirlo tras su llegada a Hong Kong. No se había formado más que una idea muy vaga del trabajo de su marido. Sólo le quedaba clara una cosa, que el puesto de bacteriólogo del gobierno no era para tirar cohetes, y con eso le bastaba. Por lo visto, Walter prefería no hablar de esa faceta de su vida con ella. Como Kitty se había propuesto de entrada mostrarse interesada en cualquier cosa, le había preguntado al respecto, pero él había eludido el tema con una bromita.

—Es de lo más aburrido y técnico —le aseguró en otra ocasión—. Y está sumamente mal pagado.

Era muy reservado. Todo lo que Kitty sabía acerca de sus antecedentes, lugar de nacimiento, estudios y la vida que llevaba antes de que ella lo conociera, lo había averiguado a fuerza de interrogarlo. Sorprendentemente, lo único que parecía perturbar su afabilidad habitual eran las preguntas, y cuando Kitty, llevada por su curiosidad natural, le lanzaba toda una ráfaga de ellas, él contestaba con una brusquedad cada vez mayor. Kitty era lo bastante avispada para comprender que si él se resistía a responder no era porque quisiera ocultarle algo, sino meramente por su secretismo innato. Lo hastiaba hablar de sí mismo, lo cohibía y lo incomodaba. No sabía abrirse a los demás. Le gustaba la lectura, pero a Kitty los libros que elegía no se le antojaban muy estimulantes. Cuando no andaba inmerso en algún tratado científico, leía textos sobre China u obras históricas. Nunca se relajaba, y de hecho su esposa dudaba que fuera capaz de ello. Le gustaban, eso sí, los juegos, sobre todo el tenis y el bridge.

Kitty se preguntaba por qué se habría enamorado de ella. No lograba imaginar a una persona más inadecuada que ella para un hombre tan sobrio, frío y dueño de sí mismo. Y, sin embargo, era evidente que la amaba con locura y que estaba dispuesto a cualquier cosa por complacerla. Walter era maleable como la cera entre sus manos. Cuando Kitty pensaba en una faceta que él no mostraba a nadie más que a ella, sentía cierto desdén por él. Se preguntaba si su actitud sarcástica, su tolerancia despectiva hacia tantas personas y cosas que ella admiraba, no sería sino una fachada para disimular una profunda debilidad. Kitty lo suponía inteligente, como todo el mundo, pero sólo en contadas ocasiones, cuando él se encontraba con dos o tres personas de su predilección y andaba de buen ánimo, le había parecido divertido. Más que aburrir a Kitty, la dejaba indiferente.

Capítulo 14

Aunque Kitty había coincidido con su esposa en diversas reuniones sociales, ya llevaba varias semanas en Hong Kong cuando conoció a Charles Townsend. No se lo presentaron hasta el día que ella fue a cenar a su casa con su marido. Kitty se puso a la defensiva. Charles Townsend era vicesecretario colonial, y ella no iba a permitir que la tratase con la condescendencia que, a pesar de sus buenos modales, había percibido en la señora Townsend. Los recibieron en un salón espacioso y amueblado en un estilo acogedor y sencillo, muy típico de Hong Kong, por lo que había visto Kitty. Había numerosos invitados. Los Fane fueron los últimos en llegar, y en cuanto entraron unos criados chinos de uniforme les ofrecieron cócteles y aceitunas. La señora Townsend los saludó con familiaridad y, tras consultar una lista, indicó a Walter a quién debía acompañar al comedor.

Kitty se fijó en un hombre alto y muy atractivo que se les acercaba.

—Éste es mi marido.

—Voy a tener el privilegio de sentarme a su lado —dijo él.

Kitty se tranquilizó de inmediato, y la sensación de hostilidad que le oprimía el pecho se disipó. Aunque los ojos de Townsend sonreían, había apreciado en ellos un destello de sorpresa. De inmediato entendió qué significaba su expresión, y sintió ganas de reír.

—Ahora no podré cenar —dijo él—, y eso que, conociendo a Dorothy, sé que la cena estará exquisita.

—¿Por qué no?

—Deberían haberme avisado. Alguien tendría que habérmelo advertido.

—¿Qué?

—Nadie me había dicho ni media palabra. ¿Cómo iba a estar preparado para conocer a una belleza tan arrebatadora?

—¿Y qué debo responder yo a eso?

—Nada. Déjeme a mí la charla, y se lo repetiré una y otra vez.

Kitty, impasible, se preguntó qué le habría contado su esposa sobre ella exactamente. Sin duda él le había preguntado al respecto, y Townsend, al bajar su mirada risueña hacia ella, lo recordó de repente.

—¿Qué tal es? —había inquirido cuando su esposa le había informado de su primer encuentro con la esposa del doctor Fane.

—Oh, es una jovencita bastante mona. Con cierto aire de actriz.

—¿Se dedicaba al teatro?

—Oh, no, no lo creo. Su padre es médico, o abogado, o algo así. Supongo que tendremos que invitarles a cenar.

—No hay prisa, ¿verdad?

Cuando estaban sentados a la mesa, uno junto al otro, él le comentó que conocía a Walter Fane desde su llegada a la colonia.

—Jugamos a bridge a menudo. Walter es con mucho el mejor jugador de todo el club.

Ella le repitió estas palabras a Walter cuando regresaban a casa.

—Bueno, eso no es mucho decir.

—¿Qué tal juega él?

—Bastante bien. Si tiene una buena mano, sabe administrarla muy bien, pero cuando le tocan malas cartas se viene abajo.

—¿Juega tan bien como tú?

—No me hago ilusiones con respecto a mi manera de jugar. Yo me describiría como un muy buen jugador de segunda división. Townsend cree que está en primera, y no es así.

—¿No te cae bien?

—Ni bien ni mal. Tengo entendido que no se le da mal su trabajo, y todo el mundo dice que es un buen deportista. A mí me trae sin cuidado.

No era la primera vez que la moderación de Walter la exasperaba. Kitty se preguntó qué necesidad había de ser tan diplomático: la gente te caía bien o te caía mal. A ella Charles Townsend le había caído estupendamente, cosa que no esperaba de quien debía ser el hombre más popular de la colonia. Corría el rumor de que el secretario colonial iba a retirarse en breve, y todo el mundo suponía que Townsend lo sucedería en el cargo. Jugaba al tenis, al polo y al golf, poseía ponis de carreras y nunca le negaba un favor a nadie, ni dejaba que los trámites burocráticos interfiriesen en sus asuntos. El rango no se le había subido a la cabeza. Kitty no sabía por qué la había predispuesto en su contra que todo el mundo le hablara tan bien de él, hasta tal punto que se lo imaginaba como un hombre sumamente engreído: qué tontería; si de algo no se le podía acusar era de eso.

Había disfrutado la velada, conversando con él sobre los teatros de Londres, y sobre Ascot y Cowes y todas aquellas cosas con las que ella estaba tan familiarizada, de tal modo que acabó por producirle la misma sensación que si lo hubiera conocido en alguna elegante mansión de Lennox Gardens; y luego, una vez que los hombres se hubieron retirado al salón, después de la cena, él había salido de allí para sentarse junto a ella de nuevo. Aunque no había dicho nada muy gracioso, ella se había reído; debía de ser por su manera de decirlo: en su voz, grave e intensa, había un deje de dulzura, y sus atentos y radiantes ojos azules se posaban en ella con una expresión encantadora que la hacía sentirse muy cómoda en su compañía. El hombre rezumaba encanto, de ahí que resultara tan agradable.

Era alto, media al menos un metro ochenta y cinco, según le había parecido a ella, y lucía un tipo espléndido; se notaba que estaba en buena forma y que no le sobraba un solo gramo de grasa. Era elegante, el hombre más elegante de la sala, y la ropa le sentaba como un guante. A Kitty le gustaban los hombres bien arreglados. Se le iba la vista hacia Walter: decidió que debía preocuparse un poco más de su propio aspecto. Se fijó en los gemelos y los botones del chaleco de Townsend; había visto unos similares en Cartier's. Los Townsend gozaban de cuantiosas rentas, con toda probabilidad. Aunque él tenía el rostro intensamente bronceado, el sol no le había ajado las mejillas, que presentaban un color saludable. A Kitty le gustaba también el fino bigotito rizado que no llegaba a ocultar sus labios rojos y carnosos, pero su rasgo más atractivo, naturalmente, eran sus ojos, bajo

unas cejas gruesas y pobladas: eran tan azules y destilaban una ternura jovial que persuadían a quien los miraba de que su dueño abrigaba buenas intenciones. Nadie con unos ojos azules como aquéllos sería capaz de hacer daño a un semejante.

Kitty estaba segura de que le había causado buena impresión. Aunque él no le hubiera regalado el oído con comentarios halagadores, su cálida mirada de admiración lo habría delatado. Ella se maravillaba ante su desenvoltura y su falta de timidez, eran dignas de admiración. Se encontraba a gusto en esas circunstancias y admiraba la maña con que, sin abandonar el tono informal que prevaleció a lo largo de la conversación, dejaba caer de vez en cuando una insinuación galante y lisonjera. Cuando, en el momento de marcharse, le tendió la mano, él se la estrechó con una presión de un modo inconfundible.

—Espero que nos veamos pronto —dijo con aparente indiferencia, pero la expresión de sus ojos confirió a las palabras un significado que Kitty no pasó por alto.

—Hong Kong es un pañuelo, ¿verdad? —comentó ella.

Capítulo 15

¿Quién iba a pensar que antes de que transcurrieran tres meses su relación evolucionaría hasta ese punto? Él le había confesado que aquella misma velada se había quedado absolutamente prendado de ella porque era lo más hermoso que había visto en su vida. Se acordaba del vestido que llevaba; era su vestido de boda, y él le comentó que parecía un lirio de los valles. Kitty sabía que Townsend estaba enamorado de ella antes de que él le abriera su corazón y, un tanto asustada, había optado en un primer momento por guardar las distancias, porque el hombre parecía muy impulsivo y las circunstancias no eran favorables. No se atrevía a permitirle que la besara, pues sólo de imaginarse entre sus brazos se le aceleraba el pulso. Nunca antes había estado enamorada, y era maravilloso. Ahora que había descubierto el amor, sentía compasión al recordar el amor que le profesaba Walter. Le tomaba el pelo y notaba que a él le gustaba. Al principio quizá lo temía un poquito, pero después cobró mayor confianza en sí misma. Se metía con él y le divertía ver la sonrisa lenta con que él, sorprendido y encantado, acogía sus bromas. Al final, pensaba ella, su marido acabaría por convertirse en todo un ser humano. Ahora que había aprendido algo acerca de la pasión, Kitty disfrutaba jugando con los sentimientos de su marido con la precisión con que una arpista pulsa las cuerdas de su instrumento, y reía al constatar el desconcierto y la confusión que provocaba en él.

Y cuando Charlie pasó a ser su amante, la situación entre ella y Walter se tornó exquisitamente absurda. Kitty apenas era capaz de contemplarlo, tan serio y sereno, sin que se le escapara la risa. Era tan feliz que no podía querer mal a su marido. Después de todo, de no ser por Walter no habría conocido a Charlie. Había vacilado durante un tiempo antes de dar el paso definitivo, pero no porque no estuviera tentada de sucumbir a la pasión de Charlie, pues la suya propia no le iba a la zaga, sino porque su educación y todas las convenciones sociales por las que se había regido hasta entonces la intimidaban. Más tarde (y la consumación se debió a un accidente; ninguno de los dos había previsto la oportunidad hasta que ésta había surgido) le sorprendió descubrir que nada había cambiado en su interior. Había supuesto que aquel acto provocaría no sabía muy bien qué, algún vuelco fantástico en su vida que la transformaría en una persona distinta, y cuando se le presentó la ocasión de mirarse en el espejo se quedó pasmada al ver a la misma mujer que había visto la víspera.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó él.

—Te adoro —respondió en un susurro.

—¿No crees que has sido un poco boba al desperdiciar tanto tiempo?

—Tonta de capirote.

Capítulo 16

La felicidad, a veces más intensa de lo que era capaz de soportar, reavivó su belleza. Poco antes de casarse, cuando su piel empezaba a perder la lozanía de la primera juventud, ella ofrecía un aspecto cansado y ojoso, en tal grado que los menos caritativos aseguraron que empezaba a marchitarse, pero existe una diferencia abismal entre una chica de veinticinco años y una mujer casada de esa misma edad. Ella era como un botón de rosa cuyos pétalos empiezan a amarillear por el borde, y, de súbito, pasó a ser como una rosa en todo su esplendor. Sus ojos soñadores adquirieron una expresión más elocuente; su tez (el rasgo del que más se había enorgullecido y al que mayores cuidados había dedicado) era deslumbrante: no cabía compararla con el melocotón ni con la flor; eran éstos los que aspiraban a ser comparados con ella. Aparentaba dieciocho años de nuevo y estaba en el apogeo de su radiante hermosura. Era imposible no reparar en ello, y sus amigas le preguntaban en apartes discretos y amistosos si estaba embarazada. Los indiferentes que la habían descrito meramente como una mujer muy guapa de nariz larga reconocieron su equivocación. Kitty era lo que Charlie la había llamado en su primer encuentro, una belleza arrebatadora.

Ocultaban su amorío con habilidad. Él tenía buenas espaldas, según le dijo («no pienso permitir que alardees de buen tipo»), repuso ella, tomándosele a la ligera), y no había de qué preocuparse en su caso, pero por el bien de ella más valía que no corriesen el menor riesgo. No debían encontrarse a solas muy a menudo —para él nunca era lo bastante a menudo, pero tenía que pensar ante todo en lo que le convenía a ella—, sólo algunas veces en la tienda de curiosidades, y de cuando en cuando en casa de ella, después del almuerzo, cuando no había nadie por allí; pero Kitty se topaba con él con frecuencia en público, y entonces le divertía el tono formal en que él se dirigía a ella, con su jovialidad habitual, pero con la misma actitud que adoptaba ante los demás. ¿Quién de los presentes iba a imaginar al oírlo bromear con su encanto característico que hacía poco tiempo la había estrechado apasionadamente entre sus brazos?

Ella lo idolatraba. Estaba espléndido, con sus elegantes botas de caña alta y sus pantalones de montar blancos, cuando jugaba al polo. Con su ropa de tenis parecía un jovencito. No disimulaba el orgulloso que estaba de su figura: era la mejor que Kitty había visto en su vida. Él se afanaba en mantenerla: nunca comía pan, patatas ni mantequilla, y hacía mucho ejercicio. A ella le gustaba el esmero con que se cuidaba las manos; iba con la manicura una vez a la semana. Era un atleta estupendo y el año anterior había ganado el campeonato local de tenis. Desde luego, ella no había conocido mejor pareja de baile; bailar con él era un sueño hecho realidad. Nadie le hubiera atribuido cuarenta años. Ella le dijo que no se creía que tuviera esa edad.

—Me parece que no es más que un farol y que en realidad tienes veinticinco.

Él rio, muy complacido.

—Ay, cariño, tengo un hijo de quince años. Soy un hombre de mediana edad. Dentro de dos o tres años me habré convertido en un viejo rechoncho.

—Serás adorable incluso cuando cumplas los cien.

A ella le encantaban sus tupidas cejas negras. Se preguntaba si era eso lo que confería a sus ojos azules esa expresión inquietante.

El hombre era un dechado de talentos. Sabía tocar el piano bastante bien, sobretodo ragtime, claro, y entonaba canciones cómicas con voz sonora y buen humor. Kitty dudaba que hubiera algo que no se le diese bien a Charlie: era muy avispado en su trabajo, y ella compartía su alegría cuando él le contaba que el gobernador lo había felicitado expresamente por la eficiencia con que había resuelto algún asunto difícil.

—Aunque esté mal que yo lo diga —comentó él con una risita y una mirada cautivadora, rebosante de amor por ella—, ningún otro funcionario lo habría hecho mejor.

¡Oh, cómo le hubiera gustado ser su esposa en vez de la de Walter!

Capítulo 17

Naturalmente, aún no estaba claro que Walter hubiese descubierto la verdad, y si no la sabía quizá valía más dejar las cosas como estaban, pero si se había enterado... Bueno, al fin y al cabo sería lo mejor para todos. Al principio Kitty estaba, si no satisfecha, al menos resignada a ver a Charlie sólo a hurtadillas, pero el tiempo había enardecido su pasión y desde hacía un tiempo la desesperaban cada vez más los obstáculos que les impedían estar siempre juntos. Él le aseguraba a menudo que maldecía su posición social, que lo obligaba a proceder con tanta discreción, así como las obligaciones que lo ataban y las que la ataban a ella: qué maravilloso sería, suspiraba, que ambos fueran libres. Kitty entendía su punto de vista. Nadie deseaba un escándalo y, por supuesto, había que pensárselo mucho antes de cambiar el curso de toda una vida; pero, si de pronto se viesan libres, ah, qué sencillo sería todo entonces.

No es que nadie fuera a sufrir mucho. Ella conocía exactamente en qué estado se encontraban las relaciones de Charlie con su esposa, una mujer fría. El amor entre ambos se había extinguido hacía ya años. Los mantenía juntos la costumbre, además de la conveniencia y, claro está, los niños. Charlie lo tenía más fácil que Kitty: Walter la quería. Por otro lado, estaba absorto en su trabajo y, como todo hombre que se preciara, era miembro de un club; quizá lo pasaría mal en un primer momento, pero ya lo superaría. No había razón para que no encontrara otra esposa. Charlie le había confesado que no alcanzaba a entender por qué ella se había rebajado a casarse con Walter Fane.

Kitty, con una media sonrisa, se preguntó por qué unos minutos antes le había aterrado tanto la idea de que Walter los hubiera sorprendido. Como es lógico, la visión del pomo de la puerta al girar muy despacio resultaba escalofriante, pero ella ya sabía qué reacción esperar de Walter en el peor de los casos, y los dos estaban preparados para ello. Charlie se sentiría tan aliviado como ella si las circunstancias los condujeran al resultado que ambos anhelaban más que cualquier otra cosa en este mundo.

Walter era un caballero, eso había que reconocerlo, y la amaba; sin duda tomaría la decisión más adecuada y le concedería el divorcio. Habían cometido un error y, por fortuna, lo había comprendido antes de que fuera demasiado tarde. Kitty planeó lo que le diría y el modo en que lo trataría: se mostraría amable, sonriente y firme. No había necesidad de discutir. Más adelante, siempre estaría encantada de verlo, y esperaba de corazón que guardara en la memoria los dos años que habían pasado juntos como un recuerdo valioso.

«No creo que a Dorothy Townsend le importe divorciarse de Charlie —pensaba Kitty—. Ahora que el menor de sus hijos regresará a Inglaterra, ella haría bien en instalarse allí también. No se le ha perdido nada en Hong Kong. Podrá pasar todas las vacaciones con sus hijos, y además tiene a sus padres en Inglaterra».

La situación resultaba muy sencilla, y podía solucionarse sin escándalos ni resquemores. Y luego Charlie y ella estarían libres para casarse. Kitty exhaló un suspiro prolongado. Serían tan felices que bien merecía la pena soportar ciertas molestias para lograrlo. Se le agolpaban en la mente imágenes desordenadas sobre la vida que llevaría con él, lo bien que lo pasarían y los viajes que realizarían juntos, la casa en que vivirían, los ascensos que conseguiría él y el gran apoyo que le prestaría ella. Estaría muy orgulloso, y ella... ella lo adoraba.

Sin embargo, había cierta aprensión latente en todas estas fantasías. Era curioso, como si la sección de viento y de cuerda de una orquesta interpretaran melodías arcádicas mientras por debajo la percusión, tenue y siniestra, tocaba una suerte de retreta lúgubre. Tarde o temprano Walter regresaría a casa, y a Kitty el corazón se le desbocaba ante la mera idea de encontrarse con él: era raro que esa tarde se hubiera marchado sin decirle una palabra. No es que él la atemorizara, ni mucho menos; «después de todo, ¿qué puede hacer?», se repetía ella, pero su inquietud no remitía. Ensayó una vez más lo que iba a decirle. ¿De qué serviría montar una escena? Lo sentía, bien sabía Dios que no quería causarle el menor daño, pero no lo amaba, y eso no había manera de remediarlo. Era inútil fingir, y había que anteponer la verdad a todo lo demás. Ella esperaba no hundirlo en la desdicha, pero habían cometido un error y lo más sensato era reconocerlo. Siempre se acordaría de él con cariño.

Sin embargo, incluso mientras pensaba todo esto, un repentino ataque de miedo ocasionó que empezaran a sudarle las palmas de las manos, y al notarse asustada se enfadó con Walter. Si quería armar un escándalo, allá él; que no se sorprendiera si ella no se quedaba callada. Le espetaría que nunca había sentido nada por él y que no había pasado un solo día desde su boda en que no se hubiera arrepentido de haberse casado. Era un soso. ¡Oh, cómo la aburría, la aburría, la aburría! Se creía tan superior a los demás que resultaba ridículo. Carecía del menor sentido del humor, y Kitty aborrecía su aire altanero, su frialdad y su dominio de sí mismo. Debía de ser tan sencillo dominarse cuando uno no demostraba interés en nada ni en nadie salvo en sí mismo. Kitty lo encontraba repulsivo. Detestaba que él la besara. ¿De qué se enorgullecía tanto? Bailaba de pena, era un aguafiestas, no sabía tocar ningún instrumento ni cantar, no jugaba al polo y como tenista era más bien mediocre. ¿El bridge? ¿A quién le importaba el bridge?

La rabia de Kitty fue en aumento. Que Walter le echara algo en cara, si se atrevía. Todo lo ocurrido era culpa de él. Ella se alegraba de que por fin supiera toda la verdad. Lo odiaba y esperaba no volver a verlo en la vida. Sí, era un alivio para ella que todo hubiera terminado. ¿Por qué no la dejaba en paz? La había importunado hasta convencerla de que se casara con él y ahora ella estaba harta.

—Harta —repetió en voz alta, trémula de ira—. ¡Harta! ¡Harta!

Oyó el coche que se detenía tras cruzar la cerca del jardín, y luego los pasos de él al subir las escaleras.

Capítulo 18

Entró en la habitación. A Kitty el pulso le latía a toda velocidad y le temblaban las manos; por suerte, estaba recostada en el sofá, con un libro entre las manos como si hubiera estado leyendo. Él permaneció un momento en el umbral, y sus miradas se encontraron. A ella le dio un vuelco el corazón, un escalofrío le recorrió las extremidades y se le estremeció el cuerpo. La embargó la sensación de que «alguien caminaba sobre su tumba», como dicen algunos. Walter estaba cadavérico; ella lo había visto así sólo en una ocasión, cuando estaban sentados en el parque y él le propuso matrimonio. Sus ojos oscuros, inmóviles e inescrutables, parecían descomunadamente grandes. Walter se había enterado.

—Vuelves temprano —apuntó ella. Le temblaban tanto los labios que apenas consiguió articular las palabras. Estaba aterrada, hasta tal punto que temía desmayarse.

—Yo diría que es la hora de siempre.

Kitty percibió algo extraño en su voz. Había pronunciado la última palabra un poco más alta para dar a su réplica un tono despreocupado, pero sonaba forzado. Kitty se preguntó si el tembleque de sus extremidades era muy notorio. Sólo con un enorme esfuerzo logró reprimir un grito. Walter bajó la mirada.

—Voy a vestirme.

Abandonó la habitación y ella se quedó destrozada. Durante dos o tres minutos le faltaron fuerzas para moverse, pero luego, con suma dificultad, como si hubiera estado enferma y aún estuviera débil, consiguió ponerse en pie. No sabía si las piernas la sostendrían. Caminó hasta la galería apoyándose en sillas y mesas y luego, con una mano contra la pared, se dirigió a su habitación. Se puso un traje de noche y cuando regresó a su gabinete (sólo usaban el salón cuando había invitados) se encontró a Walter junto a la mesa, mirando las fotografías del Sketch. Kitty hizo de tripas corazón y entró.

—¿Bajamos? La cena está servida.

—¿Has estado esperándome?

Qué horrible era no ser capaz de controlar el temblor de los labios.

¿Acaso pensaba quedarse callado?

Se sentaron y, por un momento, se impuso el silencio entre ambos. A continuación, él dejó caer un comentario tan trivial que a ella le pareció siniestro.

—El *Express* no ha arribado hoy a puerto —dijo—. Me pregunto si lo habrá demorado alguna tormenta.

—¿Tenía que llegar hoy?

—Sí.

Le escrutó el rostro y advirtió que no despegaba la vista del plato. Walter hizo otra observación, igualmente banal, sobre un torneo de tenis que iba a disputarse, y habló largo y tendido de ello. Su voz, por lo común agradable, con gran variedad de inflexiones, ahora sonaba monótona y curiosamente impostada, como si él se hallara muy lejos. En todo momento mantenía los ojos clavados en el plato, la mesa o un cuadro colgado en la pared. No miraba a Kitty a la cara; era evidente que no soportaba verla.

—¿Subimos? —preguntó él una vez acabada la cena.

—Si quieres...

Ella se levantó, y Walter le abrió la puerta, sin alzar la mirada a su paso. Cuando llegaron a la sala de estar, él cogió de nuevo la gaceta ilustrada.

—¿Es un número reciente del *Sketch*? Me parece que no lo he visto.

—No lo sé. No me he fijado.

El periódico llevaba un par de semanas por ahí, y Kitty sabía que él lo había leído de cabo a rabo. Con él en la mano, Walter tomó asiento, de modo que ella se recostó de nuevo en el sofá y tomó su libro. Por norma general, cuando estaban solos por las noches jugaban al rummy o hacían solitarios. Él, cómodamente arrellanado en el sillón, parecía absorto en una ilustración del *Sketch*. No volvía la página. Ella intentaba leer, pero no distinguía con claridad las letras que tenía delante. Las palabras se desdibujaban ante su vista, y le entró un fuerte dolor de cabeza.

¿Cuándo pensaba hablar Walter?

Permanecieron una hora sentados en silencio. Ella se cansó de fingir que leía y, con la novela sobre el regazo, se quedó quieta, con la mirada perdida, temerosa de llamar la atención de su marido con el menor gesto o el menor sonido. Él continuó sentado en la misma postura relajada, contemplando la ilustración con esos ojos suyos grandes y estáticos. Su inmovilidad resultaba extrañamente amenazadora y le recordaba a Kitty la de una fiera salvaje agazapada, a punto de saltar.

Cuando de súbito Walter se puso en pie, ella se sobresaltó. Entrelazó las manos y notó que palidecía. ¡Ahora!

—Tengo trabajo —anunció él con su voz queda y monótona, sin dirigirle la mirada—. Si no te importa, me voy al estudio. Seguro que ya te habrás acostado para cuando termine.

—La verdad es que estoy bastante cansada esta noche.

—Bien, buenas noches.

—Buenas noches.

Y acto seguido salió del salón.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, en cuanto le fue posible, Kitty llamó a Townsend a su despacho.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Quiero verte.

—Estoy ocupadísimo, querida mía. Tengo que trabajar.

—Es muy importante. ¿Puedo ir a verte a la oficina?

—Ah, no, yo que tú no lo haría.

—Bueno, pues entonces ven tú.

—Me es imposible. ¿Por qué no nos vemos esta tarde? Además, ¿no crees que es aconsejable que me mantenga alejado de tu casa?

—Tengo que verte de inmediato.

Se produjo una pausa y ella temió que se hubiese interrumpido la comunicación.

—¿Sigues ahí? —preguntó con inquietud.

—Sí, estaba pensando. ¿Ha ocurrido algo?

—No puedo contártelo por teléfono.

Hubo otro silencio antes de que él hablara de nuevo.

—Bueno, mira, puedo arreglármelas para escaparme unos diez minutos a la una, si te parece bien.

Lo mejor será que te pases por el local de Ku Chou. Yo me reuniré contigo en cuanto me sea posible.

—¿La tienda de curiosidades? —preguntó ella, consternada.

—Bueno, no sería muy buena idea encontrarnos en el vestíbulo del hotel Hong Kong, ¿verdad? —respondió él.

Kitty percibió un dejo de irritación en su voz.

—Muy bien. Nos vemos en el local de Ku Chou.

Capítulo 20

Se bajó del rickshaw en Victoria Road y ascendió por la calle estrecha y empinada hasta la entrada de la tienda, donde se detuvo por unos instantes como atraída por las chucherías expuestas en el escaparate, pero un muchacho que andaba por allí a la caza de clientes la reconoció enseguida y le ofreció una amplia sonrisa de complicidad. Dijo algo en chino a alguien del interior, y el propietario, un hombrecillo de rostro abotargado vestido con una túnica negra, salió a recibirla. Kitty entró de inmediato.

—El señor Townsend no ha llegado todavía. Usted va a piso de arriba, ¿sí?

Ella fue hasta el fondo del local y subió por las escaleras oscuras y desvencijadas. El chino la siguió y abrió con llave la puerta del dormitorio, donde se respiraba un aire viciado en el que flotaba un olor acre a opio. Kitty se sentó en un cofre de sándalo.

Un momento después oyó unas pisadas firmes que hacían crujir los escalones. Townsend entró y cerró la puerta a su espalda. Traía una expresión hosca que se desvaneció en cuanto posó los ojos en ella. Sonrió con aquel encanto tan suyo, la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios.

—Cuéntame, ¿qué ocurre?

—Con sólo verte ya me siento mejor —aseguró ella, devolviéndole la sonrisa.

Él se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

—Qué pálida se te ve esta mañana.

—No me extraña. Creo que no he pegado ojo en toda la noche.

Charlie le lanzó una mirada de soslayo. Seguía sonriente, pero su sonrisa era un poco rígida, forzada. A Kitty le pareció atisbar un asomo de ansiedad en sus ojos.

—Lo sabe —murmuró.

Se produjo una pausa fugaz antes de que él hablara.

—¿Qué ha dicho?

—No ha dicho nada.

—¿Cómo? —la miró con dureza—. ¿Qué te hace pensar que lo sabe?

—Todo. Su expresión. Su forma de hablar durante la cena.

—¿Estuvo antipático?

—No, al contrario, estuvo de lo más amable. Por primera vez desde que nos casamos no me dio un beso de buenas noches.

Dejó caer la vista. No estaba segura de que Charlie entendiera la situación. Normalmente, Walter la abrazaba, pegaba sus labios a los de ella y no la soltaba. Todo el cuerpo le vibraba de pasión y ternura con el beso.

—¿Por qué crees que no ha dicho nada?

—No lo sé.

Hubo unos momentos de silencio. Kitty, sentada con suma rigidez en el cofre de sándalo, observó con atención y angustia a Townsend, que había adoptado de nuevo un semblante hosco, con el ceño fruncido y las comisuras de la boca ligeramente curvadas hacia abajo. Sin embargo, de súbito, levantó la vista y un destello de malicia le iluminó la mirada.

—Me pregunto si piensa decir algo en algún momento.

Kitty no respondió porque no entendía a qué se refería.

—Después de todo, no sería el primero en hacer la vista gorda ante un caso semejante. ¿Qué ganaría con montar una escena? Si hubiera querido montarla habría insistido en entrar en tu habitación. —Le centellearon los ojos, y sus labios se desplegaron en una amplia sonrisa—. Nos habría pillado como a un par de idiotas.

—Tendrías que haberle visto la cara anoche.

—Era de esperar que estuviera molesto. Se llevó una fuerte impresión, naturalmente. Es una situación de lo más humillante para cualquier hombre. No creo que Walter sea de esos a quienes les gusta lavar los trapos sucios a la vista de todo el mundo.

—Yo tampoco lo creo —convino ella, pensativa—. Es muy sensible, eso he tenido oportunidad de comprobarlo.

—Mejor que mejor, en lo que a nosotros concierne. Siempre da buen resultado ponerte en la piel de otra persona e imaginar cómo reaccionarías en su lugar, ¿sabes? Cuando un hombre se ve en semejante tesitura, sólo tiene una manera de salvar su dignidad: fingir que no sabe nada. Te apuesto lo que quieras a que eso es precisamente lo que hará Walter.

A medida que hablaba, el entusiasmo de Townsend iba en aumento. Los iris azules le brillaban, y él volvía a ser el Charlie alegre y jovial de siempre: irradiaba una confianza de lo más alentadora.

—Dios sabe que no quiero decir nada desagradable de él, pero seamos francos: un bacteriólogo no es nada del otro mundo. Lo más probable es que a mí me nombren secretario colonial cuando Simmons regrese a Inglaterra, y a Walter le conviene no ponerse a mal conmigo. Tiene que ganarse el pan de cada día, como todo el mundo. ¿Crees que el Ministerio Colonial respaldaría a alguien capaz de armar alboroto? Créeme si te digo que tiene mucho que ganar si se muerde la lengua y mucho que perder si provoca un escándalo.

Kitty, incómoda, cambió de postura. Era muy consciente de la timidez de Walter y no le costaba creer que el miedo a montar una escena y a convertirse en el centro de atención condicionaran su actitud, pero dudaba mucho que los intereses materiales influyeran en sus decisiones. Quizás ella no lo conociera muy bien, pero Charlie no lo conocía en absoluto.

—¿Acaso has olvidado que está locamente enamorado de mí?

Por toda respuesta, Charlie le dedicó una sonrisa pícaro con los ojos. A Kitty le resultaba familiar esa cautivadora mirada suya, y le encantaba.

—Y bien, ¿de qué se trata? Sé que vas a decir algo terrible.

—Bueno, no sé si sabes que las mujeres suelen tener la impresión de que los hombres están mucho más locamente enamorados de ellas de lo que en realidad están.

Kitty rio por primera vez. Townsend empezaba a contagiarle su aplomo.

—Qué comentario tan monstruoso.

—Yo diría que de un tiempo a esta parte has descuidado un poco a tu marido. Quizá no esté tan

enamorado de ti como antes.

—Comoquiera que sea, yo no soy tan ingenua como para pensar que tú estás locamente enamorado de mí —replicó ella.

—En eso te equivocas.

¡Ah, qué alegría oírlo! Kitty lo sabía, y la certeza de que él la amaba la llenaba de una cálida satisfacción. Mientras hablaba, Charlie se levantó de la cama y se acercó a ella para sentarse a su lado en el cofre de sándalo y rodearle la cintura con el brazo.

—No le des más vueltas al asunto en esa cabecita tuya —le dijo—. Te aseguro que no hay nada que temer. Estoy convencido de que él fingirá no haberse enterado. Como bien sabes, algo así es tremendamente difícil de demostrar. Dices que está enamorado de ti; quizá no quiere perderte por completo. Te juro que, si fueras mi esposa, yo preferiría cualquier cosa a que me dejaras.

Kitty se inclinó hacia él y apoyó el cuerpo lánguidamente contra su brazo. La consumía un amor ardiente hacia Charlie que era casi una tortura para ella. Sus últimas palabras la habían impresionado: quizás Walter la quería con tanta pasión que estaba dispuesto a aceptar cualquier deshonra a condición de que ella le permitiera amarla de vez en cuando. Kitty lo entendía porque ella sentía lo mismo por Charlie. En un acceso de soberbia, notó una leve sensación de desprecio hacia un hombre capaz de amar tan servilmente.

Le pasó el brazo por los hombros a Charlie con ternura.

—Eres sencillamente maravilloso. Temblaba como una hoja cuando he entrado, y ahora estoy mucho más tranquila, gracias a ti.

Él le sujetó el mentón con una mano y la besó en los labios.

—Cariño.

—Eres un gran consuelo para mí —suspiró ella.

—Estoy seguro de que no hay razón para que te pongas nerviosa. Y sabes que estaré a tu lado. No voy a dejarte en la estacada.

Ella desechó todos sus miedos, pero por un instante experimentó una contrariedad poco razonable por el hecho de que sus planes de futuro se hubieran ido al garete. Ahora que todo el peligro había quedado atrás casi deseaba que Walter le exigiera el divorcio.

—Ya sé que puedo contar contigo.

—No esperaba menos.

—¿No deberías irte a almorzar?

—Maldita sea, el almuerzo.

Townsend la atrajo hacia sí, y Kitty quedó firmemente asida entre sus brazos. La boca de él buscó la suya.

—Oh, Charlie, tienes que dejarme ir.

—Nunca.

A ella se le escapó la risa, una risita de amor despreocupado y de triunfo; los ojos de Charlie estaban encendidos de deseo. La alzó hasta ponerla en pie y, sin soltarla, apretándola contra su pecho, echó el pestillo a la puerta.

Capítulo 21

Kitty se pasó toda la tarde pensando en las reflexiones de Charlie sobre Walter. Esa noche cenarían fuera, y ella estaba vistiéndose cuando su marido regresó del club. Él llamó con los nudillos.

—Adelante.

—Voy directo a cambiarme —le informó Walter sin abrir la puerta—. ¿Cuánto vas a tardar?

—Diez minutos.

Dicho esto, él se fue a su habitación. Se apreciaba en su voz ese atisbo de contención que su esposa había detectado la noche anterior. Ahora Kitty había recuperado la seguridad en sí misma. Acabó de arreglarse antes que Walter y, cuando éste bajó las escaleras, ya estaba sentada en el coche.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó él.

—Sobreviviré —le respondió ella, y se las arregló para sonreír.

Kitty hizo un par de comentarios mientras descendían por la colina, pero él le contestó con sequedad. Ella se encogió de hombros. Empezaba a perder la paciencia: si Walter quería estar enfurruñado, allá él; le traía sin cuidado. Guardaron silencio durante el resto del trayecto y llegaron a su destino, una concurrida cena de gala con demasiada gente y demasiados platos. Mientras Kitty charlaba animadamente con sus vecinas de mesa, observó a Walter, que estaba pálido y demacrado como un muerto.

—Me temo que su marido no presenta muy buen aspecto. Yo creía que no le afectaba el calor. ¿Ha tenido mucho trabajo?

—Siempre tiene mucho trabajo.

—Tengo entendido que se marcharán pronto, ¿no es así?

—Oh, sí, creo que iremos a Japón, como el año pasado —explicó ella—. Según el médico, tengo que huir del calor si no quiero venirme abajo por completo.

Walter no le lanzó ninguna de esas miradas risueñas y fugaces que acostumbraba a dirigirle cuando cenaban fuera. En realidad, ni siquiera se volvió hacia ella una sola vez. Kitty ya se había percatado de que él había evitado por todos los medios mirarla a los ojos mientras se acercaba caminando al coche donde ella lo aguardaba, y también cuando con su habitual cortesía, le había tendido la mano para ayudarla a apearse. Ahora, mientras hablaba con las mujeres que lo flanqueaban, no sonreía, sino que las observaba fijamente, sin parpadear, y lo cierto es que sus ojos parecían enormes y, por contraste con su piel blanquecina, negros como el carbón. Mantenía una actitud rígida y severa.

«Seguro que es una compañía de lo más agradable», pensó Kitty con sarcasmo.

La mera idea de que aquellas desafortunadas señoras estuviesen esforzándose por conversar sobre trivialidades con esa máscara lúgubre le resultó de lo más graciosa.

Claro que Walter lo sabía; de eso no cabía la menor duda, y estaba furioso con ella. ¿Por qué no había dicho una palabra? ¿Sería verdad que, a pesar de la ira y el dolor, la quería tanto que temía que lo abandonara? Sólo de pensarlo concibió un leve desprecio hacia él, aunque no le deseaba ningún mal: después de todo, él era su marido y le proporcionaba un techo y sustento. Mientras no interfiriera en sus asuntos y la dejara obrar como le viniera en gana, ella guardaría las formas. Por otro lado, quizá su silencio se debía meramente a su excesivo apocamiento. Charlie estaba en lo cierto cuando decía que a nadie le sentaría peor un escándalo que a Walter. Rehuía hablar en público en la medida de lo posible, y en cierta ocasión le había contado a su esposa que una vez lo habían citado a declarar como perito en un juicio y apenas había dormido durante la semana anterior. Su timidez era enfermiza.

Y había algo más: los hombres eran sumamente vanidosos, y, mientras nadie estuviese al tanto de lo ocurrido, no era impensable que Walter prefiriera no darse por enterado. A continuación, Kitty se planteó si había alguna posibilidad de que Charlie tuviera razón al sospechar que Walter sabía dónde le apretaba el zapato. Charlie era el hombre más popular de la colonia y pronto lo elevarían al cargo de secretario colonial. Entonces no le costaría mucho favorecer los intereses de Walter o, por el contrario, hacerle la vida imposible si éste se enemistaba con él. La euforia prácticamente se apoderó de ella al pensar en la fuerza y la determinación de su amante. Qué indefensa se sentía en sus brazos viriles. Los hombres eran extraños: a ella nunca se le habría pasado por la cabeza que Walter fuese capaz de semejante baja aun que, quién sabía, quizá tras su aparente seriedad ocultase una naturaleza mezquina e insignificante. Cuanto más cavilaba sobre ello, más creíble le parecía la hipótesis de Charlie. Clavó de nuevo los ojos en su marido, sin la menor indulgencia.

A la sazón, las mujeres sentadas junto a él estaban hablando con sus respectivos vecinos, y Walter se había quedado solo. Ajeno a la fiesta, contemplaba algún punto situado delante de sí, y su mirada destilaba una tristeza mortal que asustó a Kitty.

Capítulo 22

Al día siguiente, cuando ella se había tumbado a dormitar después del almuerzo, la despertaron unos golpes a la puerta.

—¿Quién es? —gritó con irritación.

No estaba acostumbrada a que la molestaran a esas horas.

—Yo.

Al reconocer la voz de su marido, se incorporó rápidamente.

—Adelante.

—¿Te he despertado? —preguntó él al entrar.

—Lo cierto es que sí —respondió ella en el tono natural que empleaba con él desde hacía un par de días.

—¿Vienes a la otra habitación? Quisiera tener una pequeña charla contigo.

A ella el corazón le golpeó de súbito en las costillas.

—Voy a ponerme una bata.

Él salió, y Kitty se enfundó los pies en unas zapatillas y se envolvió en un kimono. Al verse tan pálida en el espejo decidió aplicarse un poco de colorete. Se detuvo en el umbral por unos instantes, reuniendo valor y preparándose para la conversación, y, con gesto resuelto, se encaminó hacia donde él estaba.

—¿Cómo te las has arreglado para escaparte del laboratorio? —le preguntó—. No suelo verte por aquí a estas horas.

—¿Por qué no te sientas? —la invitó Walter, con solemnidad, sin dirigirle una mirada.

Ella tomó asiento de buen grado: le temblaban un poco las rodillas. Incapaz de mantener un tono alegre, optó por permanecer callada. Él también se sentó y encendió un cigarrillo. Paseaba la vista inquieta por la habitación y, al parecer, no sabía cómo empezar.

De pronto la miró de frente, y como hasta ese momento se había esforzado por evitar que sus ojos se cruzaran con los de ella, su mirada directa le provocó a Kitty tal sobresalto que hubo de ahogar un grito.

—¿Has oído hablar de Mei Tan Fu? —preguntó él—. La prensa se ha hecho mucho eco de ello últimamente.

Kitty se quedó mirándolo, sorprendida, y vaciló.

—¿Te refieres a ese lugar donde hay cólera? El señor Arbuthnot hablaba anoche de ello.

—Hay una epidemia. Creo que es la peor que han tenido desde hace años. Había un misionero que hacía las veces de médico, pero murió de cólera hace tres días. Quedan allí las monjas de un convento francés y, naturalmente, el funcionario de aduanas. Todos los demás se han ido.

No despegaba la vista de Kitty, que a su vez no era capaz de bajar la suya. Intentó leer su expresión, pero los nervios apenas le permitieron percibir en ella una extraña actitud vigilante. ¿Cómo podía mirarla con tanta fijeza, sin parpadear siquiera?

—Las monjas francesas hacen lo que pueden. Han convertido el orfanato en un hospital, pero los pacientes mueren como moscas. Me he ofrecido a ir para encargarme del asunto.

—¿Tú?

Kitty se estremeció con violencia. Lo primero que se le ocurrió fue que si él se marchaba, ella quedaría libre y sin el menor impedimento para estar con Charlie, pero esta idea la escandalizó, y notó que se ponía de color escarlata. ¿Por qué la miraba así Walter? La vergüenza la obligó a volverse hacia otro lado.

—¿Es necesario? —titubeó.

—No hay un solo médico extranjero en ese lugar.

—Pero tú no eres médico, sino bacteriólogo.

—Soy doctor en medicina, ¿sabes?, y antes de especializarme ejercí durante mucho tiempo la medicina general en un centro hospitalario. El que sea bacteriólogo ante todo representa una ventaja añadida, porque supone una oportunidad única para realizar un trabajo de campo.

Hablaba en un tono casi displicente, y cuando Kitty lo observó le sorprendió apreciar en sus ojos un destello de burla que no alcanzó a entender.

—Pero ¿no entraña eso un peligro tremendo para ti?

—Tremendo.

Walter sonrió, pero con un gesto burlón. Ella apoyó la frente en la mano: un suicidio, en resumidas cuentas se trataba de eso. ¡Qué horror! Ella no se había imaginado que él se lo tomaría así. Debía impedir que cometiese semejante insensatez. A Kitty se le antojaba una crueldad; no era culpa suya no amarlo. No soportaba la idea de que él se matara por ella. Las lágrimas le resbalaban suavemente por las mejillas.

—¿Por qué lloras? —inquirió él, con frialdad en la voz.

—No estás obligado a ir, ¿verdad?

—No, voy por voluntad propia.

—No vayas, Walter, por favor. Sería horrible que te pasara algo. ¿Y si no salieras vivo?

Aunque él se mantenía impassible, una sombra de sonrisa le asomó a los ojos, y no respondió.

—¿Dónde está ese sitio? —preguntó ella después de una pausa.

—¿Mei Tan Fu? A orillas de un afluente del río Occidental. Remontaremos el río y haremos el resto del recorrido en litera.

—¿Tú y quién más?

—Tú y yo.

Kitty, convencida de que no había oído bien, se volvió rápidamente hacia él, y advirtió que la sonrisa de él se había desplazado de su mirada a sus labios, y tenía los ojos negros clavados en ella.

—¿Esperas que vaya también yo?

—Creía que querías venir.

Kitty notó que le faltaba el aliento de nuevo, y la recorrió un escalofrío.

—Pero no es sitio para una mujer. El misionero mandó de vuelta a su esposa y sus hijos hace semanas, y el representante de APC y su mujer también regresaron. La conocí a ella en una merienda.

Ahora recuerdo que contó que se habían ido de no sé dónde huyendo del cólera.

—Quedan cinco monjas francesas.

El pánico se adueñó de ella.

—No sé a qué te refieres. Sería una locura que fuera contigo. Ya sabes lo delicada que estoy. El doctor Hayward ha dicho que tengo que irme de Hong Kong para evitar el calor. Sería incapaz de soportar las altas temperaturas de ese lugar. Y el cólera: enloquecería de miedo. Son ganas de buscarse quebraderos de cabeza. No hay razón para que vaya: me moriría.

Walter no contestó. Kitty, desesperada, lo miró y apenas consiguió reprimir un sollozo. El rostro de su marido presentaba una suerte de palidez sombría que de pronto la aterró. Percibía en él una expresión de odio. ¿Cabía la posibilidad de que deseara su muerte? Ella misma dio respuesta a aquella pregunta atroz.

—Es absurdo. Si crees que tienes que ir es cosa tuya, pero no puedes esperar que yo vaya contigo. Aborrezco la enfermedad. Una epidemia de cólera. No me considero muy valiente y no me avergüenza confesar que no tengo agallas para algo así. Me quedaré aquí hasta que llegue el momento de ir a Japón.

—Yo creía que te prestarías a acompañarme ahora que estoy a punto de embarcarme en una expedición peligrosa.

Se mofaba de ella abiertamente. Kitty, que no sabía a ciencia cierta si hablaba en serio o sólo pretendía asustarla, estaba confusa.

—Ninguna persona razonable podría reprocharme que me niegue a viajar a un lugar peligroso donde no se me ha perdido nada ni sería de la menor utilidad.

—Serías de la mayor utilidad si me ofrecieras ánimo y consuelo.

Kitty palideció aún más.

—No sé de qué hablas.

—No creo que haga falta ser más inteligente que la media para entenderlo.

—No pienso ir, Walter. Es una monstruosidad pedírmelo.

—Entonces yo tampoco iré. Voy a presentar una demanda de inmediato.

Capítulo 23

Kitty lo contemplaba sin acabar de entender. Las palabras de Walter eran tan inesperadas que en un primer momento ella no les encontró sentido.

—¿De qué demonios hablas? —dijo. Su voz le sonó falsa a ella misma, y un gesto desdenoso se dibujó en el semblante adusto de Walker.

—Me temo que me crees más tonto de lo que soy en realidad.

Ella no supo qué contestar. Se debatía entre defender su inocencia con indignación o prorrumper en recriminaciones airadas. Walter, por lo visto, le leyó el pensamiento.

—Tengo todas las pruebas que necesito.

Kitty se echó a llorar. Aunque no estaba especialmente angustiada, las lágrimas le brotaron de los ojos y no se las enjugó: el llanto le dio un poco de tiempo para sobreponerse, pero tenía la mente en blanco. Él la observaba sin la menor muestra de interés, y su imperturbabilidad atemorizó a Kitty. Walter se impacientó.

—No vas a conseguir nada llorando, ¿sabes?

Su voz, tan fría y dura, provocó en ella cierta indignación. Empezaba a recuperar el valor.

—Me trae sin cuidado. Supongo que no opondrás ningún reparo a que me divorcie de ti. Eso no significa nada para un hombre.

—¿Puedo preguntarte por qué habría de tomarme la menor molestia por ti?

—A ti te daría lo mismo. No es mucho pedir que te comportes como un caballero.

—Tu bienestar me importa demasiado para eso.

Kitty se irguió y se secó los ojos.

—¿A qué te refieres? —inquirió.

—Townsend sólo se casará contigo si lo citan a declarar como codemandado y el caso es tan flagrante que su esposa se verá obligada a divorciarse de él.

—No tienes idea de lo que dices —gritó Kitty.

—Pobre estúpida.

Su tono rezumaba tal desprecio que Kitty enrojeció de ira, quizá porque nunca le había oído dedicarle otra cosa que halagos y comentarios lisonjeros. Se había acostumbrado a que él se plegase a todos sus deseos.

—Si quieres saber la verdad, te la diré: se muere de ganas de casarse conmigo. Dorothy Townsend está perfectamente dispuesta a concederle el divorcio, y nos casaremos en cuanto seamos libres.

—¿Te lo ha dicho él con esas mismas palabras, o lo has deducido de su comportamiento?

Los ojos de Walter brillaron con un amargo desdén que incomodó un tanto a Kitty. No estaba segura de que Charlie le hubiera dicho exactamente eso.

—Me lo ha repetido una y otra vez.

—Mientes y lo sabes.

—Me quiere con toda el alma, me quiere tan apasionadamente como yo a él. Lo has descubierto y no voy a negar nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Somos amantes desde hace un año y estoy orgullosa de ello. Él es lo más importante del mundo para mí, y me alegro de que por fin lo sepas. Estamos hartos y asqueados de andarnos con secretos y de hacer equilibrios y demás. Casarme contigo fue un error; no tendría que haberlo hecho; fui una necia. Nunca te he querido. Nunca hemos tenido nada en común. No me cae bien la gente con la que simpatizas, y me aburren las cosas que a ti te interesan. No sabes cuánto me alegro de que esto haya acabado.

Walter la observó inexpressivo, sin mover un solo músculo facial. Escuchaba atentamente el desahogo de Kitty, y ningún cambio en su expresión parecía indicar que le afectara.

—¿Sabes por qué me casé contigo?

—Porque querías casarte antes que tu hermana Doris.

Era cierto, pero a ella le produjo una sensación extraña enterarse de que él lo sabía. Curiosamente, incluso en pleno arrebato de miedo y rabia, Kitty se compadeció de él. Walter esbozó una sonrisa.

—No me hice ilusiones con respecto a ti —declaró—. Sabía que eras boba, frívola y casquivana, pero te quería. Era consciente de que tenías unos objetivos e ideales vulgares y corrientes, pero te quería. Me había percatado de que eras de segunda categoría, pero te quería. Me entran ganas de reír cuando pienso en lo mucho que me esforcé en divertirme con las cosas que te divertían a ti y en lo ansioso que estaba por ocultarte que no era ignorante ni vulgar, chismoso ni estúpido. Estaba al tanto de lo mucho que te intimida la inteligencia e hice todo lo posible por engañarte para que me juzgaras tan simplón como el resto de los hombres que conocías. Sabía que sólo te habías casado conmigo por conveniencia, pero te quería tanto que no me importaba. Por lo que he visto, la mayoría de las personas, cuando le profesan a alguien un amor que no es correspondido, se consideran agraviados. Se resenten y se les agría el carácter, pero no es mi caso; nunca abrigué la esperanza de que me amaras, no veía razón para ello, nunca me has tenido por un ser adorable. Me contentaba con que me dejaras amarte y me quedaba extasiado en las contadas ocasiones en que creía complacerte o cuando percibía en tus ojos un destello de afecto jovial. Intenté no aburrirme con mi amor; era consciente de que no podía permitírmelo y me apartaba en cuanto detectaba el primer indicio de que mi afecto te exasperaba. Lo que la mayoría de los maridos espera como un derecho, yo estaba dispuesto a aceptarlo como un favor.

A Kitty, acostumbrada a recibir halagos durante toda su vida, nadie le había dicho jamás algo semejante, y nació en su corazón una ira ciega que desplazó el miedo: sintió que se ahogaba y que los vasos sanguíneos se le hinchaban y le palpitaban en las sienas. La vanidad herida a veces torna a una mujer más vengativa que una leona privada de sus cachorros. La mandíbula de Kitty, demasiado cuadrada de por sí, sobresalía ahora hacia delante en una horrible mueca simiesca, y la malicia había ensombrecido sus hermosos ojos, pero ella logró mantener la furia a raya.

—Si un hombre no posee las cualidades necesarias para conseguir que una mujer lo ame, la culpa es suya, no de ella.

—Evidentemente.

El tono burlón de Walter la irritó aún más, pero ella decidió que le haría más daño si conservaba la calma.

—No tengo una educación excelente ni soy muy lista. De hecho, soy una joven perfectamente corriente. Me gustan las mismas cosas que a las personas entre las que he vivido siempre, como los bailes y el tenis y el teatro, y me atraen los hombres que disfrutan cuando juegan. Es bien cierto que siempre me has aburrido y me han aburrido las cosas que te gustan. No tienen sentido para mí, ni falta que hace. Me arrastraste por aquellas galerías interminables en Venecia cuando me habría divertido mucho más jugar al golf en Sandwich.

—Lo sé.

—Lamento no haber estado a la altura de tus expectativas. Por desgracia, siempre me has resultado físicamente repulsivo. No puedes culparme por ello.

—No te culpo.

Kitty habría lidiado mucho mejor con la situación si él hubiera perdido los estribos; se habría enfrentado a la violencia con violencia. En cambio, el autodomínio de Walter le parecía inhumano y despertaba en ella un odio hacia él que no había experimentado en su vida.

—Para mí ni siquiera eres un hombre. ¿Por qué no entraste en el dormitorio cuando sabías que estaba con Charlie? Al menos podrías haber intentado darle una paliza. ¿Te dio miedo?

En cuanto pronunció estas palabras, no obstante, se sonrojó de vergüenza. Él no respondió, pero Kitty leyó en sus ojos un gélido desprecio. La sombra de una sonrisa le cruzó los labios.

—Bien podría ser que, como un personaje histórico, sea demasiado orgulloso para pelear.

Kitty, incapaz de dar con una respuesta, se encogió de hombros. Walter la mantuvo presa de su mirada inmóvil por un instante más.

—Me parece que nos hemos dicho todo lo que teníamos que decir: si te niegas a venir conmigo a Mei Tan Fu, presentaré la demanda de divorcio.

—¿Por qué no te avienes a dejar que me divorcie de ti?

Walter apartó por fin la vista de ella, se recostó en el sillón y encendió un cigarrillo que fumó hasta el final en absoluto silencio. Entonces, al tiempo que tiraba la colilla, sonrió levemente y miró a Kitty una vez más.

—Si la señora Townsend me garantiza que le concederá el divorcio a su marido y él me da su promesa por escrito de que se casará contigo en el plazo de una semana a partir del momento en que ambas sentencias de divorcio sean firmes, me avendré.

Algo en el modo de hablar de Walter la desconcertó, pero su amor propio la obligó a aceptar su oferta con magnanimidad.

—Qué generoso por tu parte, Walter.

Para asombro de Kitty, él soltó una carcajada de repente. A Kitty se le congestionó el rostro de rabia.

—¿De qué te ríes? Yo no le veo la gracia.

—Te ruego que me perdones. Me temo que tengo un sentido del humor un tanto peculiar.

Ella clavó en él los ojos ceñudos. Le habría gustado decir algo cruel e hiriente, pero no se le ocurrió ninguna réplica. Walter consultó el reloj.

—Más vale que te apresures si quieres encontrar a Townsend en la oficina. Si decides venir conmigo a Mei Tan Fu, tendremos que ponernos en marcha pasado mañana.

—¿Quieres que se lo diga hoy mismo?

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

A Kitty el corazón empezó a latirle un poco más rápido. No era desasosiego lo que sentía, era... No lo sabía con exactitud. Habría deseado disponer de un poco más de tiempo para preparar a Charlie, pero confiaba plenamente en él, sabía que la quería tanto como ella a él, y era un acto de traición contemplar siquiera la posibilidad de que Townsend no se alegrase de la necesidad que les venía impuesta. Se volvió hacia Walter con solemnidad.

—No creo que sepas lo que es el amor. No tienes la menor idea de lo perdidamente enamorados que estamos Charlie y yo. En realidad es lo único que importa, y aceptaremos de buena gana cualquier sacrificio que nos exija nuestro amor.

Walter le dedicó una pequeña reverencia, pero no dijo nada, y sus ojos siguieron a Kitty cuando salió pausadamente de la habitación.

Capítulo 24

Le envió a Charlie una notita en la que había escrito: «Tienes que recibirme, por favor. Es urgente». Un criado chino le pidió que esperase y poco después le anunció que el señor Townsend la recibiría en cinco minutos. Kitty estaba inexplicablemente nerviosa. Cuando por fin la guiaron hasta el despacho de Charlie, éste se acercó para estrecharle la mano, pero en cuanto el criado cerró la puerta tras sí, dejándolos solos, abandonó su actitud ceremoniosa y amable.

—Te tengo dicho, querida, que no debes venir en horas de oficina. Estoy muy ocupado y además no conviene dar que hablar a la gente.

Ella posó en él sus preciosos ojos e intentó esbozar una sonrisa, pero la rigidez de sus labios no se lo permitió.

—No habría venido si no fuera necesario.

Charlie sonrió y la tomó del brazo.

—Bueno, ya que estás aquí, ven a sentarte.

Era una habitación desnuda, estrecha y de techo alto, con las paredes pintadas en dos tonos de terracota. Los únicos muebles eran una mesa de gran tamaño, una silla giratoria para Townsend y un sillón de cuero para las visitas. A Kitty la intimidaba sentarse allí. Él tomó asiento ante su mesa. Ella nunca lo había visto con las gafas puestas, ni siquiera sabía que las necesitara. Cuando Charlie reparó en que ella las miraba, se las quitó.

—Sólo las llevo para leer.

Las lágrimas de Kitty afloraron con facilidad y ahora, sin saber siquiera por qué, prorrumpió en llanto. No la movía el propósito deliberado de engañar, sino más bien el deseo instintivo de ganarse su compasión. Él la observaba, perplejo.

—¿Ocurre algo? Ah, querida, no llores.

Kitty sacó el pañuelo e intentó reprimir los sollozos. Él tocó la campanilla y cuando el muchacho acudió a la puerta fue a su encuentro.

—Si alguien pregunta por mí, dile que he salido.

—Muy bien, señor.

El criado cerró la puerta. Charlie se sentó en el apoyabrazos del sillón y sujetó a Kitty suavemente por los hombros.

—Vamos, querida, cuéntame todo.

—Walter quiere divorciarse.

Notó que la presión del brazo de Charlie sobre sus hombros se aflojaba y que su cuerpo se ponía tenso. Al cabo de un momento de silencio, él se levantó del sillón y se sentó de nuevo en su silla.

—¿A qué te refieres exactamente?

Kitty se fijó en él al oír la aspereza de su voz, y advirtió que se le había enrojecido ligeramente el rostro.

—He mantenido una conversación con él. Vengo directa de casa. Dice que tiene todas las pruebas que necesita.

—No le habrás dicho nada que te comprometiera, ¿verdad? ¿Has reconocido algo?

A ella se le cayó el alma a los pies.

—No —respondió.

—¿Estás segura? —insistió él, con una mirada dura.

—Del todo —volvió a mentir Kitty.

Él se repantingó en su silla y dejó vagar la vista por el mapa de China que colgaba en la pared de enfrente. Ella lo escrutó con ansiedad, desconcertada en cierto modo por la forma en que había reaccionado a la noticia. Esperaba que la abrazase y le manifestase su alegría por el hecho de que ahora nada les impediría estar juntos siempre, pero los hombres son extraños, claro. Kitty gimoteaba en voz baja, no para despertar su compasión, sino porque le parecía lo más natural.

—Nos hemos metido en un buen lío —comentó él, después de un rato—, pero de nada sirve perder la cabeza. No conseguiremos nada llorando, ¿sabes?

Ella percibió su tono de irritación y se enjugó las lágrimas.

—No es culpa mía, Charlie. No he podido evitarlo.

—Claro que no. No ha sido más que un golpe de mala suerte. Yo soy tan responsable de ello como tú. Lo que debemos hacer ahora es buscar una manera de salir de ésta. Supongo que la idea del divorcio te hace tan poca gracia como a mí.

Kitty sofocó un gemido y le dirigió una mirada inquisitiva. Charlie no estaba pensando en ella en absoluto.

—Me pregunto a qué pruebas se refería. No consigo imaginar cómo puede probar que estábamos juntos en esa habitación. Por lo general, hemos tomado todas las precauciones posibles. Dudo mucho que el viejo ese de la tienda de curiosidades nos haya delatado. Y aunque nos hubiera visto entrar a la vez, no hay razón para que no curioseemos juntos entre las chucherías —reflexionó, hablando más consigo mismo que con ella—. Es muy fácil presentar cargos, pero tremendamente difícil demostrarlos, eso te lo dirá cualquier abogado. Nuestra postura debe ser la de negarlo todo, y si Walter amenaza con entablar un pleito, le decimos que se vaya al infierno y le plantamos cara.

—Yo no sería capaz de ir a los tribunales, Charlie.

—¿Por qué diablos no? Me temo que tendrás que hacerlo. Dios sabe que no quiero que se arme un escándalo, pero no podemos dejar que él nos avasalle.

—¿Por qué habríamos de defendernos?

—Vaya pregunta. Después de todo, el asunto no sólo te atañe a ti, sino también a mí, aunque en el fondo no creo que haya nada que temer. Ya haremos entrar en vereda a tu marido de alguna manera. Lo único que me preocupa es hallar el mejor modo.

Aparentemente se le ocurrió una idea, porque se volvió hacia ella con su encantadora sonrisa, y su tono, brusco y formal momentos antes, se tornó obsequioso.

—Debes de haberte llevado un disgusto terrible, pobrecilla. Qué lástima. —Tendió la mano y tomó la de ella—. Nos hemos metido en un aprieto, pero ya saldremos de él. No es... —Se interrumpió, y Kitty se olió que había estado a punto de añadir que no era el primer trance que

lograba superar—. Lo más importante es mantener la cabeza fría. Ya sabes que no te defraudaré.

—No estoy asustada. Me trae sin cuidado lo que haga Walter.

Aunque Charlie no dejó de sonreír, su sonrisa parecía un tanto forzada.

—Si la sangre llega al río tendremos que contárselo al gobernador. Echaré sapos y culebras, pero es un tipo cabal y un hombre de mundo; de alguna manera lo arreglará. Un escándalo no lo beneficiaría en absoluto.

—¿Qué puede hacer él? —preguntó Kitty.

—Presionar a Walter. Si su punto débil no es la ambición, el gobernador apelará a su sentido del deber.

Kitty estaba cada vez más inquieta. Por lo visto, no conseguía hacerle entender a Charlie lo desesperadamente grave que era la situación. Su despreocupación la impacientaba. Lamentó haberse pasado por la oficina: ese ambiente la cohibía, y le habría resultado mucho más fácil expresar lo que quería si hubiera estado en brazos de Townsend.

—No conoces a Walter —repuso ella.

—Sé que todos los hombres tienen su precio.

Amaba a Charlie con todo su corazón, pero su respuesta la desconcertó; le sorprendía oír semejante tontería de boca de un hombre tan inteligente.

—Me parece que no eres consciente de lo furioso que está Walter. No le has visto la cara, ni esa mirada.

Por unos momentos él no contestó, sino que se limitó a contemplarla con una leve sonrisa. Kitty sabía qué estaba pensando. Walter era bacteriólogo y ocupaba un puesto subalterno, así que difícilmente cometería la temeridad de convertirse en una molestia para los funcionarios de mayor rango en la colonia.

—De nada sirve engañarse, Charlie —señaló Kitty con toda franqueza—. Si Walter está decidido a entablar un pleito, no te escuchará a ti ni a ninguna otra persona.

Él adoptó de nuevo una expresión seria y hosca.

—¿Pretende citarme a declarar como codemandado?

—Ésa era su intención inicial, sí. Luego lo he convencido de que me conceda el divorcio.

—Ah, bueno, eso no es tan terrible. —Se relajó, y ella percibió alivio en sus ojos—. Me parece una salida muy digna. Después de todo, es lo menos que puede hacer un hombre, la única opción decente.

—Pero pone una condición.

Charlie la miró con curiosidad, meditabundo.

—No es que yo sea muy rico, claro —apuntó—, pero haré todo lo que esté en mi poder.

Kitty guardó silencio. Estaba oyendo decir a Charlie cosas que nunca hubiera esperado de él, lo que la azoraba hasta tal punto que le costaba hablar. Había acudido con el propósito de contárselo todo sin detenerse a tomar aliento, entre sus cariñosos brazos, con la cara ardiente contra su pecho.

—Me concederá el divorcio si tu esposa le asegura que te lo concederá a ti.

—¿Hay alguna otra condición?

A Kitty apenas le salía la voz.

—Que... me resulta muy difícil decirlo, Charlie, suena horrible... Que des tu palabra de que te casarás conmigo en el plazo de una semana a partir del momento en que ambas sentencias de divorcio

sean firmes.

Capítulo 25

Charlie permaneció en silencio por unos instantes, luego volvió a tomarla de la mano y se la apretó suavemente.

—Mira, querida —dijo—, pase lo que pase, debemos mantener a Dorothy al margen.

Ella lo miró, perpleja.

—No lo entiendo. ¿Cómo vamos a poder mantenerla al margen?

—Bueno, no hay que olvidar que no estamos solos en este mundo. Bien sabes que, si no interviniesen otros factores, nada me gustaría más que casarme contigo, pero eso queda descartado. Conozco a Dorothy y sé que por nada del mundo se divorciaría de mí.

Un miedo atroz empezaba a apoderarse de Kitty, que rompió a llorar de nuevo. Él se levantó para sentarse a su lado y rodearle la cintura con el brazo.

—No te lo tomes así, cariño. Debemos conservar la cordura.

—Creía que me amabas...

—Claro que te amo —afirmó con ternura—. ¿Cómo puedes dudarlo siquiera?

—Si tu esposa no te concede el divorcio, Walter te demandará como corresponsable.

Él tardó un rato considerable en responder y cuando al fin habló empleó un tono cortante.

—Eso daría al traste con mi carrera, claro, pero me temo que a ti tampoco te beneficiaría mucho.

Si la sangre llegara al río, tendría que sincerarme con Dorothy, que se sentiría profundamente herida y desdichada, pero me perdonaría. —Lo rondaba una idea—. No sé si cortar por lo sano como sea no sería lo más aconsejable. Si ella acudiera a tu marido, tal vez conseguiría persuadirlo para que se mordiese la lengua.

—¿Significa eso que no quieres divorciarte?

—Bueno, tengo hijos en los que pensar, ¿no? Y, naturalmente, no querría hacerla sufrir. Siempre nos hemos llevado bien y ha sido una esposa estupenda para mí, ¿sabes?

—¿Por qué me dijiste que no sentías nada por ella?

—Jamás he dicho eso. Lo que dije es que no estaba enamorado de ella. Llevamos años sin acostarnos juntos, salvo en contadas ocasiones, como el día de Navidad, por ejemplo, o la víspera de su viaje a Inglaterra, o el día de su regreso. No es mujer a la que le entusiasme ese tema, pero siempre hemos sido grandes amigos. No me importa confesarte que la necesito más de lo que nadie puede imaginar.

—Entonces, ¿no crees que más te habría valido dejarme en paz?

Le produjo una impresión rara hablar con tanta calma pese a que el terror la había dejado sin aliento.

—Eras la joven más hermosa que había visto en años y me enamoré perdidamente de ti. No

puedes reprochármelo.

—Me prometiste que nunca me fallarías.

—Cielo santo, y no voy a fallarte. Nos hemos metido en un lío horrible y haré todo lo humanamente posible para sacarte de él.

—Pero no harás lo más evidente y natural.

Charlie se puso en pie y regresó a su silla.

—Querida, sé razonable. Seré franco. No quiero herir tus sentimientos, pero no me queda otro remedio para decirte la verdad. Valoro mucho mi carrera, todo indica que me nombrarán gobernador un día de éstos y el cargo de gobernador colonial me resulta sumamente apetecible. Sin embargo, si no echamos tierra sobre este asunto, todos mis planes se vendrán abajo. Quizá me permitan seguir siendo funcionario, pero quedaré marcado para siempre. Si me expulsan de la administración pública, entonces me veré obligado a dedicarme a los negocios en China, donde tengo algunos contactos. En un caso u otro, mi única oportunidad de salir adelante estriba en que Dorothy continúe apoyándome.

—¿Era necesario decirme que yo era lo único que te importaba en este mundo?

Charlie torció las comisuras de la boca en un gesto de irritación.

—Oh, querida, es arriesgado tomarse literalmente las palabras de un hombre enamorado.

—¿O sea que no lo decías de corazón?

—En ese momento, sí.

—¿Y en qué situación quedo yo si Walter se divorcia de mí?

—Si resulta que llevamos todas las de perder, no nos defenderemos, claro. El asunto no tendría por qué trascender, y además la gente es de mente muy abierta hoy en día.

Por primera vez, a Kitty le vino el recuerdo de su madre; la recorrió un escalofrío. Se volvió de nuevo hacia Townsend; ahora su dolor estaba teñido de resentimiento.

—Estoy segura de que soportarías perfectamente cualquier inconveniente que yo tuviese que sobrellevar.

—Decirnos cosas desagradables el uno al otro no nos llevará a ninguna parte —replicó Charlie.

Ella profirió un grito de desesperación: qué horrible era amarlo con tanta devoción y estar al mismo tiempo tan resentida con él. Sin duda él no sospechaba siquiera lo importante que era para ella.

—Oh, Charlie, ¿es que no sabes cuánto te quiero?

—Pero, querida, yo también te quiero. Sólo que no vivimos en una isla desierta, y hemos de sacar el mejor partido posible a las circunstancias a que nos han empujado. Tienes que ser sensata.

—¿Cómo quieres que sea sensata? Para mi nuestro amor lo era todo, y tú eras mi vida entera. No es muy agradable comprender que lo nuestro no era más que un episodio para ti.

—Claro que no era un episodio, pero pedirme que le pida el divorcio a mi esposa, a quien tanto apego tengo, y que hunda mi carrera casándome contigo, es mucho pedir.

—No es más de lo que yo estoy dispuesta a hacer por ti.

—Tu situación es muy diferente a la mía.

—La única diferencia es que tú no me quieres.

—Uno puede estar muy enamorado de una mujer sin por ello aspirar a pasar con ella el resto de su vida.

Ella posó en él la vista brevemente y cayó presa de la desesperación. Unas gruesas lágrimas le

resbalaron por las mejillas.

—¡Qué crueldad! ¿Cómo puedes ser tan despiadado?

Estalló en sollozos histéricos, y él echó un vistazo hacia la puerta, nervioso.

—Intenta controlarte, querida.

—No sabes cuánto te amo —gimió con voz entrecortada—. No puedo vivir sin ti. ¿Es que no te doy ninguna lástima?

Lloraba desconsoladamente y ya no era capaz de hablar.

—Detesto quedar como una mala persona, y Dios sabe que no quiero herir tus sentimientos, pero tenía que ser sincero contigo.

—Acabas de destrozarme la vida. ¿Por qué no me dejaste en paz? ¿Qué daño te había hecho yo?

—Puedes culparme a mí, claro, si con eso te sientes mejor.

Kitty lo fulminó con una mirada de súbita ira.

—Sí, claro. Supongo que yo me arrojé a tus pies. Supongo que yo te acosé sin tregua hasta que cediste a mis súplicas.

—No estoy diciendo eso, pero desde luego nunca se me habría pasado por la cabeza cortejarte si no hubieras dejado bien claro que estabas más que dispuesta a seguirme el juego.

Kitty estaba profundamente abochornada. Estas acusaciones eran ciertas, irrefutables. Ahora Townsend, ceñudo y visiblemente preocupado, movía las manos con inquietud y de vez en cuando le dirigía una mirada de exasperación.

—¿Te perdonará tu marido? —preguntó, al cabo.

—No se lo he pedido.

Charlie apretó los puños de un modo mecánico, y ella notó que reprimía una exclamación de enfado.

—¿Por qué no hablas con él y te pones en sus manos? Si está tan enamorado de ti como dices, por fuerza ha de perdonarte.

—¡Qué poco lo conoces!

Capítulo 26

Se enjugó las lágrimas e intentó calmarse.

—Charlie, si te desentienes de mí, me muero.

Ahora, guiada por el instinto, apelaba a su compasión. Habría debido decírselo antes de nada, porque cuando Townsend se enterase de la horrible alternativa que se presentaba ante ella, su generosidad, su sentido de la justicia y su hombría despertarían con tal vehemencia que él no pensaría en otra cosa que en el peligro que ella corría. ¡Oh, con qué pasión ansiaba Kitty sentir sus brazos protectores en torno a su cuerpo!

—Walter quiere que me vaya a Mei Tan Fu.

—Ah, pero si en ese sitio hay cólera... Allí se ha desatado la peor epidemia de los últimos cincuenta años. No es lugar para una mujer. No puedes ir; ni pensarlo.

—Si me abandonas, no me quedará otro remedio.

—¿A qué te refieres? No lo entiendo.

—Walter irá en sustitución de un médico misionero que falleció, y quiere que yo lo acompañe.

—¿Cuándo?

—Ahora. De inmediato.

Townsend echó la silla hacia atrás, mirando atónito a Kitty.

—Debo de ser muy tonto, porque no le encuentro ni pies ni cabeza a lo que me dices. Si quiere que vayas con él a ese lugar, ¿por qué no te divorcias?

—Me ha dado a elegir: o lo acompaño a Mei Tan Fu o me demandará.

—Ah, ya entiendo. —El tono de Townsend varió de forma casi perceptible—. Me parece un gesto muy noble de su parte, ¿a ti no?

—¿Noble?

—Bueno, que se haya ofrecido a ir allí es de lo más caballeroso. A mí no me haría ninguna gracia, desde luego. Naturalmente, cuando regrese le otorgarán la insignia de alguna orden honorífica.

—¿Y qué hay de mí, Charlie? —gritó ella, angustiada.

—Bueno, creo que si quiere que vayas, no veo cómo puedes negarte, dadas las circunstancias.

—Eso significará la muerte; una muerte segura.

—Oh, maldita sea, estás exagerando. Dudo mucho que él te llevase consigo si creyera eso. Ir allí no supone mayor riesgo para ti que para él. De hecho, no te expondrás a ningún riesgo si te andas con cuidado. Yo estaba aquí cuando se declaró una epidemia de cólera y ni me inmuté. Lo más importante es no comer nada crudo, ni fruta ni ensalada ni otras cosas por el estilo, y asegurarse de que el agua que uno bebe esté hervida. —Cobraba seguridad y desenvoltura conforme hablaba; incluso parecía menos hosco y más alerta, casi animado—. Después de todo, es su trabajo, ¿no? Le interesan los

bichos. Bien mirado, es una gran oportunidad para él.

—Pero ¿y yo, Charlie? —insistió ella, ya no con angustia, sino con consternación.

—Bueno, la mejor manera de entender a un hombre es ponerse en sus zapatos. Desde el punto de vista de Walter, has sido una chica mala y su propósito es apartarte del mal camino. Yo estaba convencido de que no querría divorciarse de ti, no me parece que sea de esa clase de personas, pero te ha hecho lo que él consideraba una oferta muy generosa y lo has enfurecido al rechazarla. No es mi intención echarte la culpa, pero por el bien, creo que deberías haberlo pensado mejor.

—Pero ¿no entiendes que ir a ese lugar me matará? ¿No ves que quiere llevarme allí porque sabe que eso acabará conmigo?

—Vamos, cariño, no digas eso. Estamos en una situación sumamente comprometida y no es momento de ponerse melodramático.

—Estás empeñado en no entender. —Le atenazaban el corazón un dolor y un miedo tan intensos que a punto estuvo de ponerse a gritar—. No puedes enviarme a una muerte segura. Si ya no me amas ni me compadesces, ten al menos un mínimo de humanidad.

—Creo que eres injusta conmigo al plantearlo de ese modo. A juzgar por lo que me cuentas, tu marido está demostrando una gran generosidad y está dispuesto a perdonarte si se lo permites. Desea alejarte de aquí y ahora se le ofrece la ocasión de llevarte a un lugar donde estarás a salvo durante unos meses. No pretendo convencerte de que Mei Tan Fu es un balneario, por supuesto, nunca he visto ninguna ciudad china que lo sea, pero no hay motivo para que estés tan nerviosa. De hecho, eso es lo peor que puedes hacer. Creo que en una epidemia muere tanta gente de miedo como por causa del contagio.

—Pero ya estoy asustada. Cuando Walter me habló de ello por poco me desmayo.

—No me extraña que te llevaras una impresión muy fuerte en un primer momento, pero cuando recapacites con más tranquilidad verás que no es para tanto. Será una experiencia que no está al alcance de cualquiera.

—Yo creía, creía... —se mecía adelante y atrás, embargada por la congoja.

Charlie guardó silencio y, una vez más, asomaba a su rostro esa expresión hosca que a Kitty le resultaba desconocida hasta hacía poco tiempo. No lloraba ya, se le habían secado los ojos y estaba tranquila.

—¿Quieres que vaya? —preguntó con voz queda, pero firme.

—La decisión está en manos de Hobson, ¿no?

—¿De veras?

—Creo que lo más cabal es advertirte que si tu marido interpone demanda de divorcio y la gana, mi situación no me permitirá casarme contigo.

Charlie aguardó una respuesta durante lo que sin duda se le antojó una eternidad. Al final, Kitty se incorporó lentamente.

—No creo que mi marido abrigase en ningún momento la intención de interponer una demanda.

—Entonces, ¿a qué viene asustarme de esa manera, por el amor de Dios?

Kitty le lanzó una mirada fría.

—Él sabía que me dejarías en la estacada.

Se quedó callada. Vagamente, como cuando uno estudia un idioma extranjero y lee una página de la que en un principio no saca nada en limpio, hasta que una palabra o una frase lo pone sobre la

pista y entonces el destello de una repentina sospecha, por así decirlo, le ilumina el ingenio embotado, Kitty alcanzó a atisbar los entresijos de la mente de Walter. Fue como entrever a la luz de un relámpago un paisaje oscuro y siniestro que al cabo de un instante se sumía de nuevo en la oscuridad de la noche. Lo que vio le provocó un escalofrío.

—Sólo te amenazó con ello porque sabía que te arrugarías, Charlie. Es curioso que te juzgara con tanto acierto, pero, conociéndolo, no me sorprende que me expusiese a una desilusión tan cruel.

Charlie bajó la vista hacia la hoja de papel secante que tenía ante sí, con el entrecejo un poco fruncido y los labios contraídos en una expresión de mal humor, pero no respondió.

—Él sabía que eras frívolo, vanidoso y egoísta —prosiguió Kitty—, y quería que yo lo comprobara por mí misma. Sabía que huirías como un conejo a la menor señal de peligro. Sabía lo engañada que yo estaba al creer que me querías, porque eres incapaz de amar a nadie salvo a ti mismo. Sabía que me sacrificarías sin pensarlo dos veces para salvar tu propio pellejo.

—Si soltarme barbaridades te complace realmente, supongo que no tengo derecho a quejarme. Las mujeres siempre son injustas y por lo general se las arreglan para que sea el hombre quien quede mal, pero hay argumentos en sentido contrario.

Ella hizo caso omiso de la interrupción.

—Y ahora sé todo lo que sabía él. Sé que eres cruel y despiadado. Sé que eres egoísta, egoísta hasta lo indecible, y sé que no tienes siquiera el valor de un conejo, sé que eres embustero y charlatán, sé que eres totalmente despreciable. Y lo más trágico... —de súbito se le crispó el rostro de aflicción—. Lo más trágico es que, a pesar de todo, te quiero de todo corazón.

—Kitty...

Ella dejó escapar una risotada amarga al oírlo pronunciar su nombre en aquel tono intenso y meloso tan característico de él y que tan poco significaba.

—Pobre idiota —espetó ella.

Él se apartó rápidamente, sonrojado y ofendido; no comprendía la actitud de Kitty. En los ojos de ella apareció un brillo burlón.

—Empiezas a aborrecerme, ¿no es así? Bueno, pues adelante. Ahora me trae sin cuidado.

Comenzó a ponerse los guantes.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Charlie.

—Oh, no te preocupes, no saldrás malparado. Estás a salvo.

—Por el amor de Dios, Kitty, no hables así —le imploró él, con un deje de ansiedad en su voz profunda—. Has de saber que todo lo que te concierne a ti me concierne a mí también. Estoy terriblemente inquieto por lo que pueda ocurrir. ¿Qué vas a decirle a tu marido?

—Voy a decirle que iré a Mei Tan Fu con él.

—Quizá cuando aceptes no insistirá más.

Seguramente la mirada tan extraña que le lanzó Kitty le causó un enorme desconcierto.

—¿No estás tan asustada en realidad? —inquirió.

—No. Me has infundido valor. Trasladarme a un lugar donde hay una epidemia de cólera será una experiencia única, y si muero... bueno, pues moriré.

—Intentaba ser lo más amable posible contigo.

Volvió a alzar la vista hacia él, le vinieron lágrimas a los ojos de nuevo y una vez más notó que se le derretía el corazón. La asaltó el impulso casi irresistible de arrojarle contra su pecho y apretar sus

labios contra los de él. De nada hubiera servido.

—Por si te interesa —dijo, esforzándose por que no se le entrecortara la voz—, voy con la muerte en el pensamiento, y con miedo. No sé qué tramará la mente oscura y retorcida de Walter, pero me hace temblar de terror. Creo que quizá la muerte suponga una liberación.

Incapaz de continuar dominándose ni por un momento más, se dirigió a toda prisa hacia la puerta para salir antes de que él tuviera tiempo de levantarse de la silla. Townsend exhaló un largo suspiro de alivio. Qué bien le habría venido un brandy con soda.

Capítulo 27

Cuando Kitty llegó a casa, Walter ya estaba allí. A ella le habría gustado ir directa a su habitación, pero él se encontraba en la planta baja, en el vestíbulo, dando instrucciones a uno de los criados. Tan desgraciada se sentía que sufrió con placer la humillación a la que se veía obligada a someterse. Se detuvo delante de él.

—Iré contigo a ese sitio.

—Ah, bien.

—¿Cuándo quieres que esté preparada?

—Mañana por la noche.

Kitty no habría sabido precisar de dónde salió el espíritu de bravuconería que se apoderó de ella. La indiferencia de su marido fue como un agujonazo y la impulsó a decir algo que la sorprendió a ella misma:

—Supongo que no necesito llevar más que unos vestidos de verano y una mortaja, ¿no es así?

Al fijarse en el semblante de su marido advirtió que la frivolidad de su tono lo enfurecía.

—Ya le he indicado al ama lo que necesitas.

Kitty asintió y subió a su habitación. Estaba muy pálida.

Capítulo 28

Por fin llegaban a su destino. Los habían transportado en sillas de manos, un día tras otro, por una estrecha carretera que discurría entre arrozales interminables. Se ponían en marcha al amanecer y viajaban hasta que el calor del día los obligaba a buscar cobijo en alguna posada del camino, y luego continuaban hasta llegar a la ciudad donde habían reservado alojamiento previamente. El palanquín de Kitty abría la procesión y el de Walter iba justo detrás; luego, a paso cansino, venían en fila los culis cargados con la ropa de cama, las provisiones y el equipo. Kitty recorría el campo con mirada ausente. Durante las largas horas de silencio roto únicamente por algún comentario ocasional de uno de los portadores o el retazo de una canción misteriosa, daba vueltas y más vueltas en su mente torturada a los detalles de la desgarradora escena que se había desarrollado en el despacho de Charlie. Al recordar las palabras que habían intercambiado, la apesadumbraba tomar conciencia del cariz tan árido y formal que había cobrado la discusión. Ella no había expresado lo que quería ni había empleado el tono adecuado. Si hubiera sabido ponerle de manifiesto lo ilimitado de su amor, la pasión que alimentaba en su corazón y también su indefensión, él no habría sido tan desalmado como para abandonarla a su suerte. Su reacción la había pillado por sorpresa, y ella no daba crédito a sus oídos cuando él le dio a entender, sin necesidad de declararlo de manera explícita, que ella no le importaba en absoluto. Por eso no había llorado mucho; tal era su aturdimiento. A partir de entonces sí que había llorado, había llorado inconsolablemente.

Por la noche, en las posadas, donde compartía el principal aposento para huéspedes con su marido y notaba que Walter, acostado en su catre muy cerca de ella, estaba despierto, hincaba los dientes en la almohada para que no se le escapara el menor sonido. Durante el día, no obstante, protegida por las cortinas del palanquín, se desahogaba. Tan lacerante era su dolor que habría sido capaz de gritar a pleno pulmón. No sabía que fuese posible sufrir tanto y se preguntaba con desesperación qué crimen había cometido para merecerlo. No alcanzaba a entender por qué Charlie no la quería: era culpa de ella, suponía, pero se había desvivido por granjearse y conservar su cariño. Siempre se habían llevado estupendamente, se reían sin cesar cuando estaban juntos, no sólo eran amantes sino también amigos. No lograba comprenderlo, y eso la destrozaba. Intentó convencerse de que lo detestaba y lo despreciaba, pero no tenía idea de cómo iba a sobrevivir sin él. Si Walter la llevaba a Mei Tan Fu como castigo, se engañaba, pues ¿qué le importaba ahora a Kitty su futuro? Le habían arrebatado todas sus razones para vivir. Qué horrible, terminar con la vida a los veintisiete años.

Capítulo 29

En el barco de vapor que los llevó corriente arriba por el río Occidental, Walter leía sin cesar, pero a la hora de comer se esforzaba por entablar algo parecido a una conversación. Le hablaba de asuntos diversos como a una desconocida con la que coincidía casualmente en ese viaje, por mera amabilidad, se figuraba Kitty, o porque así ensanchaba aún más el abismo que los separaba.

En un momento de lucidez, le había dicho a Charlie que Walter la había enviado a él tras amenazarla con el divorcio si se negaba a acompañarlo a la ciudad afectada con objeto de que descubriera por sí misma lo indiferente, cobarde y egoísta que era Townsend. No se equivocaba. Semejante ardid encajaba muy bien con el humor sardónico de su marido: sabía exactamente lo que ocurriría y le había dado al ama las instrucciones necesarias antes de que ella regresara. Kitty había percibido en su mirada un desdén hacia ella que extendía también a su amante. Quizá Walter pensó que, de haber estado en el lugar de Townsend, habría estado dispuesto a cualquier sacrificio con tal de satisfacer hasta el menor deseo de Kitty. Ella sabía que eso también era verdad, pero luego, una vez que le había abierto los ojos, ¿por qué la había forzado a arrostrar un peligro tan grande a sabiendas de que la aterraba? En un principio creyó que sólo estaba jugando con ella, y hasta el momento en que se pusieron en camino, no, de hecho hasta que se alejaron del río e iniciaron el trayecto campo a través en sillas de manos, estuvo convencida de que Walter soltaría una de sus risitas y le confesaría que no pensaba obligarla a ir con él. Ella no acertaba a imaginar lo que le pasaba a él por la cabeza. Era imposible que deseara la muerte de Kitty, aunque sólo fuese porque la había amado con desesperación. Ahora que ella sabía lo que era el amor, recordaba un millar de indicios de adoración por parte de su marido. Lo cierto es que para él, por emplear la expresión francesa, Kitty era una mujer con la que valía la pena compartir tanto la bonanza como el mal tiempo. Era imposible que no siguiera queriéndola. ¿Se deja de amar a una persona porque te ha tratado con crueldad? Kitty no le había causado un sufrimiento tan grande como el que Charlie le había causado a ella y, pese a todo, pese que ahora lo conocía de veras, a la menor señal suya abandonaría sin dudarle todo cuanto el mundo le ofrecía y volaría hasta sus brazos. Aunque la había sacrificado a sus intereses sin la menor consideración, aunque era desalmado e insensible, ella lo amaba.

En un primer momento pensó que sólo era cuestión de tiempo que Walter la perdonase. Confiaba demasiado en la influencia que ejercía sobre él como para aceptar que la había perdido para siempre. Ni siquiera las lluvias más torrenciales sofocan las llamas del amor. El amor de Walter por ella implicaría una debilidad, y Kitty creía que por fuerza debía amarla, pero ya no estaba tan segura. Cuando por la noche, en la posada, él se sentó a leer en la silla de madera de respaldo recto con el rostro bañado en el resplandor de un quinqué, ella aprovechó la oportunidad para observarlo con detenimiento. Estaba recostada en el jergón que aún no estaba preparado para dormir, en penumbra.

Esos rasgos rectos y proporcionados conferían al semblante de Walter una apariencia de lo más severa, y parecía imposible que de vez en cuando se transfigurasen con una sonrisa tan dulce. Él leía con absoluta tranquilidad como si ella se encontrase a mil kilómetros de allí. Volvía las páginas y desplazaba la mirada de una línea a otra con parsimonia. No mostraba la menor señal de estar pensando en ella. Cuando, después de que pusieran la mesa y sirvieran la cena, dejó el libro y la miró de soslayo (sin conciencia de que la luz que incidía en su cara realizaba sus facciones), ella se asustó al percibir la aversión física que revelaban. Sí, esto la asustó. ¿Cabía la posibilidad de que el amor de Walter hubiera desaparecido por completo, de que él hubiera planeado su muerte? Qué absurdo; eso sería cosa de un loco. Experimentó un estremecimiento ligero y curioso ante la idea de que quizá Walter no estaba del todo cuerdo.

Capítulo 30

De pronto sus porteadores, callados desde hacía rato, se pusieron a hablar y uno de ellos se volvió hacia ella y, con palabras que Kitty no alcanzó a comprender y un gesto, intentó llamar su atención. Ella miró en la dirección que le señalaba y allí, en la cima de una colina, avistó un arco. Había pasado por tantos que ya estaba al corriente de que se trataba de monumentos erigidos en memoria de algún erudito afortunado o alguna viuda virtuosa, pero éste, cuya silueta se recortaba contra el sol poniente, se le antojó más hermoso y fantástico que cualquiera de los que había visto hasta la fecha. Aun así, sin saber por qué, la inquietó, pues poseía un significado que intuía pero no era capaz de traducir en palabras. ¿Era peligro lo que se adivinaba en aquella estructura, o mero escarnio? Estaba atravesando un bosquecillo de bambúes que se inclinaban sobre el camino de una manera extraña, como si quisieran detenerla, y aunque no soplaba viento en la tarde estival, sus estrechas hojas verdes se mecían levemente, dándole la sensación de que alguien la acechaba escondido entre ellas. Al poco rato llegaron al pie de la colina, y los arrozales se terminaron. Los porteadores acometieron la pendiente con zancadas enérgicas. La ladera estaba recubierta de túmulos verdes, situados cerca, muy cerca unos de otros, de tal modo que el terreno aparecía surcado de nervaduras, como la arena del mar cuando acaba de bajar la marea, y eso también lo sabía Kitty porque la habían llevado por lugares semejantes cada vez que se aproximaban a una ciudad populosa o la dejaban atrás. Era el cementerio. Ahora entendía por qué los porteadores habían llamado su atención sobre el arco que se alzaba en la cima de la colina: habían llegado al final de su viaje.

Cruzaron el arco, y los porteadores se detuvieron por unos instantes para cambiarse la vara de un hombro al otro. Uno de ellos se enjugó el rostro sudoroso con un trapo sucio. El camino descendía serpenteante entre casas destartaladas. Anochecía, pero los porteadores rompieron a hablar muy alterados, y con un brinco que la sobresaltó se arrimaron a la pared. Enseguida descubrió la causa de su miedo, pues mientras estaban allí, parloteando unos con otros, pasaron cuatro campesinos, rápidos y silenciosos, cargados con un ataúd nuevo sin pintar cuya madera fresca lanzaba destellos blanquecinos en la oscuridad creciente. Kitty notó que el pulso se le aceleraba de terror. El ataúd se alejó, pero los porteadores permanecieron quietos, como si no consiguieran reunir el valor suficiente para continuar, pero se oyó un grito a su espalda y ellos reanudaron la marcha, ahora sin hablar.

Caminaron durante unos cinco minutos más y luego viraron bruscamente hacia un portón abierto. Depositaron el palanquín en el suelo; habían llegado.

Capítulo 31

Era una casa de una planta, y Kitty entró en la sala y tomó asiento mientras los culis, de uno en uno y a paso lento, traían su equipaje del exterior. Walter, desde el patio, les indicaba dónde iba cada cosa. Ella estaba agotada. Le asombró oír una voz desconocida.

—¿Puedo pasar?

Kitty se sonrojó y luego palideció. Estaba tensa y se puso nerviosa al encontrarse con un desconocido. Un hombre emergió de la oscuridad, pues la estancia alargada sólo estaba iluminada por una lámpara con pantalla, y le tendió la mano.

—Me llamo Waddington; soy el vicecomisario.

—Ah, el funcionario de aduanas. Lo sé. Me dijeron que estaría aquí.

A la luz mortecina apenas alcanzó a distinguir a un hombrecillo delgado, no más alto que ella, calvo y con el rostro pequeño y lampiño.

—Vivo ahí mismo, en la falda de la colina, pero si han venido por este lado no habrán visto mi casa. He supuesto que estarían demasiado cansados para venir a cenar conmigo, así que he pedido que les traigan la cena aquí y me he invitado yo solo.

—Me alegra oír eso.

—Comprobarán que los cocineros no son del todo malos. Me he encargado de que los criados de Watson se queden para servirles a ustedes.

—¿Watson era el misionero que estaba aquí?

—Sí, un buen hombre. Les enseñaré su tumba mañana, si quieren.

—Qué amable es usted —respondió Kitty, con una sonrisa.

En ese momento entró Walter. Waddington, que ya se había presentado a él antes de pasar a ver a Kitty, dijo:

—Estaba comentándole a su señora que voy a cenar con ustedes. Desde que murió Watson casi no he tenido a nadie con quien hablar salvo las monjas, y no me expreso tan bien como quisiera en francés. Además, con ellas los temas de conversación son muy limitados.

—Acabo de pedirle al chico que traiga algo de beber —le informó Walter.

El criado regresó con whisky y soda, y Kitty advirtió que Waddington se servía generosamente. Por su forma de hablar y su risa fácil, ella había colegido que a su llegada no estaba del todo sobrio.

—Brindo por que haya suerte —dijo, y luego, volviéndose hacia Walter, agregó—: Tendrá que aplicarse a fondo. Están cayendo como moscas. El magistrado perdió la cabeza y el coronel Yü, el oficial al mando de las tropas, se las ve y se las desea para evitar que se den al pillaje. Si las cosas no cambian pronto, nos asesinarán mientras dormimos. He intentado convencer a las monjas de que se vayan, pero no se apean del burro, claro. Todas quieren ser mártires, malditas sean.

Hablaba en tono despreocupado, y en su voz se percibía una suerte de hilaridad espectral que arrancaba una sonrisa a todo el que la escuchaba.

—¿Por qué no se ha ido usted? —inquirió Walter.

—Bueno, he perdido a la mitad del personal, y los demás están dispuestos a tumbarse y dejarse morir en cualquier instante. Alguien tiene que quedarse para llevar las riendas.

—¿Se ha vacunado?

—Sí. Watson se ocupó de ello, pero también se vacunó a sí mismo, y no le sirvió de mucho, pobre diablo. —Se dirigió a Kitty con la carilla fruncida en un gesto jovial—. No creo que corran mucho riesgo si toman las precauciones adecuadas, como hervir la leche y el agua y evitan la fruta fresca y las verduras crudas. ¿Han traído algún disco de gramófono?

—No, me temo que no —contestó Kitty.

—Qué pena, esperaba que trajeran alguno. Hace mucho que no pongo los que tengo aquí, estoy harto de ellos.

El criado se acercó para preguntarles si deseaban cenar.

—No piensan vestirse de etiqueta esta noche, ¿verdad? —preguntó Waddington—. Mi criado murió la semana pasada y el chico que tengo ahora es un inútil, así que últimamente no me arreglo por las noches.

—Voy a quitarme el sombrero —anunció Kitty.

Su habitación era contigua a la sala donde se hallaban y contenía muy pocos muebles. Una criada arrodillada en el suelo, con una lámpara a su lado, desempaquetaba las cosas de Kitty.

Capítulo 32

El comedor no era muy espacioso, y en su mayor parte estaba ocupado por una mesa enorme. En las paredes colgaban grabados de escenas de la Biblia y textos ilustrados.

—Los misioneros siempre tienen mesas grandes —les explicó Waddington—. Ganan un tanto más por cada hijo que tienen, de modo que cuando se casan compran una mesa con espacio de sobra para los futuros retoños.

Pendía del techo una gran lámpara de petróleo que permitió a Kitty ver con mayor claridad qué clase de hombre era Waddington. Su calvicie la había llevado a creer que ya no era joven, pero ahora saltaba a la vista que le faltaban muchos años para cumplir los cuarenta. Su rostro, diminuto bajo la frente amplia y abombada, conservaba la piel tensa y un color saludable; era feo como el de un mono, si bien su fealdad no carecía de encanto; había algo en aquel rostro que resultaba divertido. Sus rasgos, su nariz y su boca, eran apenas más grandes que las de un niño, y tenía unos ojillos azules muy luminosos, así como unas cejas rubias y ralas, lo que le confería el aspecto de un gracioso viejecillo prematuro. Se servía constantemente alcohol y, conforme transcurría la cena, quedó patente que no estaba sobrio en absoluto, aunque si estaba borracho no se mostraba agresivo, sino alegre, como un sátiro que le ha robado un pellejo de vino a un pastor dormido.

Habló de Hong Kong, donde vivían muchos de sus amigos, y pidió noticias de ellos. El año anterior había estado allí en la temporada de carreras, y se acordaba bien de los ponis y sus dueños.

—Por cierto, ¿qué sabe de Townsend? —preguntó de repente—. ¿Lo nombrarán secretario colonial?

Kitty notó que se ruborizaba, pero su marido no la miró.

—No me extrañaría —respondió él.

—Es de esos que siempre consiguen lo que quieren.

—¿Lo conoce? —quiso saber Walter.

—Sí, lo conozco bastante bien. Una vez hicimos juntos el viaje desde Inglaterra.

Llegaron hasta sus oídos, procedentes de la otra ribera, el tañido de gongs y el estampido de petardos. Allí, a tan corta distancia de ellos, se encontraba la gran ciudad, dominada por el terror, y la muerte, súbita y despiadada, recorría sus calles tortuosas sembrando la destrucción, pero Waddington empezó a hablar de Londres, de los teatros; sabía qué espectáculos estaban en cartel en esos momentos y les enumeró los que había ido a ver en su último viaje a Inglaterra, de permiso. Se rio al rememorar las ocurrencias de aquel humorista procaz y suspiró al evocar la belleza de esa estrella de la comedia musical. Se jactó de que un primo suyo se había casado con una de las actrices más famosas. Él había almorzado con ella, quien le había regalado una foto que les enseñaría cuando lo visitasen y cenaran con él en la aduana.

Walter contemplaba a su invitado con una mirada fría e irónica, pero era evidente que no le hacía la menor gracia, aunque se esforzaba por aparentar un interés cordial en asuntos sobre los que, como bien sabía Kitty, no tenía la menor idea. Una leve sonrisa persistía en sus labios, pero ella, por algún motivo que no entendía, estaba horripilada. Le parecía que en aquella casa donde se había alojado el misionero muerto, tan cerca de la ciudad condenada, estaban desoladoramente aislados del mundo: los tres, seres solitarios que apenas se conocían entre sí.

Acabó la cena y ella se levantó de la mesa.

—¿Le importa si me despido de usted? Voy a acostarme.

—Ya me iba. Supongo que el doctor también querrá irse a la cama —observó Waddington—. Mañana tenemos que levantarnos temprano.

Le estrechó la mano a Kitty. Se mantenía bastante estable y erguido, pero los ojos le brillaban más que nunca.

—Vendré a buscarle —le dijo a Walter—, y le llevaré a ver al magistrado y al coronel Yü, y luego iremos al convento. No le faltará trabajo, eso se lo aseguro.

Capítulo 33

Durante la noche la atormentaron sueños extraños. Como si la estuviesen transportando en la litera, notaba un movimiento oscilante acompasado a las zancadas largas e irregulares de los porteadores. Atravesaba ciudades, enormes y umbrías, en que la multitud se apiñaba en torno a ella con mirada curiosa. Las calles eran angostas e intrincadas, y en las tiendas abiertas, donde se ofrecían extrañas mercancías, toda transacción se detenía a su paso, y quienes compraban y quienes vendían se quedaban inmóviles. Luego llegaba al arco conmemorativo y de pronto tenía la impresión de que su fantástica silueta cobraba una vida monstruosa; su contorno caprichoso recordaba los brazos ondeantes de un dios hindú, y, al pasar por debajo, ella oía el eco de una risa desdeñosa. Pero entonces Charlie Townsend se acercaba a ella y la tomaba entre sus brazos para levantarla de la silla, y le revelaba que todo era un error, que nunca había sido su intención zaherirla de esa manera porque la amaba y no podía vivir sin ella. Al saborear sus besos en la boca, ella lloraba de dicha y después le preguntaba por qué la había tratado con tanta crueldad, aunque en el fondo sabía que carecía de importancia, y entonces sonaba un grito ronco y repentino y quedaban separados, y entre ellos, apresurados y silenciosos, pasaban unos culis con sus ropas azules hechas jirones y un ataúd a hombros.

Despertó con un sobresalto.

La casa se encontraba hacia la mitad de la empinada ladera, y desde su ventana, Kitty divisaba, al pie de la colina, el estrecho cauce del río y, al otro lado, la ciudad. Amanecía, y el río se había cubierto de una neblina blanca que envolvía los juncos amarrados unos a otros, muy juntos. Había centenares de ellos, y flotaban en silencio, misteriosos en aquella claridad fantasmagórica, y era como si sus tripulantes hubieran caído bajo algún hechizo, pues costaba creer que fuese el sueño, y no algo más extraño y terrible, lo que los mantenía tan quietos y mudos.

Avanzaba la mañana, y el sol brillaba sobre la niebla de tal modo que ésta despedía un fulgor blanquecino como las trazas de nieve en una estrella agonizante. Aunque cerca del agua era tan tenue que dejaba entrever las pálidas filas de juncos arracimados y el tupido bosque de sus mástiles, al otro lado formaba un muro luminoso impenetrable a la vista. Sin embargo, de súbito emergió de la nube blanca un bastión imponente y lúgubre. No parecía que el sol, que todo lo revelaba, lo hubiese tornado visible, sino que había surgido de la nada gracias al toque de una varita mágica. La estructura se erguía sobre el río como el baluarte de una raza bárbara y cruel, pero el mago arquitecto trabajaba a buen ritmo, y unos instantes después un fragmento de muro coloreado coronaba el bastión. En ese momento, de entre la niebla, extensa, amenazadora y teñida aquí y allá de amarillo por un rayo de sol, apareció una aglomeración de tejados verdes y amarillos. Impresionaban por su enormidad, y no se apreciaba una pauta definida en su disposición. El orden, si es que lo había, resultaba inaprensible, y

el conjunto, aunque abigarrado y extravagante, era de una riqueza visual inimaginable. No se trataba de una fortaleza, ni de un templo, sino del palacio mágico de algún emperador de los dioses cuyo acceso estaba vedado a los hombres, un lugar demasiado etéreo, fantástico e insustancial para ser obra de manos humanas; constituía el tejido de un sueño.

Kitty, con lágrimas en las mejillas, contempló el paisaje con las manos entrelazadas a la altura del pecho, puesto que se había quedado sin aliento, con la boca entreabierta. Nunca había albergado semejante alegría en su corazón, y se le antojó que su cuerpo era un mero envoltorio que yacía a sus pies, y que ella era puro espíritu. Ante ella se encontraba la Belleza. La aceptó del mismo modo que el creyente acepta en la boca la oblea que es Dios.

Capítulo 34

Como Walter salía temprano por la mañana, regresaba para almorzar durante una pausa de sólo media hora y luego no volvía hasta que la cena estaba casi lista, Kitty se sentía muy sola. Pasó varios días encerrada en casa. Hacía mucho calor, y dedicaba la mayor parte del tiempo a intentar leer, recostada en una tumbona junto a la ventana abierta. La intensa luz de mediodía había despojado de su aura de misterio al palacio mágico, que ahora no era más que un templo en la muralla de la ciudad, desvencijado y de colores chillones, aunque después de haberlo admirado con semejante arrobamiento ya nunca más le parecería del todo vulgar, y a menudo, al alba o al anochecer, percibía de nuevo parte de esa belleza. Lo que había tomado por un formidable bastión no era sino la muralla de la ciudad, gigantesca y oscura, que atraía su mirada una y otra vez. Tras sus almenas la ciudad se debatía entre las garras mortales de la peste.

Ella sabía vagamente que allí estaban ocurriendo cosas terribles, no por boca de Walter, que rara vez le dirigía la palabra excepto para contestar a sus preguntas con una socarronería que le producía escalofríos, sino por lo que contaban Waddington y el ama. Cerca de cien personas fallecían a diario, y prácticamente ninguna de las que contraían la enfermedad llegaba a recuperarse. Habían sacado a los dioses de los templos abandonados para colocarlos en las calles pero, a pesar de las ofrendas y los sacrificios en su honor, no lograban mitigar la plaga. Tan deprisa moría la gente que resultaba casi imposible enterrar a todos los difuntos. En algunas casas, la familia entera había sucumbido a la enfermedad, y no quedaba nadie que llevara a cabo las exequias. El oficial al mando de las tropas era un hombre imperioso, y si la ciudad no estaba asolada por disturbios ni saqueos era gracias a su autoridad. Había ordenado a sus soldados que diesen sepultura a los cadáveres hasta que no quedara uno solo por inhumar y había disparado él mismo a un oficial por mostrarse reacio a entrar en una casa apestada.

A veces Kitty tenía tanto miedo que se le encogía el corazón y le temblaban las extremidades. Por más que le aseguraban que el riesgo era mínimo si se tomaban precauciones razonables, estaba aterrada. Discurría absurdos planes de huida. Para escapar, sólo para escapar de allí, estaba dispuesta a emprender la marcha sola, sin preparativos y sin otra cosa que lo que llevaba puesto para intentar llegar a algún lugar seguro. Acarició la idea de ponerse en manos de Waddington, explicárselo todo y rogarle que la ayudara a regresar a Hong Kong. Si se postraba de hinojos ante su marido y reconocía que estaba horrorizada, él acabaría por apiadarse de ella, por mucho que la odiara.

Esa posibilidad quedaba descartada. Si decidía marcharse, ¿adónde iría? Desde luego no acudiría a su madre, quien le dejaría bien claro que al casarla esperaba haberse librado de ella. Además, no deseaba buscar refugio en las faldas de su madre. Hubiera preferido correr a los brazos de Charlie, pero él no la quería. Kitty sabía muy bien lo que le diría si ella se presentase de improviso. Imaginó

su semblante hosco y la penetrante dureza de sus ojos cautivadores. A Charlie le costaría encontrar palabras que sonaran bien. Kitty apretó los puños. Habría dado cualquier cosa por infligirle una humillación como la que él le había inferido. En ocasiones se adueñaba de ella un frenesí tal que se arrepentía de no haber dejado que Walter le pidiese el divorcio, aunque eso hubiese ocasionado su ruina, si con ello se la hubiera acarreado también a Charlie. Algunas de las cosas que él le había dicho la avergonzaban hasta el punto de sonrojarse cuando las recordaba.

Capítulo 35

La primera vez que estuvo a solas con Waddington, Kitty dirigió la conversación hacia Charlie. Waddington le había hablado de él la noche de su llegada y ella había fingido que no lo consideraba más que un conocido de su esposo.

—Lo cierto es que nunca me ha caído simpático —admitió Waddington—. Siempre me ha parecido un pesado.

—Debe de ser usted muy exigente —replicó Kitty, con ese tono jovial y encantador que con tanta naturalidad adoptaba—. Me parece que Townsend es con mucho el hombre más popular de Hong Kong.

—Lo sé. Es su mayor virtud. Ha hecho de la popularidad una ciencia y tiene el don de hacer creer a todo aquel que se le pone delante que es justo la persona a quien quiere ver. Está dispuesto a conceder favores siempre y cuando no supongan la menor molestia para él, e incluso si no consigue lo que le pides se las ingenia para que creas que ha hecho todo lo humanamente posible.

—Es un rango atractivo, sin duda.

—Tanto encanto y nada más que encanto acaba por hastiar, a mi modo de ver. Luego es un alivio tratar con personas que no son tan encantadoras pero sí un poco más sinceras. Hace muchos años que conozco a Charlie Townsend, y un par de veces he podido ver cómo es en realidad... A mí nadie me tiene en cuenta, ¿sabe? No soy más que un funcionario de segunda en el servicio de aduanas... y sé que, en el fondo, le importa un comino todo el mundo menos él mismo.

Kitty, tranquilamente arrellanada en la silla, lo miró con ojos risueños mientras hacía girar la alianza en su dedo.

—Llegará lejos, por supuesto —prosiguió Waddington—. No en vano sabe qué hilos oficiales hay que mover. Estoy convencido de que antes de morir me dirigiré a él como Su Excelencia y me pondré de pie cuando entre en la sala.

—La mayoría de la gente coincide en que merece llegar lejos. Según la opinión generalizada, está dotado de un gran talento.

—¿Talento? ¡Qué bobada! ¡Si es un tipo de lo más estúpido! Da la impresión de que hace su trabajo a vuelapluma y lo lleva a buen puerto por pura genialidad, pero no es así en absoluto, sino que es tan diligente como cualquier funcionario eurasiático.

—¿Cómo se ha ganado entonces la reputación de ser tan inteligente?

—De bobos está lleno el mundo, y cuando alguien que ocupa un puesto más bien importante se muestra campechano, les da una palmadita en la espalda y les promete que hará lo que sea por ellos, lo más probable es que lo crean inteligente. Y luego, naturalmente, está su esposa, una mujer hábil como pocas. Tiene la cabeza en su sitio, y siempre vale la pena escuchar sus consejos. Mientras esté

de parte de Charlie Townsend, dudo que él haga ninguna tontería, y ésa es la condición principal para medrar como funcionario. Los mandamases no quieren subalternos inteligentes, porque a los hombres inteligentes se les ocurren ideas, y las ideas traen problemas, sino que quieren individuos con encanto y tacto, de esos que nunca meten la pata. Ah, sí, no me cabe duda de que Charlie Townsend llegará a lo más alto.

—¿Y por qué le tiene tanta antipatía?

—No le tengo antipatía.

—Pero le tiene más simpatía a su esposa, ¿no? —inquirió Kitty con una sonrisa.

—Soy un hombrecillo chapado a la antigua y me gustan las mujeres bien educadas.

—Ojalá fuera tan elegante en el vestir como bien educada.

—¿Es que no viste bien? No me había fijado.

—Tengo entendido que eran una pareja muy unida —comentó Kitty, mirándolo por entre las pestañas.

—Hay que decir a favor de Townsend que le tiene mucho cariño a su esposa. Creo que es su rasgo más decente.

—Vaya elogio.

—Tontea con otras de vez en cuando, pero nunca se lo toma muy en serio. Es muy espabilado como para dejar que las cosas se compliquen tanto como para causarle inconvenientes. Y, naturalmente, no es un hombre apasionado, sino meramente vanidoso. Le gusta que lo admiren. Ahora está hecho un gordo cuarentón, vive demasiado bien, pero era bastante atractivo cuando llegó a la colonia. Más de una vez he oído a su esposa tomarle el pelo por sus conquistas.

—¿No les da mucha importancia a sus devaneos?

—Oh, no, sabe que no llegarán a ningún sitio. Dice que le gustaría trabar amistad con las pobrecillas que se enamoran de Charlie, pero son siempre tan vulgares... Según ella, no resulta muy halagador que las mujeres que se quedan prendadas de él sean por lo general tan de segunda fila.

Capítulo 36

Cuando Waddington se marchó, Kitty se quedó meditando sobre los comentarios que él había dejado caer tan a la ligera. No le agradó precisamente oírlos, y había requerido cierto esfuerzo disimular lo afectada que estaba. Qué amargura pensar que todo lo que le había contado era cierto. Sabía que Charlie era necio y vanidoso, que buscaba ansioso los halagos de los demás, y recordaba la autosuficiencia con que le refería sus batallitas para demostrar lo listo que era. Cómo se enorgullecía de su astucia rastrera. Qué poco tenía que valer ella si había entregado el corazón tan apasionadamente a un hombre porque... ¡porque tenía ojos bonitos y buen tipo! Deseaba despreciarlo, porque sabía que del odio que sentía por él al amor había sólo un paso. El modo en que la había tratado habría debido abrirle los ojos. Walter siempre lo había desdeñado. ¡Ojalá ella consiguiera desterrarlo de su mente por completo! Y ¿se habría reído de Kitty la esposa de Charlie por su amor obsesivo hacia él? A Dorothy le habría gustado entablar amistad con ella, pero la consideraba una mujer de segunda fila. Kitty sonrió para sí. ¡Cómo se indignaría su madre si se enterase de que alguien opinaba eso sobre su hija!

Esa noche, sin embargo, volvió a soñar con él. Notó que sus brazos la estrechaban con fuerza y la intensa pasión de sus besos en los labios. ¿Qué importaba que fuera un gordo cuarentón? Se rio con ternura porque a él le preocupaba mucho su aspecto; lo quería más aún por su vanidad pueril, que le brindaba la oportunidad de compadecerse de él y consolarlo. Despertó con el rostro bañado en lágrimas.

No lograba comprender por qué le parecía tan trágico haber llorado dormida.

Capítulo 37

Kitty veía a Waddington todos los días porque cada tarde subía por la ladera a paso tranquilo hasta la casa de los Fane una vez concluida su jornada de trabajo. Al cabo de una semana había entre ellos un grado de intimidad que en otras circunstancias difícilmente habrían alcanzado en un año. En cierta ocasión, cuando ella le confesó que no sabía cómo soportaría la vida en ese lugar sin él, Waddington le respondió con una carcajada:

—No sé si te das cuenta de que tú y yo somos los únicos que se mantienen apacible y discretamente con los pies en la tierra. Las monjas están en los cielos, y tu marido... en la oscuridad.

Aunque Kitty soltó una risita despreocupada, se preguntó a qué se refería y la invadió la sensación de que los alegres ojillos azules del empleado de aduanas la escudriñaban con una atención a la vez afable y desconcertante. Ya había descubierto que Waddington era un hombre perspicaz, e intuía que la relación entre Walter y ella despertaba su curiosidad cínica. A ella le gustaba desorientarlo, le caía bien y apreciaba su disposición amable hacia ella. No es que rebosara ingenio, pero su forma seca e incisiva de decir las cosas resultaba divertida, y su rostro aniñado y gracioso coronado por una calva y desencajado de risa, confería en ocasiones un carácter desternillante a sus observaciones. Había vivido durante muchos años en reductos coloniales, a menudo sin ninguna otra persona de su color con quien hablar, y su personalidad se había desarrollado en una libertad poco corriente. Estaba plagado de caprichos y excentricidades. Se expresaba con una franqueza refrescante, contemplaba la vida con humor, y se burlaba sin piedad de la colonia británica en Hong Kong, pero también de los oficiales chinos en Mei Tan Fu y del cólera que dieztaba la ciudad. No era capaz de narrar una historia trágica o heroica sin darle un toque levemente disparatado. Había reunido un arsenal de anécdotas a lo largo de sus veinte años en China y, en conjunto, pintaban el mundo como un lugar de lo más grotesco, extraño y absurdo.

Aunque negaba ser un erudito en cuestiones chinas (juraba que los sinólogos estaban locos de atar), hablaba la lengua con soltura. Leía poco y todo cuanto sabía lo había aprendido conversando, pero a menudo contaba a Kitty relatos de novelas chinas y de la historia de ese país, y aunque siempre asumía esa actitud jocosa e indiferente que lo caracterizaba, los cuentos a menudo rebosaban humanidad e incluso dulzura. Ella tenía la impresión de que, quizá de forma inconsciente, él había adoptado el punto de vista chino según el cual los europeos eran unos bárbaros y su estilo de vida una locura: sólo en China podía un hombre razonable percibir en su existencia una suerte de realidad. Esto le dio que pensar a Kitty: ella siempre había oído hablar de los chinos como un pueblo decadente, sucio e incalificable. Fue como si por un instante alguien levantase la esquina inferior de un telón, permitiéndole atisbar un mundo rebosante de color y significado con los que nunca había soñado siquiera.

Él permanecía sentado sin dejar de hablar, reír y beber.

—¿No te parece que bebes más de la cuenta? —le preguntó Kitty sin ambages.

—Es el mayor placer que tengo en esta vida y, además, mantiene a raya el cólera.

Cuando Waddington se marchaba, solía estar borracho, aunque aguantaba bien el alcohol, que lo transformaba en un tipo muy agudo, pero en absoluto desagradable.

Una tarde, Walter, que había regresado más temprano de lo habitual, lo invitó a cenar y se produjo un curioso incidente. Tomaron la sopa y el pescado y luego, como guarnición del pollo, el criado entregó a Kitty una fuente con ensalada verde.

—Dios bendito, ¿no iréis a comer eso? —exclamó Waddington al advertir que Kitty se ponía un poco en su plato.

—Sí, comemos ensalada todas las noches.

—A mi esposa le gusta —añadió Walter.

Tendieron la fuente a Waddington pero él la rechazó negando con la cabeza.

—Muchas gracias, pero de momento no tengo intención de suicidarme.

Walter esbozó una sonrisa lúgubre y se sirvió. Waddington no dijo más, de hecho se sumió en un estado extrañamente taciturno y poco después de cenar se marchó.

Era cierto que comían ensalada todas las noches. Dos días después de su llegada, el cocinero, con la despreocupación de los chinos, se la había preparado y Kitty, sin pensar, la probó. Walter se inclinó hacia delante con brusquedad.

—No deberías comer eso. No sé cómo se le ocurre al criado servírtelo.

—¿Por qué no? —inquirió Kitty, mirándolo de frente.

—Siempre es peligroso, pero ahora es una locura. Te vas a matar.

—Creía que se trataba de eso —repuso Kitty.

Empezó a comer con sangre fría, sin saber qué espíritu bravucón se había apoderado de ella. Observó a Walter con mirada desdeñosa y le pareció que palidecía ligeramente, pero cuando le pasaron la ensalada él también se sirvió. El cocinero, al ver que no la rechazaban, les ponía un poco todos los días, y ellos, coqueteando con la muerte, se la comían. Era grotesco correr semejante riesgo.

Kitty, a quien aterraba la enfermedad, masticaba las verduras con la sensación no sólo de que estaba vengándose implacablemente de Walter, sino de que se mofaba de sus temores más profundos.

Capítulo 38

Fue al día siguiente por la tarde, cuando Waddington, de visita en la casa de Kitty, después de pasar un rato sentado invitó a Kitty a dar un paseo con él. Ella, que no había salido del recinto desde su llegada, aceptó de buen grado.

—No es que haya muchos lugares por donde pasear, me temo —reconoció él—, pero podemos ir a la cima de la colina.

—Ah, sí, donde está el arco. Lo contemplo a menudo desde la terraza.

Uno de los criados les abrió el pesado portón, y ambos enfilaron el sendero polvoriento, caminaron unos cuantos metros y de pronto Kitty, asustada, se agarró al brazo de Waddington y profirió un grito de espanto.

—¡Mira!

—¿Qué ocurre?

Al pie de la muralla que rodeaba el recinto yacía un hombre boca arriba con las piernas extendidas y los brazos sobre la cabeza. Llevaba los harapos azules remendados y la mata de pelo enmarañada típicos del mendigo chino.

—Parece muerto —señaló Kitty con un hilillo de voz.

—Es que está muerto. Ven por aquí, más vale que mires hacia otro lado. Mandaré que se lo lleven cuando regresemos.

Kitty, sin embargo, temblaba tan violentamente que le era imposible andar.

—Nunca había visto un muerto.

—Más vale que te acostumbres cuanto antes, porque verás muchos más antes de despedirte de este dichoso lugar.

Waddington le tomó la mano y enlazó su brazo con el de ella. Avanzaron durante un rato de esta guisa, en silencio.

—¿Ha muerto de cólera? —preguntó ella, al cabo.

—Supongo.

Continuaron colina arriba hasta llegar al arco ricamente labrado que, fantástico e irónico, se erguía como punto de referencia en el paisaje. Se sentaron en el pedestal de cara a la amplia llanura. La colina estaba tachonada de montículos mortuorios que no formaban hileras sino que estaban desordenados, en tal grado que, al mirarlos, uno imaginaba que bajo la superficie los muertos se propinaban empujones unos a otros. La estrecha calzada serpenteaba entre los arrozales. Un niño montado sobre el cuello de un búfalo de agua conducía el animal lentamente de vuelta a casa, y tres campesinos con anchos sombreros de paja caminaban trabajosamente bajo el peso de sus cargas. El calor del día había remitido, y ahora se estaba a gusto en ese lugar, donde corría una leve brisa

vespertina, y la vasta extensión de terreno que se dominaba desde allí imbuía una melancolía plácida en el corazón torturado, pero Kitty no conseguía ahuyentar de su mente la imagen del mendigo muerto.

—¿Cómo puedes hablar y reír y beber whisky cuando la gente está muriendo en torno a ti? — preguntó de súbito.

Waddington no respondió, sino que se volvió hacia ella y le posó una mano sobre el brazo.

—Éste no es lugar para una mujer, ¿sabes? —aseveró—. ¿Por qué no te vas?

Ella le lanzó una mirada de soslayo desde debajo de sus largas pestañas, y la sombra de una sonrisa afloró en sus labios.

—Yo creía que, dadas las circunstancias, el lugar de una mujer está junto a su marido.

—Cuando me telegrafiaron para comunicarme que venías con Fane me quedé estupefacto, pero luego pensé que quizás habías sido enfermera y que estabas habituada a lidiar con situaciones como ésta por tu trabajo. Supuse que serías una de esas mujeres adustas que te hacen la vida imposible cuando estás enfermo en el hospital. Me quedé de una pieza cuando entré en vuestra casa y te vi sentada en aquella silla, descansando. Parecías tan frágil, pálida y agotada...

—¿Qué esperabas? ¿Que estuviese en mi mejor momento tras nueve días de viaje?

—Ahora también se te ve frágil, pálida y agotada, y, si no te importa que lo diga, desdichada hasta la desesperación.

Kitty se sonrojó sin remedio, pero consiguió soltar una carcajada que sonó bastante alegre.

—Lamento que no te guste mi expresión. Si hay un motivo para que parezca desdichada es que desde los doce años he sido consciente de que tengo demasiado larga la nariz, y aparentar una pena secreta resulta de lo más efectivo: no te imaginas cuántos jóvenes encantadores se han prestado a consolarme.

Waddington fijó en ella sus brillantes ojos azules, y Kitty leyó en ellos que no creía ni una palabra de lo que decía, cosa que no le importaba siempre y cuando fingiera lo contrario.

—Estaba al tanto de que no llevabas mucho tiempo casada y llegué a la conclusión de que tú y tu marido estabais locamente enamorados. Me parecía impensable que Fane deseara que vinieses con él, aunque cabía la posibilidad de que tú te hubieras negado en redondo a quedarte atrás.

—Es una explicación muy razonable —asintió ella con toda tranquilidad.

—Sí, pero no es la verdadera.

Kitty aguardó a que continuara, algo temerosa —pues se había formado una idea bastante clara de la sagacidad de Waddington y sabía que nunca vacilaba en hablar sin tapujos—, pero incapaz de resistir la tentación de oírlo hablar de ella.

—No me creo que estés enamorada de tu marido. Me da en la nariz que te repugna y no me sorprendería que lo odiases, pero estoy casi seguro de que le tienes miedo.

Ella apartó la mirada por un instante. No pensaba permitir que Waddington se apercebiera de que la afectaba lo que decía.

—Sospecho que mi marido no te cae muy bien —replicó con frescura irónica.

—Lo respeto: tiene cerebro y carácter, y eso, te lo aseguro, es una combinación muy poco habitual. Supongo que no estás enterada de lo que hace aquí, porque me huelo que no es muy comunicativo contigo. Si hay alguien capacitado para acabar con esta horrenda epidemia sin ayuda de nadie, es él. Cuida de los enfermos, manda limpiar la ciudad e intenta que la gente se acostumbre a

beber agua pura. Va a donde tiene que ir y hace lo que tiene que hacer sin la menor aprensión, arriesga la vida veinte veces al día, se ha metido en el bolsillo al coronel Yü y lo ha persuadido para que ponga las tropas a su disposición, incluso ha dado un toque de atención al magistrado, y el viejo está esforzándose de veras por hacer algo. Las monjas del convento, por su parte, creen ciegamente en él; lo consideran un héroe.

—¿Tú no?

—Después de todo no es su trabajo, ¿verdad? Es bacteriólogo y aquí no se le había perdido nada. No tengo la impresión de que se compadezca de todos estos chinos agonizantes. Watson era distinto: amaba a la humanidad. Aunque había venido en calidad de misionero, le daba igual que fueran cristianos, budistas o confucianos; para él todos eran sólo seres humanos. Tu marido no está aquí porque le importe un carajo si el cólera se lleva por delante a un millar de chinos, ni está aquí en aras de la ciencia. ¿Por qué ha venido?

—Eso deberías preguntárselo a él.

—Es interesante veros juntos. A veces me pregunto cómo os comportáis cuando estáis a solas. Siempre que me encuentro presente interpretáis un papel, los dos, y que me aspen si no sois los peores actores que conozco. Ni tú ni él sacaríais tres cuartos a la semana en una compañía teatral si eso es todo lo que sois capaces de hacer.

—No sé a qué te refieres. —Kitty sonrió, manteniendo una fachada de frivolidad aun a sabiendas de que no conseguiría engañarlo.

—Eres una mujer muy hermosa. Me extraña que tu marido nunca te mire. Cuando se dirige a ti es como si hablara otra persona, y no él.

—¿Crees que no me ama? —preguntó ella con voz ronca y queda, dejando de lado su aparente ligereza.

—No lo sé. No sé si provocas en él tal repulsión que se le pone la carne de gallina con sólo estar cerca de ti o si lo abrasa un amor que por alguna razón no se permite demostrar. He llegado a preguntarme si habéis venido los dos a suicidaros.

Kitty había reparado en la expresión de pasmo y el posterior escrutinio a que los había sometido Waddington durante el incidente de la ensalada.

—Me parece que concedes demasiada importancia a unas cuantas hojas de lechuga —comentó ella recuperando su tono despreocupado y poniéndose en pie—. ¿Volvemos a casa? Seguro que te apetece un whisky con soda.

—En cualquier caso, tú no eres ninguna heroína. Estás muerta de miedo. ¿Seguro que no quieres marcharte?

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Puedo ayudarte.

—¿Tú también vas a caer rendido ante esa pena secreta que todo el mundo cree que me consume? Mirame de perfil y dime si no tengo la nariz muy larga.

Waddington la observó caviloso, con su habitual brillo de malicia e ironía en los ojos, pero mezclado con eso, tenue como el reflejo de un árbol que crece a la orilla del río, había una sombra de bondad tan excepcional que a Kitty se le saltaron las lágrimas.

—¿Tienes que quedarte?

—Sí.

Pasaron por debajo del vistoso arco e iniciaron el descenso de la pendiente. Cuando llegaron al recinto amurallado avistaron el cadáver del mendigo muerto. Él la tomó del brazo pero Kitty se soltó y se detuvo.

—Qué horrible, ¿verdad?

—Qué, ¿la muerte?

—Sí. Hace que todo parezca terriblemente banal. Ni siquiera tiene aspecto humano. Cuando lo miras, cuesta creer que alguna vez estuviese vivo. Es difícil imaginar que hace no muchos años era un niño que corría colina abajo para hacer volar una cometa.

No fue capaz de contener el sollozo que le oprimía la garganta.

Capítulo 39

Pocos días después, Waddington, que estaba sentado junto a Kitty con un largo vaso de whisky con soda en la mano, se puso a hablarle del convento.

—La madre superiora es una mujer muy especial. Las hermanas me han asegurado que pertenece a una de las familias más notables de Francia, aunque no han precisado cuál. Según dicen, a la madre superiora no le gusta que se hable de ella.

—Si tanto te interesa, ¿por qué no se lo preguntas? —inquirió Kitty con una sonrisa.

—Si la conocieras, sabrías que es imposible plantearle una pregunta indiscreta.

—Muy especial debe de ser para infundirte semejante respeto.

—Tengo un mensaje suyo para ti. Me ha encargado que te diga que, aunque entendería perfectamente que no quisieras arriesgarte a ir al centro mismo de la epidemia, le encantaría enseñarte el convento.

—Es muy amable por su parte. No sabía que estuviera al corriente de mi existencia.

—Le he hablado de ti. La visito dos o tres veces a la semana para echar una mano si hace falta, y yo diría que tu marido también les ha hablado de ti. Has de saber que ellas le profesan una admiración sin límites.

—¿Eres católico?

Los ojos maliciosos de Waddington lanzaron un destello, y su graciosa carita se arrugó de risa.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Kitty.

—¿Acaso puede salir alguna cosa buena de Galilea? No, no soy católico. Me declaro miembro de la Iglesia anglicana, una manera inofensiva de decir que no creo en nada concreto, supongo. Cuando la madre superiora se instaló aquí hace diez años trajo consigo a siete monjas, de las que han muerto todas salvo tres. Como verás, Mei Tan Fu no es precisamente un balneario. Viven justo en el centro de la ciudad, en el barrio más pobre, trabajan muy duro y nunca se toman vacaciones.

—¿Y ahora no quedan más que tres monjas y la madre superiora?

—Oh, no, otras han ocupado el lugar de las fallecidas y ahora hay seis. Cuando la epidemia acababa de declararse, una murió de cólera y vinieron otras dos de Cantón.

Kitty se estremeció levemente.

—¿Tienes frío?

—No, sólo la sensación de que alguien caminaba sobre mi tumba.

—Cuando se van de Francia, es para siempre, no como los misioneros protestantes, a quienes de vez en cuando les conceden un año de permiso. Siempre he pensado que eso ha de ser lo más duro. Los ingleses no tenemos mucho apego por la tierra, nos sentimos como en casa en cualquier lugar del mundo, pero a los franceses, según creo, les inculcan tal amor por su patria que es casi como un

vínculo físico. Nunca se encuentran completamente a gusto en el extranjero. Siempre me ha conmovido mucho que estas mujeres se prestaran a semejante sacrificio. Me imagino que si fuera católico, me parecería de lo más natural.

Kitty lo contempló con cierto distanciamiento. No alcanzaba a entender del todo la emoción con que hablaba el hombrecillo y se preguntó si no sería sólo una pose. Waddington había bebido whisky en abundancia y quizá no estaba sobrio del todo.

—Ven a verlo por ti misma —le propuso con su sonrisa traviesa al leerle de inmediato el pensamiento—. No es tan arriesgado como comerse un tomate, ni mucho menos.

—Si tú no tienes miedo, no hay razón para que lo tenga yo.

—Creo que te resultará divertido. Es como visitar un trocito de Francia.

Capítulo 40

Cruzaron el río en un sampán. Una silla de manos aguardaba a Kitty en el embarcadero, y los portadores la llevaron cuesta arriba hasta la compuerta de la esclusa. Los culis que acudían para procurarse agua del río iban y venían a toda prisa con cubos enormes colgados de la percha que llevaban sobre los hombros y salpicaban la calzada de tal modo que parecía que acabara de llover a cántaros. Los portadores de Kitty los instaban a apartarse con gritos breves y severos.

—Como es natural, todos los negocios están paralizados —le explicó Waddington, que caminaba a su lado—. En circunstancias normales hay que abrirse paso a codazos entre los culis que llevan y traen mercancías de los juncos.

Avanzaban por una calle tan estrecha y sinuosa que Kitty se desorientó enseguida. Muchas de las tiendas estaban cerradas, y aunque durante el viaje se había acostumbrado a la suciedad típica de la vía pública en China, allí los desperdicios, la basura y los desechos acumulados desde hacía semanas despedían un hedor tan horrible que ella tuvo que llevarse un pañuelo a la cara. Al atravesar otras ciudades chinas la había incomodado el descaro con que la observaba el gentío, pero ahora cayó en la cuenta de que apenas le dirigían alguna que otra mirada indiferente. Los viandantes, mucho menos arracimados que de costumbre, iban absortos en sus propios asuntos, encogidos de miedo y apáticos. De vez en cuando, al pasar por delante de una casa, se oía el tañer de los gongs y el lamento agudo y prolongado de instrumentos desconocidos: tras esas puertas cerradas yacía algún muerto.

—Ya hemos llegado —anunció Waddington, al cabo de un rato.

Los portadores depositaron el palanquín ante una pequeña abertura practicada en un largo muro blanco sobre la que había una cruz, y Kitty se apeó mientras él llamaba a la puerta.

—No esperes nada suntuoso. Son pobres de solemnidad.

Una muchacha china abrió la puerta y a una indicación de Waddington los guió a una salita anexa al pasillo donde había una gran mesa cubierta con un hule de cuadros y un juego de sillas rígidas colocadas a lo largo de las paredes. Al fondo de la habitación se alzaba una estatua de yeso de la Santísima Virgen. Un instante después llegó una monja baja y rechoncha de rostro poco atractivo, mejillas rosadas y ojos vivarachos. Al presentársela a Kitty, Waddington la identificó como Soeur Saint-Joseph.

—*C'est la dame du docteur?* —preguntó la monja, sonriente, y añadió que la madre superiora acudiría en breve.

Sor Saint Joseph no hablaba inglés, y el francés de Kitty dejaba bastante que desear. Waddington, por el contrario, con un lenguaje desenvuelto, voluble e inexacto, desgranaba comentarios ingeniosos que arrancaban carcajadas a la afable monja. Su risa alegre y natural asombró no poco a Kitty, quien siempre se había imaginado a las religiosas como mujeres circunspectas, y esa alegría tierna y pueril la

conmovió.

Capítulo 41

Se abrió la puerta, de un modo que a Kitty no se le antojó muy natural sino más bien como si hubiera girado sobre las bisagras por voluntad propia, y la madre superiora entró en la pequeña estancia. Se detuvo por un instante en el umbral, y una sonrisa solemne asomó a sus labios mientras sus ojos se posaban primero en la hermana risueña y luego en el rostro cómico y fruncido de Waddington. A continuación avanzó unos pasos y tendió la mano a Kitty.

—¿Señora Fane? —Hablabla inglés con un acento marcado, pero su pronunciación era correcta, y le dedicó un amago de reverencia—. Me complace conocer a la esposa de nuestro médico, tan bueno y tan valiente.

A Kitty le invadió la sensación de que la mirada de la madre superiora se detenía en ella durante un buen rato sin pudor alguno. Era una mirada tan franca que no resultaba descortés, sino que denotaba un interés profesional por formarse una opinión del prójimo sin pensar siquiera en recurrir a subterfugios. Con una seriedad cordial invitó a las visitas a tomar asiento y ella hizo lo propio. Sor Saint Joseph, todavía sonriente pero en silencio, permaneció en pie junto a la superiora, si bien un poco más atrás.

—Sé que a ustedes los ingleses les gusta el té —dijo la madre superiora—, y he pedido que les preparen un poco, pero debo excusarme si lo sirven al estilo chino. Me consta que el señor Waddington prefiere el whisky, pero me temo que eso no puedo ofrecérselo.

Sonrió, y las visitas percibieron un brillo de malicia en sus ojos severos.

—Oh, por favor, *ma mère*, habla usted de mí como si fuera un borracho redomado.

—Ojalá pudiera usted decir que no bebe nunca, señor Waddington.

—Sea como fuere, puedo decir que nunca bebo salvo en exceso.

La madre superiora se echó a reír y tradujo al francés la ocurrencia por consideración a la hermana Saint Joseph, que lo miró largamente con expresión cordial.

—Debemos ser comprensivas con el señor Waddington porque en un par de ocasiones en que nos habíamos quedado sin dinero y no sabíamos cómo dar de comer a las huérfanas, acudió en nuestra ayuda.

La novicia que les había abierto la puerta apareció con una bandeja sobre la que llevaba cuencos chinos, una tetera y un platillo de magdalenas.

—Tiene que probar las *madaleines* —señaló la madre superiora—, porque sor Saint Joseph las ha preparado para usted esta misma mañana.

Charlaron sobre asuntos intrascendentes. La madre superiora preguntó a Kitty cuánto tiempo llevaba en China y si se había cansado mucho durante el viaje desde Hong Kong. Quiso saber si había estado en Francia alguna vez y si no la agobiaba el clima de Hong Kong. Fue una conversación tan

trivial como amistosa que adquirió un matiz peculiar en aquellas circunstancias. La sala estaba tan silenciosa que costaba creer que se encontrasen en medio de una ciudad populosa. Allí reinaba la paz y, sin embargo, en derredor la epidemia causaba estragos, y la gente, inquieta y aterrada, sólo se mantenía a raya merced a la firme voluntad de un soldado a quien poco le faltaba para ser bandolero. Dentro de los muros del convento la enfermería estaba atestada de soldados enfermos y agonizantes, y una cuarta parte de las huérfanas atendidas por las monjas ya habían muerto.

Kitty, impresionada sin saber muy bien por qué, estudió a la solemne dama que le formulaba esas preguntas tan amables. Iba vestida de blanco y el único toque de color en su hábito era el corazón rojo que le ardía en el pecho. Era una mujer de mediana edad, de unos cuarenta o cuarenta y cinco años; no había manera de precisarlo, porque ni una sola arruga surcaba su rostro terso y pálido, y si daba la impresión de haber dejado atrás la juventud era principalmente por la dignidad de su porte, su aplomo y la extrema delgadez de sus manos fuertes y hermosas. Tenía el rostro alargado y la boca amplia con dientes grandes y parejos. La nariz, aunque no chata, era delicada, pero los ojos, bajo sus cejas fijas y negras, eran lo que otorgaba al semblante su carácter intenso y trágico. Eran muy grandes, oscuros, y si bien no resultaban exactamente fríos, su firmeza sosegada imponía respeto. Lo primero que le pasaba a uno por la cabeza al fijarse en la madre superiora era que de joven debía haber sido hermosa, pero en un instante quedaba patente que su belleza, subordinada al carácter, se había acrecentado con los años. Tenía la voz grave, queda y mesurada, y tanto en inglés como en francés hablaba despacio. Pero lo que más llamaba la atención de ella era la autoridad que rezumaba, atemperada por la caridad cristiana; se notaba que estaba acostumbrada a ejercer el mando. Que la obedecieran era algo natural para ella, pero aceptaba la obediencia con humildad. Saltaba a la vista lo profundamente consciente que era del poder de la iglesia que la respaldaba. Aun así, Kitty sospechaba que, a pesar de la austeridad de su actitud, mostraba una tolerancia bondadosa hacia la fragilidad humana, y era imposible mirar la sonrisa sobria con que escuchaba las tonterías que Waddington soltaba con todo descaro sin colegir que poseía un agudo sentido del ridículo.

Pero Kitty apreciaba en ella otra cualidad que no habría sabido definir. Se trataba de algo que, pese a la cordialidad de la madre superiora y los exquisitos modales que hacían que Kitty se sintiese como una colegiala torpe, la mantenía a distancia.

Capítulo 42

—*Monsieur ne mange rien* —comentó la hermana Saint Joseph.

—La cocina manchú ha echado a perder el paladar de *monsieur* —aseveró la madre superiora.

La sonrisa se borró del rostro de sor Saint Joseph, que adoptó en cambio una expresión un tanto amilgada. Waddington, con una chispa de picardía en los ojos, tomó otra magdalena. Kitty no entendía la conversación.

—Para demostrarle lo injusta que es usted, *ma mère*, echaré a perder la excelente cena que me espera.

—Si la señora Fane desea conocer el resto del convento, se lo mostraré encantada. —La madre superiora se volvió hacia Kitty con una sonrisa de desaprobación—. Lamento que tenga que verlo ahora que todo está manga por hombro. Tenemos muchísimo trabajo y muy pocas hermanas para llevarlo a cabo. El coronel Yü ha insistido en poner nuestra enfermería a disposición de los soldados enfermos y nos hemos visto obligadas a acondicionar el *réfectoire* para alojar a nuestras huérfanas.

Se detuvo junto a la puerta para franquear el paso a Kitty y luego, una junto a otra, seguidas por la hermana Saint Joseph y Waddington, recorrieron los pasillos frescos y blancos. Entraron primero en una habitación grande y desnuda donde unas cuantas muchachas chinas trabajaban en complejos bordados. Se pusieron en pie en cuanto entraron las visitas, y la madre superiora enseñó a Kitty muestras de su trabajo.

—Seguimos con ello a pesar de la epidemia porque las distrae del peligro.

Pasaron a otra sala en la que unas chicas más jóvenes se dedicaban a labores sencillas de costura como dobladillos y pespuntes, y luego a una tercera donde sólo había niñas pequeñas a cargo de una novicia china. Jugaban ruidosamente y cuando apareció la madre superiora se arremolinaron en torno a ella —pequeñas de dos y tres años, con sus ojos negros rasgados y su cabello oscuro—, la tomaron de las manos y se escondieron entre sus amplias faldas. Una sonrisa encantadora iluminó el semblante circunspecto de la mujer, que las acarició mientras pronunciaba unas palabras con voz melosa que Kitty a pesar de su desconocimiento del chino, identificó como carantoñas. Se estremeció ligeramente, porque con su vestido uniformado, su piel cetrina, su nariz aplastada y su estatura diminuta, las criaturas apenas parecían humanas. Su aspecto le repelía y, sin embargo, la madre superiora permanecía entre todas ellas como la viva imagen de la caridad. Cuando hizo además de marcharse no le permitieron salir, sino que se aferraron a ella de tal modo que, entre protestas sonrientes, hubo de emplear una fuerza moderada para zafarse. Estaba claro que a ellas la gran dama no les parecía en absoluto aterradora.

—Como usted bien sabe —le explicó a Kitty mientras caminaban por otro pasillo—, sólo son huérfanas en el sentido de que sus padres han decidido librarse de ellas. Les damos un poco de

calderilla por cada niña que traen, porque de otro modo ni siquiera se tomarían la molestia y se desharían de ellas sin más. ¿Ha llegado alguna hoy? —preguntó a la hermana.

—Cuatro.

—Ahora, con el cólera, están más ansiosos que nunca por desembarazarse de la carga inútil que suponen las niñas.

Mostró a Kitty los dormitorios y luego cruzaron una puerta sobre la que estaba pintada la palabra *infirmérie*. Kitty oyó lamentos, gritos desgarradores y gemidos de dolor que no parecían proceder de bocas humanas.

—No le enseñaré la enfermería —le dijo la madre superiora sin abandonar su tono plácido—. No es un espectáculo grato. —Entonces se le ocurrió algo—. Me pregunto si no estará aquí el doctor Fane.

Lanzó una mirada inquisitiva a la hermana, quien, con su alegre sonrisa, abrió la puerta y entró sigilosamente. Kitty retrocedió unos pasos, pues a través de la puerta abierta llegaba hasta sus oídos la horrrisona algarabía del interior. Al cabo de un momento, la hermana Saint Joseph salió al pasillo.

—No, ya ha estado aquí y no volverá hasta más tarde.

—¿Qué hay del número seis?

—*Pauvre garçon*, ha muerto.

La madre superiora se santiguó, y sus labios se movieron en una oración breve y silenciosa.

Cuando pasaban junto a un patio interior, los ojos de Kitty se posaron sobre dos largas sombras que yacían lado a lado en el suelo tapadas con una tela de algodón azul. La madre superiora se dirigió a Waddington.

—Vamos tan escasos de camas que tenemos que acostar a dos pacientes en cada una, y en cuanto muere un enfermo hay que sacarlo para dejar sitio a otro. —A pesar de todo, le sonrió a Kitty—. Ahora la llevará a nuestra capilla, de la que estamos muy orgullosas. Una de nuestras amistades en Francia nos envió hace poco una estatua de tamaño natural de la Santísima Virgen.

Capítulo 43

La capilla no era más que una sala alargada de techo bajo con las paredes enlucidas e hileras de bancos de madera sin pulir; al fondo estaba el altar y, encima de éste, la imagen de yeso mate pintada rudimentariamente de colores chillones toda ella flamante y estridente. Detrás colgaba un óleo que representaba la crucifixión con las dos Marías a los pies de la cruz en actitud de ostensible aflicción. El cuadro era malo, y los pigmentos oscuros se habían aplicado con un criterio ajeno por completo a la armonía de colores. En torno a las paredes estaban las estaciones del vía crucis, obra de la misma mano incompetente. La capilla era un lugar espantoso y vulgar.

Las monjas se arrodillaron a la entrada para rezar una oración y, una vez de pie, la madre superiora reanudó su conversación con Kitty.

—Todo lo susceptible de romperse se rompe antes de llegar aquí, pero la estatua que nos regaló nuestro benefactor llegó de París sin una sola mella. No cabe duda de que se trata de un milagro.

A Waddington le centellearon los ojos con malicia pero se mordió la lengua.

—El retablo y las estaciones del calvario los pintó una de nuestras hermanas, *soeur* Saint Anselme. —La madre superiora se persignó—. Era una auténtica artista. Por desgracia cayó víctima de la epidemia. ¿Verdad que son hermosísimos?

Kitty farfulló una afirmación. En el altar había ramos de flores de papel, y los cirios estaban tan ricamente decorados que impedían concentrarse en otra cosa.

—Tenemos el privilegio de guardar aquí el Santo Sacramento.

—¿Ah, sí? —se interesó Kitty, sin acabar de entender.

—Nos ha servido de gran consuelo durante esta época tan aciaga.

Abandonaron la capilla y desanduvieron el camino hasta la sala en la que habían tomado el té.

—Antes de irse, ¿le gustaría ver a las niñas que han llegado esta mañana?

—Me encantaría —respondió Kitty.

La madre superiora los condujo hasta un cuartito situado al otro lado del pasillo donde, sobre una mesa, debajo de una tela, algo se movía. La hermana retiró el paño y dejó a la vista a cuatro criaturas desnudas. Estaban muy enrojecidas y agitaban sin cesar sus pequeños brazos y piernas al tiempo que sus peculiares caritas achinadas se deformaban con extrañas muecas. Más que personas, semejaban extraños animales de una especie desconocida, y no obstante aquella visión, por algún motivo, resultaba singularmente conmovedora. La madre superiora las contemplaba con una sonrisa divertida.

—Parecen llenas de vida. A veces las traen aquí y se mueren enseguida. Como es natural, las bautizamos en cuanto llegan.

—El marido de la señora estará encantado con ellas —apuntó sor Saint Joseph—. Creo que se pasaría el día jugando con las criaturas. Cuando lloran, le basta con acunarlas en su brazo para que se

echen a reír de contento.

Poco después, Kitty y Waddington estaban en la puerta. Kitty agradeció con solemnidad a la madre superiora las molestias que se había tomado, y la monja se inclinó con una condescendencia a un tiempo digna y afable.

—Ha sido un gran placer. No sabe usted lo bien que se ha portado su marido con nosotras, ni lo útil que ha sido. Nos lo ha enviado el mismísimo cielo. Me alegro de que usted haya venido con él. Cuando regresa a casa debe de ser un gran alivio para él encontrarla esperándolo con su amor y su... su hermosura. Vele por su salud y no permita que trabaje más de la cuenta. Debe cuidarlo por el bien de todos nosotros.

Kitty se sonrojó; no sabía qué contestar. La madre superiora le tendió la mano, y mientras se la estrechaba, Kitty notó que la mujer clavaba en ella esos ojos atentos y serenos, un poco distantes, pero en los que se leía algo muy similar a una profunda comprensión.

Sor Saint Joseph cerró la puerta una vez que salieron, y Kitty se subió a la silla de manos. Cuando regresaban por las calles estrechas y sinuosas, Waddington hizo un comentario informal. Como Kitty no respondía, él se volvió hacia la litera, pero las cortinas laterales estaban corridas y no alcanzó a verla. Siguió caminando en silencio, pero cuando llegaron al río y Kitty se apeó, advirtió para su sorpresa que ésta tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el rostro arrugado en un gesto de consternación.

—Nada. —Intentó sonreír—. No es más que una tontería.

Capítulo 44

Sola una vez más en el sórdido salón del misionero muerto, recostada en la tumbona de cara a la ventana, con la mirada ausente puesta en el templo del otro lado del río (que ahora, al caer de la tarde, aparecía de nuevo etéreo y hermoso), Kitty intentaba aclarar sus sentimientos más hondos. No había imaginado que la visita al convento la conmovería en tal grado. Había ido allí por pura curiosidad, para distraerse de alguna manera, y tras contemplar durante tantos días la ciudad amurallada de la otra ribera estaba más que dispuesta a echar al menos un vistazo a sus calles misteriosas.

Sin embargo, una vez en el convento se había visto transportada a otro mundo, situado fuera del espacio y del tiempo. Las habitaciones pobremente amuebladas y los pasillos blancos, austeros y sencillos, parecían albergar el espíritu de algo místico y remoto. La capillita, tan fea y vulgar, era patética por su tosquedad, pero había algo en ella que se echaba en falta en la grandeza de una catedral, con sus vidrieras e imágenes: era muy humilde, y la fe que la adornaba, el afecto con el que la cuidaban, la dotaba de una delicada belleza espiritual. La manera tan metódica en que trabajaban las monjas en plena epidemia denotaba una serenidad frente al peligro y un sentido práctico —de un pragmatismo casi irónico— que impresionaban profundamente a Kitty. Todavía le resonaban en los oídos los quejidos espectrales que había percibido cuando sor Saint Joseph había abierto por un momento la puerta de la enfermería.

La opinión tan favorable de Walter que habían expresado, primero la hermana y luego la propia madre superiora, la había pillado por sorpresa, al igual que el tono de voz sumamente dulce con que lo encomiaban. A Kitty le sorprendía el leve hormigueo de orgullo que había experimentado al enterarse de que lo tenían en tan alta estima. Waddington también le había contado algo sobre la labor de Walter, pero no era sólo su competencia lo que alababan las monjas (estaba al tanto de que en Hong Kong lo consideraban una persona inteligente), sino también su amabilidad y ternura. Era capaz de demostrar una gran ternura, claro. Desplegaba sus mejores cualidades cuando trataba con enfermos; era demasiado listo para exasperarlos y su tacto resultaba agradable, fresco y balsámico. Como por arte de magia, su mera presencia bastaba para aliviar un poco el sufrimiento del paciente. Kitty sabía que nunca volvería a ver en sus ojos la expresión de afecto a la que tanto se había acostumbrado y que había llegado a irritarla. Ahora era consciente de cuán inmensa era su capacidad de amar, capacidad que, de un modo extraño, volcaba sobre esos enfermos desgraciados que dependían totalmente de él. No es que estuviera celosa sino que la embargaba una sensación de vacío; era como si le hubiesen arrebatado un apoyo al que se había habituado tanto que ya no sabía apreciarlo: ahora se bamboleaba de aquí para allá como cargada con un peso excesivo.

No sentía más que desprecio hacia sí misma por haber llegado a despreciar a Walter, quien seguramente no ignoraba lo que ella pensaba de él y lo aceptaba sin amargura. Era una boba y Walter

lo había comprendido desde un primer momento, pero, como la amaba, no le importaba en absoluto. Ahora ella no lo odiaba ni le guardaba resentimiento; él le producía más bien temor y perplejidad. No le quedaba otro remedio que reconocer que Walter poseía cualidades extraordinarias, hasta tal punto que en ocasiones atisbaba en él una grandeza insólita y poco atractiva; le parecía curioso que no fuera capaz de amarlo y en cambio quisiera a un hombre tan claramente indigno. Tras mucho reflexionar durante aquellos largos días llegó a calibrar con exactitud la valía de Charlie Townsend: era un tipo vulgar con cualidades de segunda categoría. ¡Ojalá ella pudiera arrancarse del corazón el amor que aún anidaba allí! Intentó no pensar en él.

Waddington también tenía un gran concepto de Walter. Ella era la única que no había sabido valorar sus méritos, pero ¿por qué? Pues porque él la amaba y ella no le correspondía. ¿Qué enigma encierra el corazón humano que lleva a una mujer a menospreciar a un hombre porque la quiere? Pero Waddington había confesado que Walter no le caía bien. No caía bien a los hombres en general. Estaba claro que esas dos monjas le profesaban a él algo muy semejante al afecto. Causaba una impresión diferente en las mujeres porque, a pesar de su timidez, ellas intuían en él una bondad exquisita.

Capítulo 45

No obstante, al fin y al cabo eran las monjas quienes más la habían conmovido. Sor Saint Joseph, con su rostro risueño y sus mejillas de color rojo manzana, era una de las integrantes del grupito que se había desplazado a China con la madre superiora diez años antes y había visto morir una tras otra a sus compañeras debido a la enfermedad, las privaciones y la nostalgia, y, a pesar de todo, seguía animada y feliz. ¿De dónde manaba ese brío inocente y encantador? Y la madre superiora: Kitty se imaginó de nuevo en su presencia y una vez más se adueñó de ella un sentimiento de humildad y de vergüenza. A pesar de su sencillez y sobriedad, la superiora irradiaba una dignidad innata que inspiraba admiración, y era impensable que alguien se atreviese a faltarle al respeto. Con su postura, sus gestos más leves y la entonación de sus respuestas, sor Saint Joseph demostraba su devoción absoluta hacia ella, y los comentarios frívolos e impertinentes de Waddington delataban que no se encontraba del todo a gusto. Aunque él le hubiera informado de que la madre superiora pertenecía a una de las familias ilustres de Francia, Kitty lo habría adivinado, porque había algo en su porte que evocaba una raza antigua, y destilaba la autoridad de quien nunca se ha planteado la posibilidad de que lo desobedezcan. Trataba a los demás con la condescendencia de una gran dama y la modestia de una santa. Su rostro fuerte, hermoso y curtido reflejaba una gravedad apasionada y, al mismo tiempo, una solicitud y una amabilidad que alentaba a las criaturas a arracimarse en torno a ella, armando alboroto sin ningún temor, plenamente convencidas de su intenso afecto. La superiora había mirado a las cuatro pequeñas recién nacidas con una sonrisa dulce y a la vez profunda: fue como un rayo de sol sobre un páramo silvestre y desolado. Lo que la hermana Saint Joseph había dicho sobre Walter sin concederle mayor importancia emocionó a Kitty de una manera extraña. Ya había caído en la cuenta de que su marido estaba ansioso de que ella se quedara encinta, pero dada la circunspección habitual de Walter, nunca lo había creído capaz de deshacerse en mimos simpáticos y juguetones con un niño cuando los hombres, en su mayoría, se sentían ridículos e incómodos con las criaturas. ¡Qué raro era Walter!

Pero sobre toda esa experiencia conmovedora había planeado una sombra (un velo oscuro sobre la nube plateada), pertinaz y patente, que la desconcertaba. En la alegría mesurada de la hermana Saint Joseph y, sobretodo, en la impecable cortesía de la madre superiora, Kitty había percibido una actitud distante que la inquietaba. Las dos se mostraban amistosas e incluso cordiales, pero al mismo tiempo ocultaban algo —no sabía qué— que le hacía tener bien presente que no era sino una desconocida de paso por allí. Había una barrera entre ellas. Hablaban un idioma diferente, no sólo con la lengua sino también con el corazón. Y cuando tras despedirse de ella cerraron la puerta, sospechó que retomarían sin demora sus tareas desatendidas y se olvidarían por completo de ella, como si nunca hubiera existido. La invadió la sensación de que la excluían no sólo del mísero conventito, sino

de un misterioso jardín espiritual al que ansiaba acceder con toda su alma. De pronto se sintió más sola que en toda su vida. Por eso había llorado.

Y ahora, echando hacia atrás la cabeza en un gesto de hastío, suspiró:

—Oh, qué poco valgo.

Capítulo 46

Esa tarde Walter regresó a casa un poco más temprano que de costumbre. Kitty estaba recostada en la tumbona junto a la ventana abierta. Ya casi había anochecido.

—¿No quieres una lámpara? —preguntó él.

—La traerán cuando esté preparada la cena.

Él siempre le hablaba de trivialidades, en tono indiferente, como si fueran meros conocidos, y nada en su modo de comportarse indicaba que le guardase rencor. Nunca cruzaba la mirada con ella ni sonreía, pero la trataba con escrupulosa corrección.

—Walter, ¿qué crees tú que deberíamos hacer si sobrevivimos a la epidemia?

Él aguardó un momento antes de responder. Kitty no alcanzaba a verle el rostro.

—No he pensado en ello.

En otros tiempos ella soltaba a la ligera lo primero que le venía a la cabeza sin que se le ocurriese siquiera pensar antes de hablar, pero ahora temía a Walter. Notó un ligero temblor en los labios, y el corazón le latía con tanta fuerza que le dolía.

—Esta tarde he ido al convento.

—Eso me han dicho.

Kitty se esforzó por continuar pese a que le costaba mucho articular las palabras.

—¿De veras querías que me muriese cuando me trajiste aquí?

—Yo en tu lugar no entraría en ese tema, Kitty. No creo que nos conduzca a nada hablar de cosas que más nos valdría olvidar.

—Pero tú no olvidas, y yo tampoco. He estado pensando mucho desde que llegué. ¿No quieres escuchar lo que tengo que decirte?

—Desde luego.

—Me porté muy mal contigo. Te fui infiel.

Él se quedó perfectamente quieto. Su inmovilidad resultaba curiosamente aterradora.

—No sé si entiendes a qué me refiero —prosiguió Kitty—. Los episodios de ese tipo no tienen mucha importancia para una mujer una vez que terminan. Creo que las mujeres nunca han entendido la actitud que adoptan los hombres. —Habla bruscamente, con una voz que apenas reconocía como la suya propia—. Tú ya sabías cómo era Charlie y sabías lo que haría. Pues bien, tenías toda la razón. Es un ser indigno. Supongo que no me habría sentido atraída por él si yo no lo fuera también. No te pido que me perdones, no te pido que me quieras como antes, pero ¿no podríamos ser amigos? Con la gente muriendo a millares alrededor, y esas monjas en su convento...

—¿Qué tienen ellas que ver con esto? —la interrumpió él.

—No sabría explicarlo bien. Hoy, cuando estaba allí, me ha invadido una sensación de lo más

peculiar. Todo parece significar mucho. Las circunstancias son tan terribles, y su sacrificio tan admirable... La verdad es que me parece un poco absurdo y desproporcionado, no sé si me entiendes, que te aflijas porque una estúpida te haya sido infiel. Soy demasiado indigna e insignificante para que pienses en mí un solo momento.

Walter no respondió pero tampoco se apartó; por lo visto, aguardaba a que ella continuase.

—El señor Waddington y las monjas me han contado maravillas de ti. Estoy muy orgullosa, Walter.

—Antes no era así, más bien me desdeñabas. ¿Ya no me desdeñas?

—¿No ves que te tengo miedo?

Él guardó silencio de nuevo.

—No te entiendo —dijo, al cabo—. No sé qué quieres.

—No quiero nada para mí. Solo quiero que seas un poco menos desdichado.

Kitty advirtió que Walter se ponía rígido.

—Te equivocas si crees que soy desdichado —repuso él con suma frialdad—. Tengo demasiado trabajo para pensar mucho en ti.

—Me preguntaba si las monjas me permitirían ir a trabajar al convento. Van muy escasas de personal y, si pudiera serles de ayuda, les estaría agradecida.

—No es una labor fácil ni agradable. Dudo que te divirtiera durante mucho tiempo.

—¿Tanto me desprecias, Walter?

—No. —Vaciló y agregó con una voz extraña—: Me desprecio a mí mismo.

Capítulo 47

Ya habían cenado. Como siempre, Walter se había sentado junto a la lámpara con un libro. Todas las noches leía hasta que Kitty se acostaba, y luego iba a una de las habitaciones vacías de la casa que había acondicionado como laboratorio. Trabajaba hasta altas horas de la noche y dormía poco, siempre atareado con experimentos de los que ella no estaba al tanto. Nunca le hablaba de su trabajo, pero incluso en épocas anteriores se había mostrado reticente en ese aspecto: no era comunicativo por naturaleza. Kitty meditaba sobre lo que él acababa de decir: la conversación no los había llevado a ninguna parte. Tan poco lo conocía que no estaba segura de si había sido sincero o no. ¿Cabía realmente la posibilidad de que, del mismo modo que él se había convertido en un ser siniestro para ella, ella hubiera dejado de existir para él? Los comentarios de Kitty, que antaño lo entretenían porque estaba enamorado de ella, ahora que ya no la amaba debían de resultarle simplemente tediosos. Esta idea la mortificaba.

Lo observó a la luz de la lámpara, contra la que resaltaba su perfil, como en un camafeo. Con sus facciones regulares y bien definidas presentaba un aspecto muy distinguido, pero más que severo, era lúgubre: su inmovilidad, total salvo por los ojos, que se desplazaban atentos por cada página, producía en ella una sensación vagamente aterradora. ¿Quién iba a imaginar que ese rostro pétreo era capaz de encenderse de pasión y suavizarse hasta adoptar una expresión de gran ternura? Ella lo sabía y le entró un leve repeluzno. Le parecía curioso que, a pesar de que su marido era un hombre atractivo, honrado, digno de confianza e inteligente, a ella le hubiera sido imposible amarlo. La aliviaba verse libre para siempre de la obligación de soportar sus caricias.

Walter se había negado a responder a su pregunta de si la había forzado a trasladarse allí con él porque deseaba matarla, y el misterio de su silencio la fascinaba y la aterraba a un tiempo. Con lo extraordinariamente considerado que era, costaba creer que hubiese albergado intenciones tan perversas. Seguramente le había planteado esa disyuntiva únicamente para asustarla y vengarse de Charlie (esto habría sido típico de su humor sardónico) y luego, por obstinación o por miedo a quedar en ridículo, había insistido en llevar la farsa hasta sus últimas consecuencias.

Sí, había dicho que se despreciaba a sí mismo. ¿A qué se refería con ello? Kitty se fijó una vez más en su semblante tranquilo y sereno, tan ajeno a su presencia como si ella no estuviese allí.

—¿Por qué te desprecias? —preguntó, apenas consciente de que rompía el silencio, como si la conversación previa no se hubiese interrumpido.

Él bajó el libro y la contempló, meditabundo, poniendo en orden sus pensamientos, que al parecer se encontraban muy lejos de allí.

—Porque te quería.

Kitty se sonrojó y apartó los ojos, incapaz de aguantar la mirada fría y firme con que Walter la

examinaba. Aunque entendió el significado de estas palabras, tardó un rato en responder.

—Creo que eres injusto conmigo —replicó—. No es de recibo recriminarme que me haya portado como una tonta frívola y vulgar. Así me educaron. Todas las chicas que conozco son así. Es como reprochar a alguien que no tiene oído musical que se aburra en un concierto sinfónico. ¿Es justo que me echas la culpa porque me atribuíste unas cualidades que no poseo? Nunca intenté engañarte fingiendo ser lo que no era. Era bonita y alegre, nada más. Uno no va a un puesto de feria a comprar un collar de perlas o un abrigo de visón, sino una trompeta de hojalata y un globo.

—No te culpo.

La voz de Walter sonaba cansada. Kitty empezaba a impacientarse con él. ¿Por qué no era capaz de entender eso que de súbito le resultaba a ella tan evidente, que a pesar de la terrible amenaza de la muerte que se cernía sobre ellos y al margen del arrobamiento que había inspirado en ella la belleza que había atisbado aquel día, sus asuntos personales eran insignificantes? ¿Qué importaba que una casquivana hubiese cometido adulterio, y por qué habría su marido de preocuparse de ello en absoluto cuando se hallaba frente a lo sublime? Era inexplicable que, pese a su inteligencia, careciese casi por completo de sentido de la medida, porque había engalanado a una muñeca con vestidos espléndidos y la había puesto en un altar para adorarla, y luego, tras descubrir que la muñeca estaba llena de serrín, se responsabilizaba a sí mismo y la responsabilizaba a ella. Tenía el alma desgarrada. Había basado su felicidad en una fantasía, y cuando la verdad la hizo añicos, él creyó que lo que se había hecho añicos era la realidad en sí. Era indudable que no estaba dispuesto a perdonarla porque no era capaz de perdonarse.

A Kitty le pareció oírlo exhalar un leve suspiro y le lanzó una rápida mirada de soslayo. De pronto la asaltó un pensamiento que la dejó sin respiración y la obligó a reprimir un grito.

¿Era el mal que aquejaba a Walter eso que llamaban «un corazón roto»?

Capítulo 48

Kitty estuvo todo el día siguiente pensando en el convento, y a la otra mañana, temprano, poco después de que Walter saliera, se llevó consigo al ama para que consiguiera unas literas y cruzó el río. Apenas había amanecido, y el transbordador estaba atestado de chinos, algunos vestidos con las prendas azules de algodón propias de los campesinos, otros con las túnicas negras que denotaban respetabilidad, lo que les confería el extraño aspecto de difuntos transportados a través de las aguas hacia la tierra de las sombras. Al desembarcar se detuvieron por un rato en el muelle en actitud indecisa, como si no supieran muy bien adónde ir, antes de echar a andar de mala gana colina arriba en grupos de dos y tres.

A esa hora las calles estaban tan vacías que el lugar semejaba más que nunca una ciudad de los muertos. Los viandantes caminaban con aire abstraído, como fantasmas. El cielo estaba despejado y el sol de primera hora de la mañana bañaba la escena, dotándola de una placidez tan celestial que costaba imaginar, aquella mañana fresca, alegre y risueña, que la ciudad yacía jadeante, como un hombre a punto de morir estrangulado a manos de un maniaco, en las garras umbrías de la pestilencia. Era increíble que la naturaleza (el azul del cielo era límpido como el corazón de un niño) se mostrara tan indiferente cuando los hombres se retorcían agonizantes y se dirigían aterrados al encuentro de la muerte. Cuando los portadores dejaron las sillas de mano a las puertas del convento, un mendigo se levantó del suelo y pidió a Kitty una limosna. Iba cubierto de andrajos descoloridos e informes que parecían recogidos de un estercolero, y a través de las rasgaduras se le veía la piel áspera, dura y curtida como el pellejo de una cabra; llevaba las piernas escuálidas al descubierto, y, bajo una abundante mata de pelo grueso y entrecano, su rostro (de mejillas hundidas y ojos furiosos) era el de un loco. Kitty le volvió la espalda, atemorizada, y los portadores lo instaron con malos modos a largarse de allí, pero era pertinaz, y para librarse de él, Kitty, temblorosa, le dio algunas monedas.

Se abrió la puerta, y la criada explicó que Kitty deseaba ver a la madre superiora. Una vez más le indicaron que pasara a la austera sala en la que aparentemente nunca se había abierto una ventana, y allí permaneció sentada tanto tiempo que empezó a pensar que nadie había transmitido su mensaje. Al fin, entró la madre superiora.

—Debo pedirle disculpas por haberla hecho esperar. No contaba con su visita y estaba atareada.

—Perdone que la moleste. Me temo que no he venido en buen momento.

La madre superiora le dedicó una sonrisa tan sobria como dulce, y le rogó tomar asiento, pero Kitty reparó en que tenía los ojos hinchados. Había estado llorando. Esto desconcertó a Kitty, que había tomado a la madre superiora por una mujer a la que no afectaban en gran medida los asuntos terrenales.

—Me temo que algo ha ocurrido, ¿verdad? —dijo después de titubear—. ¿Quiere que me vaya?

Puedo volver en otra ocasión.

—No, no. Dígame qué puedo hacer por usted. Es sólo que... una de nuestras hermanas murió anoche. —La voz se le entrecortó y se le arrasaron los ojos en lágrimas—. Es egoísta por mi parte lamentarme, porque sé que su alma, buena y sencilla, ha ascendido directamente al cielo. Era una santa, pero es difícil controlar las debilidades en todo momento. Me temo que no soy siempre muy razonable.

—Lo siento, lo siento muchísimo —dijo Kitty con un sollozo de viva compasión.

—Era una de las hermanas que vinieron conmigo de Francia hace diez años. Ahora sólo quedamos tres. Recuerdo que estábamos en un grupito en la parte de atrás del barco (¿cómo la llaman, la proa?), y al zarpar del puerto de Marsella, cuando divisamos la figura dorada de Sainte-Marie de Grâce, elevamos juntas una plegaria. Desde que tomé el hábito mi mayor deseo era que me permitieran venir a China, pero al ver que la tierra se alejaba cada vez más, no pude contener las lágrimas. Yo era su superiora; no estaba dando muy buen ejemplo a mis hijas. Y entonces sor Saint François Xavier, la hermana fallecida anoche, me cogió de la mano y me dijo que no llorara, porque fuéramos a donde fuésemos, Francia y Dios estarían allí.

El dolor que le imponía la naturaleza humana y el esfuerzo por reprimir el llanto que su razón y su fe se negaban a aceptar desfiguraban aquel rostro grave y hermoso. Kitty apartó la vista. Se le antojaba indecente presenciar la lucha que la superiora libraba en su interior.

—Le he escrito una carta a su padre. Ella, al igual que yo, era hija única. Venía de una familia de pescadores en la Bretaña, y será duro para ellos. Oh, ¿cuándo terminará esta terrible epidemia? Dos de nuestras niñas han caído enfermas esta mañana y no se salvarán a menos que ocurra un milagro. Las chinas tienen muy poca resistencia, y la pérdida de sor Saint François es muy grave; tanto que hacer y cada vez menos personal para hacerlo. Varias hermanas de otros conventos nuestros en China se han manifestado dispuestas a venir. Toda nuestra orden, creo yo, daría lo que fuera (aunque no poseen nada) por venir aquí, pero eso supondría una muerte casi segura, y mientras nos las arreglemos con las hermanas que nos quedan me niego a sacrificar a nadie más.

—Sus palabras me infunden ánimo, *ma mère* —dijo Kitty—. Me da la sensación de que he elegido un momento muy inoportuno para mi visita. El otro día me dijo usted que había tanto trabajo que las hermanas no daban abasto, y me preguntaba si me permitirían venir a ayudarlas. No me importa lo que haya que hacer siempre y cuando pueda ser de utilidad. Le estaría agradecida aunque sólo me encargase que friegue el suelo.

La madre superiora adoptó una expresión risueña, y a Kitty le sorprendió la volubilidad de un temperamento que pasaba de un estado de ánimo a otro con tanta facilidad.

—No hay necesidad de fregar los suelos, de eso se encargan las huérfanas —repuso la superiora y guardó silencio por unos instantes, mirando a Kitty con cariño—. Querida niña, ¿no le parece que ya ha hecho suficiente al acompañar a su marido a este lugar? Eso es más de lo que muchas mujeres hubieran tenido la valentía de hacer, y por otra parte, ¿qué mejor ocupación que la de brindarle paz y consuelo a su esposo cuando regresa a casa tras la jornada de trabajo? Hágame caso, en esos momentos él necesita todo su amor y su consideración.

A Kitty no le resultaba fácil sostener la mirada de aquellos ojos que la escudriñaban algo distantes y con un brillo de ironía amable.

—Me paso todo el día mano sobre mano —replicó Kitty—. Me da la impresión de que hay

tanto que hacer aquí que no soporto la idea de estar ociosa. No quiero convertirme en una carga, y sé que no tengo derecho de apelar a su amabilidad ni a quitarle tiempo, pero hablo en serio, y haría usted una obra de caridad conmigo si me permitiera prestarles alguna ayuda.

—No se la ve muy fuerte. Cuando tuvo el detalle de visitarnos anteayer me pareció que estaba muy pálida. La hermana Saint Joseph creyó que quizás estaba usted embarazada.

—No, no —exclamó Kitty, sonrojándose hasta las raíces del cabello.

La madre superiora soltó una risilla argentina.

—No hay que avergonzarse, querida niña, y la suposición no es en absoluto improbable. ¿Cuánto lleva casada?

—Estoy pálida porque lo soy por naturaleza, pero también soy muy fuerte, y le aseguro que no me asusta trabajar.

La madre superiora volvía a ser dueña y señora de sí misma. De forma inconsciente, recuperó el aire de autoridad habitual en ella y escudriñó a Kitty, que se puso inexplicablemente nerviosa.

—¿Habla chino?

—Me temo que no.

—Ah, qué pena. Podría haberla puesto al cargo de las chicas mayores. La situación es muy difícil en estos momentos, y tengo miedo de que las cosas... ¿cómo se dice...? ¿De que las cosas se descontrolen? —aventuró en tono de interrogación.

—¿No podría ponerme al servicio de las hermanas de la enfermería? No me asusta en absoluto el cólera. Podría cuidar de las niñas o los soldados.

La madre superiora, que ya no sonreía, sacudió la cabeza, meditabunda.

—No sabe usted lo que es el cólera. Sus efectos son terribles de ver. El trabajo de la enfermería lo llevan a cabo soldados, y no necesitamos más que a una hermana para que lo supervise. Por lo que respecta a las niñas..., no, no, estoy segura de que su marido no lo estimaría conveniente; es una visión espantosa, aterradora.

—Me acostumbraría.

—No, ni hablar del asunto. Ocuparnos de esas cosas es nuestro deber y nuestro privilegio. No es necesario que usted se implique.

—Hace usted que me sienta sumamente inútil y desamparada. Me parece increíble que no haya nada de lo que pueda encargarme.

—¿Ha hablado con su marido de lo que desea hacer?

—Sí.

La madre superiora la escrutó como si hurgara en los secretos de su corazón, pero cuando se fijó en el aspecto ansioso y suplicante de Kitty le sonrió.

—Por supuesto, usted es protestante, ¿me equivoco?

—Lo soy.

—Da igual. El doctor Watson, el misionero que falleció, era protestante, y eso no afectó en absoluto a su labor. Fue sumamente amable con nosotras. Tenemos una gran deuda de gratitud con él.

Kitty esbozó una sonrisa fugaz, pero no dijo nada. La madre superiora se quedó pensativa y, al cabo de un rato, se puso en pie.

—Es muy amable de su parte. Creo que podré encontrarle alguna tarea. Es cierto que ahora que sor Saint François ya no está entre nosotras, el trabajo nos desborda. ¿Cuándo puede empezar?

—Ahora mismo.

—A la *bonne heure*. Me alegra oírle decir eso.

—Le prometo que haré todo lo que esté en mi mano. Le agradezco mucho la oportunidad que me ofrece.

La madre superiora abrió la puerta de la sala, pero cuando se disponía a salir vaciló y, una vez más, clavó en Kitty una mirada larga, penetrante y sagaz, y le posó la mano en el brazo.

—Ya sabe, querida niña, que no es posible encontrar la paz en el trabajo ni en el placer, en el mundo ni en un convento, sino únicamente en la propia alma.

Kitty dio un pequeño respingo, pero la madre superiora se alejó con prontitud.

Capítulo 49

La nueva ocupación de Kitty le proporcionó cierto alivio para el espíritu. Iba al convento todas las mañanas poco después del amanecer y no regresaba a casa hasta que el sol poniente teñía de dorado el estrecho río y los juncos apiñados que flotaban en él. La superiora dejó a su cuidado a las niñas más pequeñas. La madre de Kitty se había llevado consigo a Londres desde su Liverpool natal un sentido práctico de los quehaceres domésticos, y Kitty, a pesar de su aire de frivolidad, siempre había poseído ciertos dones a los que sólo aludía en tono de guasa, como el de cocinar bastante bien o el de coser de maravilla. Cuando reveló este talento le encargaron la supervisión de las labores de costura de las chicas más jóvenes. Sólo sabían un poco de francés, y cada día ella aprendía unas cuantas palabras de chino, de manera que se apañaba bastante bien. En otras ocasiones debía procurar que las niñas no hicieran travesuras, vestir las y desvestirlas y asegurarse de que descansaran cuando les tocaba. Había una buena cantidad de criaturas que estaban a cargo de nodrizas, pero a Kitty le habían recomendado que no las perdiese de vista. Ninguna de sus responsabilidades era muy importante; ella habría preferido que le confiaran tareas un poco más arduas, pero la madre superiora desoía sus súplicas, y Kitty la respetaba demasiado para importunarla.

Durante los primeros días le supuso cierto esfuerzo sobreponerse a la leve aversión que le producían las niñas con sus feos uniformes, su cabello negro y tieso, sus rostros amarillos y redondos y esos ojos similares a endrinas que la miraban fijamente, pero intentaba recordar la tierna expresión que con tanta hermosura había transfigurado el semblante de la madre superiora cuando, durante la primera visita de Kitty al convento, la monja se había visto rodeada de aquellos pequeños adefesios, y no se permitía ceder a sus instintos. Ahora, al levantar en brazos algunas de aquellas criaturas diminutas, desechas en lágrimas por causa de una caída o de un diente a punto de salir, Kitty descubrió que unas pocas palabras cariñosas, aunque fuera en un idioma que la niña no entendía, junto con la suave presión de sus brazos y la tersura de su mejilla contra la llorosa tez amarilla, bastaban para consolarlas un poco, y su sensación de extrañeza empezó a disiparse. Las pequeñas, sin el menor miedo, acudían a ella con sus problemas infantiles, y Kitty experimentaba una dicha peculiar al apreciar su confianza. Lo mismo ocurría con las niñas mayores, a las que enseñaba a coser; sus sonrisas luminosas y despiertas y la alegría con que recibían cualquier elogio la conmovían. Tenía la impresión de que les caía bien y, halagada y orgullosa, correspondía a su afecto.

Sin embargo, había una niña a la que no conseguía acostumbrarse. Era una cría de seis años, una idiota de grandes ojos vacuos y boca babeante cuya gigantesca cabeza hidrocefálica se bamboleaba sobre un cuerpo pequeño y achaparrado. La criatura balbucía con voz ronca, era repugnante y horrible, y por alguna razón había desarrollado una estúpida querencia hacia Kitty que la llevaba a seguirla por toda la gran habitación. Se le agarraba a las faldas, restregaba la cara contra sus rodillas y

trataba de acariciarle las manos. Kitty se estremecía de aprensión; era consciente de que la niña buscaba muestras de cariño, pero le repelía demasiado como para tocarla.

Cierto día, hablando con sor Saint Joseph, comentó que era una lástima que la criatura estuviera viva. La hermana Saint Joseph sonrió y tendió una mano hacia la cosilla deforme, que se acercó y frotó la frente abombada contra ella.

—Pobrecita —dijo la monja—. Cuando la trajeron estaba poco menos que muerta. Gracias a la Providencia, yo estaba a la puerta en ese momento y me pareció que no había un momento que perder, así que la bauticé. No se imagina lo que nos costó impedir que se nos fuera de este mundo. En tres o cuatro ocasiones creímos que su pequeña alma escapaba al cielo.

Kitty guardó silencio y sor Saint Joseph empezó a parlotear sobre otras cosas con su habitual locuacidad. Al día siguiente, cuando la pequeña idiota acudió a ella y le tocó la mano, Kitty hizo de tripas corazón para acariciar el enorme cráneo pelado. Torció los labios en una sonrisa forzada, pero de súbito la niña, con perversidad propia de un imbécil, se alejó. Por lo visto, había perdido interés en ella, y tanto ese día como los siguientes dejó de prestarle la menor atención. Aunque Kitty no acertaba a explicarse esta reacción, probó a engatusarla con gestos y ademanes amables, pero la pequeña le volvía la espalda y fingía no verla.

Capítulo 50

Puesto que las monjas estaban ocupadas de sol a sol en un centenar de deberes, Kitty no se encontraba con ellas más que en los oficios que celebraban en la capilla humilde y sobria. En su primer día allí, la madre superiora, al verla sentada al fondo, detrás de las chicas distribuidas en los bancos por orden de edad, se interrumpió y le habló.

—No tiene por qué venir a la capilla cuando venimos nosotras. Usted es protestante y tiene sus propias creencias.

—Pero me gusta venir, madre. Me reconforta.

La madre superiora la contempló por un instante y luego asintió con la cabeza, muy seria.

—Es usted libre de hacer lo que prefiera. Sólo quería dejarle claro que no tiene ninguna obligación.

Con sor Saint Joseph, por otra parte, Kitty no tardó en entablar una relación, si no de intimidad, al menos de familiaridad. La economía del convento corría a cargo de ella, quien dedicaba el día entero a velar por el bienestar material de la gran familia. Según ella, su único rato de descanso era el que consagraba a la oración. Aun así, al caer la tarde le gustaba entrar en la sala donde Kitty supervisaba las labores de sus muchachas y, tras asegurar que estaba agotada y no tenía un momento que perder, sentarse a chismorrear durante unos minutos. Siempre que no estaba en presencia de la madre superiora era una mujer alegre y habladora, aficionada a bromear, y no le preocupaba causar un poco de escándalo. No intimidaba a Kitty en absoluto; el hábito no impedía a la hermana Saint Joseph comportarse con sencillez y afabilidad, y ambas charlaban alegremente. Delante de ella no le importaba que se notara lo mal que hablaba francés, y se reían la una con la otra de los errores de Kitty. La hermana le enseñaba todos los días palabras útiles en chino. Era hija de granjero y, en el fondo, seguía siendo una campesina.

—Yo pastoreaba vacas cuando era pequeña, igual que santa Juana de Arco, pero era demasiado traviesa para tener visiones. Fue una suerte, me parece, porque sin duda mi padre me habría azotado si las hubiese tenido. Me zurraba a menudo, el bueno del viejo, porque me portaba muy mal. A veces me avergüenzo cuando me acuerdo de las trastadas que hacía.

Kitty rio al imaginar que esa corpulenta monja de mediana edad había sido alguna vez una niña díscola, y, sin embargo, aún había algo infantil en ella con lo que se ganaba a la gente: parecía estar envuelta en el aroma del campo en otoño, cuando los manzanos rebosan de fruta y las cosechas ya están a buen recaudo en el granero. No destilaba la santidad trágica y austera de la madre superiora, sino una alegría sencilla y feliz.

—¿No desearía algunas veces regresar a casa, *ma soeur*? —le preguntó Kitty.

—Oh, no. Regresar sería durísimo. Me encanta estar aquí y nunca soy tan feliz como entre las huérfanas, con lo buenas que son y lo agradecidas que se muestran. Aun así, por mucho que sea

monja (*on a beau être religieuse*), sigo teniendo madre y no puedo olvidar que me dio de mamar. Es anciana, mi madre, y me parte el alma la idea de no volver a verla, aunque también es cierto que está encantada con su nuera, y mi hermano se porta muy bien con ella. Su hijo ya es todo un hombrecito, y seguro que en la granja les vendrá de maravilla un par de brazos fornidos. No era más que un crío cuando me fui de Francia, pero me prometió ponerse tan fuerte como para tumbar un buey de un puñetazo.

Era casi imposible, al escuchar a la monja en aquella pequeña sala, recordar que al otro lado de aquellas cuatro paredes el cólera causaba estragos. La despreocupación de sor Saint Joseph resultaba contagiosa.

La hermana demostraba también una curiosidad ingenua por el mundo y sus habitantes, asediaba a Kitty a preguntas sobre Londres e Inglaterra, un país donde, según creía, la niebla era tan densa que en pleno día uno no alcanzaba a verse la mano. Quería saber si Kitty asistía a bailes y si vivía en una mansión y cuántos hermanos tenía. Hablaba a menudo de Walter: la madre superiora lo consideraba maravilloso, y rezaban por él a diario. Qué afortunada era Kitty por estar casada con un hombre tan bueno, tan valiente y tan inteligente.

Capítulo 51

Pero más tarde o más temprano sor Saint Joseph retornaba el tema de la madre superiora. Kitty se había percatado desde un principio de que la personalidad de aquella mujer dominaba el convento. Gozaba de la estima y la admiración de todos los que allí se alojaban, pero también les inspiraba un gran respeto y no poco temor. A pesar de la bondad que rezumaba, en su presencia Kitty se sentía como una cría y no del todo cómoda, pues se adueñaba de ella una sensación tan extraña que la violentaba: la veneración. La hermana Saint Joseph, con la cándida intención de impresionarla, le contó lo importante que era la familia a la que pertenecía la madre superiora. Entre sus ancestros figuraban personajes históricos y no resultaba exagerado afirmar que era un *peu cousine* de la mitad de los reyes de Europa: Alfonso de España había cazado en la finca de su padre, y poseían *châteaux* por toda Francia. Sin duda había sido difícil renunciar a tanto lujo. Kitty la escuchó con una sonrisa, aunque en el fondo estaba muy admirada.

—*Du reste*, basta con mirarla para ver que, *comme famille, c'est le dessus du panier* —comentó la hermana.

—Tiene las manos más hermosas que he visto en mi vida —reconoció Kitty.

—Ah, pero si supiera cómo se ha servido de ellas... No le asusta el trabajo a *notre bonne mère*.

Cuando llegaron a aquella ciudad, allí no había nada. Construyeron el convento; la madre superiora, que había trazado los planos, supervisó el trabajo. Desde el primer momento empezaron a rescatar a las pobres niñas no deseadas de la torre donde las recluían y de las crueles manos de la comadrona. Al principio no disponían de camas en las que dormir ni de vidrios para resguardarse del aire nocturno («y no hay nada más insalubre», aseguró sor Saint Joseph), y con frecuencia no les alcanzaba el dinero, no sólo para pagar a los obreros, sino para comprar algo de comida. «Vivíamos como campesinas... —aseveró la hermana—. Pero ¿qué digo? Los campesinos en Francia, *tenez*, los hombres que trabajaban para mi padre, habrían echado a los cerdos lo que nosotras comíamos». Y entonces la madre superiora reunía a sus hijas en torno a sí, y todas juntas se arrodillaban para rezar, y la Santísima Virgen les enviaba dinero. Al día siguiente llegaban mil francos por correo, o un desconocido, un inglés («un protestante, imagínese») o incluso un chino llamaba a la puerta mientras ellas seguían arrodilladas, para hacerles un obsequio. En cierta ocasión se vieron tan apuradas que prometieron solemnemente a la Santísima Virgen que rezarían una *neuvaine* en su honor si las socorría, «y, ¿verdad que es increíble? Ese señor Waddington tan divertido vino a vernos al día siguiente y, después de decirnos que teníamos todo el aspecto de querer un buen plato de rosbif, nos dio cien dólares».

Qué hombrecillo tan gracioso era, con su cabeza calva y sus ojillos astutos (*ses petits yeux malins*) y sus chistes. *Mon Dieu*, cómo maltrataba la lengua francesa y, sin embargo, uno no podía

por menos de reírse con él. Siempre estaba de buen humor. Desde que se había declarado aquella terrible epidemia se conducía como si disfrutara de unas vacaciones. Poseía un corazón netamente francés y un ingenio tal que costaba creer que fuera inglés, salvo por su acento. Sin embargo, a veces la hermana Saint Joseph sospechaba que hablaba mal a propósito para arrancar una carcajada a su interlocutor. Su moralidad, claro está, dejaba un poco que desear, pero, aun así, eso era asunto suyo, sentenció la monja con un suspiro al tiempo que se encogía de hombros y sacudía la cabeza, y era un hombre soltero y joven.

—¿Qué hay de malo con su moralidad, *ma soeur*? —preguntó Kitty, sonriente.

—¿Acaso no lo sabe? Es un pecado que se lo diga yo. No me corresponde a mí contar cosas semejantes. Vive con una mujer china, es decir, no con una china, sino con una manchú, una princesa, por lo que se ve, y lo quiere con locura.

—Pero eso es imposible —exclamó Kitty.

—No, no, se lo prometo, no hay nada más cierto. Eso está muy mal. Esas cosas no se hacen. ¿Acaso no oyó usted, cuando vino por primera vez al convento y él no quería probar las *madeleines* que yo había preparado expresamente, que *notre bonne mère* comentó que la cocina manchú le había echado a perder el estómago? A eso se refería, y debería haber visto usted la cara que puso él. Es una historia sumamente curiosa. Por lo visto, lo destinaron a Hankow durante la revolución cuando estaban masacrando a los manchúes y el bueno de Waddington salvó la vida a los miembros de una de las familias más importantes, emparentada con la dinastía imperial. La muchacha se enamoró perdidamente de él y... bueno, el resto ya se lo puede imaginar. Y luego, cuando se marchó de Hankow, ella huyó y lo siguió, y ahora va detrás de él a todas partes, y él ha tenido que resignarse a cargar con ella, el pobre, aunque en mi opinión le ha cobrado mucho cariño. Algunas de esas mujeres manchúes son muy atractivas. Pero ¿en qué estoy pensando? Con la de cosas que me quedan por hacer, y yo aquí sentada. Soy una mala religiosa. Me avergüenzo de mí misma.

Capítulo 52

Kitty tenía la rara sensación de estar creciendo. Sus ocupaciones constantes la distraían y entrar en contacto, aunque sólo fuera fugazmente, con otras vidas y otros puntos de vista despertaba su imaginación. Empezó a recuperar el ánimo y se sentía mejor, más fuerte. Había llegado a convencerse de que no le quedaba otra salida que abandonarse al llanto, pero, para su sorpresa —y no poco desconcierto—, comenzó a reír a menudo. Cada vez le parecía más natural vivir en medio de una terrible epidemia. Sabía que la gente sucumbía a diestro y siniestro, pero prácticamente dejó de cavilar sobre ello. La madre superiora le había prohibido entrar en las enfermerías, y las puertas cerradas aguijoneaban su curiosidad. Le habría gustado echar un vistazo, pero temía que la pillasen e ignoraba qué castigo le impondría la madre superiora. Sería horrible que la expulsaran. Estaba volcada en las niñas, que la echarían de menos si se iba; de hecho, no sabía si saldrían adelante sin ella.

Y un día cayó en la cuenta de que llevaba una semana entera sin pensar en Charles Townsend ni soñar con él. El corazón le dio un vuelco repentino: estaba curada. Ahora era capaz de recordarlo con indiferencia. Ya no lo amaba. ¡Oh, qué alivio y qué sensación de estar liberada! Resultaba extraño volver la vista a la época en que lo añoraba apasionadamente; cuando él la decepcionó creyó que moriría y que a partir de ese día la vida no le deparaba más que aflicción. Y, en cambio, ahora se reía. Un ser indigno. ¡Qué boba había sido! Al sopesar con tranquilidad las cualidades de Charlie, se preguntó qué demonios habría visto en él. Era una suerte que Waddington no estuviese al tanto de su aventura con él, pues Kitty no habría soportado sus miradas maliciosas ni sus sutiles ironías. ¡Era libre, por fin, libre! Apenas consiguió reprimir una sonora carcajada.

Las niñas correteaban enfrascadas en algún juego, y ella acostumbrada a vigilarlas con sonrisa indulgente, reprendiéndolas suavemente cuando armaban demasiado alboroto y cerciorándose de que ninguna se hiciera daño en el bullicio, pero ahora, embargada por la alegría y sintiéndose tan joven como cualquiera de ellas, se sumó al juego y las pequeñas las recibieron encantadas y la persiguieron por toda la sala lanzando gritos agudos con un júbilo casi salvaje. Hasta tal punto se emocionaron que se pusieron a pegar saltos de alegría en medio de una algazara tremenda.

De pronto se abrió la puerta y apareció la madre superiora en el umbral. Kitty, avergonzada, se desprendió de las garras de una docena de niñas que la asían entre chillidos estridentes.

—¿Así enseña a comportarse a estas niñas? —preguntó la madre superiora con una sonrisa en los labios.

—Estábamos jugando, madre. Se han entusiasmado. Es culpa mía, yo las he incitado.

La madre superiora entró y, como solía ocurrir, las niñas se arracimaron en torno a ella, que posó las manos sobre sus hombros estrechos y les tiró de las orejas amarillas con actitud juguetona. Dirigió una mirada tierna y prolongada a Kitty, que se había ruborizado y respiraba agitadamente.

Sus ojos vivaces brillaban, y su hermoso cabello, de tanto forcejear y reír, presentaba un adorable desarreglo.

—*Que vous êtes belle, ma chère enfant* —observó la madre superiora—. Contemplarla es un bálsamo para el corazón. No me extraña que estas niñas la adoren.

Kitty se sonrojó intensamente y notó que, sin saber por qué, se le saltaban las lágrimas. Se cubrió la cara con las manos.

—Oh, madre, me abruma usted.

—Vamos, no sea tonta. La belleza también es un don de Dios, uno de los más excepcionales y preciosos, y debemos estar agradecidos si tenemos la buena fortuna de poseerlo, y también hemos de estar agradecidos, en caso contrario, de que otros lo posean para nuestro solaz.

Sonrió de nuevo y, como si Kitty fuera una niña más, le acarició la tersa mejilla.

Capítulo 53

Desde que trabajaba en el convento, Kitty veía menos a Waddington. En dos o tres ocasiones él había bajado a la ribera para recibirla y subir a pie la cuesta junto a ella. Se pasaba por su casa para tomarse un whisky con soda, pero rara vez se quedaba a cenar. Un domingo, sin embargo, sugirió que preparasen el almuerzo para llevárselo y fueran en palanquín a un monasterio budista situado a unos quince kilómetros de la ciudad, un lugar de peregrinación bastante conocido. La madre superiora, que insistía en que Kitty se tomase un día de descanso a la semana, no le dejaba trabajar los domingos, y Walter, naturalmente, estaba tan ocupado como siempre.

Se pusieron en camino temprano para llegar al monasterio antes de que apretara el calor del mediodía, y los portadores los llevaron por una estrecha calzada entre arrozales. De vez en cuando pasaban por delante de granjas de aspecto acogedor en medio de algún bosquecillo de bambúes que las envolvía en una atrayente intimidad. Kitty disfrutaba la ociosidad; qué agradable era, después de estar encerrada en la ciudad, contemplar el vasto paisaje en derredor. Llegaron al monasterio, un conjunto de edificios bajos desparramados junto al río a la grata sombra de los árboles, y unos monjes sonrientes los guiaron a través de patios, vacíos en su solemne desolación, y les enseñaron templos consagrados a dioses con el rostro petrificado en muecas extrañas. En el santuario estaba sentado el Buda, triste y remoto, melancólico, ensimismado y levemente risueño. Se respiraba cierto abatimiento en el ambiente, aquella magnificencia era burda y ruinosa, los dioses estaban polvorientos, y la fe que los había creado agonizaba. Daba la impresión de que los monjes permanecían allí a regañadientes, como si aguardaran el aviso de abandonarlo todo, y en la sonrisa que el abad les dedicaba con su pulcra gentileza se apreciaba la ironía de la resignación. Cualquier día los monjes se marcharían de aquella arboleda sombreada y amena, y los edificios, abandonados y medio en ruinas, se verían azotados por feroces tormentas y asediados por la naturaleza circundante. Las enredaderas silvestres treparían por las estatuas inertes, y crecerían árboles en los patios. Entonces ya no morarían allí los dioses, sino los espíritus malignos de la oscuridad.

Capítulo 54

Se sentaron en los peldaños de un edificio pequeño (cuatro columnas laqueadas y una alta techumbre con tejas bajo la que había una gran campana de bronce) y contemplaron el río, cuyas aguas corrían perezosas por sus numerosos meandros hacia la ciudad azotada por la enfermedad. Divisaban desde allí sus murallas almenadas y el calor que desprendía, suspendido sobre ella como una mortaja. Pero el río, aunque fluía con suma lentitud, aportaba cierta sensación de movimiento y transmitía la melancolía que acompaña a la transitoriedad de las cosas. Todo pasaba, y ¿qué rastro quedaba de su paso? Kitty pensó que todas las personas, la humanidad entera, eran como gotas de agua en ese río que avanzaban, tan cerca unas de otras y al mismo tiempo tan alejadas, en una marea sin nombre, hacia el mar. Sin duda nada duraba más que un breve lapso y todo era más bien intrascendente. Le parecía una lástima que los hombres, al atribuir una importancia absurda a objetos insignificantes, se amargasen tanto la vida unos a otros.

—¿Conoces Harrington Gardens? —preguntó a Waddington con un brillo risueño en sus preciosos ojos.

—No. ¿Por qué?

—Por nada, salvo que está muy lejos de aquí. Allí viven los míos.

—¿No piensas regresar a casa?

—No.

—Supongo que te marcharás dentro de un par de meses. La epidemia empieza a remitir y, con la llegada de temperaturas más frescas, seguramente desaparecerá.

—Casi tengo la impresión de que lamentaré regresar.

Por un instante meditó sobre el futuro. No sabía qué planeaba Walter; no le había participado sus intenciones. Se mostraba distante, amable, silencioso e inescrutable. Dos gotitas en ese río que corría en silencio hacia lo desconocido; dos gotitas de individualidad tan definida para sí mismas y que en cambio, para quien miraba desde la ribera, sólo formaban una parte indistinguible del agua.

—Ten cuidado de que las monjas no empiecen a convertirme —le advirtió Waddington con su sonrisilla maliciosa.

—Están demasiado ocupadas, y además eso las trae sin cuidado. Son maravillosas y muy amables, y, sin embargo, no sé cómo explicarlo, hay un muro entre ellas y yo. No tengo claro en qué consiste. Es como si guardasen un secreto en el que residiese la clave de sus vidas y yo no fuera digna de compartirlo. No se trata de la fe, sino de algo más profundo y más... más importante: se mueven en un mundo diferente del nuestro, y siempre nos considerarán ajenos a él. Todos los días, cuando las puertas del convento se cierran a mi espalda, siento que dejo de existir para ellas.

—Entiendo que eso suponga un revés para tu vanidad —replicó él con sorna.

—Mi vanidad. —Kitty se encogió de hombros y luego, sonriendo una vez más, se volvió hacia él lentamente—. ¿Por qué no me habías contado que vives con una princesa manchú?

—¿Qué te han contado esas viejas chismosas? Seguro que es un pecado que las monjas cotilleen sobre los asuntos privados de un funcionario de aduanas.

—¿Por qué te pones tan susceptible?

Waddington bajó la mirada y la dirigió a un lado, lo que le confirió un aire taimado. Hizo un leve gesto de claudicación.

—No es algo de lo que alardear. No creo que incremente mucho mis posibilidades de ascenso.

—¿La quieres mucho?

Él levantó la vista, y su fea carita se contrajo en un gesto propio de un escolar travieso.

—Lo ha dejado todo atrás por mí: casa, familia, seguridad y amor propio. Hace ya unos cuantos años que lo lanzó todo por la borda para estar conmigo. La he despachado dos o tres veces, pero invariablemente regresa; incluso he huido de ella, pero siempre me ha seguido. Y ahora me he dado por vencido. Creo que tendré que soportarla el resto de mi vida.

—Debe de quererte con locura.

—Es una sensación bastante curiosa —aseveró él, y frunció el ceño con perplejidad—. No me cabe la menor duda de que si la abandonara de veras, de una vez por todas, se suicidaría. No por rencor hacia mí, sino de forma espontánea, porque no estaría dispuesta a seguir viviendo sin mí. Saber algo así provoca sentimientos extraños. Por fuerza tiene que importarte.

—Pero lo importante es amar, no ser amado. Uno ni siquiera siente agradecimiento hacia aquellos que lo aman; si uno no corresponde a su amor, sólo le causan fastidio.

—No tengo experiencia en plural —repuso él—. La mía es únicamente en singular.

—¿De verdad es una princesa imperial?

—No, eso no es más que una exageración romántica de las monjas. Pertenece a una de las grandes familias manchúes, pero, como es natural, la revolución los ha arruinado. En todo caso, es una gran dama.

Lo afirmó con tal orgullo que por un instante asomó una expresión divertida al semblante de Kitty.

—Entonces, ¿piensas quedarte aquí el resto de tu vida?

—¿En China? Sí. ¿Qué iba a hacer yo en otra parte? Cuando me jubile, me iré a vivir a una casita china en Pekín y pasaré allí el resto de mis días.

—¿Tienes hijos?

—No.

Kitty lo miró con curiosidad. Le extrañaba que ese hombrecillo calvo con cara de mono hubiera despertado en una mujer extranjera una pasión tan devastadora. No habría sabido precisar por qué el modo en que Waddington hablaba de ella, a pesar de su tono indiferente y frívolo, le transmitía con tal intensidad la poderosa y singular devoción de la mujer. Se quedó un tanto preocupada.

—Sí que estamos muy lejos de Harrington Gardens —comentó ella con una sonrisa.

—¿Por qué lo dices?

—No entiendo nada. Qué rara es la vida. Me siento como si hubiera vivido siempre en un estanque de patos y de pronto me enseñaran el mar. Casi me deja sin aliento, y al mismo tiempo me alborza. No quiero morir, quiero vivir. Empiezo a cobrar valor. Me siento como uno de esos viejos

marineros que zarpan hacia mares ignotos y creo que mi alma anhela lo desconocido.

Waddington la observaba, pensativo. Kitty paseaba la mirada distraída por la lisa superficie del río. Dos gotitas que fluían silenciosas, silenciosas hacia el mar oscuro y eterno.

—¿Podría conocer a la dama manchú? —preguntó Kitty, levantando la cabeza de pronto.

—No sabe ni una palabra de inglés.

—Has sido muy amable conmigo y me has ayudado mucho. Quizá podría darle a entender con mi actitud que quiero entablar amistad con ella.

Waddington esbozó una sonrisa burlona, pero respondió con buena disposición.

—Algún día pasaré a recogerte y ella te preparará una taza de té de jazmín.

Ella no pensaba revelarle que la historia de aquel extraño amor la había intrigado desde el primer momento, y que la princesa manchú había devenido en un símbolo de algo que la atraía, de una manera vaga pero constante. Apuntaba enigmáticamente a una tierra mística donde habitaba el espíritu.

Capítulo 55

Un par de días después, no obstante, Kitty hizo un descubrimiento imprevisto.

Fue al convento como siempre y abordó su primera tarea, que consistía en cuidar de que las niñas se lavaran y se vistieran. Puesto que las monjas estaban firmemente convencidas de que el aire nocturno era pernicioso, se respiraba en el dormitorio un ambiente viciado. Después de henchir los pulmones de la frescura de la mañana, a Kitty siempre le incomodaba entrar allí, y se apresuraba a abrir tantas ventanas como fuera posible, pero ese día le entró mareo de súbito. Como la cabeza no paraba de darle vueltas, se situó delante de una ventana, intentando serenarse. Nunca se había sentido tan mal. Le sobrevinieron náuseas y al vomitar se le escapó un grito que asustó a las pequeñas. La muchacha mayor que la ayudaba se acercó de inmediato y, al verla blanca y temblorosa, se quedó de una pieza y lanzó una exclamación. ¡El cólera! La idea relampagueó en el cerebro de Kitty, y una sensación lúgubre se cernió sobre ella; cayó presa del terror y luchó por un instante contra la noche que se propagaba amenazadora por sus venas. El terrible malestar la dominó por entero, y acto seguido la oscuridad la envolvió.

Al abrir los párpados no sabía dónde estaba en un primer momento. Le parecía que se encontraba tumbada en el suelo y, cuando movió la cabeza un poco, notó que descansaba sobre una almohada. No alcanzaba a recordar. La madre superiora estaba arrodillada a su lado, dándole a oler sales aromáticas ante la mirada de la hermana Saint Joseph. Entonces le vino a la memoria de golpe: ¡el cólera! Leyó la consternación en el rostro de las monjas. La silueta de sor Saint Joseph, de aspecto descomunal, se desdibujaba ante sus ojos. El terror la invadió de nuevo.

—Ay, madre, madre —sollozó—. ¿Voy a morir? No quiero morir.

—Claro que no va a morir —contestó la madre superiora. Estaba bastante serena, e incluso se apreciaba cierta alegría en su mirada.

—Pero es el cólera. ¿Dónde está Walter? ¿Han enviado a alguien a buscarlo? Ay, madre, madre.

Se deshizo en llanto. La madre superiora le tendió la mano y Kitty la aferró como si le fuera en ello la vida que temía perder.

—Vamos, vamos, querida niña, no sea tan tonta. No se trata de cólera ni nada por el estilo.

—¿Dónde está Walter?

—Su marido tiene mucho que hacer, no hay necesidad de molestarlo. Dentro de cinco minutos se encontrará usted perfectamente.

Kitty fijó en ella la vista, angustiada. ¿Por qué se lo tomaba la superiora con tanta tranquilidad? Qué cruel por su parte.

—Permanezca completamente quieta durante un minuto —le indicó la madre superiora—. No tiene de qué preocuparse.

Kitty notó que el corazón le latía desbocado. Hasta tal punto se había habituado a convivir con la amenaza del cólera que había dejado de temer el riesgo de contraerlo. ¡Oh, qué boba había sido! Estaba asustada y convencida de que iba a morir. Las niñas le llevaron una tumbona de caña y la colocaron junto a la ventana.

—Bueno, ahora vamos a levantarla —anunció la madre superiora—. Estará más cómoda en la *chaise longue*. ¿Cree que tendrá fuerzas para incorporarse?

Le colocó las manos debajo de los brazos, y la hermana Saint Joseph la ayudó a ponerla en pie. Kitty, exhausta, se dejó caer en la tumbona.

—Más vale que cierre la ventana —señaló sor Saint Joseph—. El aire de primera hora de la mañana no puede sentarle bien.

—No, no —le imploró Kitty—. Déjenla abierta, por favor.

Ver el cielo azul le infundía ánimo. Estaba desconcertada, pero desde luego empezaba a sentirse mejor. Las dos monjas la miraron por un momento en silencio, y sor Saint Joseph le dijo algo a la madre superiora que ella no alcanzó a entender. Luego la madre superiora se sentó en el borde de la tumbona y le tomó la mano.

—Escuche, *ma chère enfant*...

Le hizo un par de preguntas que Kitty respondió sin saber qué intención entrañaban. Los labios le temblaban tanto que apenas conseguía articular las palabras.

—No hay duda al respecto —aseveró la hermana Saint Joseph—. Nunca me equivoco en estas cosas. —Y soltó una risilla en la que Kitty creyó detectar cierta alegría y no poco afecto.

La madre superiora, que aún sujetaba la mano de Kitty, sonrió con dulzura.

—La hermana Saint Joseph tiene más experiencia en estos asuntos que yo, querida niña, y enseguida se ha imaginado lo que le ocurre a usted. Está claro que andaba en lo cierto.

—¿A qué se refiere? —inquirió Kitty con ansiedad.

—Salta a la vista. ¿Nunca se le ha pasado por la cabeza semejante posibilidad? Está encinta, querida.

La impresión estremeció a Kitty de arriba abajo. Puso los pies en el suelo en ademán de levantarse.

—No se mueva, no se mueva —le aconsejó la madre superiora.

Kitty se sonrojó violentamente y se llevó las manos a los senos.

—Es imposible. No es verdad.

—*Qu'est-ce qu'elle dit?* —preguntó sor Saint Joseph.

La madre superiora tradujo sus palabras. El rostro ancho y sencillo de la hermana Saint Joseph, con sus mejillas coloradas, estaba radiante.

—No me cabe la menor duda. Le doy mi palabra de honor.

—¿Cuánto tiempo lleva casada, hija mía? —terció la madre superiora—. Vaya, cuando mi cuñada llevaba casada lo mismo que usted y ya tenía dos niños.

Kitty se retrepó en la tumbona con la muerte en el corazón.

—Qué vergüenza —susurró.

—¿Por tener un niño? ¿Qué hay más natural que eso?

—*Quelle joie pour le docteur!* —exclamó sor Saint Joseph.

—Sí, piense en lo mucho que se alegrará su marido. No cabrá en sí de alegría. No hay más que ver

cómo se maneja con las criaturas, y la expresión de su cara cuando juega con ellas, para imaginar lo encantado que estará con un hijo propio.

Kitty guardó silencio por unos instantes. Las dos monjas la contemplaron con tierno interés y la madre superiora le acarició la mano.

—Qué tonta he sido al no sospecharlo antes —reconoció Kitty—. En cualquier caso, me alegro de que no sea el cólera. Me siento mucho mejor. Voy a volver al trabajo.

—Hoy no, querida niña. Se ha llevado un buen sobresalto, así que más vale que regrese a casa y descanse.

—No, no, prefiero quedarme a trabajar.

—Insisto. ¿Qué diría nuestro buen doctor si supiera que le he dejado cometer semejante imprudencia? Venga mañana, si así lo desea, o pasado, pero hoy debe reposar. Voy a pedir una litera para usted. ¿Quiere que la acompañe una de nuestras muchachas?

—Oh, no, ya me apaño sola.

Capítulo 56

Kitty estaba recostada en la cama con las contraventanas cerradas. Había pasado la hora del almuerzo y los criados dormían. Lo que le habían asegurado esa mañana (y que ahora sabía con certeza) la llenaba de consternación. Desde que había llegado a casa se esforzaba por reflexionar, pero tenía la mente en blanco y no conseguía encarrilar sus pensamientos. De pronto oyó las pisadas de unas botas —por lo que descartó que se tratase de algunos de los criados— y ahogó un grito de aprensión al comprender que no podía ser otro que su marido. Él la llamó desde el salón. Kitty no contestó. Al cabo de un momento de silencio, sonaron unos golpes a la puerta.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar?

Kitty se levantó de la cama y se puso una bata.

—Sí.

Walter entró, y ella se alegró de que las contraventanas cerradas dejaran su rostro en penumbra.

—Espero no haberte despertado. He llamado a la puerta muy, pero que muy suavemente.

—No estaba dormida.

Walter se acercó a una de las ventanas, abrió el postigo y la luz cálida del exterior inundó la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Por qué has vuelto tan temprano?

—Las hermanas me han dicho que no te encontrabas bien y he creído conveniente venir a ver qué te ocurre.

La acometió un ramalazo de ira.

—¿Qué habrías dicho si se tratase del cólera?

—En ese caso, no habrías sido capaz de regresar a casa esta mañana.

Kitty se llegó al tocador y empezó a pasarse el cepillo por el flequillo corto con intención de ganar tiempo. Luego se sentó y encendió un cigarrillo.

—Esta mañana no me sentía muy bien, y la madre superiora ha juzgado conveniente mandarme de vuelta a casa, pero ahora me encuentro perfectamente y mañana iré al convento como todos los días.

—¿Qué tenías?

—¿No te lo han dicho?

—No. La madre superiora ha insistido en que me entere de tu boca.

Entonces Walter hizo algo muy infrecuente en él: la miró a los ojos. Su celo profesional se impuso a su instinto personal. Kitty vaciló y se obligó a sostenerle la mirada.

—Voy a tener un hijo.

Estaba habituada a que Walter se quedase callado al recibir una noticia cuya respuesta natural habría sido una exclamación, pero esa costumbre nunca la había abatido tanto como ahora. Ni una palabra, ni el menor gesto o cambio en la expresión de su rostro indicaban que él la hubiera oído. De pronto, a Kitty le entraron ganas de llorar. Si un hombre y su mujer se amaban el uno al otro, en un momento semejante los unía una intensa emoción. El silencio le resultaba intolerable a Kitty, que acabó por romperlo.

—No sé por qué no me había planteado siquiera la posibilidad. Ha sido una estupidez por mi parte, pero..., entre una cosa y otra...

—¿Cuánto hace que...? ¿Cuándo esperas dar a luz?

Se notaba que le costaba hablar, y a Kitty le pareció que la garganta de Walter estaba tan seca como la suya. Le fastidiaba que le temblaran así los labios cuando hablaba; si su marido no era de piedra, la situación debía causarle lástima.

—Supongo que llevo así entre dos y tres meses.

—¿Soy yo el padre?

Kitty lanzó un pequeño gemido. Se percibía una levisima vibración en la voz de Walter, y era espantoso el matiz desgarrador que su frío autodominio daba a la menor muestra de emoción. Por algún motivo que ella no logró comprender, le vino de pronto a la mente un instrumento que le enseñaron en Hong Kong sobre el que oscilaba suavemente una aguja: le explicaron que aquello representaba un terremoto que quizá se había cobrado la vida de miles de personas a un millar de kilómetros de allí. Walter presentaba una lividez espectral que Kitty ya había visto en él una o dos veces. Mantenía la vista baja y un poco ladeada.

—¿Y bien?

Kitty entrelazó las manos, consciente de que una respuesta afirmativa lo significaría todo para él. Walter la creería, claro que la creería, porque quería creerla, y luego la perdonaría. Ella sabía lo honda que era su ternura y lo dispuesto que estaba a compartirla a pesar de su timidez. También sabía que no era rencoroso y que la perdonaría fácilmente; bastaba con que ella le proporcionase una razón, una excusa que le llegara al corazón, para que él la perdonase por completo. Con toda seguridad nunca le echaría en cara el pasado, porque quizá fuera despiadado, frío y morboso, pero no era vil ni mezquino. Todo cambiaría si ella respondía que sí.

Y Kitty necesitaba desesperadamente un poco de compasión. El descubrimiento inesperado de que estaba encinta la había colmado de extrañas esperanzas y deseos imprevistos, y se sentía débil, un poco asustada, sola y muy lejos de cualquier amigo. Esa mañana, aunque no profesaba gran estima a su madre, la invadió el anhelo de estar con ella. Echaba en falta ayuda y consuelo. No amaba a Walter, sabía que nunca lo amaría, pero en ese momento ansió con todo su corazón que la estrechase entre sus brazos para apoyar la cabeza en su pecho. Aferrada a él hubiera dado rienda suelta al llanto; deseaba que la besara y abrazarse a su cuello.

Rompí a llorar. Había mentido tanto que había aprendido a hacerlo con soltura. ¿Qué había de malo en una mentira piadosa? Una mentira, una mentira, ¿qué era una mentira? Era tan sencillo contestar que sí... Advirtió que Walter se ablandaba y que tendía las manos hacia ella. No era capaz de decirlo; ignoraba por qué, pero sencillamente no era capaz. Todo lo que había vivido y conocido durante aquellas amargas semanas, la frialdad de Charlie, el cólera que mataba a tanta gente, las monjas, curiosamente incluso Waddington, ese hombrecillo ebrio y divertido, todo la había

transformado hasta el punto de que no se reconocía a sí misma. Aunque estaba profundamente conmovida, era como si un observador dentro de su alma la contemplase a medio camino entre el terror y la sorpresa. Tenía que decir la verdad. No creía que valiese la pena mentir. Sus pensamientos tomaron un rumbo inesperado: de súbito vio aquel mendigo muerto a los pies de la muralla del recinto. ¿Por qué pensaba en él? No sollozaba, pero las lágrimas resbalaban abundantes por sus mejillas desde sus ojos muy abiertos. Al cabo de un rato, respondió. Walter le había preguntado si era el padre del niño.

—No lo sé.

Walter soltó un amago de risilla, lo que provocó un escalofrío a Kitty.

—Es una situación un poco violenta, ¿no?

Fue una reacción característica, justo lo que cabía esperar de él, pero a ella se le cayó el alma a los pies. Se preguntó si Walter entendía lo difícil que le había resultado ser sincera (al mismo tiempo admitió para sí que no había sido difícil en absoluto, si no inevitable) y si le reconocía el mérito. Su propia contestación, «no lo sé, no lo sé», le resonaba en los oídos. Era demasiado tarde para retractarse. Sacó un pañuelo del bolso y se enjuagó los ojos. Permanecieron en silencio. Había un sifón en la mesilla junto a su cama y él le llenó un vaso, se lo acercó y se lo sostuvo mientras bebía. Kitty reparó en la delgadez extrema de su mano; era fina, esbelta, de largos dedos, pero había quedado reducida a pellejo y huesos, y temblaba ligeramente: era capaz de controlar su semblante, pero la mano lo delataba.

—Perdona que llore —se disculpó ella—. No es nada; lo que pasa es que no puedo evitar que me caigan las lágrimas.

Bebió el agua, y Walter devolvió el vaso a su sitio, se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo y exhaló un suspiro muy tenue. Ella ya lo había oído suspirar así en un par de ocasiones, y siempre se le encogía el corazón. Al observarlo ahora, mientras él miraba distraídamente por la ventana, le sorprendió no haberse percatado de lo tremendamente demacrado que se había puesto a lo largo de las últimas semanas. Tenía las sienes hundidas y se le marcaban los huesos de la cara en la piel. Las ropas le colgaban como si llevase una talla demasiado grande. Tras el rostro quemado por el sol se apreciaba una palidez verdosa, y se le notaba agotado. Trabajaba más de la cuenta, apenas dormía y no probaba bocado. A pesar de su pesadumbre y turbación, Kitty encontró lugar en su alma para compadecerlo. Le parecía cruel pensar que no podía ayudarlo.

Walter se llevó la mano a la frente como si le doliera la cabeza, mientras en el cerebro de ella martilleaban furiosamente aquellas palabras: «no lo sé, no lo sé». Era extraño que un hombre tan taciturno, frío y tímido albergase semejante afecto innato por los niños cuando la mayoría de los adultos de su sexo ni siquiera se interesaba mucho por sus propios hijos, pero las monjas a quienes su actitud emocionaba y también divertía en cierta medida, le habían hablado más de una vez de ello. Si aquellas criaturas chinas despertaban en él tanta ternura, ¿qué habría sentido por su propio hijo? Kitty se mordió los labios para no echarse a llorar de nuevo.

Walter consultó el reloj.

—Me temo que debo regresar a la ciudad. Tengo mucho que hacer hoy... ¿Estarás bien?

—Ah, sí. No te preocupes por mí.

—Más vale que no me esperes esta noche. Volveré muy tarde, y el coronel Yü me conseguirá algo de comer.

—Muy bien.

Walter se puso de pie.

—Yo en tu lugar procuraría guardar absoluto reposo hoy. Conviene que te lo tomes con calma.

¿Quieres algo antes de que me vaya?

—No, gracias. No necesito nada.

Walter se detuvo por un momento, como indeciso, y luego, de pronto y sin mirarla, cogió el sombrero y salió de la habitación. Ella lo oyó atravesar el patio y le embargó una terrible sensación de soledad. Ahora que ya no había motivo para contenerse, se abandonó a un llanto desconsolado.

Capítulo 57

Hacia una noche bochornosa, y Kitty estaba junto a la ventana contemplando los fantásticos tejados del templo chino, oscuros en contraste con la luz de las estrellas, cuando por fin regresó Walter. A ella se le habían hinchado los ojos de llorar, pero ahora estaba serena. A pesar de todo lo que la agobiaba, se había adueñado de ella una tranquilidad curiosa, tal vez debida únicamente al agotamiento.

—Creía que ya te habrías acostado —comentó Walter al entrar.

—No tenía sueño. Me ha parecido que aquí estaría más fresca. ¿Has cenado ya?

—Todo lo que me apetecía.

Walter se puso a caminar de un lado a otro de la estancia alargada, y Kitty supuso que quería decirle algo. Saltaba a la vista que estaba incómodo, y ella aguardó sin preocupación a que reuniera el coraje suficiente. Walter empezó bruscamente.

—He estado pensando en lo que me has dicho esta tarde. Creo que sería mejor que te marcharas. He hablado con el coronel Yü, y te asignará una escolta. Podrías llevarte contigo al ama. No correrás peligro.

—¿Adónde quieres que vaya?

—Puedes regresar a casa de tu madre.

—¿Crees que se alegraría de verme?

Él se quedó callado, vacilante, recapacitando.

—Entonces, puedes ir a Hong Kong.

—¿Qué iba a hacer allí?

—Necesitarás muchos cuidados. No creo que sea justo pedirte que te quedes aquí.

Kitty no consiguió reprimir una sonrisa, no sólo por despecho sino porque el comportamiento de Walter le hacía gracia realmente.

Le dirigió una mirada de soslayo y a punto estuvo de echarse a reír.

—No sé por qué te preocupa tanto mi salud.

Walter se acercó a la ventana y escrutó la noche. Nunca habían brillado tantas estrellas en el cielo despejado.

—Este no es lugar para una mujer en tu estado.

Kitty lo observó; con sus prendas finas y blancas recortadas contra la oscuridad; había algo siniestro en su delicado perfil y, sin embargo, curiosamente, no le inspiró un ápice de temor en ese momento.

—Cuando insististe en que viniera. ¿Querías matarme? —preguntó de repente.

Él tardó tanto en contestar que ella creyó que se había negado a oír sus palabras.

—En un primer momento.

Kitty se estremeció levemente, porque era la primera vez que él reconocía sus intenciones, pero esto no provocó en ella el menor resentimiento. Sus propios sentimientos la sorprendieron, pues incluían cierta admiración y un ligero... No hubiera sabido concretar por qué, pero de pronto pensó en Charlie Townsend y le pareció un necio de tomo y lomo.

—Corriste un riesgo terrible —señaló Kitty—. Con la conciencia tan escrupulosa que tienes, me pregunto si habrías sido capaz de perdonarte en el caso de que yo hubiera muerto.

—Bueno, no has muerto. Por el contrario, venir aquí te ha sentado de maravilla.

—No me he encontrado mejor en la vida.

Kitty, de manera instintiva, se puso a merced del estado de ánimo de Walter. Después de todo lo que habían pasado juntos, ahora que se presenciaban a diario escenas de horror y desolación, se le antojaba absurdo conceder importancia a un ridículo acto de fornicación. Cuando la muerte acechaba a la vuelta de la esquina, segando vidas con la misma impasibilidad con que un granjero recoge patatas, era una estupidez preocuparse por los actos indecentes que uno u otro hubiera cometido con su cuerpo. Ojalá hubiese algún modo de demostrarle lo poco que le importaba Charlie, tan poco que le costaba recordar sus rasgos, ¡y cuán radicalmente había desterrado de su corazón su amor por él! Puesto que ya no la unía a Townsend sentimiento alguno, lo que había hecho con él había perdido todo significado. Ella había recuperado su corazón, y lo que había entregado de su cuerpo carecía de importancia. Le habría gustado decirle a Walter: «Mira, ¿no te parece que ya hemos estado tiempo suficiente portándonos como idiotas? Nos hemos enfurruñado el uno con el otro igual que unos críos. ¿Por qué no nos damos un beso y hacemos las paces? No hay razón para que no seamos amigos sólo porque no somos amantes».

Walter estaba muy quieto, y la luz de la lámpara acentuaba la blancura de su rostro inexpresivo de forma casi alarmante. Kitty no confiaba en él; si a ella se le escapaba alguna inconveniencia, Walter se volvería contra ella con gélida severidad. Ahora ya conocía bien la sensibilidad extrema de su marido, que la protegía tras una coraza de ironía ácida, y había comprobado su tendencia a encerrarse en sí mismo cuando sufría una humillación. Por un instante le irritó su estupidez. Sin duda lo que más preocupaba a Walter era su vanidad herida. Kitty llegó vagamente a la conclusión de que esa clase de herida era la que más tardaba en cicatrizar. Le sorprendía que para los hombres fuese tan esencial la fidelidad de sus esposas. Cuando ella empezó a citarse con Charlie esperaba que la experiencia la cambiase y la convirtiese en una mujer distinta pero eso no ocurrió; no notó nada salvo bienestar y una mayor vitalidad. Ojalá hubiera sido capaz de asegurarle a Walter que el hijo era suyo; la mentira no habría revestido la menor importancia para ella y esa confirmación le habría aportado a él un gran consuelo. Por otro lado, quizá no fuera mentira, después de todo: era extraño que algo en el fondo de su corazón le impidiera concederse el beneficio de la duda. ¡Qué tontos eran los hombres! Tomaban una parte nimia en la procreación. Era la mujer quien llevaba al niño en el vientre durante los largos meses de incomodidad y lo alumbraba con dolor y sin embargo el hombre, de resultas de una intervención fugaz, se creía con derecho a venir con reivindicaciones absurdas. ¿Por qué habría de influir el asunto de la paternidad en lo que Walter sintiese por la criatura? Luego, los pensamientos de Kitty derivaron hacia el hijo que había concebido; no pensó en él con emoción ni pasión materna, sino con pura curiosidad.

—Creo que deberías planteártelo —dijo Walter, interrumpiendo el largo silencio.

—¿Qué tengo que plantearme?

Él se volvió ligeramente como sorprendido.

—Cuándo quieres irte.

—Pero es que no quiero irme.

—¿Por qué no?

—Me gusta mi trabajo en el convento. Creo que soy útil y preferiría quedarme mientras te quedes tú.

—Creo que es mi deber decirte que en tu estado aumentan las probabilidades de que contraigas cualquier enfermedad que esté en el ambiente.

—Me agrada la discreción con que lo expresas. —Kitty sonrió, sarcástica.

—¿No te quedas por mí?

Kitty vaciló. Poco sabía Walter que no suscitaba en ella emoción más intensa, ni más inesperada, que la lástima.

—No —contestó—. No me quieres. A menudo tengo la sensación de que más bien te aburro.

—No creía que fueras de esas personas capaces de arriesgar la vida por unas cuantas monjas estiradas y un puñado de mocosas chinas.

Los labios de Kitty esbozaron una sonrisa.

—No es justo que me desprecies tanto por el mero hecho de que te equivocaras tanto al juzgarme en un principio. Yo no tengo la culpa de que fueras tan necio.

—Si has tomado la decisión de quedarte, naturalmente estás en tu derecho.

—Lamento no brindarte la oportunidad de mostrarte magnánimo. —Le resultaba sorprendentemente difícil adoptar un tono serio con él—. En el fondo no te falta razón: si me quedo no es sólo por las huérfanas; me encuentro en la peculiar situación de no tener a nadie en el mundo a quien recurrir. Todos mis conocidos me considerarían un fastidio. Sé que a nadie le importa un comino si vivo o muero.

Él frunció el entrecejo, pero no en un gesto de ira.

—Cómo lo hemos embrollado todo, ¿verdad?

—¿Todavía quieres divorciarte de mí? —le preguntó ella—. Lo cierto es que ya no me importa.

—Debes saber que el hecho de traerte aquí me ha resarcido de la ofensa.

—No lo esperaba. Lo cierto es que no he realizado un estudio sobre la infidelidad. Bueno, en tal caso, ¿qué haremos cuando nos marchemos de aquí? ¿Continuaremos viviendo juntos?

—Oh, el futuro se resolverá por sí mismo, ¿no te parece? —su voz destilaba el hastío de la muerte.

Capítulo 58

Dos o tres días después, Waddington recogió a Kitty en el convento (pues su inquietud la había impulsado a reanudar su trabajo de inmediato) y tal como le había prometido, la llevó a tomar el té con su amante. Kitty había cenado más de una vez en casa de Waddington. Era un edificio cuadrado, blanco y pretencioso, igual que todos los que el servicio de aduanas construía para sus funcionarios por toda China, y tanto el salón en el que comían como la sala en la que charlaban presentaban una decoración sólida y excesivamente formal. Semejaban en parte oficinas y en parte hoteles.

No había el menor toque hogareño en esas casas, pues se daba por sentado que eran meros lugares en los que sus sucesivos inquilinos recalaban casi por azar. A nadie se le habría pasado por la cabeza que la planta superior ocultase un misterio, quizás un idilio. Subieron un tramo de escaleras y Waddington abrió una puerta para franquear a Kitty el paso a una estancia grande y desnuda con paredes encaladas en las que colgaban rollos manuscritos con caligrafías diversas. Ante una mesa cuadrada, sobre una silla rígida, ambos muebles de madera oscura y profusamente tallados, estaba la mujer manchú, que se levantó al entrar Kitty y Waddington, pero no avanzó hacia ellos.

—Aquí la tienes —señaló Waddington, y añadió algo en chino.

Kitty le estrechó la mano a la mujer. Se la veía esbelta con su larga túnica bordada y era un poco más alta de lo que Kitty, acostumbrada a las gentes del sur, esperaba. Llevaba una chaqueta de seda verde pálido con mangas ajustadas que le llegaban a las muñecas, y sobre su cabello negro, elegantemente peinado, lucía el tocado de las mujeres manchúes. Se había empolvado el rostro y se había aplicado abundante colorete en las mejillas, desde los ojos hasta la boca; sus cejas depiladas formaban una línea oscura y delgada, y sus labios brillaban con un tono escarlata. En aquella máscara, sus grandes ojos negros levemente rasgados relumbraban como lagos de azabache líquido. Con sus movimientos lentos y precisos, su aspecto era más el de una estatua que el de una mujer. A Kitty le pareció un tanto tímida pero muy curiosa. La mujer asintió dos o tres veces sin apartar la vista de Kitty mientras Waddington hablaba de ella. Kitty reparó en sus manos, de una largura sobrenatural, muy esbeltas, de color marfil y con las uñas exquisitamente arregladas y pintadas. Pensó que nunca había visto algo más hermoso que aquellas manos lánguidas y estilizadas, que denotaban la pertenencia a una estirpe de incontables siglos.

La mujer pronunció unas palabras, en una voz aguda como el trino de los pájaros en un huerto, y Waddington, oficiando de traductor, le dijo a Kitty que ella se alegraba de conocerla y quería saber qué edad y cuántos hijos tenía. Tomaron asiento a la mesa cuadrada en tres sillas de respaldo recto, y un muchacho les trajo tazas llenas de un té claro aromatizado con jazmín. La dama manchú ofreció a Kitty una cajetilla de cigarrillos Three Castles. Salvo por la mesa y las sillas, la habitación apenas estaba amueblada. Aparte de un amplio camastro con un apoyacabezas bordado, sólo había dos

cofres de sándalo.

—¿Qué hace aquí sola todo el día? —le preguntó Kitty a Waddington.

—Pinta un poco y a veces escribe algún poema, pero sobre todo permanece sentada. Fuma, aunque sólo con moderación, lo que es una suerte, porque una de mis obligaciones es evitar el tráfico de opio.

—¿Tú también fumas? —inquirió Kitty.

—Rara vez. A decir verdad, prefiero el whisky, con mucho.

Flotaba en la habitación un aroma acre que no resultaba desagradable sino peculiar y exótico.

—Dile que siento no poder hablar con ella. Estoy segura de que tenemos muchas cosas que contarnos.

Cuando Waddington tradujo estas frases al manchú, la mujer lanzó a su invitada una rápida mirada en la que se apreciaba un asomo de sonrisa. Ante la mirada de fascinación de Kitty, se sentó, sin pudor alguno, con sus hermosas ropas, mientras en el rostro maquillado, sus ojos observaban cautelosos, serenos e insondables. La rodeaba un aire de irrealidad, como el de una fotografía, y al mismo tiempo rezumaba una elegancia junto a la que Kitty se sentía desgarrada. Apenas había prestado atención, salvo de pasada y con cierto desprecio, a la China a la que el destino la había llevado. Todo era muy ajeno a su mundo. Ahora, de pronto, empezaba a atisbar algo remoto y misterioso: Oriente se extendía ante ella, inmemorial, oscuro e inescrutable. Las creencias e ideales de Occidente resultaban toscos en comparación con los ideales y las creencias que apenas alcanzaba a intuir en aquella criatura. Llevaba una vida diferente, en un plano distinto. A Kitty la asaltó la extraña sensación de que, a la luz de aquella figura, con su rostro pintado y sus ojos recelosos y alargados, los esfuerzos y quebraderos de cabeza del día a día adquirirían un cariz absurdo. Era como si esa máscara coloreada encubriese el secreto de una experiencia profunda y trascendente: en aquellas manos largas y delicadas con sus dedos ahusados residía la clave de enigmas aún por desvelar.

—¿En qué piensa el día entero?

—En nada —respondió Waddington, sonriente.

—Es maravillosa. Dile que no he visto nunca manos tan bellas. Me pregunto qué le gusta de ti. Waddington, sin dejar de sonreír, tradujo la pregunta.

—Dice que soy bueno.

—Como si alguna mujer amara a un hombre por sus virtudes... —se mofó Kitty.

La mujer manchú rio una sola vez, y fue cuando Kitty, por decir algo, expresó su admiración por el brazalet de jade que llevaba. Se lo quitó, y Kitty, al intentar ponérselo, descubrió que, pese a la relativa pequeñez de sus manos, el aro no le pasaba por los nudillos. Entonces la mujer manchú estalló en carcajadas infantiles. A continuación le dijo algo a Waddington y llamó a la criada. Le dio instrucciones, y la sirvienta regresó al poco rato con un par de zapatos manchúes muy hermosos.

—Quiere regalártelos, si te sirven —explicó Waddington—. Verás que son unas zapatillas muy cómodas.

—Me vienen perfectas —exclamó Kitty, no sin satisfacción, pero advirtió una sonrisa traviesa en el rostro de Waddington.

—¿Le vienen grandes a ella? —preguntó enseguida.

—Inmensamente.

Kitty se echó a reír y, tan pronto como Waddington repitió el diálogo en manchú, la mujer y el

ama también se rieron.

Un rato después, Kitty y Waddington caminaban juntos colina arriba, cuando ella se volvió hacia él con expresión cordial.

—No me habías dicho que le tuvieras tanto afecto.

—¿Qué te hace pensar que se lo tengo?

—Lo he visto en tu mirada. Es extraño, debe de ser como amar a un espectro o un sueño. Los hombres son indescifrables. Yo creía que eras como todo el mundo, y ahora tengo la impresión de que no te conozco en absoluto.

Cuando llegaban a casa de ella, él preguntó de repente:

—¿Por qué querías conocerla?

Kitty vaciló un momento antes de responder.

—Estoy buscando algo, y no estoy muy segura de qué es, pero sé que para mí tiene mucha importancia averiguarlo, y si lo consigo todo cambiará. Quizá las monjas sepan de qué se trata, porque cuando estoy con ellas se me figura que poseen un secreto que no están dispuestas a compartir conmigo. No sé por qué se me metió en la cabeza que si veía a esa mujer manchú empezaría a formarme una vaga idea de lo que busco. Tal vez ella me lo contaría si pudiera.

—¿Qué te hace pensar que lo sabe?

Kitty lo miró largamente de reojo pero, en lugar de contestar, le planteó a su vez una pregunta.

—¿Lo sabes tú?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—El Tao. Unos buscan el Camino en el opio, y otros en Dios, unos en el whisky y otros en el amor. Es siempre el mismo Camino y no lleva a ninguna parte.

Capítulo 59

Kitty retomó la cómoda rutina de su trabajo y, aunque a primera hora de la mañana notaba un intenso malestar, su fortaleza de espíritu no permitía que eso la venciera. La asombró lo mucho que se interesaban por su salud las monjas: hermanas que, cuando se cruzaban con ella en el pasillo, apenas le dedicaban un saludo, ahora acudían con cualquier pretexto a la sala donde ella se encontraba, enfrascada en sus tareas, y posaban los ojos en ella, cuchicheando un poco entre sí, con emoción dulce y pueril. Sor Saint Joseph le recordaba una y otra vez que durante los últimos días había estado comentando a las demás: «Me pregunto si será eso» o «no me sorprendería», y que luego, cuando Kitty perdió el conocimiento, afirmaba: «No hay duda, salta a la vista». Le contó a Kitty largas historias sobre los embarazos de su cuñada, que habrían alarmado considerablemente a Kitty, de no ser por su ágil sentido del humor. La hermana Saint Joseph combinaba de una manera muy agradable la visión realista que le habían inculcado de pequeña (un río serpenteaba por entre los prados de la granja de su padre, y los abetos crecían en su ribera y se mecían al menor soplo de brisa) y una simpática familiaridad con todo lo religioso. Un día, firmemente convencida de que una hereje sería una ignorante absoluta en tales materias, le habló a Kitty de la Anunciación.

—No puedo leer esa parte de las Sagradas Escrituras sin llorar —confesó—. No sé por qué, pero me provoca una sensación de lo más curiosa.

Y entonces, en francés, con palabras que a Kitty le sonaron extrañas y de una precisión un poco fría, citó:

—«Y el ángel descendió sobre ella y le dijo: Ave, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres».

El misterio de la maternidad corría por el convento como un vientecillo caprichoso que juguetea entre las flores blancas de un huerto. La conciencia de que Kitty estaba embarazada afectaba y emocionaba a aquellas mujeres estériles: las asustaba un poco y al mismo tiempo las fascinaba. Contemplaban la dimensión física de su estado con sólido sentido común, pero en sus corazones infantiles anidaba un temor reverencial. Les preocupaba la carga que su embarazo suponía para ella y al mismo tiempo se mostraban dichosas e inusualmente eufóricas. Sor Saint Joseph le aseguró que todas rezaban por ella, y sor Saint Martín le dijo que era una pena que no fuese católica, aunque la madre superiora la censuró y aseveró que no era incompatible ser una buena mujer —*une brave femme*, según sus palabras— con ser protestante. *Le Bon Dieu* se encargaría de solucionarlo todo de un modo u otro.

A Kitty la conmovía y la divertía a la vez el interés que despertaba, pero también se sorprendió muchísimo al comprobar que la madre superiora, tan austera en su espiritualidad, la trataba con inusitada deferencia. Siempre había sido amable con Kitty, pero de manera más bien distante, y ahora

adoptaba con ella una dulzura en la que había algo de maternal. Le hablaba en un tono nuevo y afectuoso, y sus ojos reflejaban una repentina alegría, como si Kitty fuera una niña que acababa de hacer algo inteligente y divertido. Esta actitud resultaba curiosamente conmovedora. El alma de la superiora era como un mar gris y tranquilo que ondeaba majestuoso, imponente en su sombría grandeza, y al que, de súbito, un rayo de sol insuflaba vida tornándolo alegre y cordial. A menudo, por las tardes, iba a charlar un rato con Kitty.

—Debo cuidar de que no se canse, *mon enfant* —decía, aduciendo una excusa transparente para sí misma—, o el doctor Fane jamás me lo perdonará. ¡Hay que ver el dominio de sí mismos que tienen los británicos! El hombre está inmensamente ilusionado, y cuando se le habla del asunto se pone pálido. —Tomó a Kitty de la mano y se la acarició con afecto—. El doctor Fane me contó que quería enviarla lejos de aquí, pero que usted se negó porque no soportaba la idea de dejarnos. Es muy amable por su parte, querida niña, y quiero que sepa que apreciamos la ayuda que nos ha prestado, pero creo que tampoco quería separarse de él, y eso es mejor, pues su lugar está a su lado, y el doctor Fane la necesita. Ah, no sé cómo nos las habríamos arreglado sin un hombre tan admirable como él.

—Me alegra saber que su esfuerzo les ha servido de algo —dijo Kitty.

—Debe amarlo usted con todo su corazón, querida. Es un santo.

Kitty sonrió, pero en lo más hondo lanzó un suspiro. Sólo había una cosa que podía hacer por Walter, y no alcanzaba a imaginar cómo lograrla. Quería que la perdonara, ya no por ella misma, sino por él, pues estaba convencida de que era lo único que le proporcionaría alivio. Era inútil apelar a su benevolencia, y si Walter llegaba a barruntar que ella no buscaba su propio bienestar sino el de él, la vanidad lo llevaría a rehusar tercamente (por alguna razón, su vanidad no la irritaba ya; le parecía natural y la llevaba a compadecerse más aún de él). Su única esperanza estribaba en que algún acontecimiento inesperado lo pillase con la guardia baja. Ella creía que una emoción repentina quizá lo liberaría de la pesadilla en que se había convertido su resentimiento, pero que, en su patética locura, él lo combatiría con todas sus fuerzas cuando se presentara.

¿No era una lástima que los hombres, aunque ocupaban tan poco espacio en un mundo en el que había tanto dolor, se torturasen a sí mismos de esa manera?

Capítulo 60

Aunque la madre superiora no habló con Kitty más de tres o cuatro veces, y un par de ellas durante apenas diez minutos, le causó una impresión profunda. Su carácter era como un país que a primera vista ofrecía un aspecto agreste e inhóspito, pero en el que sin tardanza uno descubría caseríos acogedores entre árboles frutales en los pliegues de las majestuosas montañas, y ríos amenos que discurrían lentamente por praderas exuberantes. Sin embargo, estos paisajes tan reconfortantes, por mucho que sorprendan y serenen el alma, no bastan para que uno se sienta como en casa en una tierra de cumbres leonadas y parajes azotados por el viento. Habría resultado imposible intimar con la madre superiora, pues poseía ese aire impersonal que Kitty había percibido en las otras monjas, incluso en sor Saint Joseph, tan charlatana y jovial, pero que en la superiora constituía una barrera casi palpable. Producía una curiosa sensación, escalofriante y sobrecogedora, saber que ella era capaz de pisar la misma tierra que uno, ocuparse de asuntos mundanos y, al mismo tiempo, habitar de manera tan evidente en un plano inalcanzable para los demás. En cierta ocasión le dijo a Kitty:

—No es suficiente que una religiosa rece continuamente a Jesucristo; ella misma debe ser una oración.

Aunque entretecía su conversación con elementos de la religión que profesaba, a Kitty le parecía que era algo espontáneo en ella y no un intento de influir en la hereje. Le extrañaba que la madre superiora, con su profundo sentido de la caridad, se contentara con dejarla a ella en un estado que debía considerar de pecaminosa ignorancia.

Una tarde las dos se encontraban sentadas juntas. Los días se acortaban, y la tenue luz del anochecer era agradable y un tanto melancólica. La madre superiora estaba claramente muy cansada; su trágico rostro se veía macilento y pálido, y sus hermosos ojos oscuros habían perdido la chispa. Quizá fue su fatiga lo que la sumió en aquel insólito estado de ánimo propicio para las confidencias.

—Este es un día memorable para mí, hija mía —murmuró, como si despertara de un largo ensueño—. Es el aniversario del día en que por fin me decidí a tomar el hábito. Llevaba dos años pensando en ello, pero, por así decirlo, me asustaba la vocación, pues temía que el espíritu secular me dominase de nuevo. Sin embargo, aquella mañana, al comulgar, sin embargo, hice la firme promesa de que antes de que se pusiese el sol comunicaría a mi querida madre mi deseo. Después de recibir la Sagrada Comunión pedí a Nuestro Señor que me diera paz de espíritu. «Sólo la tendrás», tuve la impresión de que me respondía, «cuando hayas dejado de anhelarla». —La madre superiora se abismó en sus recuerdos—. Aquel día, una de nuestras amigas, madame de Viernot, había ingresado en la orden de las Carmelitas sin informar de ello a ninguno de sus parientes. Sabía que se oponían a su decisión, pero era viuda y creía que como tal la asistía el derecho de hacer su voluntad. Una de mis primas había ido a despedirse de la querida fugitiva y no regresó hasta la tarde. Estaba muy afectada.

Yo, que no había hablado con mi madre, temblaba sólo de pensar en exponerle mis planes, pero, al mismo tiempo, estaba resuelta a mantener la determinación que había tomado al comulgar. Asedí a mi prima a preguntas. Mi madre, aparentemente absorta en su labor, estaba pendiente de todo. Mientras hablaba, pensé: «Si quiero hablar hoy, no tengo un instante que perder». Es curiosa la claridad con que recuerdo la escena. Estábamos sentadas a la mesa, una mesa redonda cubierta con un tapete rojo, a la luz de una lámpara con pantalla verde. Mis dos primas estaban de visita, y todas estábamos trabajando en unas telas para forrar los sillones del salón. Imagínese, no habían vuelto a tapizarlos desde los tiempos de Luis XIV, cuando los compraron, y estaban tan andrajosos y descoloridos que mi madre dijo que era una vergüenza.

»Intenté articular las palabras, pero mis labios no se movían, y entonces, tras varios minutos de silencio, mi madre me dijo: «La verdad es que no consigo entender la conducta de tu amiga. No me gusta nada eso de que se haya marchado sin decir una palabra a aquellos que tanto la quieren. Es un gesto teatral que me parece de pésimo gusto. Una mujer de bien intenta no dar que hablar a la gente. Espero que si alguna vez nos causas la gran desdicha de dejarnos no huyas como si estuvieras cometiendo un crimen».

»Era el momento de hablar, pero tal era mi debilidad que sólo pude mascullar: «Pierde cuidado, *maman*, y no tendría el coraje suficiente».

»Mi madre no respondió, y yo lamenté de inmediato que me hubiese faltado valor para explicarme. Me pareció oír las palabras de Nuestro Señor a san Pedro: «Pedro, ¿me amas?». ¡Oh, qué apocamiento, qué ingratitud la mía! Me encantaban la comodidad, mi estilo de vida, mi familia y mis diversiones. Estaba abstraída en estos amargos pensamientos cuando, un poco después, como si la conversación no se hubiera interrumpido, mi madre me dijo: «Aun así, Odette, no creo que mueras sin haber realizado alguna obra perdurable». Yo seguía perdida en mi ansiedad y mis reflexiones mientras mis primas, sin sospechar que el corazón me latía a toda prisa, trabajaban en silencio, cuando de pronto mi madre dejó caer la tela, me miró fijamente y dijo: «Ay, querida hija, estoy segura de que acabarás por tomar el hábito».

»«¿Hablas en serio, querida madre?», pregunté. «Dejas al descubierto mis pensamientos y mis deseos más íntimos».

»«*Mais oui*», exclamaron mis primas sin darme tiempo a acabar. «Hace dos años que Odette no piensa en otra cosa, pero no debe darle permiso, *ma tante*, no debe usted permitirselo».

»«¿Con qué derecho íbamos a negarnos si es la voluntad de Dios?», replicó mi madre.

»Entonces mis primas, con la intención de dar a la charla un tono más ligero, me preguntaron qué tenía previsto hacer con las fruslerías que me pertenecían y discutieron alegremente acerca de quién se quedaría con tal o cual cosa. Pero esos primeros momentos de júbilo duraron muy poco y pronto nos asomaron las lágrimas a los ojos. Entonces oímos a mi padre subir las escaleras.

La madre superiora hizo una breve pausa y suspiró.

—Fue muy duro para mi padre —prosiguió—. Era hija única, y los hombres suelen estar más unidos sentimentalmente a sus hijas que a sus hijos varones.

—Tener corazón es una gran desdicha —convino Kitty con una sonrisa.

—Es una gran dicha consagrar ese corazón a Jesucristo.

En ese momento, una niña se acercó a la madre superiora y, segura de que atraería su interés, le enseñó un juguete fantástico que se había agenciado de alguna manera. La madre superiora posó su

mano delicada y hermosa en el hombro de la niña y ésta se acurrucó contra ella. A Kitty la enterneció comprobar cuán dulce y al mismo tiempo impersonal era su sonrisa.

—Es maravilloso ver cómo la adoran todas sus huérfanas, madre. Yo estaría muy orgullosa si fuera capaz de inspirar semejante cariño.

La madre superiora le dedicó una vez más su sonrisa, tan distante como hermosa.

—Sólo hay una manera de ganarse los corazones, y es asemejarse a aquellos que deseamos que nos amen.

Capítulo 61

Walter no regresó a casa a cenar esa noche. Kitty lo esperó durante un rato, porque cuando algún asunto lo entretenía en la ciudad siempre se las arreglaba para hacerle llegar un mensaje, pero, al final, se sentó a la mesa. Prácticamente se limitó a fingir que comía los muchos platos que el cocinero chino preparaba invariablemente, en aras del decoro y a pesar de la peste y de las dificultades de aprovisionamiento. Después, se dejó caer sobre la tumbona de caña, al lado de la ventana abierta y se rindió a la belleza de la noche estrellada. El silencio fue un descanso para ella.

No intentó leer. Dejó que sus pensamientos flotaran por encima de su mente como nubecillas blancas reflejadas en la superficie tranquila de un lago. Estaba demasiado cansada para concentrarse en alguno, seguirlo y averiguar adónde conducía. Se preguntó distraidamente qué había sacado en claro de las diversas impresiones que había recibido de sus charlas con las monjas. Le chocaba que, si bien su forma de vivir la conmovía hasta lo más hondo, las creencias que había detrás la dejaban indiferente. No concebía siquiera la posibilidad de que llegase a prender en ella la llama de la fe. Exhaló un breve suspiro: quizá todo resultaría más fácil si esa cegadora luz blanca iluminara su alma. En una o dos ocasiones le habían entrado ganas de hablarle a la madre superiora de su desdicha y de lo que la causaba, pero no se atrevía porque no soportaría que aquella mujer austera pensara mal de ella. A sus ojos, sus actos pasados constituirían un pecado grave. Lo curioso era que Kitty, más que perversos, los consideraba meramente repugnantes y estúpidos.

Tal vez fuera una obtusidad por su parte juzgar su relación con Townsend como algo lamentable e incluso escandaloso, pero más digno de olvido que de arrepentimiento. Era como una metedura de pata en una fiesta: no había forma de remediarlo y provocaba una mortificación indecible, pero concederle demasiada importancia no demostraba sino falta de sentido común. La recorrió un escalofrío al evocar la imagen de Charlie con su robusto cuerpo tan bien vestido, el contorno impreciso de su mandíbula y el modo en que sacaba pecho para disimular la panza. Su temperamento sanguíneo se reflejaba en las venitas que se entrecruzaban en sus mejillas coloradas. A Kitty siempre le habían gustado sus cejas pobladas, pero ahora apreciaba en ellas algo bestial y repulsivo.

¿Y el futuro? Era curioso lo poco que le preocupaba; no era capaz de representárselo en absoluto. Quizá moriría al nacer su hijo. Su hermana Doris siempre había sido mucho más fuerte que ella, y no obstante había estado a punto de perder la vida. (Cumplió con su deber y trajo al mundo un heredero de la nueva baronía. Kitty sonrió al pensar en la satisfacción de su madre). Su visión tan vaga del futuro tal vez significaba que nunca llegaría a vivirlo. Probablemente Walter le pediría a su madre que se ocupara de la criatura, si ésta sobrevivía. Conocía lo bastante bien a su marido como para confiar en que, por incierta que fuera su paternidad, trataría al niño con cariño. Fueran cuales fuesen las circunstancias, debía esperar que Walter se condujese admirablemente. Era una pena que con sus

grandes cualidades, su carácter altruista y honrado, su inteligencia y sensibilidad, no supiese hacerse querer. Ahora no le inspiraba miedo en absoluto, sino compasión y, al mismo tiempo, le parecía una persona un tanto absurda. La intensidad de sus emociones lo volvía vulnerable, y Kitty presentía que, de algún modo, con el tiempo, conseguiría que él la perdonase. No lograba desechar la idea de que la única manera de compensarlo por la angustia que le había infligido consistía en ayudarlo a alcanzar la paz. Era una lástima que Walter tuviera tan poco sentido del humor: ella se imaginaba a su lado, algún día, riendo con él de la manera en que se habían atormentado.

Estaba agotada. Llevó la lámpara a su habitación y se desvistió, se acostó y no tardó en conciliar el sueño.

Capítulo 62

Sin embargo, la despertó alguien que llamaba con fuerza a la puerta. En un primer momento, al confundir el ruido con el sueño del que la arrancó, no fue capaz de vincularlo con la realidad. Los golpes seguían sonando, y ella cobró conciencia de que procedían del portón de acceso al recinto. Estaba muy oscuro. Echó un vistazo a su reloj de manecillas fosforescentes; eran las dos y media. Debía de tratarse de Walter —qué tarde regresaba—, que no conseguía despertar al criado. Continuaba llamando, cada vez con más furia, lo que en el silencio de la noche resultaba de lo más alarmante. Los golpes cesaron, y Kitty oyó que se descorría el pesado cerrojo. Walter nunca había llegado a casa a horas tan intempestivas. Pobrecillo, qué cansado debía estar. Ella confiaba en que tuviera el buen juicio de irse directo a la cama en vez de ponerse a trabajar en ese laboratorio suyo.

Se oyeron voces y gente que entraba en el recinto. Era extraño, porque cuando Walter regresaba tarde a casa, procuraba no hacer el menor ruido para no molestarla. Dos o tres personas subieron a la carrera los peldaños de madera e irrumpieron en la habitación de al lado. En el fondo, Kitty siempre abrigaba el temor de que algún día estallase una revuelta contra los extranjeros. ¿Habría ocurrido algo? El pulso se le aceleró, pero cuando empezaba a dar forma en su mente a esa aprensión imprecisa, alguien atravesó la estancia contigua y llamó a su puerta.

—Señora Fane.

Reconoció la voz de Waddington.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Levántate. Tengo que decirte una cosa.

Kitty se puso en pie y se enfundó en una bata, hizo girar la llave y abrió la puerta. Ante ella estaban Waddington con un par de pantalones holgados y una chaqueta de seda cruda, el criado con un farol, y, un poco más allá, tres soldados chinos de aquí. Se sobresaltó al advertir la consternación en el rostro de Waddington, que estaba despeinado como si acabara de saltar de la cama.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz entrecortada.

—Tienes que conservar la calma. No hay tiempo que perder. Vístete y ven conmigo.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Ha pasado algo en la ciudad?

La presencia de los soldados la llevó a pensar enseguida que se habían producido disturbios y venían a protegerla.

—Tu marido ha caído enfermo y queremos que vengas de inmediato.

—¿Walter? —gritó ella.

—No te alteres. No sé qué le ocurre exactamente. El coronel Yü ha enviado a este oficial a verme y me ha pedido que te lleve al Yamen de inmediato.

Kitty se quedó mirándolo por un instante con el corazón encogido, y luego dio media vuelta.

—Estaré preparada en dos minutos.

—Yo no me he arreglado mucho —apuntó él—. Estaba durmiendo y no he hecho más que ponerme la chaqueta y los zapatos.

Kitty no lo escuchaba. Se vistió a la luz de las estrellas, con lo primero que encontró. De pronto notaba los dedos tan torpes que le pareció que tardaba una eternidad en abrochar los corchetes de su vestido, y acto seguido se echó sobre los hombros el chal cantonés que había llevado esa misma tarde.

—No me he puesto sombrero. No hay necesidad, ¿verdad?

—No.

Pisando los talones al criado, que sostenía la lámpara delante de ellos, bajaron a toda prisa las escaleras y cruzaron la puerta del recinto.

—Ten cuidado, no vayas a caer —la previno Waddington—. Más vale que me agarres del brazo.

Los soldados iban inmediatamente a la zaga.

—El coronel Yü ha enviado literas. Nos esperan al otro lado del río.

Descendieron la colina a paso veloz. Kitty no conseguía reunir el valor para formular la pregunta que le temblaba de forma tan horrenda en los labios. Temía mortalmente la respuesta. Llegaron a la ribera y allí, con un hilo de luz en la proa, los aguardaba un junco.

—¿Es el cólera? —dijo ella entonces.

—Eso me temo.

Kitty dejó escapar un gemido y se detuvo.

—Creo que debemos llegar lo más rápidamente posible. —Waddington le tendió la mano para ayudarla a subir a bordo. La travesía era breve y el río estaba en calma casi absoluta. El grupo se situó en la proa, y una mujer que llevaba a su hijo sujeto a la cadera comenzó a impulsar el junco con una pértiga.

—Ha caído enfermo esta tarde, la tarde de ayer, quiero decir —explicó Waddington.

—¿Por qué no me mandaron llamar de inmediato?

Aunque no había razón para ello, hablaban en susurros. En la oscuridad, Kitty percibía lo intensa que era la ansiedad de su acompañante.

—El coronel Yü quería avisarte, pero Fane no se lo ha permitido. El coronel no se ha separado de él ni por un momento.

—Debería haber enviado a alguien a buscarme igualmente. Qué crueldad.

—Tú marido sabe que nunca has visto a un enfermo de cólera. Es algo terrible, repugnante. No quería que pasaras por eso.

—Después de todo, es mi marido —repuso ella con la voz ahogada.

Waddington no respondió.

—¿Por qué me permiten ir ahora?

Waddington le posó la mano en el brazo.

—Querida, debes tener valor. Tienes que estar preparada para lo peor.

Kitty emitió un lamento de angustia y se volvió ligeramente al percatarse de que los tres soldados chinos la miraban. Vislumbrar fugazmente el blanco de sus ojos le provocó una sensación extraña.

—¿Se está muriendo?

—Lo único que me consta es lo que me ha transmitido el oficial de parte del coronel Yü. Por lo que he entendido, Fane ha sufrido un colapso.

—¿No hay ninguna esperanza?

—Lo siento muchísimo, pero me temo que si no llegamos pronto no lo encontraremos con vida.

Kitty se estremeció y le resbalaron lágrimas por las mejillas.

—Ha estado trabajando más de la cuenta y no tiene fuerzas para resistir.

Ella se soltó del brazo de Waddington con un gesto de irritación. La exasperaba oírlo hablar en ese tono quedo y angustiado.

Llegaron a la otra orilla, y dos culis chinos que estaban allí la ayudaron a desembarcar. Les aguardaban las literas, y cuando Kitty tomaba asiento en la suya, oyó que Waddington le decía:

—Intenta mantener la calma. Vas a necesitar todo el dominio de ti misma del que dispongas.

—Diles a los porteadores que se apresuren.

—Tienen órdenes de ir tan deprisa como puedan.

El oficial, que ya se había acomodado en su silla de manos, pasó por su lado y gritó algo a los porteadores de Kitty, que levantaron la litera de inmediato, se colocaron las varas sobre el hombro y echaron a andar a paso ligero. Waddington los seguía muy de cerca. Precedidos cada uno por un hombre con un farol, acometieron la cuesta y, cuando llegaron a la esclusa, el portero los esperaba allí con una antorcha. El oficial bramó una orden conforme se aproximaban, y el hombre abrió una de las hojas de la puerta para franquearles la entrada. Mientras la atravesaban, lanzó una suerte de interjección y los porteadores le contestaron. A altas horas de la noche aquellos sonidos guturales pronunciados en un idioma desconocido resultaban misteriosos y perturbadores.

Avanzaban por el empedrado húmedo y resbaladizo de la callejuela, y uno de los porteadores del oficial tropezó. Entonces Kitty oyó la voz del oficial alzada en un bramido furioso y la respuesta estridente del porteador, y luego el palanquín que iba delante de ella reanudó su precipitada marcha. Era noche cerrada en aquellas calles estrechas y tortuosas, como si se hallasen en una ciudad fantasma. Enfilaron un angosto callejón, doblaron una esquina y luego subieron presurosos un tramo de escaleras. Los porteadores respiraban trabajosamente y caminaban a zancadas largas y rápidas, sin hablar. Uno de ellos sacó un pañuelo andrajoso y, sin aflojar el paso, se enjugó de la frente el sudor que le caía a los ojos. Torcían a un lado y luego al otro, una y otra vez, como si recorriesen un laberinto. A la sombra de las tiendas cerradas a veces se entreveía alguna figura echada, pero no se sabía si era la de un hombre que dormía a la espera del amanecer o la de un hombre que dormía para no despertar jamás. La silenciosa desolación confería un aire espectral a las calles angostas, y, cuando de súbito ladró un perro a pleno pulmón, a Kitty se le pusieron los torturados nervios de punta. No sabía adónde se dirigían, y el camino se le antojaba interminable. ¿Es que no podían ir más aprisa? Más aprisa. Más aprisa. Se acababa el tiempo, y en cualquier momento sería demasiado tarde.

Capítulo 63

De pronto, tras avanzar junto a un largo muro desprovisto de adornos, llegaron a una puerta flanqueada por garitas, y los portadores depositaron las sillas de manos en el suelo. Waddington se apresuró a dar alcance a Kitty, que ya se había apeado de un salto. El oficial llamó enérgicamente a la puerta y profirió un grito. Les abrieron un postigo y pasaron a un patio grande y cuadrado donde, acurrucados contra las paredes bajo los aleros de los tejados, soldados embozados en sus mantas yacían apiñados en grupos. Kitty y sus acompañantes se detuvieron por un momento mientras el oficial hablaba con un militar, posiblemente un sargento de guardia. Éste se volvió y le dijo algo a Waddington.

—Sigue vivo —tradujo Waddington en voz baja—. Ten cuidado al andar.

Precedidos aún por los hombres con los faroles, cruzaron el patio, subieron unos peldaños, atravesaron un gran portal y descendieron luego a otro amplio patio. A un lado quedaba una sala alargada e iluminada; el brillo del interior, que se traslucía a través del papel de arroz, realzaba la silueta del complejo dibujo de la celosía. Los que portaban los faroles los guiaron a través del patio hacia esa sala, y el oficial llamó a la puerta, que se abrió de inmediato. Con una mirada de soslayo a Kitty, el militar retrocedió un paso para apartarse.

—Entra —la instó Waddington.

Era una sala estrecha, y las lámparas humeantes la bañaban en una claridad mortecina y siniestra. Había por allí tres o cuatro celadores y, al otro lado de la sala, un hombre acurrucado bajo una manta en un jergón a cuyos pies permanecía un oficial inmóvil.

Kitty corrió hasta allí y se inclinó sobre el catre. Walter yacía con los ojos cerrados y, bajo aquella luz sombría, su rostro presentaba la grisura de la muerte; estaba terriblemente quieto.

—Walter, Walter —gimió ella, aterrada, en un tono apenas audible.

Se apreció en el cuerpo del enfermo un movimiento, o la sombra de un movimiento, tan leve como un soplo de aire que uno no alcanza a sentir y, sin embargo, riza la superficie tranquila del agua.

—Walter, Walter, dime algo.

Abrió los ojos lentamente, como si le costara un esfuerzo infinito levantar aquellos párpados tan pesados, pero no la miró, sino que fijó la vista en la pared que estaba a escasos centímetros de su rostro. Habló, con un atisbo de sonrisa en su voz queda y débil.

—Ahora sí que me he metido en un buen lío.

Kitty no se atrevió a respirar y él no emitió un sonido más, ni amagó el menor ademán, sino que mantuvo los ojos, esos ojos suyos fríos y oscuros (¿qué misterios estarían contemplando?) clavados en la pared encalada.

Kitty se incorporó y, ojerosa, se dirigió al hombre que estaba allí de pie.

—Debe de haber algo que se pueda hacer. No irá a quedarse ahí plantado sin mover un dedo, ¿verdad? —Y entrelazó las manos.

Waddington habló con el oficial apostado a los pies de la cama.

—Me temo que han hecho ya todo lo posible. Lo ha atendido el cirujano del regimiento. Fane le enseñó cuanto sabía sobre la enfermedad. Ha hecho todo lo que tu marido habría hecho.

—¿Es ése el cirujano?

—No, ése es el coronel Yü. No se ha separado del lecho de tu esposo ni por un momento.

Kitty posó en él la vista, ausente. Era un hombre más bien alto pero corpulento, y parecía un tanto incómodo con el uniforme caqui. Observaba a Walter, con los ojos llorosos. Kitty notó una punzada. ¿Por qué se le habían saltado las lágrimas a ese hombre de cara chata y amarilla? Esto la sacó de quicio.

—Es horrible no poder hacer nada.

—Al menos ya no sufre —señaló Waddington.

Ella se agachó de nuevo sobre su marido, cuyos ojos vidriosos seguían mirando al vacío. Kitty no sabía si aún veía u oía algo, pero acercó los labios a sus oídos.

—Walter, ¿hay algo que podamos hacer?

Estaba convencida de que debía de haber alguna clase de medicina que administrarle para evitar que la vida continuase abandonándolo de aquella manera tan horrible. Ahora que sus pupilas se habían acostumbrado a la penumbra, escrutó horrorizada aquel rostro desfigurado. Le habría costado trabajo reconocerlo. Era impensable que pocas horas antes ofreciera un aspecto similar al de cualquier otro hombre, cuando sus rasgos ahora apenas eran humanos; había adquirido la apariencia de la muerte.

Le dio la impresión de que él se esforzaba por hablar, de modo que acercó más el oído.

—No te alborotes. Lo he pasado mal, pero ahora ya estoy mejor.

Kitty esperó a que prosiguiese, pero Walter guardó silencio. Su inmovilidad le desgarraba el alma, la espeluznaba que él estuviese tan quieto, como preparándose para la quietud de la tumba. Alguien, el cirujano o un ayudante, se acercó y le indicó con un gesto que se apartara, se inclinó sobre el enfermo agonizante y con un trapo sucio le humedeció los labios. Kitty se levantó de nuevo y se volvió hacia Waddington, abatida.

—¿No hay la menor esperanza? —dijo en un susurro.

Él negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo puede seguir vivo?

—No hay forma de saberlo. Una hora, tal vez.

Kitty paseó la mirada por la sala desnuda, y sus ojos se detuvieron por un instante sobre la figura corpulenta del coronel Yü.

—¿Puedo quedarme a solas con él un momento? —preguntó—. Sólo un minuto.

—Desde luego, si así lo deseas.

Waddington se aproximó al coronel para musitarle algo. El militar le respondió con una pequeña reverencia y luego dio una orden en voz baja.

—Esperaremos en las escaleras —le informó Waddington a Kitty cuando salían todos—. Basta con que llares.

Ahora que lo impensable le había nublado la conciencia como una droga que corriera por sus

venas, y ella había comprendido que Walter iba a morir, no pensaba más que una cosa, que era hacerle el final más llevadero extirpando de su alma el rencor que la envenenaba. Se figuraba que si al fallecer estaba en paz con ella, también estaría en paz consigo mismo. Ahora Kitty no se preocupaba de sí misma en absoluto, sino de él.

—Walter, te ruego que me perdones —suplicó, encorvada sobre él. Por miedo a que no soportara la presión, se cuidó mucho de no tocarlo—. No sabes cuánto lamento el daño que te hice. Estoy profundamente arrepentida.

Él no contestó, ni siquiera dio muestras de oírla. Kitty decidió insistir, embargada por la sensación de que el alma de Walter era una mariposa que revoloteaba con las alas lastradas por el odio.

—Cielo.

Una sombra cruzó el rostro macilento y hundido de Walter. Fue menos que un movimiento y, no obstante, produjo en ella el mismo efecto que una convulsión aterradora. Kitty nunca lo había llamado así. Quizá por el cerebro agonizante de Walter la idea, confusa y concebida con dificultad, de que sólo la había oído usarla —una muletilla típica de su vocabulario— con perros, niños o incluso automóviles. Entonces ocurrió algo horrible. Kitty apretó los puños en un intento desesperado por controlarse, pues vio que dos lágrimas se deslizaban por las mejillas ajadas de su marido.

—Oh, cariño, querido mío, si alguna vez me amaste, y sé que sí, y que yo me porté terriblemente, te ruego que me perdones. Ya nunca tendré la oportunidad de demostrarte mi arrepentimiento. Ten piedad de mí. Te suplico que me perdones.

Se interrumpió y, sin aliento, lo miró, aguardando ansiosa una respuesta. Se apercibió de que él intentaba decir algo, y el corazón le dio un vuelco. Estaba convencida de que en cierto modo lo compensaría por el sufrimiento que le había inferido si en el último momento lograba liberarlo de aquella carga de amargura. Los labios de Walter se movieron, pero él no alzó la vista hacia ella. No despegaba los ojos ya ciegos de la pared encalada. Kitty acercó el oído a su boca, pero él habló con toda claridad.

—Fue el perro el que murió.

Kitty se quedó petrificada. No lo entendía y, horripilada, lo miró con perplejidad. Aquello carecía de sentido. El hombre deliraba. No había escuchado una palabra de lo que ella le había dicho.

Era imposible que un ser vivo permaneciese tan inmóvil. Kitty no dejaba de mirarlo. Walter tenía los párpados abiertos, pero ella no estaba segura de si respiraba todavía y empezó a asustarse.

—Walter —susurró—. Walter.

Al final, Kitty se incorporó. Con un temor repentino, se dirigió a la puerta.

—¿Pueden venir, por favor? Me parece que no...

Entraron, y el cirujano chino se acercó al jergón. Sostenía una linterna eléctrica en la mano y la encendió para echar un vistazo a los ojos de Walter. Después se los cerró y murmuró algo en chino. Waddington le pasó a Kitty el brazo por los hombros.

—Me temo que ha muerto.

Ella exhaló un hondo suspiro y derramó unas pocas lágrimas. Se sentía más aturdida que postrada de dolor. Los chinos rodeaban el lecho, en actitud de impotencia, como si no supieran qué hacer a continuación. Waddington estaba callado. Transcurrido un minuto, los chinos comenzaron a cuchichear entre sí.

—Te llevaré de regreso a casa —se ofreció Waddington—. Lo trasladarán allí.

Kitty se llevó la mano a la frente en un gesto de hastío, se acercó al jergón y se agachó sobre él para besarlo en los labios. Ya no lloraba.

—Lamento haberte causado tantos problemas.

Los oficiales saludaron a su paso, y ella respondió con una austera inclinación. Ella y Waddington atravesaron de nuevo el patio y subieron a las sillas de manos. Advirtió que Waddington encendía un cigarrillo. Una nubecilla de humo que se esfumaba en el aire, eso era la vida del hombre.

Capítulo 64

Despuntaba el día, y aquí y allá algún chino abría las persianas de su taller. En un rincón lóbrego, a la tenue luz de una vela, una mujer se lavaba las manos y la cara. En un salón de té en una esquina un puñado de hombres tomaba su primera comida. Sigilosa, la claridad gris y fría del alba se desplazaba por las calles estrechas como un ladrón. Sobre el río flotaba una niebla pálida de la que sobresalían los mástiles de los juncos, apiñados cual lanzas de un ejército fantasma. El aire era fresco, y durante la travesía Kitty se arrebujó en su chal de colores alegres. Ascendieron por la colina y de pronto estaban por encima de la bruma y el sol relucía en un cielo despejado, como si fuera un día igual que los demás y no hubiera ocurrido nada que lo distinguiera del resto.

—¿No quieres acostarte? —le preguntó Waddington cuando entraron en la casa.

—No, voy a sentarme junto a la ventana.

Había pasado tantos y tan largos ratos sentada junto a la ventana durante las últimas semanas, tan habituada estaba a la vista del templo chillón y fantástico, que se erguía bello y misterioso sobre su gran bastión, que contemplarlo de nuevo le serenó el ánimo. Presentaba un aspecto tan irreal, incluso bajo el duro resplandor del mediodía, que la distrajo de la realidad de la vida.

—Le diré al criado que te prepare un té. Me temo que habrá que enterrar el cuerpo esta misma mañana. Yo me ocupo de los preparativos.

—Gracias.

Capítulo 65

Lo sepultaron tres horas después. A Kitty le horripiló que lo metiesen en un ataúd chino, como si en un lecho tan extraño no fuera a descansar como era debido, pero no hubo otro remedio. Las monjas, que se habían enterado de la muerte de Walter del mismo modo que se informaban de todo lo que sucedía en la ciudad, enviaron por medio de un mensajero una cruz de dalias, rígida y formal, pero confeccionada con la pericia de un florista veterano, y cuando la colocaron sobre el ataúd chino, resultó grotesca y parecía fuera de lugar. Cuando todo estuvo preparado, tuvieron que esperar al coronel Yü, que había expresado a Waddington sus deseos de asistir al entierro. Llegó al fin, acompañado por un edecán. Echaron a andar cuesta arriba, entre ellos media docena de culis con el féretro a hombros, hasta una pequeña parcela donde yacían los restos del misionero a quien había sustituido Walter. Waddington había hallado entre los efectos del misionero un misal inglés y, en voz suave, con una vergüenza insólita en él, dirigió las honras fúnebres. Quizá, mientras recitaba palabras tan solemnes como aciagas, lo rondaba la idea de que si él, a su vez, sucumbía a la peste, nadie las pronunciaría por él. Introdujeron el féretro en la fosa y los sepultureros empezaron a echar tierra encima.

El coronel Yü, que se había descubierto la cabeza junto a la tumba, se puso el sombrero, saludó a Kitty con ademán grave, dirigió un par de palabras a Waddington y se marchó, seguido por su edecán. Los culis, movidos por la curiosidad de presenciar un funeral cristiano, se habían quedado por allí y ahora empezaban a alejarse despacio en un grupo desordenado con las pértigas a rastras. Kitty y Waddington aguardaron a que la tumba estuviese cubierta de tierra y luego depositaron sobre el montículo, que olía a tierra fresca, las modestas dalias de las monjas. Ella no había llorado, pero cuando la primera palada de tierra cayó sobre el ataúd, una horrible punzada le atravesó el corazón.

Waddington la esperaba para marcharse.

—¿Tienes prisa? —le preguntó Kitty—. No quiero regresar a casa todavía.

—No tengo nada que hacer. Estoy a tu entera disposición.

Capítulo 66

Caminaron a paso lento por la calzada hasta que llegaron a la cima de la colina donde se elevaba aquel arco, el monumento erigido en honor de una viuda virtuosa, que tanto había influido en la primera impresión que Kitty se había llevado al llegar a aquel lugar. Era un símbolo, pero ella no sabía muy bien de qué, y por algún motivo apreciaba en él una nota de ironía.

—¿Nos sentamos un poco? Hace una eternidad que no nos sentamos por aquí. —La vasta planicie que se extendía ante ellos aparecía tranquila y serena a la luz de la mañana—. Sólo llevo unas semanas aquí y me parecen toda una vida.

Él no respondió, y Kitty dejó vagar sus pensamientos por un rato; luego suspiró.

—¿Crees que el alma es inmortal? —preguntó.

Él no se mostró sorprendido por la pregunta.

—Qué sé yo.

—Ahora mismo, cuando lavaban a Walter antes de meterlo en el ataúd, lo he estado observando. Se lo veía muy joven, demasiado joven para morir. ¿Te acuerdas del mendigo con que nos topamos la primera vez que me llevaste a dar un paseo? No me dio miedo porque estuviera muerto, sino porque tenía aspecto de no haber sido nunca humano: no era más que un animal muerto. Y ahora, al fijarme en Walter, me ha sucedido lo mismo. Semejaba una máquina estropeada. Eso es lo que más me asusta. Si el cuerpo es sólo una máquina, qué inútil es pasar por tanto sufrimiento, tanto dolor, tanta desdicha...

Waddington no dijo nada, pero sus ojos otearon el paisaje. Esa mañana plácida y soleada, aquella enorme extensión de tierra colmaba el corazón de júbilo. Los cuidados arrozales se prolongaban hasta donde alcanzaba la vista, y en muchos de ellos se divisaba a campesinos vestidos de azul afanados en sus tareas, con los búfalos. Era una escena tranquila y feliz. Kitty rompió el silencio.

—No sabes cuánto me ha conmovido todo lo que he visto en el convento. Esas monjas son maravillosas. Me hacen sentir completamente indigna. Han renunciado a todo, su casa, su país, el amor, los hijos, la libertad, y también a todas esas cosillas a las que creo que debe de ser más difícil renunciar, las flores y los prados verdes, los paseos en otoño, los libros y la música, la comodidad... Renuncian a todo, absolutamente todo. Y lo hacen para consagrarse a una vida de sacrificio y pobreza, obediencia, trabajo agotador y silencio. Para todas ellas este mundo es pura y simplemente un lugar de exilio. La vida es una cruz con la que cargan de buen grado, pero en sus corazones anida el deseo... Oh, es algo mucho más intenso que el deseo, es una ansia, una ansia ardiente y apasionada de morir para alcanzar la vida eterna. —Enlazó los dedos y lo miró con expresión de angustia.

—¿Y bien?

—Imagina que no hay vida eterna. Piensa en lo que implica eso si la muerte es el fin de todas las

cosas. Han renunciado a todo por nada. Las han engañado. Son meras víctimas.

Waddington meditó por unos instantes.

—Me pregunto si tiene alguna importancia que aquello a lo que aspiran sea o no una ilusión. Sus vidas son hermosas en sí mismas. Estoy convencido de que lo único que nos permite contemplar el mundo en que vivimos sin sentir repugnancia es la belleza que de vez en cuando el hombre crea a partir del caos. Los cuadros que pinta, la música que compone, la vida que lleva. De todas estas cosas, la más hermosa es una vida hermosa. Ésa es la obra de arte más perfecta.

Kitty suspiró de nuevo. Las reflexiones de Waddington eran muy duras, y ella quería oír más.

—¿Has asistido alguna vez al concierto de una orquesta sinfónica? —inquirió él.

—Sí —asintió ella con una sonrisa—. No entiendo nada de música, pero me gusta mucho.

—Cada miembro de la orquesta toca su pequeño instrumento, ¿y qué crees tú que sabe de las complejas armonías que se despliegan en el aire indiferente? Lo único que le preocupa es su humilde contribución, pero sabe que la sinfonía es hermosa, y que, aunque nadie la oyera, seguiría siendo hermosa, de modo que se contenta con interpretar su parte.

—El otro día me hablaste del Tao —dijo Kitty tras una pausa—. Explicame qué es.

Waddington le lanzó una miradita y vaciló un instante, y luego, con una leve sonrisa en su cómico rostro, respondió:

—Es el Camino y el Caminante. Es el sendero eterno por el que andan todos los seres, pero no es obra de ser alguno, pues es el ser en sí mismo. Lo es todo y no es nada. De él brotan todas las cosas, todas las cosas se ajustan a él, y a él regresan finalmente todas las cosas. Es un cuadrado sin ángulos, un sonido que los oídos no alcanzan a percibir, una imagen sin forma. Es una red inmensa y, aunque sus mallas son tan anchas como el mar, nada pasa a través de él. Es el refugio donde todas las cosas encuentran cobijo. No está en ninguna parte, pero sin asomarte a la ventana es posible que lo veas. Nos enseña a desear no desear, y dejar que todo siga su curso. Quien se comporta con humildad se mantendrá íntegro. Quien se tuerce recuperará la rectitud. La base del éxito reside en el fracaso, y el éxito es el lugar donde mora el fracaso, pero ¿quién sabe cuándo llegará el punto de inflexión? Quien busca la ternura consigue al final ser como un niño. La apacibilidad trae la victoria a quien ataca y la seguridad a quien se defiende. Poderoso es quien se conquista a sí mismo.

—¿Tiene eso algún sentido?

—A veces, cuando me he echado media docena de whiskies entre pecho y espalda y miro las estrellas, me parece que sí.

Se impuso el silencio entre ellos, y fue Kitty quien lo interrumpió de nuevo.

—Dime: «Fue el perro el que murió», ¿es una cita?

Waddington esbozó una sonrisa con la respuesta en la punta de la lengua, pero quizás en esos momentos su sensibilidad era más aguda de lo habitual. Kitty no lo miraba, pero algo en su semblante ocasionó que él cambiara de idea.

—Si lo es, no me consta —respondió con cautela—. ¿Por qué?

—Por nada. Se me ha pasado por la cabeza. Me sonaba de algo.

Hubo otro silencio.

—Mientras estabas a solas con tu marido —dijo Waddington poco después—, he estado charlando con el cirujano militar para pedirle ciertos detalles que creía necesarios.

—¿Y bien?

—Se encontraba en un estado de histerismo. No se ha explicado con mucha claridad. Por lo que he entendido, tu marido se contagió a causa de los experimentos que estaba llevando a cabo.

—Siempre andaba enfrascado en sus experimentos. En realidad no era médico, sino bacteriólogo, por eso tenía tantas ganas de venir aquí.

—Pero no he llegado a colegir de las palabras del cirujano si se contagió por accidente o si estaba experimentando consigo mismo.

Kitty palideció. La mera posibilidad le provocó un estremecimiento. Waddington la tomó de la mano.

—Perdóname por volver a hablar de ello —se disculpó con delicadeza—, pero he pensado que tal vez te serviría de consuelo. Aunque sé lo difícil que es decir algo mínimamente apropiado en estas circunstancias, he supuesto que te confortaría un poco saber que Walter cayó como un mártir de la ciencia y del deber.

Kitty se encogió de hombros con un arranque de impaciencia.

—Walter murió porque tenía el corazón destrozado —sentenció.

Waddington se quedó callado, y Kitty, con la cara blanca y circunspecta, se volvió hacia él muy despacio.

—¿A qué se refería al decir: «Fue el perro el que murió»? ¿Qué significa eso?

—Es el último verso de la *Elegía* de Goldsmith.^[1]

Capítulo 67

A la mañana siguiente, Kitty fue al convento. La muchacha que le abrió la puerta se sorprendió al verla, y cuando Kitty llevaba unos minutos concentrada en sus labores, la madre superiora apareció, se acercó a Kitty y le cogió la mano.

—Me alegro de que haya venido, querida niña. Demuestra usted un gran valor al volver tan pronto tras la terrible desgracia que ha sufrido, y también una gran sabiduría, porque estoy segura de que un poco de trabajo la ayudará a apartar la mente de su dolor.

Kitty bajó la mirada y se sonrojó levemente. No quería que la madre superiora escrutase el fondo de su corazón.

—Huelga decir que todas nosotras la acompañamos en el sentimiento.

—Es muy amable —susurró Kitty.

—Rezamos por usted constantemente, y también por el alma del ser querido que ha perdido.

Kitty no respondió. La madre superiora le soltó la mano y con voz serena y autoritaria le impuso varias tareas. Acarició la cabeza de dos o tres niñas, les dedicó una sonrisa tan distante como cautivadora y se marchó para ocuparse de sus asuntos más urgentes.

Capítulo 68

Una semana después, Kitty estaba cosiendo cuando la madre superiora entró en la sala, se sentó a su lado y echó una ojeada al bordado que Kitty sostenía entre las manos.

—Borda usted muy bien, querida. Hoy en día es una virtud muy rara entre las jóvenes de su mundo.

—Se lo debo a mi madre.

—Estoy segura de que su madre se alegrará mucho de volver a verla.

Kitty levantó la vista. Algo había en la actitud de la madre superiora que le impidió interpretar su comentario como una mera fórmula de cortesía.

—Le permití regresar aquí tras la muerte de su marido —prosiguió la religiosa— porque creí que mantenerse ocupada la distraería. No me pareció que en esos momentos estuviera en condiciones de viajar sola hasta Hong Kong, ni estimé conveniente que se pasara todo el día en casa sin nada que hacer salvo acordarse de su pérdida, pero ya han transcurrido ocho días y es hora de que se vaya.

—No quiero irme, madre. Quiero quedarme aquí.

—No hay razón para que se quede. Vino con su marido, y su marido ha muerto. En su estado, dentro de poco necesitará atención y cuidados que le sería imposible recibir aquí. Tiene usted el deber de hacer todo lo que esté en su mano por el bien del ser cuyo cuidado Dios le ha encomendado.

Kitty guardó silencio por un momento y bajó la mirada.

—Tenía la impresión de que les servía de algo aquí. Me ha sido muy grato pensar que así era. Esperaba que me permitiera continuar con mi trabajo hasta el fin de la epidemia.

—Todas estamos muy agradecidas por lo que ha hecho por nosotras —aseveró la madre superiora con una leve sonrisa—, pero ahora que la epidemia remite, el riesgo de venir a esta ciudad no es tan grande y espero la llegada de dos hermanas de Cantón. Pronto vendrán, y cuando estén aquí dudo que continuemos necesitando sus servicios.

A Kitty se le cayó el alma a los pies. El tono de la madre superiora no admitía respuesta; la conocía lo bastante bien para saber que sería insensible a los ruegos. Quedaba patente su determinación de razonar con Kitty, pues se apreciaba en su voz un matiz, si no de irritación, al menos de un apremio que amenazaba con transformarse en ira.

—El señor Waddington tuvo la amabilidad de pedirme consejo.

—Ojalá se hubiera ocupado de sus propios asuntos —la cortó Kitty.

—Aunque no lo hubiera hecho, me habría sentido en la obligación de dárselo igualmente —repuso la madre superiora con delicadeza—. En estos momentos su lugar no está aquí, sino con su madre. El señor Waddington se ha puesto de acuerdo con el coronel Yü, quien le asignará una buena escolta para que realice el trayecto perfectamente a salvo, y también ha contratado porteadores y culis. La

criada irá con usted, y el asunto del alojamiento estará arreglado en las ciudades por las que pase. De hecho, se ha hecho todo lo posible para que viaje con comodidad.

Kitty frunció los labios. Creía que como mínimo habrían debido consultarla, ya que se trataba de una cuestión que sólo la concernía a ella. Se contuvo para no contestar con aspereza.

—¿Y cuándo debo marcharme?

La madre superiora permaneció perfectamente tranquila.

—Cuanto antes regrese a Hong Kong y zarpe hacia Inglaterra, mejor, hija mía. Hemos pensado que querría entender el camino pasado mañana al amanecer.

—Tan pronto... —A Kitty le vinieron ganas de llorar, pero las reprimió. Al fin y al cabo, era cierto que allí no había lugar para ella—. Por lo visto tienen prisa por librarse de mí —comentó con tristeza.

Kitty notó que la superiora se relajaba un poco. Tal vez intuía que Kitty estaba dispuesta a ceder, por lo que adoptó inconscientemente una actitud más afable. Kitty, a quien no había abandonado su fino sentido del humor, pensó con un centelleo en los ojos que incluso a las santas les gustaba salirse con la suya.

—No crea que no valoro la bondad de su corazón, querida niña, ni esa admirable caridad por la que se resiste a abandonar los deberes que se ha impuesto a sí misma.

Kitty, con la mirada perdida al frente, se encogió ligeramente de hombros. Era consciente de que no poseía virtudes tan elevadas. Quería quedarse porque no tenía adónde ir. Era una sensación curiosa que a nadie en el mundo le importara un comino si estaba viva o muerta.

—No entiendo su renuencia a regresar a casa —insistió la madre superiora en tono afectuoso—. Hay muchos extranjeros en este país que darían cualquier cosa por tener esa oportunidad.

—¿Usted no, madre?

—Oh, con nosotras es distinto, querida. Al venir aquí ya sabíamos que dejábamos nuestro hogar para siempre.

Del orgullo herido de Kitty surgió el deseo, quizá perverso, de buscar el punto vulnerable en la armadura de fe que protegía a las monjas contra todo sentimiento natural. Quería averiguar si la madre superiora adolecía aún de alguna de las debilidades humanas.

—Yo suponía que a veces les costaba hacerse a la idea de no volver a ver a las personas que tanto quieren y los lugares donde se criaron.

La madre superiora vaciló por un momento, pero Kitty, que la observaba, no detectó el menor cambio en la impassibilidad de su rostro hermoso y austero.

—Es duro para mi madre que ahora es muy mayor, porque soy su única hija y le encantaría verme una vez más antes de morir. Ojalá pudiera darle esa alegría, pero es imposible y tendremos que esperar a reencontrarnos en el paraíso.

—En cualquier caso, cuando se piensa en los seres queridos, debe de ser difícil no preguntarse si una tomó la decisión adecuada al separarse de ellos.

—¿Quiere saber si alguna vez he lamentado el paso que di? —De súbito el rostro de la madre superiora resplandecía—. Nunca, nunca. He trocado una vida trivial y despreciable por otra de sacrificio y oración.

Hubo un breve silencio y luego la madre superiora sonrió, con un aire más despreocupado.

—Voy a pedirle que se lleve consigo un paquetito y lo envíe por correo cuando llegue a Marsella.

No quiero dejarlo en manos del correo chino. Se lo traeré ahora mismo.

—Ya me lo dará mañana.

—Tendrá usted mucho que hacer como para venir mañana, querida. Es más conveniente que nos despedamos esta misma tarde. —Se puso en pie y, con la dignidad natural que ni siquiera su voluminoso hábito conseguía ocultar, se marchó de la sala.

Un instante después entró la hermana Saint Joseph para decirle adiós. Le deseó a Kitty un buen viaje. Seguro que no correría el menor peligro, porque el coronel Yü le pondría una nutrida escolta, y además las hermanas recorrían solas esa ruta constantemente y nunca sufrían el menor contratiempo. ¿Le gustaba el mar? *Mon Dieu*, cómo se mareó cuando los pilló una tormenta en pleno océano indico, *madame* su madre estará contenta de ver a su hija, y Kitty debía cuidarse mucho, porque, después de todo, ahora tenía otra pequeña alma a su cargo, y todas rezarían por ella; también ella rezaría sin cesar por Kitty y por la criatura y por el alma del pobre doctor, tan valiente él. Pese a que la monja se mostraba locuaz, tierna y cariñosa, Kitty sabía bien que para sor Saint Joseph (cuyos ojos estaban puestos en la eternidad) ella no era sino un espectro sin cuerpo ni sustancia. Sintió un impulso furioso de aferrar el corpachón de la simpática monja por los hombros para zarandearla y gritarle: «¿No ve que soy un ser humano, desdichado y solo, y que necesito cariño, comprensión y apoyo? Oh, ¿no puede dejar a Dios de lado por un instante y ofrecerme un poco de compasión, pero no la compasión cristiana que brinda a todo aquel que sufre, sino sencillamente compasión humana?». Al imaginar esta escena afloró una sonrisa a sus labios. ¡Cómo se sorprendería la hermana Saint Joseph! Sin duda quedaría convencida de lo que ahora sólo sospechaba, que todos los ingleses estaban locos.

—Por suerte soy muy buena navegante —afirmó Kitty—. Nunca me he mareado.

La madre superiora regresó con un pulcro paquetito.

—Son pañuelos que he mandado confeccionar para el aniversario de mi madre —dijo—. Nuestras muchachas han bordado las iniciales.

Sor Saint Joseph apuntó que a lo mejor a Kitty le gustaría la maravilla de labor que se había llevado a cabo, y la madre superiora abrió el paquete con una sonrisa benévola, como si consintiera a regañadientes. Los pañuelos eran de finísima crinolina, y las iniciales, bordadas en un complejo monograma, estaban rematadas por una corona de hojas de fresa. Cuando Kitty hubo admirado debidamente el trabajo, envolvieron de nuevo los pañuelos y se los entregaron. La hermana Saint Joseph, con un «*Eh bien, madame, je vous quitte*» y una repetición de sus saludos corteses e impersonales, se marchó. Kitty cayó en la cuenta de que había llegado el momento de despedirse de la madre superiora. Le dio las gracias por lo amable que había sido con ella, y juntas avanzaron por los pasillos blancos y desnudos.

—¿Sería demasiado pedir que certifique el paquete cuando llegue a Marsella? —preguntó la superiora.

—Descuide, lo haré —prometió Kitty.

Echó un vistazo a las señas del destinatario. El nombre parecía muy distinguido, pero fue la dirección lo que le llamó la atención.

—Pero si es uno de los *châteaux* que he visitado... Fui de vacaciones en automóvil por Francia con unos amigos.

—Es muy posible —asintió la madre superiora—. Se permite la entrada a los forasteros dos días a la semana.

—Creo que si hubiera vivido alguna vez en un lugar tan hermoso no habría tenido la valentía de abandonarlo.

—Es un monumento histórico, desde luego. No disfrutábamos precisamente de mucha intimidad. Si me arrepintiera de algo no sería de eso, sino de haber dejado el pequeño *château* donde vivía cuando era niña. Estaba en los Pirineos. Nací en un lugar desde donde se percibía el rumor del mar. No niego que a veces me gustaría oír las olas romper contra las rocas.

Kitty sospechó que la madre superiora, al adivinar sus pensamientos y las razones tras sus comentarios, había decidido mofarse de ella. Pero llegaron a la modesta puertecita del convento y, para sorpresa de Kitty, la madre superiora la abrazó y le dio un beso. La presión de aquellos labios pálidos contra su rostro —la besó primero en una mejilla y luego en la otra— fue tan inesperada que Kitty se sonrojó, al borde del llanto.

—Hasta siempre, y que Dios la bendiga, querida niña. —La estrechó un instante más entre sus brazos—. Recuerde que cumplir con el deber no reviste mayor dificultad, es lo que se exige de nosotras, y no tiene más mérito que lavarse las manos cuando están sucias. Lo que cuenta de verdad es el amor al deber. Cuando el amor y el deber sean una misma cosa en usted, estará tocada por la gracia divina y experimentará una dicha que escapa a la comprensión humana.

La puerta del convento se cerró por última vez ante ella.

Capítulo 69

Waddington acompañó a Kitty colina arriba, y se desviaron un poco del camino para pasar por la tumba de Walter. En el arco conmemorativo él se despidió de ella, y al contemplar Kitty por última vez el monumento tuvo la sensación de que era capaz de reflejar la enigmática ironía de su aspecto con una ironía propia equiparable. Luego se subió a la silla de manos.

Los días se sucedieron. Las vistas a los lados del camino servían de telón de fondo a sus pensamientos. Los veía por duplicado, combados como si los contemplara a través de un estereoscopio, con una significación añadida, porque a cada cosa en la que posaba la mirada se le sumaba el recuerdo de lo que había visto cuando pocas semanas antes había cubierto el mismo trayecto en dirección contraria. Los culis con sus fardos avanzaban sin orden ni concierto, dos o tres caminaban juntos y, medio centenar de metros más atrás, iba otro solo, y luego dos o tres más; los soldados de la escolta, con un andar torpe y desgarrado, recorrían unos treinta y cinco kilómetros al día; a la criada la llevaban dos portadores, y a Kitty cuatro, no porque pesara más, sino por guardar las apariencias. De vez en cuando se cruzaban con unos cuantos culis que pasaban por su lado en una hilera irregular y, ocasionalmente, con algún oficial chino que observaba a la mujer blanca con curiosidad desde su palanquín; unas veces se encontraban con campesinos enfundados en prendas de color azul desvaído y tocados con enormes sombreros que se dirigían al mercado, y otras con alguna mujer, joven o vieja, que se bamboleaba sobre sus pies constreñidos. Subían y bajaban pequeñas colinas cubiertas de arrozales y granjas enclavadas en acogedores bosquecillos de bambú; atravesaban pueblos miserables y ciudades populosas, amuralladas como las de un misal. El sol de principios de otoño era agradable, y si bien al alba, cuyos rayos conferían a los campos bien cuidados el encanto de un cuento de hadas, hacía frío, el calor del día era muy de agradecer y proporcionaba a Kitty una sensación de beatitud a la que no se esforzaba por resistirse.

Los pintorescos paisajes con sus colores elegantes, su inesperada nitidez y su carácter novedoso, componían un rico tapiz frente al que deambulaban los fantasmas de la imaginación de Kitty, formas umbrías y misteriosas. Se le antojaban del todo irreales. Mei Tan Fu con sus murallas almenadas era como el lienzo pintado que representaba una ciudad en las antiguas obras de teatro. Las monjas, Waddington y la mujer manchú que lo amaba eran personajes fantásticos en una mascarada, y el resto, la gente que se deslizaba furtivamente por las calles tortuosas y los que morían, eran figurantes anónimos. Naturalmente, todo significaba algo, pero ¿qué? Era como si ejecutasen una danza ritual, compleja y antiquísima, y ella supiera que aquellos complicados movimientos poseían un sentido que debía conocer y, sin embargo, ella no tenía la menor idea de cuál era.

A Kitty le parecía increíble (una anciana pasaba por la calzada, vestida de azul, un azul que relucía al sol como el lapislázuli; su rostro surcado por un millar de arrugas diminutas semejava una

máscara de marfil envejecido; caminaba con sus pies minúsculos apoyándose en un largo bastón) que ella y Walter hubieran tomado parte en aquella danza caprichosa e irreal, y además hubieran interpretado papeles importantes. Ella bien podría haber perdido la vida: él la había perdido. ¿Acaso se trataba de una broma? Quizá no fuera más que un sueño del que despertaría de repente con un suspiro de alivio. Se le figuraba que todo había ocurrido hacía mucho tiempo en un lugar muy lejano. Las personas de esa obra de teatro aparecían extrañamente borrosas en contraste con el soleado telón de fondo de la vida real. Y ahora Kitty tenía la impresión de estar leyendo una historia; no dejaba de sorprenderla que le resultase tan ajena. A esas alturas ya no recordaba con todo detalle el rostro de Waddington, que tan familiar había llegado a ser para ella.

Esa tarde llegarían a la ciudad situada a orillas del río Occidental, donde debía embarcar. Después, el buque la llevaría a Hong Kong en cuestión de una noche.

Capítulo 70

Al principio se avergonzaba de no haber llorado cuando murió Walter; lo consideraba una muestra de insensibilidad terrible. ¡Pero si hasta los ojos del oficial chino, el coronel Yü, estaban arrasados en lágrimas! La muerte de su marido la había aturcido. Le costaba acostumbrarse a la idea de que no volvería a entrar en aquella casa de una sola planta y de que cuando se levantara por la mañana no lo oiría bañarse en la tina de Suchow. Antes estaba vivo y ahora estaba muerto. Las monjas se maravillaban de la resignación cristiana de Kitty y de la entereza con que sobrellevaba su pérdida. Waddington, en cambio, era más malicioso: a pesar de la honda compasión que demostraba, Kitty percibía en él —¿cómo decirlo?— cierto aire de burla. La muerte de Walter había supuesto un golpe para ella, claro. No quería verlo morir. No obstante, después de todo, no lo amaba ni lo había amado nunca. Lo más decoroso era exteriorizar la pena en su justa medida; habría sido feo y vulgar desnudar su alma ante los demás, pero había sufrido demasiado como para fingir ante sí misma. Le parecía que eso al menos le habían enseñado las últimas semanas, que si en ocasiones es necesario mentir a los demás, siempre es despreciable mentirse a sí mismo. Lamentaba que Walter hubiera fallecido de esa forma tan trágica, pero su pena era puramente humana, la misma que la habría aquejado de haber muerto un mero conocido. Reconocía que Walter poseía cualidades admirables; sólo que a ella no le caía bien, y siempre la había aburrido. No estaba dispuesta a admitir que su muerte le había quitado un peso de encima. Podía afirmar con toda honradez que si bastase con una palabra suya para devolverle la vida, ella la diría, pero no era capaz de desterrar la certeza de que su muerte lo facilitaba todo en cierta medida. Nunca habrían sido felices juntos y, por otra parte, separarse hubiera sido tremendamente complicado. Sus sentimientos la asombraban; imaginaba que la gente la tildaría de cruel y despiadada si se enteraba. Bueno, qué iban a saber ellos. Se preguntó si todos sus semejantes guardaban secretos vergonzosos que debían ocultar a las miradas curiosas en todo momento.

Apenas le preocupaba el porvenir, y no se molestaba en trazar planes. Lo único que sabía era que quería permanecer en Hong Kong el menor tiempo posible. La aterraba pensar en la llegada a esa ciudad. Habría preferido seguir vagando eternamente por aquellos parajes risueños y amistosos en su silla de junco, y, como espectadora indiferente de la perenne fantasmagoría de la vida, alojarse cada noche bajo un techo distinto; pero, como era natural, debía afrontar el futuro inmediato: iría al hotel cuando llegara a Hong Kong y se las arreglaría para deshacerse de la casa y vender el mobiliario. No habría necesidad de ver a Townsend, que tendría la delicadeza de mantenerse alejado de ella. Aun así, le habría gustado toparse con él una vez más para decirle que lo consideraba un ser abyecto.

Pero ¿qué importaba Charles Townsend?

Como una intensa melodía de arpa que resonaba en arpegios exultantes a través de la compleja armonía de una sinfonía, una idea palpita en su corazón con insistencia. Era ese pensamiento lo que

dotaba de belleza exótica a los arrozales, lo que había ocasionado que se dibujase en sus labios pálidos una leve sonrisa cuando un muchacho de rostro terso se cruzó con ella camino del mercado con júbilo en su porte y audacia en los ojos, y lo que envolvía en un halo mágico la vida tumultuosa de las ciudades por las que pasaba. La ciudad de la peste era una prisión de la que había escapado, y nunca antes había apreciado lo exquisito que era el azul del cielo y la dicha que se escondía en los bosquecillos de bambúes que se cimbreaban sobre la calzada con una elegancia adorable. ¡La libertad! Esa era la idea que ardía en su corazón con tal fuerza que, a pesar de lo poco prometedor que se presentaba el futuro, se tornaba iridiscente como la niebla sobre el río cuando el sol de la mañana incidía sobre él. ¡Verse libre! No sólo de un vínculo que la incomodaba y de una compañía que la deprimía; verse libre no sólo de la muerte que la había amenazado, sino también del amor que la degradaba; verse libre de todas las ataduras espirituales, libre como un ente incorpóreo; y junto con esa libertad, coraje y una despreocupación valiente frente a todo lo que le deparase el destino.

Capítulo 71

Cuando el barco atracó en Hong Kong, Kitty, que desde la cubierta contemplaba el tráfico colorido y lleno de vida del río, regresó al camarote para asegurarse de que el ama no se hubiera dejado nada. Se miró en el espejo. Iba de negro —las monjas le habían teñido un vestido— pero no de luto, y pensó que antes de nada debía ocuparse de ello. La indumentaria de la aflicción no servía más que para disfrazar sus inoportunos sentimientos con cierta eficacia. Alguien llamó a la puerta del camarote, y la criada fue a abrir.

—Señora Fane.

Kitty se volvió y vio una cara que en un primer momento no reconoció, aunque al momento le dio un vuelco el corazón y se puso roja. Era Dorothy Townsend. Tan poco preparada estaba para este encuentro que no supo cómo reaccionar, pero la señora Townsend entró en el camarote y, en un gesto impulsivo, la abrazó.

—Ay, querida, querida, no sabe cuánto lo siento.

Kitty dejó que la besara, un tanto sorprendida ante la efusión de aquella mujer a la que siempre había tenido por una mujer fría y distante.

—Es usted muy amable —murmuró Kitty.

—Vamos a cubierta. La criada se ocupará de sus cosas. También mis sirvientes han venido conmigo.

Tomó a Kitty de la mano, y ésta, mientras la seguía con docilidad, reparó en la preocupación que denotaba su rostro amable y curtido.

—Su barco ha arribado antes de lo previsto. Por poco no llego a tiempo —comentó la señora Townsend—. Jamás me habría perdonado que se me escapase usted.

—Pero no habrá venido usted para recibirme, ¿verdad? —exclamó Kitty.

—Claro que sí.

—¿Cómo sabía de mi llegada?

—El señor Waddington me envió un telegrama.

Kitty apartó la vista, con un nudo en la garganta.

Qué absurdo que un poco de amabilidad inesperada la afectase de tal manera. No quería llorar; deseaba que Dorothy Townsend se marchase, pero ésta le cogió la mano que le colgaba a un costado y se la apretó, y Kitty se violentó ante lo afectuosa que se mostraba aquella mujer habitualmente tan recatada.

—Quiero pedirle un gran favor. A Charlie y a mí nos gustaría que se alojara en nuestra casa mientras esté en Hong Kong.

Kitty retiró la mano con brusquedad.

—Es una invitación muy generosa. No podría aceptarla.

—Permita que insista. No puede quedarse sola en su casa. Sería terrible para usted. Lo he dispuesto todo: tendrá su propio salón y puede comer allí si no está de humor para comer con nosotros. Los dos queremos que venga.

—No pensaba volver a la casa, sino alojarme en el hotel Hong Kong. No querría causarles tantas molestias.

La propuesta la había pillado por sorpresa y la había dejado confusa, perpleja. Si a Charlie le hubiese quedado un mínimo de decencia no habría permitido que su esposa la invitara. Ella no quería estar en deuda con ninguno de los dos.

—Oh, no soportaría pensar que está usted en un hotel. Además, ahora mismo el hotel Hong Kong le parecería insufrible, con toda esa gente entrando y saliendo, y la banda tocando jazz sin parar. Quédese con nosotros, por favor. Le prometo que Charlie y yo no la molestaremos.

—No sé por qué se muestra tan atenta conmigo. —A Kitty empezaban a acabársele las excusas, pero le faltaban fuerzas para rehusar de forma directa y rotunda—. Me temo que en estos momentos no soy una compañía muy agradable entre desconocidos.

—Pero ¿es que nos considera desconocidos? Oh, me niego a que sea así. Quiero que me permita ser su amiga. —Dorothy le aferró las manos y su voz, serena, prudente y distinguida, sonó trémula, como si estuviese a punto de romper a llorar—. No sabe lo importante que es para mí que venga. Lo cierto es que querría compensarla.

Kitty estaba desconcertada; no sabía de qué pretendía compensarla la esposa de Charlie.

—Me temo que al principio no me cayó muy bien. Me pareció demasiado lanzada. La verdad es que estoy chapada a la antigua y supongo que soy algo intolerante.

Kitty le dirigió una mirada fugaz. En realidad Dorothy quería decir que en un primer momento la había juzgado vulgar. Aunque Kitty se esforzó por disimular, le vinieron ganas de reír. ¿Qué le importaba ahora lo que pensara nadie de ella?

—Y cuando oí que se había adentrado con su marido en las fauces de la muerte sin vacilar por un instante, me sentí como una absoluta miserable. Qué humillación. Ha sido usted tan maravillosa, ha demostrado tal valentía, que a su lado los demás parecemos seres mezquinos, de segunda fila. —Ahora las lágrimas le resbalaban por el rostro afable y poco agraciado—. No se imagina usted lo mucho que la admiro ni el respeto que le tengo. Sé que no está en mi mano remediar su terrible pérdida, pero quiero que sepa lo honda y sinceramente que la acompaño en el sentimiento. Y si se le ocurre cualquier cosa que pueda hacer por usted, cualquier nadería, será un privilegio. No me guarde resentimiento por haberme formado un juicio equivocado sobre usted. Usted posee un espíritu heroico, y yo no soy más que una tonta.

Kitty bajó la mirada hacia la cubierta. Estaba lívida y habría preferido que Dorothy no manifestase su emoción de manera tan incontrolable. En el fondo la conmovía, pero no podía por menos de impacientarse un poco ante la simpleza de aquella criatura capaz de creer semejantes mentiras.

—Si de veras quiere que me aloje en su casa, lo haré encantada, desde luego —accedió con un suspiro.

Capítulo 72

Los Townsends vivían en la Cima, en una casa con amplias vistas al mar, y Charlie, por lo general, no subía a comer, pero Dorothy le dijo a Kitty (para entonces ya se llamaban mutuamente por sus nombres de pila) que si se sentía con ánimos de verlo, él iría de buen grado a darle la bienvenida. Kitty pensó que si ya no le quedaba otra salida, más valía pasar el mal trago cuanto antes, y le produjo una alegría morbosa imaginar la vergüenza que sin duda su presencia provocaría a Charlie. No le cabía la menor duda de que la invitación a quedarse había sido cosa de su esposa y de que él había transigido, contra su voluntad. A Kitty le constaba su obsesión por hacer siempre lo correcto, y, en este caso, ofrecerle su generosa hospitalidad era a todas luces lo más indicado. Sin embargo, era improbable que el recuerdo de su último encuentro no abochornase a Charlie: para un hombre tan vanidoso como él debía de ser como una molesta úlcera que no acababa de curarse. Kitty esperaba haberle hecho tanto daño como él le había hecho a ella. Aunque ahora Townsend debía de odiarla, la alegraba comprobar que ella no albergaba odio hacia él, sino mero desprecio. Le causaba una satisfacción sardónica pensar que, fueran cuales fuesen los sentimientos de Charlie, se vería obligado a tenerla presente. Cuando ella se marchó de su despacho aquella tarde, él debió de desear con todo su corazón que no volviese a cruzarse en su camino.

Y ahora, sentada junto a Dorothy, aguardaba su llegada, consciente de su regocijo en medio del lujo formal del salón. Estaba sentada en un sillón, había flores hermosas por todos lados y cuadros bonitos en las paredes, la estancia, umbría y fresca, resultaba acogedora y hogareña. Kitty recordó con un leve repeluzno la sala desnuda y vacía de la casa del misionero, las sillas de caña, la mesa de la cocina con su mantel de algodón, las estanterías manchadas con ediciones baratas de novelas y las exiguas cortinas rojas, de aspecto tan polvoriento. ¡Qué incómoda había estado allí! Supuso que a Dorothy no se le había pasado esto por la cabeza.

Oyeron el motor de un vehículo que se acercaba, y poco después Charlie entró en la sala con grandes zancadas.

—¿Llego tarde? No habéis estado esperándome, ¿verdad? Tenía que ver al gobernador y me ha sido sencillamente imposible escaparme. —Se acercó a Kitty y le tomó las manos—. No tiene idea de lo que me alegra que haya venido. Ya sé que Dorothy le ha dicho que queremos que se quede tanto como desee y que considere que está en su propia casa, pero yo también quería decírselo. Si hay algo que pueda hacer por usted, lo que sea, la complaceré encantado. —Sus ojos lucían una cautivadora expresión de sinceridad, y Kitty se preguntó si él apreciaba la ironía en los de ella—. Soy muy torpe para decir ciertas cosas y no me gusta quedar como un tonto, pero quiero que sepa cuánto lamento la muerte de su marido. Era un tipo excelente y aquí se le echará de menos más de lo que pueda imaginar.

—Ya está bien, Charlie —lo cortó su esposa—. Seguro que Kitty se hace cargo... Aquí llegan los cócteles.

Tal como dictaba la costumbre de los extranjeros acomodados que residían en China, entraron en la sala dos chicos de uniforme con canapés y cócteles que Kitty rechazó.

—Oh, al menos pruebe uno —insistió Townsend con su aire animado y cordial—. Le hará bien, y estoy seguro de que no ha tomado nada parecido a un cóctel desde que se fue de Hong Kong. O mucho me equivoco, o no hay manera de conseguir hielo en Mei Tan Fu.

—No se equivoca —señaló Kitty.

Por un momento le vino a la memoria la imagen de aquel mendigo con el pelo revuelto y andrajos azules que dejaban al descubierto sus extremidades enclenques, que yacía muerto al pie del muro del recinto.

Capítulo 73

Pasaron al comedor, y Charlie, en la cabecera de su mesa, tomó las riendas de la conversación con desparpajo. Después de sus primeras frases de condolencia, comenzó a comportarse con Kitty como si ésta, en vez de haber sufrido una experiencia devastadora, hubiera llegado de Shanghai en busca de un cambio de aires tras una operación de apendicitis. Necesitaba que la animaran y él estaba dispuesto a animarla: el mejor modo de conseguir que se encontrase a gusto consistía en tratarla como a un miembro de la familia. Con un tacto exquisito, habló de la temporada otoñal de carreras de caballos y del polo —caramba, tendría que renunciar a jugar al polo si no conseguía perder peso— y de una conversación que había mantenido esa misma mañana con el gobernador. Habló de una fiesta a la que habían asistido en el buque insignia del almirante, de la situación política en Cantón y de los enlaces ferroviarios en Lushan. Al cabo de unos minutos, Kitty tenía la sensación de no haberse ausentado más que un fin de semana. Era increíble que tierra adentro, a apenas novecientos kilómetros de allí (más o menos la distancia entre Londres y Edimburgo, ¿no?), hombres, mujeres y niños cayesen como moscas. Poco después ella estaba preguntando por fulano, que se había roto la clavícula jugando al polo, y si la señora Tal había regresado a casa o la señora Cual participaba en el torneo de tenis. Charlie soltaba sus típicas gracias y ella sonreía al oírlas mientras Dorothy, con su sutil pose de superioridad (que ahora compartía con Kitty, por lo que, lejos de resultar levemente ofensiva como antes, constituía un vínculo entre ellas), se refería con cierto sarcasmo a ciertos habitantes de la colonia. Kitty empezó a sentirse más despierta.

—Mira, si ya tiene mejor aspecto —le comentó Charlie a su esposa—. Estaba tan pálida antes de comer que me he llevado un susto; ahora ya tiene un poco de color en las mejillas.

Pero Kitty, mientras participaba en la conversación, si no con alegría (porque intuía que ni Dorothy ni Charlie, con su admirable sentido del decoro, lo estimarían apropiado), al menos de buen humor, observaba a su anfitrión. En todas aquellas semanas durante las que no dejaba de pensar en Townsend con ansia de venganza, se había formado en la mente una imagen sumamente clara de él. En ella, Charlie llevaba la densa y rizada cabellera un poco más larga de lo conveniente y demasiado acicalada, con abundante fijador para ocultar las incipientes canas; tenía la cara demasiado roja, con su entramado de venas color malva en las mejillas, y el mentón demasiado prominente: cuando no mantenía la cabeza erguida para disimularla, se le veía la sotabarba; y había algo de simiesco en esas cejas pobladas y entrecanas que provocaba en ella una vaga repulsión. Era de movimientos pesados, y ni siquiera su dieta estricta y su intensa actividad física le impedían estar gordo; una capa de grasa le recubría los huesos, y sus articulaciones acusaban la rigidez de la mediana edad. La ropa elegante que llevaba le venía un poco ajustada y era de un corte demasiado juvenil para él.

No obstante, cuando Townsend entró en la sala antes del almuerzo, Kitty se llevó una buena

sorpresa (quizá por eso era tan acusada su palidez) al descubrir que la imaginación le había jugado una mala pasada: Charlie no ofrecía en absoluto el aspecto que había imaginado, y a punto estuvo de reírse de sí misma. No le había encanecido el cabello —bueno, le habían salido unas cuantas canas en las sienes, pero lo favorecían—, y no tenía la cara roja, sino bronceada. La postura de su cabeza sobre el cuello era impecable y no había engordado ni envejecido: de hecho, casi estaba esbelto y conservaba una figura admirable —¿cabía reprocharle que fuera un tanto presumido?— y digna de un hombre más joven. Por otro lado, naturalmente, sabía vestir bien, eso habría sido absurdo negarlo: iba pulcro, aseado y elegante. ¿Qué la había llevado a formarse una idea tan poco acertada de su apariencia? Era un hombre muy apuesto, a tal punto que ella se sintió afortunada de saber lo despreciable que era. Siempre había reconocido, eso sí, que su voz poseía un timbre irresistible, y eso no había cambiado en absoluto: acentuaba la falsedad de todas y cada una de sus palabras hasta un grado exasperante; en su sonoridad y calidez Kitty percibía un matiz de hipocresía, y se preguntó cómo había llegado a dejarse encandilar por ella. Buena parte de su encanto residía en sus ojos, que eran hermosos. Su tenue luminosidad azulada y la expresión deliciosa que adoptaban incluso cuando su dueño decía bobadas, embelesaban inevitablemente a quien lo contemplaba.

Al final, los criados sirvieron el café y Charlie encendió un puro, echó una ojeada a su reloj de pulsera y se levantó de la mesa.

—Bueno, ahora debo dejaros a las jóvenes para que habléis de vuestras cosas. Es hora de que regrese a la oficina. —Hizo una pausa y luego, con aquellos ojos afables y atrayentes fijos en Kitty, agregó—: No te molestaré durante un par de días para que descanses, pero luego quiero tener una pequeña charla de negocios contigo.

—¿Conmigo?

—Hemos de ocuparnos de tu casa, ¿sabes?, y también del mobiliario.

—Ah, pero puedo acudir a un abogado. No hay razón para que pierdas el tiempo con eso.

—Ni por asomo pienso permitir que derroches el dinero en asuntos legales. Yo me encargaré de todo. Ya sabes que tienes derecho a una pensión: voy a hablar con Su Excelencia al respecto para ver si, moviendo los hilos adecuados, conseguimos que te toque una cantidad adicional. Déjalo todo en mis manos, pero no te preocupes por nada de eso todavía. Lo que más nos interesa en estos momentos es que te recuperes, ¿verdad, Dorothy?

—Claro.

Townsend asintió levemente en dirección a Kitty, y luego pasó junto a la silla de su esposa para tomarla de la mano y besársela. La mayoría de los ingleses parecen un tanto ridículos cuando besan la mano a una mujer, pero él lo hizo con una desenvoltura de lo más donosa.

Capítulo 74

Hasta que estuvo bien instalada en casa de los Townsends, Kitty no reparó en el agotamiento que la abrumaba. La comodidad y los desacostumbrados lujos de aquella existencia rompieron la tensión a que había estado sometida. Había olvidado lo agradable que era tomarse las cosas con calma, el sosiego que producía estar rodeada de cosas bonitas y lo grato que era recibir atenciones. Se abandonó con un suspiro de alivio a la vida fácil del Oriente suntuoso. No le desagradaba comprobar que, aunque de manera diplomática y educada, era objeto de interés y compasión. Había sufrido su pérdida tan recientemente que era impensable que se organizaran celebraciones en su honor, pero las damas más distinguidas de la colonia (las esposas de Su Excelencia, del almirante y del juez presidente) se presentaron discretamente para tomar el té con ella. La mujer de Su Excelencia aseguró que Su Excelencia estaba ansioso por verla y que le complacería mucho que ella tuviese a bien asistir al palacio del gobernador para una comida de lo más reposada («¡no será un banquete, claro, sólo estaremos nosotros y los edecanes!»). Estas damas trataban a Kitty como una pieza de porcelana tan frágil como preciosa. Ella notaba que la consideraban una pequeña heroína, y tenía el ánimo suficiente para interpretar su papel con modestia y discreción. En ocasiones deseaba que Waddington estuviera presente, porque con su maliciosa perspicacia habría sabido ver el lado divertido de la situación, y, una vez que se quedasen los dos solos, se habrían reído a carcajadas de todo ello. Dorothy había recibido una carta suya en la que él encomiaba la abnegación con que Kitty había trabajado en el convento, así como su valor y su dominio de sí misma. Por supuesto, el bribón les estaba tomando hábilmente el pelo.

Capítulo 75

Kitty no sabía si el hecho de que no se encontrase a solas con Charlie ni por un momento era casual o premeditado. Él demostraba una gran delicadeza y se comportaba con ella de un modo cariñoso y compasivo, simpático y amable. Nadie habría sospechado que en otro tiempo fueron algo más que meros conocidos. Pero una tarde, cuando Kitty leía recostada en un sofá a la salida de su habitación, Charlie, que pasaba por la galería, se detuvo.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó.

—Un libro.

Kitty le lanzó una mirada irónica y él sonrió.

—Dorothy ha ido a una recepción al aire libre en el palacio del gobernador.

—Ya lo sé. ¿Cómo es que no has ido tú también?

—No estaba de humor para soportarlo, y he pensado que sería mejor regresar y hacerte compañía. Tengo el coche fuera. ¿Te apetece dar una vuelta por la isla?

—No, gracias.

Charlie se sentó a los pies del sofá donde ella estaba tumbada.

—Desde que llegaste, no hemos tenido la oportunidad de hablar tú y yo sin nadie más.

Kitty clavó en él los ojos con una insolencia serena.

—¿Crees que tenemos algo que decirnos?

—Una infinidad de cosas.

Kitty apartó un poco los pies para evitar el contacto con él.

—¿Sigues enfadada conmigo? —inquirió Charlie, con expresión melosa y una sombra de sonrisa en los labios.

—En absoluto. —Ella rio.

—Dudo que te rieras si no lo estuvieses.

—Te equivocas; siento demasiado desprecio hacia ti como para estar furiosa contigo.

Charlie no se inmutó.

—Eres muy dura conmigo. Al mirar atrás con más calma, ¿no crees, sinceramente, que yo tenía razón?

—Desde tu punto de vista.

—Ahora que conoces a Dorothy, has de reconocer que es simpática, ¿no?

—Claro. Siempre le estaré agradecida por su gran amabilidad.

—Es una entre mil. Los remordimientos no me habrían dejado vivir si me hubiese separado de ella. Eso habría sido una jugada rastrera. Por otro lado, tenía que pensar en mis hijos: el divorcio habría supuesto un terrible inconveniente para ellos.

Ella le escrutó el rostro, sintiéndose dueña absoluta de la situación.

—Te he observado muy atentamente durante la semana que llevo aquí, y he llegado a la conclusión de que quieres mucho a Dorothy. No te creía capaz de ello.

—Ya te dije que la quería. No haría nada que le causara la menor inquietud. Es la mejor esposa con que puede soñar un hombre.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que deberías guardarle cierta fidelidad?

—Ojos que no ven, corazón que no siente —sentenció él con una sonrisa.

Ella se encogió de hombros.

—Eres despreciable.

—Soy humano. No entiendo que me consideres un sinvergüenza sólo porque me enamoré perdidamente de ti. Lo cierto es que no era mi intención.

Estas palabras le tocaron levemente la fibra sensible.

—Yo me llevé la peor parte —le recriminó ella con amargura.

—Como es natural, no podía prever que nos meteríamos en semejante lío.

—Y, en cualquier caso, estabas casi seguro de que si alguien saldría perjudicado no serías tú.

—Creo que te estás pasando. Después de todo, ahora que todo ha terminado, tienes que reconocer que tomé la decisión más adecuada para ambos. Perdiste la cabeza y deberías alegrarte de que yo mantuviese la mía en su sitio. ¿Crees que nos habría ido bien si hubiera transigido con tus deseos? Nuestra situación era de lo más incómoda en la sartén, pero habría sido infinitamente peor en las brasas. Y tú no has sufrido el menor daño. ¿Por qué no podemos quedar como amigos?

Ella estuvo a punto de soltar una risotada.

—No esperarás que olvide que me enviaste a una muerte prácticamente segura sin el menor escrúpulo, ¿verdad?

—¡Oh, qué tontería! Ya te dije que no corrías el menor riesgo si tomabas precauciones razonables. ¿Crees que te habría dejado marchar si no hubiera estado completamente convencido de ello?

—Estabas convencido porque querías estarlo. Eres uno de esos cobardes que sólo creen aquello que más les conviene.

—Bueno, el movimiento se demuestra andando. Has regresado y, si me permites el atrevimiento, estás más guapa que nunca.

—¿Y Walter?

Charlie, incapaz de contenerse, soltó risueño la ocurrencia que le vino a la mente:

—Nada te sienta tan bien como el negro.

Ella se quedó contemplándolo. De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas y se echó a llorar. Su hermoso rostro quedó demudado por el dolor. Sin intentar ocultarlo, permaneció acostada con las manos a los costados.

—Por el amor de Dios, no llores así. No pretendía ser desagradable. Sólo bromeaba. Ya sabes lo mucho que te acompaño en el sentimiento.

—Oh, déjate de estupideces.

—Daría lo que fuera porque Walter estuviera vivo.

—Murió por ti y por mí.

Charlie le tomó la mano pero ella la retiró con violencia.

—Haz el favor de marcharte —le pidió con voz llorosa—. Es lo único que puedes hacer por mí ahora. Te odio y te desprecio. Walter valía diez veces más que tú, y yo fui tan estúpida que no me di cuenta. Vete. Vete.

Kitty advirtió que él se disponía a decir algo y entonces se puso en pie de un salto y se dirigió a su habitación. Charlie la siguió y, al entrar, con una prudencia casi instintiva, cerró la contraventana de modo que los envolvió una oscuridad casi absoluta.

—No puedo dejarte así —murmuró él, al tiempo que la abrazaba—. Ya sabes que no quería hacerte daño.

—No me toques. Por el amor de Dios, vete.

Intentó soltarse, pero él no se lo permitió. Ahora Kitty lloraba histéricamente.

—Amor mío, ¿acaso no sabes que siempre te he querido? —declaró él con su voz grave y encantadora—. Te amo más que nunca.

—¿Cómo puedes mentir así? Suéltame. Maldita sea, suéltame.

—No seas tan cruel conmigo. Ya sé que me he portado como un animal, pero perdóname.

Ella temblaba y sollozaba, forcejeando con él, pero al mismo tiempo la presión de aquellos brazos masculinos le proporcionaba un extraño consuelo. Había ansiado con toda su alma que la rodeasen una vez más, sólo una vez más, y se estremecía de la cabeza a los pies. Notaba una debilidad tremenda, como si se le estuvieran derritiendo los huesos, y la pena que sentía por Walter cedió el paso a la autocompasión.

—Pero ¿cómo has podido ser tan cruel conmigo? —se lamentó—. ¿No sabes que te quería con todo mi corazón? Nadie te ha querido como te quería yo.

—Querida...

Intentó besarla.

—No, no —exclamó ella.

Charlie buscó su rostro, pero ella lo apartó; entonces buscó sus labios. Él musitaba algo que Kitty no entendía, palabras de amor apasionadas e inconexas, y la estrechaba con tanta firmeza que ella se sintió como una niña que había estado perdida y ahora se encontraba a salvo en casa. Gemía suavemente, con los párpados cerrados y la cara empapada en lágrimas. Entonces él dio por fin con sus labios y ella notó la presión en su boca como un rayo divino que le recorría el cuerpo entero. Era una suerte de éxtasis que la redujo a cenizas y, al mismo tiempo, la hizo resplandecer como si se hubiera transfigurado. En sueños, sólo en sueños, había experimentado un arrobamiento parecido. Pero ¿qué estaba haciendo Charlie con ella? No lo sabía. No era una mujer, su personalidad se había disuelto, se había transformado en deseo puro. Él la levantó, y Kitty, muy liviana en sus brazos, se aferró a él, desesperada y llena de adoración. La cabeza se le hundió en la almohada mientras los labios de él se ceñían a los suyos.

Capítulo 76

Estaba sentada en el borde de la cama con el rostro entre las manos.

—¿Quieres un poquito de agua?

Ella negó con la cabeza y él se llegó a la pila, llenó el vaso que utilizaba para lavarse los dientes y se lo llevó a Kitty.

—Vamos, bebe un poco; te sentirás mejor.

Le acercó el vaso a los labios y ella bebió un sorbo. Luego, con terror en el semblante, se quedó mirándolo. Él estaba de pie, observándola desde su altura, y en sus ojos se apreciaba un brillo de satisfacción.

—Bueno, ¿todavía me consideras un canalla? —preguntó.

Ella bajó la vista.

—Sí, pero sé que no soy mejor que tú. Oh, qué vergüenza.

—Vaya, qué ingrato de tu parte.

—Ahora, ¿quieres irte?

—A decir verdad, me parece que ya es hora. Me adeceraré un poco antes de que regrese Dorothy.

Charlie salió de la habitación con paso decidido.

Kitty permaneció sentada un rato más en el borde de la cama, encorvada como una imbécil. Tenía la mente en blanco. Un escalofrío le bajó por la espalda. Se puso en pie, se acercó tambaleándose hasta el tocador y se dejó caer en una silla. Contempló su imagen en el espejo. Tenía los ojos hinchados por el llanto, la cara manchada y, en la mejilla, allí donde él había apoyado la suya, una marca roja. Se examinó el rostro, horrorizada. Aunque esperaba descubrir en él una prueba de degradación de algún tipo, era el mismo de siempre.

—Miserable —insultó a su reflejo—. Miserable.

Luego descansó la cara sobre los brazos y lloró desconsolada. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! No sabía qué impulso se había adueñado de ella. Era espantoso: aborrecía a Charlie y se aborrecía a sí misma. Se había dejado arrastrar por la pasión. ¡Oh, qué aborrecible! No podría volver a mirarlo a la cara. Había demostrado que él estaba en lo cierto, que había acertado al no casarse con ella, porque no valía nada.

No era mejor que una ramera. Era peor, en realidad, porque esas pobres mujeres se entregaban para ganarse el pan. ¡Y además lo había hecho en esa casa, donde Dorothy la había acogido con su dolor y su cruel aflicción! Los hombros se le movían espasmódicamente a causa de los sollozos. Ahora todas sus ilusiones se habían desvanecido. Se creía una mujer nueva, se creía fuerte, creía haber regresado a Hong Kong como dueña de su destino. Le revoloteaban en el corazón nuevas ideas como

pequeñas mariposas amarillas al sol, y se había forjado propósitos nobles para el futuro. La libertad, como un espíritu luminoso, le había indicado el camino, y el mundo era como una llanura espaciosa que la invitaba a andar por ella con la cabeza bien alta. Se creía libre de su lujuria y sus bajas pasiones, libre para llevar la vida limpia y sana del espíritu. Había querido semejar a las garcetas blancas que sobrevuelan a sus anchas los arrozales al anochecer y son como los pensamientos elevados de una mente que está en paz consigo misma, pero en realidad no era más que una esclava. ¡Qué debilidad, la suya! Era un caso perdido, no valía la pena esforzarse por cambiar, era una buscona.

No pensaba ir a cenar. Le envió a su anfitriona por medio del criado el recado de que le dolía la cabeza y prefería quedarse en su habitación. Dorothy fue a verla y, al reparar en sus ojos enrojecidos e hinchados, le habló durante un rato de trivialidades en su tono de gentil conmiseración. Dorothy creía que había estado llorando por Walter y, con la compasión que correspondía a la esposa buena y cariñosa que era, respetó su comprensible pena.

—Ya sé que es muy difícil, querida —dijo al despedirse de Kitty—. Pero debes intentar ser valiente. Estoy convencida de que a tu querido esposo no le gustaría verte afligida por él.

Capítulo 77

A la mañana siguiente, sin embargo, Kitty se levantó temprano y, tras dejar una nota a Dorothy en la que le comunicaba que debía ocuparse de un asunto, tomó un tranvía colina abajo. Pasó por calles transitadas por numerosos coches, *rickshaws* y sillas de manos, así como por una muchedumbre variopinta de europeos y chinos, hasta que llegó a las oficinas de P & O, la compañía naviera. El primer barco que saldría de Hong Kong zarparía dos días después, y Kitty había tomado la decisión de sacar pasaje costara lo que costase. Cuando el empleado le dijo que estaban reservados todos los camarotes, ella preguntó por el gerente. Él la conocía, de modo que cuando el empleado mencionó su nombre, salió a recibirla y la acompañó a su despacho. Estaba al tanto de las circunstancias y cuando ella le expresó sus deseos, pidió la lista de pasajeros y la hojeó con perplejidad.

—Le ruego haga lo que esté en su mano por mí —lo instó Kitty.

—Dudo que haya nadie en la colonia que no esté dispuesto a hacer lo que sea por usted, señora Fane —aseveró él.

Mandó llamar a un empleado, le consultó sobre el asunto y luego asintió.

—Voy a cambiar de camarote a un par de personas. Sé que le urge a usted llegar a casa, y creo que tenemos la obligación de atenderla lo mejor posible. Le puedo ofrecer un pequeño camarote para usted sola. Supongo que lo prefiere así.

Kitty se lo agradeció y se despidió alborozada. Huir: no pensaba en otra cosa. ¡Huir! Despachó un telegrama a su padre para anunciarle su regreso inmediato —ya le había teleografiado para ponerlo al corriente de la muerte de Walter— y luego regresó a casa de los Townsend para informar a Dorothy de lo que acababa de hacer.

—Lamentaremos muchísimo tu marcha —afirmó la entrañable mujer—, pero entiendo que quieras estar con tus padres, claro.

Desde su regreso a Hong Kong, Kitty se había planteado un día tras otro la posibilidad de ir a su casa. Temía que al entrar en ella la asaltasen los recuerdos que la habitaban, pero ahora no le quedaba alternativa. Townsend había ultimado la venta del mobiliario y encontrado a alguien más que dispuesto a tomarla en arriendo, pero toda su ropa y la de Walter continuaban allí, pues no se habían llevado prácticamente nada a Mei Tan Fu, y también había libros, fotos y otros efectos personales. Kitty, indiferente a todo y ansiosa por cortar por completo con el pasado, cayó en la cuenta de que sería poco menos que un ultraje contra la sensibilidad de la colonia permitir que todo aquello saliera a subasta junto con el resto de los objetos. Había que embalarlos y expedirlos a Europa. Así pues, tras el almuerzo, Kitty se preparó para ir a la casa. Dorothy, siempre deseosa de brindarle su apoyo, se ofreció a acompañarla, pero Kitty le rogó que la dejara ir sola, aunque accedió a llevarse consigo a dos de los criados de su anfitriona para que la ayudasen con el embalaje.

La casa había quedado a cargo del criado de mayor rango, que fue quien abrió la puerta a Kitty. Le produjo una sensación curiosa entrar en su propia casa como si fuera una extraña. La encontró limpia y en orden. Todo estaba en su sitio, listo para usarse, pero aunque era un día cálido y despejado, reinaba en las habitaciones silenciosas un ambiente frío y sombrío. Los muebles estaban dispuestos con cierta rigidez, justo donde debían estar, al igual que los floreros vacíos; el libro que Kitty había dejado abierto con las hojas hacia abajo no recordaba cuándo seguía en la misma posición. Era como si la casa hubiera quedado vacía apenas un minuto antes y, sin embargo, ese minuto estuviera tan cargado de eternidad que resultaba inconcebible que entre esas paredes volvieran a resonar la conversación y la risa. En el piano, la partitura de un foxtrot parecía aguardar a que la interpretaran, aunque quizá si alguien pulsara las teclas el instrumento no emitiría sonido alguno. La habitación de Walter estaba tan ordenada como cuando vivía allí. En la cómoda había dos grandes fotografías de Kitty, una con su vestido de gala y otra en la que aparecía ataviada de novia.

Pero los criados extrajeron los baúles del trastero y ella los observó mientras lo empacaban todo con rapidez y pulcritud. Calculó que los dos días que le quedaban bastarían para ocuparse de todo. No debía permitirse el lujo de cavilar; no había tiempo para eso. De pronto, oyó pasos a su espalda y, al volverse, vio a Charles Townsend y el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—¿Por qué no pasamos a tu salón? Tengo algo que decirte.

—Estoy muy ocupada.

—Sólo serán cinco minutos.

Kitty no contestó. Tras indicar con una palabra a los criados que prosiguieran con la tarea, guio a Charlie a la estancia contigua. No tomó asiento para dejarle bien claro que esperaba que no la entretuviese. Era consciente de que estaba muy pálida y el pulso le latía a toda prisa, pero se encaró con él, dedicándole una mirada serena pero hostil.

—¿De qué se trata?

—Acabo de enterarme por Dorothy de que te marchas pasado mañana. Me ha dicho que habías venido para embalar y me ha pedido que me pase por aquí para ver si puedo echarte una mano.

—Te lo agradezco, pero me las arreglo muy bien sola.

—Eso suponía. No he venido por ese motivo, sino para preguntarte si tu repentina marcha tiene que ver con lo que ocurrió ayer.

—Tú y Dorothy os habéis portado muy bien conmigo. No quería que pensarais que me estoy aprovechando de vuestra amabilidad.

—Eso no es una respuesta muy clara.

—¿Y qué importa?

—A mí me importa mucho. No me gustaría pensar que te he ahuyentado de alguna manera.

Kitty estaba de pie junto a la mesa y, al agachar la cabeza, sus ojos se posaron en el ejemplar de *Sketch*. Ya tenía varios meses. Era el periódico que Walter había sostenido ante sí durante tanto rato aquella terrible noche en que... Y Walter ahora estaba... Kitty levantó la vista.

—Me siento absolutamente degradada. Es imposible que me desprecies tanto como me desprecio yo misma.

—Pero si yo no te desprecio. Todo lo que dije ayer era sincero. ¿Qué conseguirás al huir de este modo? No sé por qué no podemos ser buenos amigos. Me atormenta la idea de que creas que te he

tratado mal.

—¿Por qué no podías dejarme en paz?

—Qué demonios, no soy de piedra. Tal como lo enfocas es de lo más irracional; resulta sumamente morboso. Creía que, después de lo de ayer, te mostrarías más afable conmigo. Después de todo, somos humanos.

—Yo no me siento como un ser humano, sino como un animal: un cerdo o un conejo o un perro. Oh, no te culpo, mi comportamiento fue igual de abyecto, y cedí porque te deseaba, pero ése no era mi auténtico yo, no soy esa mujer cruel, odiosa y lasciva. Reniego de ella. No era yo la que yacía en esa cama jadeante de deseo por ti pese a que hacía muy poco que había enterrado a mi marido, pese a que tu esposa había sido tan considerada conmigo, tan indescriptiblemente considerada. No era más que el animal que llevo dentro, oscuro y temible como un espíritu maligno, y lo repudio, lo desprecio y lo aborrezco. Y desde entonces, al pensar en él, me entran náuseas y ganas de vomitar.

Él frunció levemente el entrecejo y soltó una risilla breve e incómoda.

—Bueno, tengo una mentalidad bastante abierta, pero a veces dices cosas que me escandalizan.

—Lamento que así sea. Más vale que te vayas. Eres un hombrecillo insignificante y soy una tonta al hablar contigo en serio.

Charlie guardó silencio durante un rato, y Kitty advirtió por la expresión de sus ojos azules que estaba furioso con ella. El hombre sin duda exhalaría un suspiro de alivio cuando, tan discreto y cortés como siempre, se hubiera despedido por fin de ella. A ella le hizo gracia prefigurarse la amabilidad con que, al estrecharle la mano y desearle un buen viaje, le daría las gracias por su hospitalidad. Pero entonces se percató de que le cambiaba el semblante.

—Dorothy me ha dicho que estás embarazada.

Kitty notó que se sonrojaba pero se guardó de esbozar el menor gesto.

—Así es.

—¿Por casualidad soy yo el padre?

—No, no. El niño es de Walter —afirmó con un énfasis que no pudo evitar, pero ya mientras hablaba supo que no era el tono más adecuado para expresar convicción.

—¿Estás segura? —inquirió él, ahora con una sonrisa pícar—. Después de todo, estuviste casada un par de años con Walter y no ocurrió nada. Las fechas concuerdan, y me parece mucho más probable que sea mío.

—Me mataría antes que tener un hijo tuyo.

—Anda, vamos, eso es una tontería. Yo estaría sumamente satisfecho y orgulloso. Me gustaría que fuera niña, ¿sabes? Con Dorothy sólo he tenido niños. No estarás en ascuas durante mucho tiempo: mis tres hijos son la viva imagen de su padre.

Charlie había recuperado el buen humor, y Kitty sabía por qué. Si la criatura era suya, aunque no volviera a verlo, nunca conseguiría huir por completo de él. El poder que ejercía sobre ella la perseguiría allí adonde fuese y, de un modo oscuro pero inexorable, influiría en ella durante todos los días de su vida.

—Desde luego, eres el imbécil más fatuo y presuntuoso que he tenido la mala suerte de conocer —le espetó.

Capítulo 78

Cuando el vapor recalaba en Marsella, Kitty, que contemplaba el contorno hermoso y escarpado de la costa que relucía a la luz del sol, se fijó de súbito en la estatua dorada de la Santísima Virgen que se alza sobre la iglesia de Sainte-Marie de Grâce como símbolo de protección para los que se hacen a la mar. Recordó que las hermanas del convento en Mei Tan Fu, al dejar su tierra para siempre, se arrodillaron mientras la figura se alejaba hasta quedar reducida a una llamita dorada en el cielo azul y buscaron en la oración alivio para el dolor de la partida. Kitty entrelazó las manos en actitud de súplica ante un poder indeterminado.

Durante el viaje, largo y tranquilo, no había dejado de torturarse por aquello tan horrible que le había sucedido. No alcanzaba a entenderse a sí misma. Todo había sido tan inesperado... ¿Qué la había llevado a anhelar vehementemente el sucio abrazo de Charlie, pese a que lo despreciaba con toda su alma? La furia la corroía, y la repugnancia hacia sí misma la obsesionaba. Estaba convencida de que nunca olvidaría su humillación. Lloró, pero a medida que aumentaba la distancia con respecto a Hong Kong, notó que su resentimiento empezaba a remitir casi imperceptiblemente. Ahora tenía la impresión de que los hechos que la atormentaban se habían producido en otro mundo. Era como la persona que, en plena recuperación tras un ataque de locura, se avergüenza de los actos grotescos que recuerda vagamente haber cometido cuando no estaba en sus cabales, pero, consciente de que no era ella misma, considera que merece perdón, al menos a sus propios ojos. Kitty creía que quizás un alma generosa se inclinaría por compadecerla en vez de condenarla, pero cuando pensaba en el modo tan lamentable en que había traicionado la confianza que había depositado en sí misma, se le escapaba un suspiro. Antes le parecía que ante ella se abría un camino recto y despejado, pero ahora veía un sendero tortuoso y lleno de obstáculos. Los espacios extensos y los atardeceres trágicos y hermosos del océano Índico la sosegaban, y entonces se sentía transportada a algún país donde se le permitía ser dueña de su propia alma en libertad. Si para recobrar el respeto por sí misma debía afrontar un conflicto doloroso, bueno, tendría que reunir el valor para ello.

El futuro se presentaba difícil y solitario. En Port Said recibió una carta de su madre en respuesta a su telegrama. Era una larga misiva escrita con la caligrafía grande y caprichosa que se enseñaba a las jóvenes en la época de juventud de su madre, tan pulcra y recargada que se le antojaba poco sincera. La señora Garstin le daba el pésame por la muerte de Walter y acompañaba a su hija en el sentimiento. Temía que Kitty no hubiera quedado bien asegurada de cara al futuro pero, naturalmente, el Ministerio Colonial le concedería una pensión. La alegraba saber que Kitty regresaba a Inglaterra y opinaba, por supuesto, que debía quedarse con sus padres hasta que naciera la criatura. A continuación, su madre le proporcionaba una serie de instrucciones que Kitty debía seguir al pie de la letra y diversos detalles sobre el embarazo de su hermana Doris. El niño pesaba mucho, y su

abuelo por parte de padre aseguraba que nunca había visto criatura más hermosa. Doris estaba otra vez encinta, y confiaban en que alumbrase otro niño para que la sucesión de la baronía estuviera garantizada.

Kitty comprendió que el mensaje principal de la carta estribaba en el plazo definido que establecía la invitación. La señora Garstin no albergaba la menor intención de cargar con una hija viuda de recursos modestos. Al recordar cuánto la había idolatrado su madre, le resultaba curioso que ahora, decepcionada con ella, la considerara un mero fastidio. ¡Qué extraña era la relación entre padres e hijos! Cuando éstos son pequeños, los padres los adoran y reaccionan con una aprensión rayana en la agonía a cada trastorno infantil, y los niños, por su parte, se aferran a sus padres con amor y veneración. Pasan los años, los hijos crecen y personas que no son de su sangre cobran más importancia para su felicidad que el padre o la madre. El amor ciego e instintivo del pasado cede el paso a la indiferencia. Sus encuentros se tornan aburridos e irritantes. Antaño inquietos ante la perspectiva de pasar un mes alejados unos de otros, ahora soportan impasibles una separación de años. Su madre no tenía por qué preocuparse: en cuanto se le presentase la ocasión, Kitty se iría a vivir por su cuenta. Sin embargo, necesitaba tomarse un tiempo antes de eso; en esos momentos, todo estaba borroso y ella no era capaz de imaginar el futuro en absoluto: quizá muriera de sobrepeso, eso solucionaría muchas dificultades.

Cuando el barco atracó, sin embargo, le entregaron dos cartas más. Se sorprendió al reconocer la letra de su padre: no recordaba que él le hubiera enviado jamás una sola línea. No se mostraba efusivo, y empezaba con un «Estimada Kitty». Según le informó, le escribía en lugar de su madre, que no se encontraba bien y había ingresado en una clínica para que la operasen. No había motivos para que Kitty se angustiase ni alterase sus planes de ir por mar; el viaje por tierra era mucho más caro y, en ausencia de su madre no le resultaría muy práctico alojarse en la casa de Harrington Gardens. La otra carta era de Doris y estaba encabezada con un «Querida Kitty», no porque la remitente le profesara un cariño especial, sino porque acostumbraba a dirigirse así a sus conocidos.

Querida Kitty:

Supongo que nuestro padre ya te habrá escrito. Van a operar a madre. Por lo visto, estaba fatal desde hacía cerca de un año, pero ya sabes que no le gusta nada ir al médico y ha estado tomando toda clase de medicamentos específicos. No sé a ciencia cierta qué le ocurre, porque se empeña en llevar todo el asunto en secreto y monta en cólera cuando le hacemos preguntas. De un tiempo a esta parte tiene un aspecto terrible, así que yo en tu lugar tal vez desembarcaría en Marsella y regresaría cuanto antes. Pero no le comentes a nadie que te he dicho que vengas, porque ella finge que no le ocurre nada importante, y no quiere que llegues hasta que esté otra vez en casa. Ha obligado a los médicos a prometerle que la darán de alta dentro de una semana.

Un afectuoso saludo,

Doris.

P. D. Lamento muchísimo lo de Walter. Tiene que haber sido horroroso, pobrecilla. Me muero de ganas de verte. Es curioso que las dos vayamos a dar a luz a la vez. Podremos tomarnos de la mano.

Kitty, absorta en sus reflexiones, permaneció un rato en cubierta. Le costaba imaginar enferma a su madre. No recordaba haberla visto con otra actitud que la habitual en ella, activa y resuelta; siempre la había impacientado el sufrimiento ajeno. Entonces se le acercó un sobrecargo con un telegrama.

Lamento informarte de que tu madre ha fallecido esta mañana. Padre.

Capítulo 79

Kitty llamó al timbre de la casa de Harrington Gardens. Le indicaron que su padre estaba en su despacho, así que se dirigió hasta allí y abrió la puerta con suavidad: se hallaba sentado al calor del fuego, leyendo la última edición del periódico vespertino. Cuando ella entró, levantó la mirada y, tras dejar el diario, se puso en pie de golpe, nervioso.

—Oh, Kitty, no te esperaba hasta el próximo tren.

—He supuesto que no valía la pena que te molestaras en ir a recogerme, así que no he telegrafiado la hora de llegada.

Su padre le dio un beso en la mejilla, tal como solía años atrás.

—Estaba hojeando el periódico —señaló—. Hace un par de días que no lo leo.

Kitty advirtió que se sentía obligado a justificarse por ocuparse de asuntos cotidianos.

—Claro. Debes de estar agotado. Me temo que la muerte de madre ha sido un duro golpe para ti.

Estaba más viejo y delgado que la última vez que lo había visto: se había convertido en un hombrecillo reseco y arrugado con modales precisos.

—El cirujano dice que en ningún momento hubo esperanzas. Ella no se encontraba bien desde hacía más de un año, pero se negaba a dejarse visitar por un médico. Según el cirujano, tu madre sufría dolores constantes; me comentó que le parecía milagroso que hubiera sido capaz de soportarlos.

—¿Se quejó alguna vez?

—Decía que no estaba muy bien, pero nunca se quejó de dolores. —Hizo una pausa y miró a Kitty—. ¿Estás muy cansada tras el viaje?

—No mucho.

—¿Te gustaría subir a verla?

—¿Está aquí?

—Sí, la trajeron de la clínica.

—Sí, ahora subo.

—¿Quieres que te acompañe?

Algo en el tono de voz de su padre le impulsó a alzar la vista hacia él. Tenía el rostro levemente vuelto; no quería mirar a su hija a los ojos. Kitty había adquirido en los últimos tiempos una habilidad singular para leer las mentes ajenas. Después de todo, un día tras otro había aguzado al máximo su sensibilidad con el fin de adivinar a partir de una palabra fortuita o un gesto descuidado los pensamientos ocultos de su marido. Adivinó de inmediato lo que su padre pugnaba por disimular: era alivio, un alivio infinito que le asustaba descubrir en sí mismo. Durante treinta largos años había sido un marido bueno y fiel, nunca había pronunciado una sola palabra de censura contra su esposa, y ahora debía llorar su pérdida. Siempre había hecho aquello que se esperaba de él, y habría sido

traumático para él que un pestañeo o el gesto más nimio revelara a los demás que sus sentimientos no eran los propios de un esposo afligido en esas circunstancias.

—No, preferiría ir sola —respondió Kitty.

Subió a la primera planta y entró en la alcoba grande, fría y pretenciosa en la que durante tantos años había dormido su madre. Recordaba al detalle los enormes muebles de caoba y los grabados al estilo de Marcus Stone que adornaban las paredes. Los objetos del tocador estaban ordenados con el rigor inflexible por el que la señora Garstin se había regido durante toda su vida. Las flores parecían fuera de lugar: la señora Garstin estimaba absurdo, afectado y poco saludable tener flores en el dormitorio. Su perfume no disimulaba el olor acre y un tanto húmedo, como de ropa recién lavada, que Kitty recordaba como característico de la habitación de su madre.

La señora Garstin yacía en la cama con las manos entrelazadas encima del pecho y una apacibilidad que en vida la hubiera sacado de quicio. Con sus rasgos fuertes y definidos, las mejillas y las sienas hundidas a causa del sufrimiento, ofrecía un aspecto agradable a la vista, incluso imponente. La muerte había despojado el semblante de su mezquindad y dejado únicamente una huella de carácter. Bien podría haber sido una emperatriz romana. A Kitty le llamó la atención que de las personas fallecidas que había visto ésta era la única que después de muerta permitía imaginar que aquella arcilla había servido alguna vez de morada al espíritu. No alcanzaba a sentir pena, porque había habido demasiado resentimiento entre su madre y ella como para dejar en su corazón un poso de afecto profundo; y al acordarse de la chica que había sido tenía la seguridad de que era su madre quien la había convertido en lo que era. Pero mientras contemplaba a la mujer dura, dominante y ambiciosa que yacía allí tan quieta y silenciosa, con todas sus triviales aspiraciones frustradas por la muerte, cobró conciencia del patetismo de la situación. Su madre había maquinado e intrigado durante toda su vida y nunca había aspirado a cosa alguna que no fuera ruin e indigna. Kitty se preguntó si quizá desde alguna otra esfera juzgaría su paso por la tierra con consternación.

En ese momento entró Doris.

—Ya me figuraba que llegarías en este tren. He creído conveniente venir a verte. ¿No es horrible? Pobrecilla madre.

Rompió a llorar y se echó en brazos de Kitty, que le dio un beso. No había olvidado el modo tan cruel en que su madre había descuidado a Doris en beneficio de ella, ni lo dura que se había mostrado con su hermana por ser poco atractiva y sosa. Se preguntó si de verdad la embargaba una tristeza tan desmesurada como la que manifestaba, pero Doris siempre había sido muy expresiva con sus sentimientos. A Kitty le habría gustado llorar —a Doris debía de parecerle horriblemente fría—, pero tenía la sensación de que había sufrido demasiado como para aparentar una aflicción que no sentía.

—¿Te gustaría venir conmigo a ver a nuestro padre? —le preguntó cuando la intensidad del arrebato hubo mermado.

Doris se enjugó las lágrimas y Kitty reparó en que el embarazo había abotargado a su hermana, que con su vestido negro ofrecía un aspecto tosco e hinchado.

—No, me parece que no. No haría más que darme ganas de llorar de nuevo. Pobrecillo, lo sobrelleva estupendamente.

Kitty acompañó a su hermana a la salida y luego regresó con su padre, que estaba de pie frente a la chimenea, con el periódico esmeradamente doblado encima de la mesa. Quería que Kitty comprobase que no había estado leyéndolo.

—No me he arreglado para cenar —explicó—. No he creído que fuera necesario.

Capítulo 80

Mientras cenaban, el señor Garstin refirió a Kitty los pormenores de la enfermedad y la muerte de su esposa, elogió la amabilidad de las amistades que habían escrito (había montones de cartas de pésame encima de su mesa, y él lanzó un suspiro al pensar en el fastidio que representaría contestar a todas) y le habló de los preparativos para el entierro. Luego volvieron a su despacho, la única estancia de toda la casa equipada con chimenea. En un gesto mecánico, tomó la pipa de la repisa del hogar y se puso a llenarla, pero tras dirigirse a su hija una mirada dubitativa, la dejó donde estaba.

—¿No vas a fumar? —preguntó ella.

—A tu madre no le gustaba mucho el olor a pipa después de cenar, y desde la guerra he renunciado a los puros.

Kitty notó una pequeña punzada al oír esta respuesta. Le parecía deplorable que un hombre de sesenta años vacilara a la hora de fumar lo que le viniera en gana en su propio despacho.

—A mí me gusta el olor a pipa —aseguró ella con una sonrisa.

Una leve expresión de alivio asomó al rostro de su padre, que tomó la pipa de nuevo para encenderla. Se sentaron frente a frente, cada uno a un lado de la chimenea. El señor Garstin juzgó apropiado que hablasen de los problemas de ella.

—Supongo que recibiste la carta que te mandó tu madre a Port Said. La noticia de la muerte del pobre Walter nos conmocionó a los dos. Me parecía un buen tipo.

Kitty no supo qué decir.

—Tu madre me dijo que estás embarazada.

—Sí.

—¿Cuándo sales de cuentas?

—Dentro de cuatro meses, más o menos.

—Será un gran consuelo para ti. Tienes que ir a ver al niño de Doris. Está hecho todo un muchachote.

Había más frialdad en sus palabras que si hubieran sido dos extraños que acabaran de conocerse, pues en ese caso él habría mostrado más interés y curiosidad, pero su pasado común se erigía como un muro de indiferencia entre ellos. Bien sabía Kitty que no había hecho nada para ganarse el afecto de su padre; nadie lo había tenido en cuenta en casa, y lo consideraban un simple soporte económico al que despreciaban en cierta manera porque no era capaz de ofrecer más lujos a su familia. Pero Kitty había dado por sentado que él la quería por el mero hecho de ser su padre, y le impresionó descubrir que no le guardaba cariño. Siempre había sido consciente de que su padre era una lata para todas ellas, pero nunca se le había ocurrido que tal vez ellas producían el mismo sentimiento en él. Ahora se mostraba igual de amable y manso que siempre, pero con la triste perspicacia que había

adquirido a fuerza de sufrimiento, Kitty intuía que, si bien probablemente él no lo reconocía ante sí mismo ni lo reconocería nunca, en el fondo de su corazón le tenía antipatía.

La pipa no tiraba bien, de modo que él se levantó para coger algo con que hurgar en la cazoleta, aunque quizá no fuera más que una excusa para disimular su nerviosismo.

—Tu madre quería que te quedaras aquí hasta que naciera tu hijo e iba a prepararte tu antigua habitación.

—Lo sé. Te prometo que no causaré molestias.

—Oh, no es eso. En vista de las circunstancias, era evidente que el único sitio adonde podías acudir era la casa de tu padre. Pero el caso es que me acaban de ofrecer el cargo de juez presidente en las Bahamas y lo he aceptado.

—Oh, padre, cuánto me alegro. Te felicito de todo corazón.

—La oferta me llegó demasiado tarde para comunicársela a tu pobre madre. Le habría supuesto una gran satisfacción.

¡Qué amarga ironía del destino! Después de tantos esfuerzos, intrigas y humillaciones, la señora Garstin había muerto sin saber que su ambición, aunque modificada por decepciones pasadas, se había cumplido al cabo.

—Partiré el mes que viene. Como es natural, esta casa quedará en manos del agente, y tengo la intención de vender el mobiliario. Lamento que no puedas quedarte aquí, pero si quieres alguna pieza para amueblar un piso, te la cederé encantado.

Kitty contempló las llamas. El corazón le latía a toda prisa; era curioso que de repente se hubiese puesto tan nerviosa, pero, al fin, se obligó a hablar, y su voz sonó temblorosa.

—¿No podría ir contigo, padre?

—¿Tú? Ay, querida Kitty. —Se le demudó el gesto. Ella había oído esa expresión a menudo, y siempre la había tomado por una frase hecha. Ahora, por primera vez en su vida apreció el movimiento que describían las palabras, tan marcado que la dejó pasmada—. Pero si todos tus amigos viven aquí, y también Doris... Yo creía que estarías mucho más a gusto en un piso alquilado en Londres. No sé cuáles son tus circunstancias exactamente, pero costearé el alquiler de buen grado.

—Tengo dinero suficiente para vivir.

—Voy a un lugar desconocido y no sé nada de las condiciones.

—Estoy acostumbrada a los lugares desconocidos. Londres ya no me atrae en absoluto. Me ahogaría aquí.

Él cerró los ojos por un momento, y Kitty temió que fuese a prorrumpir en llanto. La desdicha profunda que se reflejaba en su rostro le partía el corazón. Ella estaba en lo cierto: la muerte de su esposa le había quitado un peso de encima, y ahora, ante la oportunidad de romper por completo con el pasado, había concebido esperanzas de libertad. Al fin vislumbraba una vida nueva ante sí y, después de tantos años, la perspectiva de descanso y un espejismo de felicidad. Kitty se concienció vagamente de todo el sufrimiento que su padre había soportado durante treinta años. Al cabo, él abrió los ojos y exhaló un suspiro.

—Como es natural, si quieres venir, estaré muy complacido.

Era lamentable: la pugna había sido breve, y él se había rendido a su sentido del deber. Con esas pocas palabras abandonaba todas sus ilusiones. Kitty se levantó de la silla, se acercó a él y tras arrodillarse, le tomó de las manos.

—No, padre, no pienso ir a menos que tú quieras que vaya. Ya te has sacrificado lo suficiente. Si quieres ir solo, vete. No pienses en mí ni por un instante.

Su padre retiró una mano y le acarició el hermoso cabello.

—Claro que quiero que vengas, cariño. Después de todo, soy tu padre y tú eres viuda y estás sola. Si quieres estar conmigo sería una ruindad por mi parte desear que no vinieses.

—De eso se trata precisamente, no te pido nada por ser hija tuya, no me debes nada.

—Ay, querida niña.

—Nada —repitió ella con vehemencia—. Se me cae el alma a los pies cuando pienso en el modo en que nos hemos aprovechado de ti durante toda nuestra vida sin darte nada a cambio, ni siquiera afecto. Me temo que no has disfrutado de una existencia muy dichosa. ¿Por qué no me permites compensarte un poco por todo lo que no he hecho en el pasado?

Su padre frunció levemente el ceño, avergonzado por la emoción que ella exteriorizaba.

—No sé a qué te refieres. Nunca me has dado motivos de queja.

—Oh, padre, he sufrido tanto, he sido tan desdichada. No soy la misma Kitty que cuando me fui. Soy terriblemente débil, pero no creo que sea la sucia indeseable de entonces. ¿Por qué no me das una oportunidad? No tengo a nadie en el mundo salvo a ti. ¿Por qué no me permites luchar por granjearme tu cariño? Ay, padre, estoy tan sola y soy tan desgraciada... No sabes cuánto ansio que me quieras.

Apoyó la cara en el regazo de su padre y lloró como si se le hubiese destrozado el corazón.

—Oh, Kitty, mi pequeña Kitty —murmuró él.

Ella levantó la mirada y le rodeó el cuello con los brazos.

—Oh, padre, sé amable conmigo. Seamos amables el uno con el otro.

Él la besó en los labios, como a una amante, con las mejillas empapadas en lágrimas.

—Claro que te dejaré venir conmigo.

—¿De verdad? ¿De verdad quieres que vaya?

—Sí.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Oh, querida, no me digas esas cosas. Me resulta muy violento.

Sacó el pañuelo, se enjugó las lágrimas y le dedicó una sonrisa que ella nunca había visto en él. Una vez más, Kitty le echó los brazos al cuello.

—Lo pasaremos de maravilla, querido padre. No sabes cómo nos vamos a divertir juntos.

—No habrás olvidado que vas a tener una criatura, ¿verdad?

—Me alegro de que la niña vaya a nacer allá, al arrullo de las olas y bajo un inmenso cielo azul.

—¿Ya has decidido que va a ser una niña? —murmuró él, con su sonrisa tenue y seca.

—Quiero que sea niña porque quiero educarla de manera que no cometa los mismos errores que yo. Cuando pienso en la niña que fui me aborrezco, pero nunca tuve opción. Voy a criar a mi hija para que sea libre y sepa valerse por sí misma. No voy a traer una criatura al mundo y a quererla y educarla sólo para que un hombre sienta tales deseos de acostarse con ella que esté dispuesto a ofrecerle cama y comida durante el resto de su vida.

Notó que su padre se ponía rígido. Él nunca había abordado semejantes temas, y le impresionó oír esas palabras en boca de su hija.

—Permíteme que sea franca contigo aunque sólo sea esta vez, padre. He sido necia, malvada y

odiosa, y he recibido un castigo terrible. Estoy decidida a evitarle todo eso a mi hija. Quiero que sea valiente y sincera. Quiero que sea una persona, independiente de los demás, dueña de sí misma, y quiero que afronte la vida como lo haría un hombre libre y le saque más partido del que le he sacado yo.

—Pero, querida, hablas como si tuvieras cincuenta años. Te queda toda la vida por delante. No pierdas el ánimo.

Kitty negó con la cabeza y esbozó una lenta sonrisa.

—No lo he perdido. Tengo esperanza y valor.

El pasado había quedado atrás; había llegado el momento de dejar que los muertos enterraran a los muertos. ¿Tan tremendamente despiadado era eso? Kitty confiaba con toda su alma en que había aprendido lo que era la compasión y la caridad. Ignoraba lo que le deparaba el futuro, pero notaba en su interior la fuerza necesaria para aceptar con buen ánimo y optimismo todo lo que le saliera al paso.

Entonces, de súbito, sin un motivo claro, brotó de lo más hondo de su subconsciente un recuerdo del viaje que habían realizado, ella y el pobre Walter, a la ciudad azotada por la peste en la que él había encontrado la muerte: una mañana se pusieron en camino en sus literas cuando aún no había amanecido y, al despuntar el día, Kitty vio, o más bien adivinó, una escena de hermosura tan arrebatadora que por un breve rato la angustia de su corazón remitió y toda tribulación humana se redujo a la insignificancia. El sol salió, disipando la niebla, y Kitty divisó el camino, que discurría sinuoso hasta donde alcanzaba la vista, entre arrozales, por encima de un riachuelo, a través del paisaje ondulado; el camino que debían seguir. Los errores, las locuras, los reveses que había sufrido, quizá nada de eso había sucedido en vano si ella era capaz de seguir el camino que ahora atisbaba ante sí, no el sendero del que le había hablado el bromista de Waddington, que no llevaba a ninguna parte, sino el camino por el que las queridas monjas del convento avanzaban humildemente, el camino que conducía a la paz.

FIN